

ALMA
MANCILLA

ARCHIPIÉLAGOS



ARCHIPIÉLAGOS

¶ En su narrativa desarrolla tramas complejas a partir de imágenes muy fuertes en un contexto marcado por lo melodramático y lo adjetivado de la escritura; destaca por ser dueña de una prosa contundente, elaboración de personajes muy cuidada y un medido coqueteo con los géneros, especialmente el policial y el de aventura.

Rodolfo Santullo, Uruguay

¶ Ya desde las primeras páginas del libro se percibe el buen uso de las palabras, la certeza de un buen relato. Su autora no se apresura y es certera en la descripción. Presenta de forma humana a los personajes. Sus descripciones son sencillas, pero eficaces; sirven para posicionarse en el lugar donde se narra la historia. Las emociones y los personajes están bien descritos. Tiene claridad en el lenguaje, lo que sin duda se agradece al leerlo; vocabulario abundante, inteligible para todo tipo de lectores. Una grata sorpresa.

Pedro Enríquez, España

¶ Se trata de una colección de relatos (cuatro cuentos largos) sin guiones de diálogos, con todos los elementos del discurso directo insertos en la prosa. Este recurso transmite buena parte de la agilidad y de la velocidad de algunos de los cuentos, por ejemplo en “Recep” o en “Marie”. La redacción deja ver un acertado manejo de recursos y una interesante visión del género.

Marcelo Luján, Argentina



SDC
Secretaría de Difusión Cultural

ISBN: 978-607-422-617-1



9 786074 226171

Archipiélagos

Premio Internacional de Narrativa "Ignacio Manuel Altamirano", 2014-2015
Certificado ante el Notario Público núm. 116.
M. en D. Isidro Muñoz Rivera

Comité organizador

Ivett Tinoco García
Rosario Rogel Salazar
Alicia Gutiérrez Romo

Para la presente emisión del certamen se contó con la participación de jurados calificadores internacionales, los escritores Marcelo Luján, de Argentina; Consuelo Triviño, de Colombia; Pedro Enríquez Martínez, de España; Doménico Chiappe, de Perú, y Rodolfo Santullo, de Uruguay.

PQ
7298.23
.A677
A73
2015

Mancilla, Alma 1974

Archipiélagos / Alma Rosa Mancilla Sánchez.--[1ª ed.-- Toluca, Estado de México : Universidad Autónoma del Estado de México, 2015.]

[424 p. ; 23 cm.]--(Colección Premio Internacional de Narrativa "Ignacio Manuel Altamirano").

ISBN: 978-607-422-617-1

1. Novela mexicana -- Siglo XXI.

Archipiélagos



Alma Mancilla



UAEM | Universidad Autónoma
del Estado de México

“2015, Año del Bicentenario Luctuoso de José María Morelos y Pavón”

Primera edición, agosto 2015

Archipiélagos
Alma Mancilla

Universidad Autónoma del Estado de México
Av. Instituto Literario 100 Ote.
Toluca, Estado de México
C.P. 50000
Tel: (52) 722 277 38 35 y 36
<http://www.uaemex.mx>
direccioneditorial@uaemex.mx



Esta obra está sujeta a una licencia *Creative Commons* Atribución 2.5 México (cc by 2.5). Para ver copia de esta licencia visite <http://creativecommons.org/licenses/by/2.5/mx>. Puede ser utilizada con fines educativos, informativos o culturales, siempre que se cite la fuente. Disponible para su descarga en acceso abierto en: <http://ri.uaemex.mx/>

Citación:

Mancilla, Alma (2015), *Archipiélagos*, México, Universidad Autónoma del Estado de México, ISBN: 978-607-422-617-1.

Responsable editorial: Rosario Rogel Salazar. Coordinación editorial: María Lucina Ayala López. Corrección de estilo: María Consuelo Barranco Monroy. Formación y diseño: Eva Laura Rojas Almazán. Diseño de portada: Concepción Contreras Martínez. Asesoría creativa: Pablo Mitlanian. Servicios de catalogación: Marciano Díaz Fierro. Asesoría legal: Shamara de León García. Imagen de portada: *Simbad*, Mayra Meneses (www.behance.net/MayraMeneses).

ISBN: 978-607-422-617-1

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

PRESENTACIÓN

¶ LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MÉXICO salvaguarda la producción, reproducción y divulgación del conocimiento y del arte. Por ello impulsa las creaciones de literatos contemporáneos e incentiva sus esfuerzos para fomentar el crecimiento cultural en nuestra sociedad.

La importancia de la obra aquí reunida en el marco de la decimosegunda emisión del Premio Internacional de Narrativa “Ignacio Manuel Altamirano”, refleja diversas formas expresivas de los autores contemporáneos al manifestar cambios y necesidades propios de nuestra sociedad, que se observan en las historias que superan el trasfondo de nuestra imaginación, guiadas por las palabras de sus autores y realizadas bajo el sello editorial de nuestra Alma Mater.

Por ello, nos complace editar la obra literaria de los escritores mexicanos elegidos por un jurado internacional. Primer lugar: *Archipiélagos*, de Alma Rosa Mancilla Sánchez, y dos menciones: *Hadas en Chapultepec*, de Medardo Landon Maza Dueñas y *El cuerpo del delirio*, de Gerardo Horacio Porcayo Villalobos. ¡Nuestras felicitaciones y reconocimiento a los ganadores!

En esta ocasión, el jurado estuvo integrado por reconocidos escritores: Marcelo Luján de Argentina, Pedro Enríquez

de España, Doménico Chiappe de Perú, Consuelo Triviño de Colombia y Rodolfo Santullo de Uruguay, quienes sostuvieron una reunión virtual para deliberar, a partir de los 91 trabajos provenientes de Alemania, Argentina, Cuba, Colombia, Ecuador, España, Estados Unidos, México, Puerto Rico y Venezuela.

Agradecemos a los participantes su creatividad, esfuerzo, disciplina y dedicación, así como su confianza al compartir sus obras literarias, que nos trasladan a horizontes y escenarios insospechados, para disfrute y reflexión de nuestros lectores.

PATRIA, CIENCIA Y TRABAJO
DR. EN D. JORGE OLVERA GARCÍA
Rector

PRÓLOGO

¶ UN LIBRO ES UNA ESPADA, o un pétalo de azahar, una voz en el eco de las montañas, una gota de alma en el camino de las ciudades, tal vez un azar de algas navegando en el mismo mar. Un libro es la tormenta de sus páginas, un archipiélago de papel donde navegan y naufragan las palabras, donde las ideas sobrevuelan las arboledas del blanco. Nacen las historias y los personajes, línea a línea, crecen, crean paisajes, vivencias, pájaros de fantasía, navíos de ilusiones, la otra realidad, la de la lectura, atrapando con escenarios, habitando nuevos espacios, surcos terrenales con la creación de las historias, aire marino en los pulmones de las sílabas.

Alma Rosa Mancilla, escritora mexicana, ha ganado con este libro, *Archipiélagos*, conformado por cuatro cuentos largos, la 12ª edición del Premio Internacional de Narrativa “Ignacio Manuel Altamirano” 2015, convocado por la Universidad Autónoma del Estado de México, en el que he tenido el honor de participar como jurado; es destacable “por su fabricación de voces, claridad en el lenguaje, descripciones sencillas y eficaces, emociones y personajes bien descritos, vocabulario abundante, facilidad de palabra, fluidez, capacidad literaria, tono y personajes definidos, situaciones desarrolladas y concretas”.

Su título ya indica el universo fragmentado que contiene, cuatro historias con nombre propio, *El oficial Jean*, *Recep*, *El reverendo Abraham y Marie*, cuatro relatos distintos, cuatro islas de soledad, todos los vientos rodeando la materia de los pensamientos, el alma del mar siempre presente, como un límite infranqueable hacia la nada, frontera asfixiante, el agua del océano desde el que mirar sin ver otras islas, la unidad imposible del archipiélago.

La magia de la palabra escrita nunca deja de sorprender, se levanta del sueño y atrapa con la misma pasión que aquel día de la primera lectura, inquietante la espera, el paso del tren de los ojos por las líneas paralelas de las frases, adquiriendo sonido, voces, pasajeros de la mente, así sucede en los relatos de *Archipiélagos*, los distintos personajes aparecen con fuerza literaria, creíbles, visibles, sólo es necesario comenzar la lectura y ya, desde sus primeras páginas, Alma Rosa Mancilla consigue mantener la atención, atento a lo que sucederá en la siguiente frase, en el cambio de reflejos y de sol en cada lluvia de papel, como en *El oficial Jean*, perdido en los sentimientos, en la culpa, el deseo por hacer bien su trabajo, teniendo que diferenciar lo que hay en su corazón con lo que pasa por su cabeza. Me he sentido compañero solitario en su investigación, un reto el intentar ayudar al personaje principal a través de los acontecimientos, unir las manos apretadas, los minutos se suceden rápidos, la realidad escapa y queda la inquietud de conocer el final.

En *Recep* puedo sumergirme en sus pesadillas, tan enigmático como real, ¿qué sucede en su pensamiento? No es posible permanecer impasible, ¿y si yo fuese él?, ¿cuántos han pasado por lo mismo? La certeza de que un relato está bien escrito es olvidar, por un momento, que el personaje no es de carne y hueso; camino a su lado, siento, sin ser

consciente, cómo sus preocupaciones son mías, me recuerda la complejidad de la lucha del ser humano, sobrevivir aún en los momentos más difíciles; la autora me involucra de una manera especial, no puedo despegar la mirada de las páginas, esperando ya al siguiente personaje, tan distinto de los anteriores, curiosidad inicial, *El reverendo Abraham*, las sienes tienen mirada, nuevos puntos de vista. La literatura nos acerca a la vida de los otros, nos permite vivir historias posibles cuando nos encontramos con personajes reales, me pregunto cómo se forja un hombre, cómo llega a conformar su personalidad, su carácter, sus reacciones, sus miedos; soy espectador, los testigos parecen cobrar más importancia a medida que voy leyendo este relato, llega un momento en el que quisiera volver atrás para comenzar de nuevo su historia, la pared agujereada, ajeno el pensamiento, la pregunta, saber más, querer leer más.

El último relato en *Archipiélagos*, como un enigma, *Marie*, deseando apartarla de todo peligro y sufrimiento, una vez más, me atrapa el lago transparente donde navegan los peces de la lectura, el tiempo es un huésped no bienvenido. La historia de esta mujer que se sienta en mi habitación, en mi mente como una conocida de un tiempo sin fecha, me integro en su historia.

Sentimiento de vacío, la última página, abrazado mar abierto sin islas, navegación, Archipiélago. En estos relatos he compartido con intensidad árboles creciendo, raíces sin cansancio, impregnado de sensaciones. La inmensa soledad, la figura del padre, el amor imposible, los personajes secundarios, la claridad de los detalles, el ritmo acompasado de las palabras con la respiración y la memoria, lentamente espejismo. Voy regresando a la realidad, tal vez el relato parecido de cada vida que me rodea, participe

del descubrimiento, de la tragicomedia multiplicada en la sorpresa, la esencia del misterio. Abrumadoras, seductoras las luces y sombras que ofrecen un buen libro.

Cierro sus páginas, surge el milagro, el agua de la mirada y el caminar atrapado por historias de vida, las frases como aldabas, arquitectura del lenguaje, ventanas para trascender la realidad, orillas de márgenes en blanco. *Archipiélagos*.

Entre mis apuntes, rescato una frase subrayada durante la lectura:

Guiados más por la locura que por la razón, debe caminarsse siempre ... cuando de verdad se quiere llegar a alguna parte.

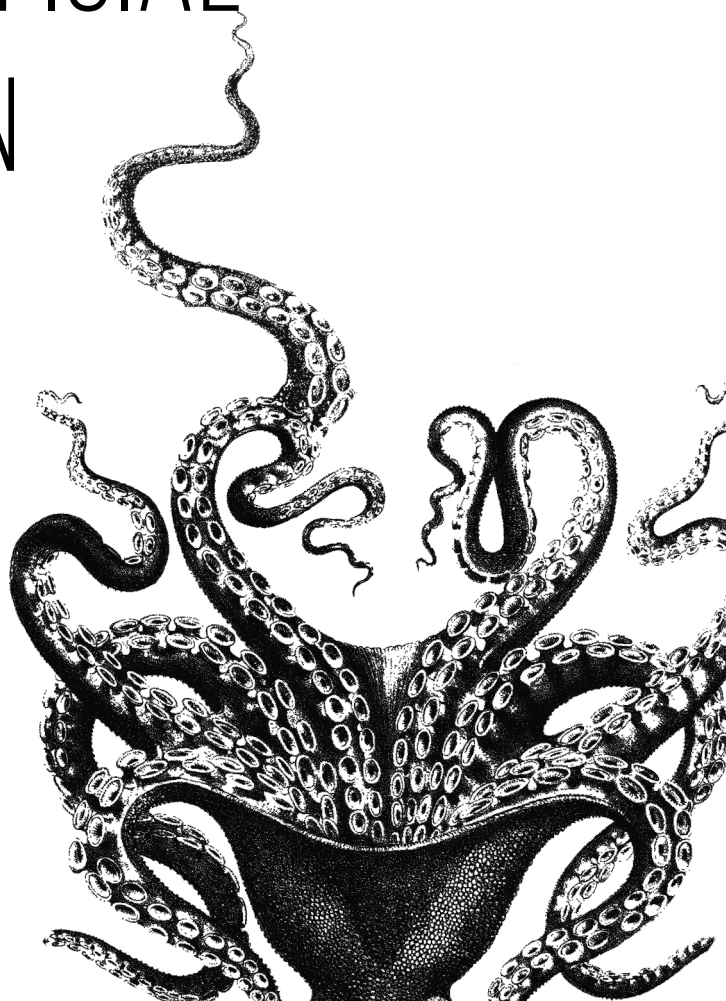
Pedro Enríquez
Escritor español

A Nefise

*Y dijo Jehová a Satanás: ¿De dónde vienes?
Respondiendo Satanás a Jehová, dijo:
De rodear la tierra y de andar por ella.*

Job, 1:7

EL OFICIAL
JEAN



¶ APENAS LLEGÓ A LA ISLA el oficial Jean tuvo la impresión de estarse adentrando en un sueño. O si no en un sueño, al menos sí en un área indómita, en un espacio cuya lógica no era la lógica de la gente de razón, de la gente pensante. Lo primero que lo apabulló fue la parquedad de transportes: un barco al mes durante el verano; casi imposible salir (o entrar) en invierno como no fuera por avioneta y eso en el caso, más bien remoto, de que las condiciones meteorológicas lo permitieran. Menos mal que la policía tenía sus propios vehículos, sus propios medios para alcanzar hasta lo que parecía inalcanzable. Luego, aquella neblina que lo cubría todo, una espesa capa lechosa tras la cual desde el cielo la isla ni siquiera se veía, como si en realidad no estuviera allí. Y empero, ahí estaba, una uñita gris en una inmensa sábana azul, una luna menguante en un cielo inferior, un cielo muy extraño, un cielo que daba miedo. Cuando inició el descenso el oficial que piloteaba la avioneta le señaló las plataformas de gas natural, respunteadas en torno a la isla como dinosaurios metálicos que erguían sus cuellos hacia el exterior. Al oficial Jean le pareció enseguida que estaban demasiado cerca de ésta. Creía recordar que existían protocolos de seguridad, reglas claras que establecían las distancias mínimas entre una planta como aquéllas y un núcleo habitado, aunque claro, no estaba seguro de ello. Como si le leyera el pensamiento el piloto le dijo: imagínese, oficial, imagínese si algo pasara. Una chispa, un error humano. Sería el infierno. El oficial Jean no se lo quiso imaginar.

De cabello ralo y pegado al cuero cabelludo el oficial Jean aparentaba mucha más edad de la que en realidad tenía. Treinta y seis años. Treinta y seis años mal llevados. Años de fumador y, a veces, para qué esconderlo, también de bebedor. No de alcohólico irredimible ni nada de eso, sino más bien de bebedor solitario, de bebedor un tanto triste. Treinta y seis años de mala vida que le habían dejado el cuerpo en el pellejo. Quizá en parte para ocultar la insignificancia de su musculatura el oficial Jean llevaba puesta de manera permanente una gabardina gris, lloviera o hiciera buen tiempo. En los últimos meses casi nunca se la quitaba, razón por la cual sus compañeros empezaron a llamarlo, de manera burlona, la eminencia gris. O Jean la rata. O simplemente Jean el gris. Personalmente, al oficial no le molestaban demasiado esos moteos. Eran mejor que Jean a secas, que siempre le había parecido, por alguna razón, un nombre de mujer. La gente, sobre todo los anglófonos (él así los llamaba, por oposición a los francófonos como él), tenía problemas para pronunciarlo. Le decían *djin*, como a los pantalones vaqueros, o como a los duendes o espíritus maliciosos que en la cultura árabe gustaban de aparecerse, especialmente a las postparturientas, según le hizo saber una vez un marroquí al que conoció en un bar. Qué tal, oficial *Djin*, decían. *Djan*, corregía él, es *Djan*. Así lo recibió también el alguacil aquel primer día en la isla apenas haberse bajado él de la avioneta: bienvenido, oficial *Djin*. Esto ocurrió de camino a la alcaldía, y ya en ella el alguacil le preguntó, mientras lo invitaba a entrar en su minúscula oficina, si era francés. Mi madre lo era, respondió éste. ¿De verdad?, dijo el alguacil, fingiendo interés. Se notaba que estaba fingiendo, por alguna razón. Por la forma en que miraba hacia otro lado, o por cómo abría desmesuradamente los ojos. ¿De qué parte?, agregó. De Anvers, respondió el oficial Jean tomando

asiento. El alguacil lo miró con lo que al oficial le pareció una expresión de azoro, o tal vez de decepción: Anvers, repitió el alcalde. Nunca he estado ahí.

La joven se había perdido hacía dos semanas, casi tres en realidad. En vano los guardias de la costa la habían buscado por todo el litoral de la isla, en la profundidad de sus arenas y en cada centímetro de sus playas. No es frecuente que se pierda gente aquí, como se podrá imaginar, le dijo el alguacil en un tono que al oficial Jean le pareció pedagógico, perentorio, el mismo tono didáctico y a la vez autoritario que usaría un maestro de escuela primaria con los pupilos recién llegados. Por eso no sabemos qué hacer. Ya notó la niebla, supongo, agregó el alguacil. Empezó hace dos semanas. Viene del norte. Del Ártico. Un mundo de belleza mal apreciada, si me permite decirlo. El oficial Jean temió que el alguacil se aprestara a enumerar las maravillas naturales del lugar, o la naturaleza del clima, pero no fue así. Todos, agregó el alguacil adoptando una expresión grave, hablando como si le costara trabajo pronunciar las palabras, todos, repitió dejando escapar miríadas de gotitas de saliva que aterrizaron en su escritorio y, de paso, en las manos del oficial, todos, desde el más joven hasta el más viejo de los hombres de la isla, han participado de una u otra manera en la búsqueda. No somos muchos, oficial. Y todos, o casi todos han ya vuelto a casa. Se han dado por vencidos. No los culpo. Con esta niebla no podemos hacer más, concluyó dejando caer los brazos a ambos lados de su cuerpo, como si se tratara no de un hombre sino de una marioneta. Una fotocopidora que durante todo el rato que llevaban hablando estuvo funcionando como en piloto automático dejó de producir en ese preciso momento su monótono *trac trac*, como si de pronto decidiera echarse a

dormir, o como si hubiera sufrido un paro cardiaco. El alcalde apenas y le dirigió una mirada lastimera. Debió haber visto mi oficina, oficial, continuó, esta misma oficina, este interior de cuatro paredes en donde está usted sentado. Durante dos semanas fue nuestro eje, el epicentro desde donde tratamos de organizarnos. No mucho, para qué le miento. Pero sí lo intentamos. Hasta imprimimos fotos de ella, oficial, muchas fotos, aunque no era necesario, claro. Todos la conocíamos. Especialmente a ella, de entre todas las jóvenes del lugar. Al oficial Jean este último comentario le pareció curioso, pero no dijo nada. Ahora todo se ha terminado, oficial, sentenció el alcalde, que de pronto pareció tremendamente cansado, como si hubiera envejecido en unos instantes. Luego dijo que solamente el padre de la muchacha, de quien en ese momento no mencionó el nombre, se negaba a abandonar la búsqueda. Solamente él rondaba aún la isla, agregó, con una linterna en la mano por todo equipo. ¿Para qué la linterna?, preguntó el oficial con genuina curiosidad. Para ver si la encuentra, desde luego, dijo el alcalde poniéndose de pie y bloqueando al mismo tiempo con su figura la escasa luz de día que entraba aún por la ventana. Por la niebla, como le digo. Por unos instantes el alcalde se puso a mirar hacia afuera, hacia la lejanía. Le di mi palabra, oficial, dijo entonces volviéndose hacia éste. Me refiero a él, al padre de la muchacha. Pero las buenas intenciones sobran cuando se carece de recursos, ¿verdad? El oficial Jean sintió que el alcalde buscaba su aprobación, pero no asintió ni hizo movimiento alguno. ¿Qué iba a hacer yo, oficial?, se puso a decir el alcalde entonces, ¿buscarla yo solo? ¿Cavar agujeros en la arena con mi pluma fuente? La expresión del alcalde cobró un tinte violáceo y adoptó una risa sardónica. No señor, que para eso hay gente especializada, expertos, hombres como usted, que pueden encontrar agujas

en pajares. Al oficial Jean esta última expresión le divirtió. Encontrar agujas en pajares, eso sí que tenía gracia. Y ella, oficial, si la hubiera visto, agregó el alcalde con expresión de ensoñación. En ese momento, sin saber por qué, el oficial Jean sintió un gran desprecio por él. O no por él exactamente, sino por la imagen (que en ese momento le pareció patética) de la autoridad que aquél representaba. Se acordó del telegrama recibido en la comisaría apenas un par de días antes. Iba dirigido al departamento de policía de la provincia de Halifax y decía, palabras más, palabras menos: *Caso desesperado. Adjunto expediente. Se ruega pronta respuesta.*

De entre todos los elementos policíacos lo habían elegido a él. A él, que no era, si hemos de ser honestos, particularmente bueno; a él, que no era considerado por sus superiores o por sus pares como un oficial especialmente osado o sagaz, y que ni siquiera se consideraba a sí mismo como digno de confianza, o como dado naturalmente a la resolución pronta de problemas. El oficial Jean terminó trabajando en la comisaría después de varios intentos fallidos por entrar a la universidad (a varias, a decir verdad), y porque le habían dicho que las prestaciones en el servicio público eran buenas. No tardó en concluir que la idea de la universidad había sido mala desde el principio, y apenas empezó a laborar pudo comprobar que lo de las prestaciones era cierto. Una vez dentro de la comisaría (en donde su primer empleo fue de administrativo) Jean había ido a la academia de policía. No mucho tiempo, un par de años a lo sumo, lo mínimo para conseguirse el diploma indispensable para ascender en el escalafón. En suma, el oficial Jean era lo que se podía llamar un mediocre discreto, alguien que hacía su trabajo sin quejarse pero que tampoco se esforzaba más allá de lo mínimamente necesario para no perder su puesto.

En pocas palabras, digámoslo de una vez, el oficial Jean no era en absoluto el hombre que hacía falta en un caso como éste. Pero también digámoslo desde ahora y sin ambages: en la comisaría no abundaban los oficiales dispuestos a venir a internarse en terrenos tan alejados de Dios. En verano además, cuando la mitad del departamento tomaba sus vacaciones. Jean fue el único disponible, el único dispuesto también, a aceptar semejante misión en semejante lugar y por tiempo más o menos indefinido, un tiempo que bien podía ser poco o bien podía ser mucho, pero que en todo caso iba a transcurrir muy, muy lentamente. Tienes suerte de no tener familia, le había dicho el comandante un par de semanas atrás al exponerle someramente las razones por las que él, el oficial Jean, era el indicado. Sí, recordaba haber pensado éste con amargura mientras preparaba su pequeña valija con un par de mudas de ropa y el expediente en cuestión por todo equipaje, tengo mucha suerte. Una gran, gran suerte.

La muchacha perdida se llamaba Kalinka Korzynsky. Extraño nombre ése, pensó el oficial Jean. Polaco. Debe ser polaco. O tal vez ruso. Ése era el problema con países como el Canadá, en donde ya no se sabía de dónde venía la gente, o más bien en donde la gente venía de tantos lugares diferentes que era ya imposible determinar quién era de aquí y quién no. En semejantes circunstancias la noción de extranjero, de forastero, o incluso de recién llegado terminaba por carecer de pertinencia, lo que en opinión del oficial Jean no dejaba de ser lamentable. No que se considerara a sí mismo racista ni nada parecido, pero sí prefería la certeza de un origen único, de un origen certero, o cuando mucho de dos o tres orígenes emparentados, digamos una madre francesa y un padre belga, o un padre español y una madre portuguesa. Él

mismo se apellidaba Legrand. Jean Legrand. Juan el Grande. Como Alejandro el Grande, o Ciro el Grande, o Constantino el Grande, u otros grandes de la historia cuyos nombres o hazañas le eran punto menos que desconocidos. Solamente que él, Jean Legrand, de grande no tenía nada. Era, como hemos dicho, un hombrecillo más bien menudo, de cuerpo frágil y quebradizo, un hombre trajinado. De más joven, de adolescente digámoslo así, sus pares y amigos a menudo le decían que parecía un niño, no por su comportamiento (a lo que la expresión “pareces un niño” suele aplicarse con frecuencia), sino por su físico. Y en efecto, durante años Jean pareció quedarse estancado en una edad indefinida, en un limbo intemporal, en un terreno impreciso entre la pubertad y la madurez. Quizá fuera en aquella época que a Jean (que entonces todavía no era oficial) empezara a parecerle que su nombre le era inadecuado. Que no le venía nada bien. Jean Lepetit, debió llamarse. Jean el pequeño. Jean el minúsculo. Jean la gota de agua. Jean la mancha diminuta en el apabullante mapa del universo.

Aquella misma tarde el oficial Jean convocó a la alcaldía a los voluntarios de la búsqueda inicial, cuestión de recoger las primeras impresiones. Además del expediente (que constaba de cuando mucho un par de hojas, lo que ya de entrada no auguraba nada bueno) y de las notas que él mismo tomara tras su primera charla con el alcalde, no tenía nada más. Preparó algunas preguntas que en el momento le parecieron importantes, o al menos pertinentes: ¿Dónde habían buscado exactamente? ¿Qué habían encontrado, si es que habían encontrado algo? ¿De qué color se veían la arena, el cielo, el agua? ¿Cómo eran los ruidos circundantes? ¿Había algo anormal? Vaya, que era preciso tener método, aunque éste fuera caótico. Cada una de las respuestas que los voluntarios le

daban, el oficial Jean las iba anotando en una libretita azul, una libretita pequeña que le cabía en el bolsillo de la gabardina y que, por eso mismo, podía llevar a todas partes. Hay que decir que las respuestas fueron decepcionantes, del todo anodinas, carentes de cualquier cosa parecida a una pista, pero el oficial las escribió de cualquier forma. La búsqueda fue desordenada pero constante, escribió. De día y, a veces, también de noche. Sobre todo en tierra, anotó, pero a veces también en el mar. En eso estaba cuando entró el alcalde, cuya figura le pareció al oficial Jean súbitamente empequeñecida, como apocada por lo que quizá, pensó éste, a ojos de aquellos isleños (y probablemente de él mismo) era una pérdida de liderazgo. El oficial prosiguió su interrogatorio sin amedrentarse mientras el alcalde iba a sentarse a un sillón del fondo: ¿Cuándo la vieron por última vez? ¿Quiénes eran sus frecuentaciones? Anotó las respuestas, que en ambos casos eran la misma: nadie lo sabía. Cuando el alcalde le pasó la foto de la susodicha, a quien hasta entonces sólo se había imaginado (o a quien no se había imaginado en absoluto) el oficial Jean ahogó una exclamación: ¡vaya que era bella! Desde luego, su sorpresa fue sólo momentánea, cosa de unos segundos, porque el oficial Jean era un profesional y no podía, no *debía* dejarse distraer por las apariencias. Porque las apariencias eran, en su opinión, una de las peores cosas que existían en el mundo.

Poca cosa obtuvo el oficial Jean como conclusión de aquel primer encuentro. Poca cosa, además de la confirmación de la prodigiosa belleza de la muchacha perdida. Ése era, pensó el oficial, un dato, por así decirlo, fáctico, un hecho con el que se podía contar como verdad incuestionable. Lo demás era subjetivo. Engañoso. Mentiroso en el peor de los casos. Le horrorizó, en particular, el relato de algunos de los lugareños,

a los que le bastó aquel breve encuentro para calificar de supersticiosos, de crédulos y hasta de ignorantes. Algunos de ellos, por ejemplo, afirmaban haberse guiado durante la búsqueda por las señales. Así las habían llamado: señales. ¿Señales?, dijo el oficial Jean frunciendo el ceño. Sí, señales, como los videntes. Están por todos lados, le aseguraron, en el cielo, en la arena, en la mierda de las gaviotas, pero sobre todo en la arena. Es cuestión de saber leerlas. Increíble, pensó el oficial. Hubo también quien le aseguró haber soñado a Kalinka Korzynsky enterrada en la arena, o pidiendo auxilio desde las rocas, o ahogada en las inmediaciones del viejo faro, razón por la cual todos esos sitios fueron prácticamente desmantelados a palazos. De nada valió que el avergonzado alcalde en persona (a quien apenas le cabía en la cabeza la tozudez de aquella prole suya) intentara desmentir semejantes afirmaciones. Son las señales, le aseguraron los lugareños, y no hubo poder humano que los hiciese cambiar de parecer. Son las señales, insistieron, son ellas las que dictan el destino de los hombres.

Cuando ya caía la tarde, el interrogatorio se vio inesperadamente interrumpido por los gritos de algunos hombres. Venían del exterior desde luego. Se trataba de gritos que afirmaban que faltaba una muchacha, y no cualquier muchacha sino ella, la más bonita de todas. Aquellos gritos, por lo demás, parecían anunciar aquel hecho como si la isla entera no lo supiera ya, como si la muchacha se hubiese perdido no hacía semanas, sino esa misma mañana. A la cabeza del triste cortejo iba, sobra decirlo, Augusto Korzynsky, el padre de la chica. El oficial Jean no distinguió de lejos las facciones del rostro de aquel hombre. Se veía que manoteaba, eso sí, que vociferaba (al viento, al cielo, a la gente, al mar, imposible saberlo), que

profería alaridos diciendo que le devolvieran a su hija. El oficial Jean temió que aquel hombre hubiese enloquecido, y nada más ver el rostro compungido del alcalde supo que su temor era compartido y muy probablemente no carente de fundamentos. Se daban casos. Más cuerdo le pareció aquel pescador de dedos ennegrecidos que simplemente opinó, una vez que el dolorido cortejo se hubo alejado, después de que todos hubieron dado sus opiniones al respecto y justo cuando parecía que ya no quedaba nada que decir, que con la tormenta acaecida aquella noche era de esperarse una desgracia. Estos ventarrones siempre traen calamidades, dijo. También dijo que él había nacido y crecido allí. Que sabía de cierto que más de uno se había perdido antes, desapareciendo (por descuido o por mala suerte) en las entrañas coaguladas de un mar como el de aquella noche. Lo más probable es que se haya ahogado, sentenció. Lo que dice este hombre suena sensato, pensó enseguida el oficial Jean. Era, a decir verdad, lo más sensato que escuchara desde su llegada.

Aquel primer día el oficial Jean volvió a su cuarto ya tarde. La habitación de la pequeña casa de huéspedes en donde estaba hospedado (a expensas del departamento de policía, se entendía) olía a encierro, signo de que seguramente no se usaba con frecuencia. No era de sorprenderse. Era obvio que el sitio no era precisamente un destino turístico popular. El oficial se quitó la gabardina y abrió la ventana de par en par para que entrara un poco de aire. Contempló un rato la habitación, la modesta cama (de una sola plaza, lo que no le hizo gracia), la pequeña mesilla de noche, el bote de basura debajo de ésta y poco más que eso. Miró luego hacia afuera, y enseguida se dio cuenta de que en el mar se alcanzaba a distinguir algo. Solamente tras algunos minutos comprendió

que se trataba de mástiles. De mástiles, y de proas, o popas, quién sabe, en todo caso de restos de barcos. Sabía o creía haber oído esos cuentos alguna vez, cuentos respecto a que en los alrededores de la isla se habían hundido docenas de buques a lo largo de la más bien truculenta historia del lugar, pero no tenía idea de que quedara *algo* de aquellas tragedias. Aunque claro, aquello no era mucho, pero sí, podía decirse que se trataba de algo. Personalmente él solía considerar esas historias de naufragios como una suerte de leyenda, así que no pudo evitar sentirse genuinamente sorprendido. Como fuera, el espectáculo le pareció más bien mórbido, aunque quizá, se dijo, estaba siendo prejuicioso. A lo mejor para los lugareños ese sombrío paisaje era considerado un patrimonio local, algo así como los bosques petrificados o las ciudadelas abandonadas. Un vestigio no solamente de la tragedia, sino también de la grandeza. Dios, pensó el oficial mientras contemplaba la escena, sí que hay lugares raros en el mundo. Las aguas no debían ser muy profundas, porque parecía como si los restos de los barcos descansaran en un lecho de tierra firme, como si se tratase de animales que se hubieran echado a dormir sobre el costado y estuviesen prestos a levantarse en cualquier momento. El oficial sintió un escalofrío y cerró la ventana. Se dijo que el olor a encierro ya había partido de todas formas, aunque en el fondo sabía que no era verdad. Como fuera, no le agradaba en lo absoluto la idea de dejar abierto con *aquello* allí afuera, tan a tiro de piedra de su propia cama, como si estuviera durmiendo, se dijo, al lado de un cementerio. Qué tontería, pensó, un cementerio en el mar. Fue quizá en ese instante preciso (aunque quizá hubiera sido antes) que el oficial Jean empezó a encontrar desagradable aquella isla. No le gustaba, punto. Sin razón precisa, o él no podía nombrarla al menos, pero no le gustaba, como a algunos

no les gusta la zanahoria y a otros no les gusta el perejil. Aquella isla recóndita poseía algo que la hacía incomprendible, algo que el oficial Jean no alcanzaba a discernir del todo, pero que le causaba desasosiego. Algo más allá de la superficie. Eso es, se dijo, es como si hubiera en la isla algo no visible, algo oculto en sus entrañas, ahí o quizá en el océano circundante pero en todo caso algo amenazador y malvado. Algo vivo, semejante a un monstruo marino.

El próximo en la línea de investigación era, quién más, Augusto Korzynsky. El alguacil ya lo había convocado y éste debía presentarse en la alcaldía aquella misma mañana. El oficial Jean se sorprendió grandemente al enterarse de que aquél no había sido interrogado aún. Ni una vez. El alcalde le dijo, a guisa de explicación, o de excusa, que sencillamente no veía la pertinencia. Nos interesaba encontrar a la muchacha, oficial, agregó, y era obvio que ésta no estaba con él. El oficial Jean se quedó impertérrito. En general, y esa era quizá una de sus pocas cualidades (aunque quizá fuese más bien un defecto, todo dependía), el oficial buscaba atenerse a las formas y a los procedimientos. En consecuencia, le gustaba seguir las reglas, aunque fuesen implícitas, y aquí la regla tal y como él la concebía le decía que era preciso indagar primero en las cercanías, en lo obvio, buscar en lo probable antes de meterse en lo improbable. Agotar los recursos más inmediatos antes de escarbar en las entretelas de lo lejano. ¿Y qué cosa más obvia que la propia familia? Nunca se sabía, y los casos de esa índole eran numerosísimos: un padre demente, una madre enfurecida. El alcalde puso cara de espanto. Todos lo conocemos, dijo. Nunca podría, nunca...La madre, por su parte, no contaba. Estaba muerta, le había dicho el alguacil. Bien muerta, y desde hacía mucho. Una tragedia,

había agregado aquél con expresión sombría en el rostro. Al hombre ya no le queda nada. Como en el libro de Job, oficial. Sí ha leído la Biblia, supongo. Supone mal, pensó el oficial Jean, aunque no se lo mencionó.

¿En dónde estaba aquella noche?, preguntó el oficial Jean, pero Augusto Korzynsky no respondió. En vez de eso se retorció en su silla frotándose una mano con la otra, aguantándose un llanto que, pese a sus esfuerzos, en ocasiones parecía querer desbordarse, romper todos los diques, escapar a todas las ataduras. ¿Está usted bien? ¿Quiere un pañuelo?, le preguntó el oficial mientras lo observaba con detenimiento. El hombre era de tez muy blanca, de cabello de un rubio cenizo. A él sí que le venía bien su nombre, porque sus facciones tenían algo, precisamente, de agosto, algo de general nazi en el exilio. De joven, pensó el oficial, debía haber sido un hombre muy apuesto. No se lo imaginaba siendo lo que era: un historiador, según le habían dicho, un historiador venido a menos que enseñaba (seguramente más por necesidad que por placer) en la única escuela secundaria de la isla. Trató de imaginarlo corrigiendo a sus párvulos, señalando en un mapa con una vara, o escribiendo la fecha de alguna famosa batalla en la pizarra, pero no lo consiguió. Tras algunos minutos de silencio Augusto Korzynsky dejó al fin escapar algunas frases medio desconectadas, frases del todo confusas, de suerte que no se sabía a cuál de las preguntas estaba contestando, o si las estaba contestando todas, o ninguna, o si las había escuchado siquiera. Eso sí, su inglés era impecable, por lo que sin necesidad de preguntarlo el oficial Jean supo que Korzynsky debía o bien haber nacido en Norteamérica, o bien haber llegado a ella muy niño. Acto seguido, el interrogado pidió un vaso de agua, que el oficial Jean hubo de ir a traerle del garrafón del pasillo,

un garrafón cuyo fondo se veía de un verde proverbial, un verde esmeralda. Ahora sí, ¿se siente mejor?, preguntó. Sí, sí, oficial, lo siento. No es fácil, se imaginará. No es fácil. No, el oficial Jean no podía imaginárselo. ¿En dónde estaba usted aquella noche?, repitió. La noche en que su hija desapareció. Augusto levantó la mirada y sólo entonces el oficial Jean tuvo plena visibilidad sobre sus ojos azules, unos ojos que en ese momento sólo pudo calificar de majestuosos. Unos ojos que parecían, como se dice tan a menudo en las novelas cursis, dos estanques profundos, aunque en este caso se tratara de dos estanques que parecían abandonados, errabundos. Augusto tragó saliva, tomó otro sorbo de aquella agua seguramente plagada de microorganismos nocivos, y luego dijo con voz temblorosa por la emoción que estaba con una mujer. El oficial Jean sonrió y respiró casi con alivio. Con una mujer. Menos mal, dijo, por ahí podemos empezar.

Apenas dos horas más tarde la mujer en cuestión se presentó en la alcaldía. Era ésa, se dijo el oficial Jean, una de las grandes ventajas de trabajar en un lugar tan compacto, de tan pocos habitantes como Isla de Arena. Un lugar, además, del que nadie podía escaparse. Esta isla era en suma, concluyó, el paraíso de todo detective. La mujer estaba parada en el resquicio de la puerta. Se llamaba Ivonne. Estaba cohibida, se notaba. En lugar de entrar y de tomar asiento, como hubiera sido lo normal, lo que toda persona con cierta dignidad hubiera hecho, ella prefirió permanecer de pie, afuera, como un niño que ha sido convocado a la oficina del director y espera paciente, nerviosamente, a que le den instrucciones precisas para moverse. Pero el oficial Jean no le dirigió la palabra, ocupado como estaba tomando notas. Si acaso en algún momento levantó el rostro de su libreta para

echarle una mirada. Fue una mirada rápida, pero le permitió determinar de inmediato, pese a su poca experiencia de primera mano con el sexo femenino, que la interfecta era objetivamente fea. Al oficial Jean le gustaba aquella palabra: objetivamente. Significaba que no era que le pareciera fea a él, a Jean Legrand en particular, sino que era razonable pensar que, en circunstancias semejantes, le habría parecido fea a una gran cantidad de hombres, a una mayoría de hombres, o a todos los hombres y, muy probablemente, a algunas mujeres también. ¿Cómo podía saber todo esto? ¿Y de una sola mirada, además? Era difícil de explicar. Sencillamente le parecía, siempre le había parecido que ciertas cosas podían percibirse sin contaminación. Como los colores. Sus características son, digamos, evidentes, incontrovertibles a simple vista. Cierto que podía haber algunos matices, algunas zonas de sombra, que existían gradaciones, pero con todo y eso el rojo no era ni por asomo verde, ni el amarillo podía confundirse jamás con el azul. Así, de la misma forma en que Kalinka Korzynsky le pareció bella de inmediato, la mujer con la que Augusto Korzynsky, de creer su versión, estaba cogiendo aquella noche era fea. Punto. Ivonne (así, con doble ene y e al final) era bajita, robusta, de nariz aplanada y de rasgos ligeramente negroides. Trabajaba de secretaria en la oficina de correos. De secretaria, y de despachadora, y a veces, en sus propias palabras, también de personal de intendencia. Ya en la oficina Ivonne resultó ser, pese a su físico poco agraciado, desenvuelta y hasta simpática (lo que probablemente era la razón, supuso el oficial, de la atracción de un hombre como Korzynsky hacia ella). Y era precavida. Lo primero que le dijo al oficial fue que no quería tener problemas. Que se había escapado de su país en una balsa, como esa gente que uno ve a veces en la televisión, afirmó, y que por eso mismo se merecía un poco de

consideración. Soy cubana, dijo entonces sin dejar de sonreír y en un inglés apenas aceptable. Allá en Cuba las cosas son muy horribles, y no quiero volver. Así dijo: *muy horribles*. Al parecer ella y el padre de la muchacha eran amantes desde hacía alrededor de dos años y se veían de manera más o menos regular, ya fuera en la oficina postal (el oficial Jean no quiso imaginarse la escena ni las circunstancias de aquellos encuentros) o en la casa de ella, una casita modesta como todas las de la isla, situada en la parte trasera de la propia oficina postal. Era ahí en donde ambos se encontraban aquella noche. A decir de Ivonne ella y Augusto entraron a su casa a las doce precisas (lo sé, oficial, porque trabajo en el correo y siempre estoy pendiente de la hora. Por los sellos, ya sabe), y estuvieron allí un rato, aunque no lo habían hecho. No del todo, dijo ella. Solamente se besaron y tocaron un poco. Un poco, ya sabe, dijo ella con mirada pícara. El oficial Jean quiso que aquel interrogatorio terminara lo antes posible. Luego, siguió diciendo Ivonne, Augusto vio la hora (no sé por qué, dijo ella. A veces él era medio raro, y veía la hora sin motivo, como si tuviera prisa) y decidió marcharse. El oficial Jean notó un leve, muy leve rastro de indignación en la voz de ella cuando dijo que Korzynsky ni siquiera quiso desnudarla. Ella había tratado en vano de disuadirlo pretextando que llovía demasiado, que hacía frío. Bien podía quedarse conmigo, afirmó Ivonne, quiero decir, quedarse sin motivo, porque me apetecía nada más. A veces uno tiene que darle gusto a la mujer, ¿no cree usted? Los ojos de Ivonne parecieron súbitamente iluminados por alguna verdad eterna: A los hombres a veces les apetece y a veces no, pero nunca le preguntan a una qué quiere. Así es la vida, supongo, concluyó ella con un suspiro. El caso era que Augusto Korzynsky se había marchado a eso de las dos o tres de la mañana. Luego la testigo agregó sin el menor

empacho que era posible corroborar su versión preguntando a los vecinos. Según ella, éstos acostumbraban espiar sus llegadas, algunos hasta el punto de atisbar por los resquicios y pegar la oreja a la pared para escucharlos a la hora del sexo. El incómodo oficial fingió hacer algunas anotaciones más, tras lo cual la despidió. Mientras ella se dirigía a la salida por aquel pasillo mal iluminado el oficial Jean le lanzó una última y rápida mirada. Sí, era fea. Decidida e inobjetablemente fea.

Tras interrogar a Augusto Korzynsky y a su amante (no usó esa palabra en su libreta, pero no podía pensar a la tal Ivonne como otra cosa que no fuera eso), el oficial Jean decidió emprender el que sería su primer recorrido por la isla. Lo primero que le sorprendió fue esa suerte de falta de movimiento, esa cualidad estática del sitio, esa rampante inmovilidad que presintiera desde su llegada. Dios mío, pensó, es como si este lugar se hubiera quedado petrificado en el tiempo. Se acordó que le habían informado que muchas de las pesquisas iniciales se habían centrado en la zona del faro, una zona llena de socavones, así que le pareció un punto lógico para iniciar su excursión. Aunque aquello estaba en la parte más alejada de la zona en donde se encontraba consiguió, tras hablar con el alcalde, que uno de los guardacostas lo llevara en su jeep. En cuestión de una media hora estuvieron en el punto más cercano al faro hasta el que se podía acceder en vehículo, y desde donde era preciso continuar a pie. La subida era modesta, pero el oficial Jean no estaba en forma, así que para cuando llegaron a la cuesta tuvo que detenerse a recuperar el aliento. Luego levantó la mirada hacia el faro, un armatoste blanco que tenía el aspecto de un viejo mamut abandonado. De eso, o de un rascacielos que hubiese sobrevivido a una guerra nuclear. Notó que, extrañamente, las ventanas estaban

tapiadas con cartón, como si alguien hubiese querido evitar que entrase la luz, u ocultar lo que estaba pasando adentro. El oficial se acercó a la pequeña puerta de hierro forjado. Está cerrado con candado, le dijo el guardacostas, un muchachito que no debía tener más de veinte años, un mozalbete con el rostro cubierto de acné. El farero tiene las llaves, agregó éste, quizá anticipando la pregunta. ¿Quiere que vayamos a buscarlo? No, ahora no, respondió el oficial Jean. Sabía que le sería preciso de todas formas volver al sitio con más calma, y ya que se había tomado la molestia de subir hasta acá al menos quería hacerse una idea clara del entorno, reconocer físicamente el lugar, por así decirlo. Se puso a circundar el faro, e incluso trepó hasta el borde del peñasco que lo soportaba, desde donde se alcanzaba a ver, hacia abajo, una playa muy tranquila y de aguas transparentes. Pensó en lo que haría falta para bajar por ahí. Eran al menos quince metros y aquello no parecía ser en absoluto roca sólida. No debía ser fácil descender, ni siquiera para una muchachita sola, mucho menos, pensó, para alguien cargando un cuerpo. Volvió luego a la parte frontal del faro. El joven guardacostas se sentó a la única sombra a la redonda, la sombra arrojada por el propio faro. Extrañamente el oficial Jean tuvo la impresión de que desde arriba, es decir, desde un avión por ejemplo, un avión que volara más o menos bajo, aquello debía parecer un gigantesco reloj de sol. Un reloj cuya aguja fuera el faro. La idea le hizo gracia, y hasta le pareció ingeniosa. Entonces algo a sus pies llamó su atención. ¿Qué es esto?, dijo. ¿Huesos? Sí, eso parecían en efecto. Huesecillos. Con plumas algunos de ellos. Observando bien notó lo que parecían ser trozos de carne, de carne putrefacta parcialmente devorada por los gusanos, los corucos o por cualesquiera otros bichos carroñeros que pudieran habitar en el lugar. Sintió náuseas, pero la voz del

guardacostas lo obligó a recobrase: A veces chocan con el faro atraídas por la luz, dijo éste. Las gaviotas, quiero decir. Sin saber muy bien por qué, ni para qué, recogió uno de aquellos huesos de pájaro y lo echó en una bolsa de plástico que encontró en el piso. Luego siguió caminando por la zona un rato hasta que de pronto, en la dirección opuesta, una vieja cabaña atrajo su atención. ¿Y eso?, preguntó, señalando con la mirada. Está abandonada, dijo el guardacostas. Hay muchas cabañas abandonadas en la isla. Aquí la gente se hace una casa, luego se aburre y se va a otra parte. El oficial quiso ir a investigar. La cabaña era de altos maderos podridos y la puerta, pese a estar ligeramente colgada, cedió al primer empujón. Un olor espeso se escapó del interior y el oficial Jean se cubrió la nariz sin disimulo. A veces se inunda, es natural que se críen hedores, le dijo el guardacostas en un tono que al oficial le pareció condescendiente, casi irrespetuoso viniendo, como venía, de un chico tan joven. Notó también lo que parecía ser un viejo catre en el fondo de la cabaña. Ante su mirada de interrogación el guardacostas dijo que a algunas parejas les gustaba venir allí. Al oficial Jean le pareció que el muchachito se ruborizaba al decir aquello. Preguntó si alguien había tomado muestras. ¿Muestras?, le respondió el chico con evidente sorpresa. El oficial Jean se dio cuenta entonces, con horror, de que este alejamiento físico de la isla era también, al mismo tiempo, un alejamiento en el tiempo, una especie de retroceder en la historia, aunque fuera solamente algunas décadas. Cobró conciencia también, de pronto, de lo ridículo de su propia empresa. Para poder llevar a cabo su investigación *con éxito* hubieran hecho falta equipos sofisticados, perros rastreadores, qué se yo. Entonces la verdad lo apabulló: lo habían mandado porque no les importaba. Porque ya daban a la muchacha por muerta, o porque pensaban que aparecería

por sí sola, o quizá sencillamente porque sospechaban (como lo empezaba a sospechar él mismo) que esta gente estaba loca. A saber. El punto era ese: que no les importaba. No se lo tomaban en serio, al menos. Ante aquella constatación el oficial Jean a punto estuvo de dejar escapar una carcajada. En vez de ello, por no dejar, por hacer como que hacía su trabajo frente al guardacostas con acné, tomó de todas formas algunas muestras al azar: cabellos que se encontró por ahí, algunos pedazos de lo que parecía ser tela, o papel, más un pincel viejo y herrumbroso. Luego los metió todos en una bolsita de plástico que se sacó del bolsillo y que había contenido un sándwich esa misma mañana. Un sándwich de tomate y queso. Al salir de la cabaña el oficial Jean tuvo que cerrar los ojos, deslumbrado ante el golpe de luminosidad. Sólo a medida que se iba acostumbrando pudo contemplar a sus anchas aquel paisaje que se le antojó casi lunar, lleno de agujeros cavados aquí y allá por los propios lugareños durante la búsqueda, como un plato cuarteado y cubierto de cicatrices. Oteó el horizonte. A lo lejos el mar se levantaba en pequeñas crestas verdosas. Parecen, pensó con pesar, las jorobas de un animal antediluviano.

El tercer día el oficial se pasó casi toda la mañana y parte de la tarde reordenando el expediente. Con razón no se ha llegado a ningún lado, pensó. Aquello era un caos. Antes de que empezara a oscurecer fue a ver al alcalde, a quien le pidió que custodiara sus pruebas. Al recibir de manos del oficial Jean las bolsas con aquellos repugnantes objetos el alcalde se le quedó mirando un instante, totalmente perplejo, y luego, como si despertara de pronto de un sueño muy profundo sacudió la cabeza y balbuceó algo que el oficial no entendió. Después, mientras ocultaba las pruebas (esa fue la sensación que tuvo

el oficial Jean: que el alcalde *ocultaba* las pruebas) en un cajón, asegurándole que más tarde las guardaría en el frigorífico, o en el congelador, o algo así, le sugirió que fuera a ver al director de la escuela secundaria. ¿Al director de la escuela?, preguntó el oficial Jean. Es la única de la isla, le dijo el alcalde, la misma en donde trabaja Augusto Korzynsky. El oficial Jean se dijo que, de ser así, aquel hombre, el director, era su jefe directo. Además, aunque el alcalde no lo mencionó, el oficial supuso que se trataría también de la misma escuela a la que asistiera Kalinka hasta antes de su desaparición. La visita, concluyó, no estaba pues de más. Le dio las gracias al alcalde y se encaminó en ese mismo momento rumbo a la escuela.

El director ya no estaba en su oficina, pero el barrendero le indicó que podía tocarle, que su casa era la de enfrente, y el oficial Jean se animó sólo porque la puerta estaba entreabierta. Pase, pase, le dijo la que debía ser la mujer del director. Lo recibió tan afablemente, tan sin extrañamiento, que el oficial Jean supuso que el alcalde debía ya haberlos puesto sobre aviso acerca de su llegada. El director cenaba en este preciso momento, dijo su esposa, pero con gusto lo recibiría. Le encanta recibir gente cuando come, agregó aquélla, como si fuera la cosa más natural del mundo. Al entrar al oficial Jean le pareció que, en efecto, el director debía tener en alta estima el acto de comer. Para empezar la casa entera parecía reducirse al comedor, que ocupaba cuatro quintas partes de la, por lo demás, pequeña estancia. A la mesa estaban también sentadas tres niñas cuyas edades irían de los seis a los doce años. La atmósfera era tan grotescamente familiar, íntima a más no poder, que el oficial Jean se arrepintió enseguida de haber venido. Era, empero, demasiado tarde para marcharse, porque todos habían soltado sus cubiertos y lo miraban

con gran expectación. Resignado, el oficial se acercó y se presentó, saludando de mano al director. Los dedos de éste estaban cubiertos de lo que parecía ser grasa, una pátina pegajosa y ligeramente amarillenta de manteca, o de aceite. El oficial Jean declinó educadamente un plato de aquel asado mientras se limpiaba disimuladamente en el mantel. Por espacio de algunos segundos se sintió tan turbado que incluso pensó en decirle al director que debía marcharse, que tenía una cita o algo así, y que lo vería mañana, en su oficina, pero ya su esposa le acercaba una silla en la que el oficial Jean se sentó de mala gana y dando un suspiro. El director era un hombre obeso, de cutis tan grasiento como el manjar que, literalmente, estaba dejando en los huesos. Parece un hombre con aspecto de marinero, pensó el oficial. Un hombre burdo, de malos modales. Al oficial Jean le sorprendió que estuviera dedicado a la docencia. Tras algunos minutos de charla más o menos insulsa el oficial Jean fue al grano. ¿Qué sabía de la desaparición?, preguntó. Nada, dijo el director. Lo mismo que todos. Se hizo en torno a la mesa un breve silencio sólo interrumpido por los sonidos de la deglución. Esa chica no debería haber salido de su casa sola en primer lugar, murmuró entonces el director, sin dejar de comer. Más que hablar mascullaba entre un bocado y otro, como una vieja vaca pastando, un animal devorando a otro animal ante los impávidos ojos de sus tres hijas y de su mujer. No debería haber salido, repitió mientras se llevaba otro bocado a la boca. No a esas horas y en medio de la tormenta. Él mismo, aclaró, se había prestado a las labores de búsqueda. Nada, dijo entre un trago y otro de la cerveza con la que acompañaba su cena, es como si el mar se la hubiera tragado. Sabe, oficial, el mar. Es traicionero, no respeta. Dos semanas, oficial, dijo extendiendo dos dedos en cuyas puntas resplandecían

minúsculos trozos de carne, la buscamos dos semanas. ¿Por qué dice usted que no debería haber salido sola?, preguntó el oficial Jean reprimiendo una mueca de asco. Era demasiado bella, espetó su anfitrión, que tomó otro pedazo de carne y se lo arrojó a la boca. De pronto al oficial Jean la voracidad de aquel hombre le pareció monstruosa, y tuvo la impresión de estar asistiendo de manera involuntaria a un acto de canibalismo. Los ojos del director, unos ojos inyectados de sangre, como si llevara muchas noches en vela, se paseaban alternativamente de uno al otro de los rostros de sus tres hijas que, sentadas frente a él, comían en silencio. Un sonoro eructo se escapó de pronto de aquella boca brillante de grasa. ¿Sabe a lo que me refiero, oficial?, agregó el director limpiándose con el dorso de la mano. Es lo que acabo de decir, repitió: Era *demasiado* bella. Tanta belleza no es buena. El oficial Jean miró entonces a las hijas del director. Las tres se le parecían: miembros gruesos, rostros aplanados, expresiones insulsas y un tanto beodas. El hombre sonrió, satisfecho al ver que el oficial, al parecer, había comprendido: La fealdad es una bendición, oficial, remató con una horrible sonrisa. El oficial Jean se marchó tan pronto como pudo y no hubo manera de convencerlo de que se quedara para el postre. Estaba molesto de haber venido a ver a este hombre, y molesto también con el alcalde, por haberlo enviado allí. ¿Para qué? ¿Qué cosa quería mostrarle? Se sentía aturdido, asqueado. En el camino a su albergue iba aún pensando en el director. Se lo imaginó tomándose un par de cervezas antes de irse a dormir, tranquilo, satisfecho y, qué duda cabe, aliviado de no ser el padre de aquella belleza que se había perdido.

Ya desde aquella tercera noche el oficial Jean, que era un hombre práctico, poco dado a las contemplaciones o a los sentimentalismos, llegó a una conclusión preliminar: En su

opinión las posibilidades de encontrar viva a la muchacha eran mínimas. A esta hora Kalinka Korzynsky debía ya ser comida de tiburones, o por lo menos alimento para los gusanos. Ese cuerpo, que por lo que se veía fuera en vida bastante apetecible, debía ser hoy una cosa informe, color verde musgo, hinchada y pestilente. Lo sabía porque había visto a los ahogados muchas veces en las costas de Halifax y también en algunos libros de criminología. Había sido testigo, pues, ya de primera mano, ya indirecto, de los devastadores efectos del ablandamiento de los tejidos debido a la absorción de agua. Había vislumbrado más de una vez la horrenda verdad que se encierra tras aquella frase tan socorrida que dice que somos polvo (lo que en la engañosa lógica del oficial Jean equivalía a decir que somos lodo, basura o podre) y que al polvo hemos de volver.

La primera semana se fue sin mayor novedad. Al cabo de más o menos diez días, y notando sin duda que aquello de las investigaciones iba a durar mucho, o al menos sí más de lo que ellos (las autoridades locales, o los propios habitantes) se imaginaran, el alcalde notificó al oficial Jean que se le iba a facilitar de manera permanente la oficina adyacente a la suya. El oficial Jean experimentó un asomo de pánico: ¿cómo *permanente*? Se vio a sí mismo languideciendo entre aquellos muros con el horizonte azul por toda posibilidad futura. Pero pasada la sorpresa inicial el oficial Jean aceptó el lugar de trabajo que se le ofrecía con alegría apenas disimulada. Al menos ahora, se dijo, tendría un poco de privacidad (hasta ahora había tenido que trabajar prácticamente en el pasillo). La oficina era minúscula, cierto, y sin mayor equipo que una mesa y un par de sillas, pero contaba con un cajón, y tenía una pequeña ventana al fondo, casi una ranura, cierto, pero al

menos daba para que por ella alcanzara a filtrarse un asomo de luz. También estaba la fotocopiadora, aunque descompuesta. El oficial se instaló allí enseguida. Lo primero que hizo tras tomar posesión de ésta fue mirar hacia afuera. Se alcanzaban a distinguir, no muy lejos, las crestas de arena sobre las cuales el viento modelaba unas dunas de aspecto inquietante que, según le dijeran, cambiaban de lugar frecuentemente, caprichosas como apariciones. Hoy estaban y mañana no. Extraño, muy extraño, pensó. Algunas de ellas estaban salpicadas de finas manchas de hierba y desembocaban en playas tristes y, valga decirlo, arenosas. Notó que había una bandada de pájaros en una de ellas. Se acordó que el alcalde le había informado también que la isla era un santuario de aves. Peculiar palabra esa: santuario. Le hacía pensar en algo religioso. En algo místico por lo menos. Además de las aves, la escasa fauna de la isla estaba conformada esencialmente, también según el alcalde, por aquellos animales que se habían acostumbrado al rigor de su clima y que habían logrado sobrevivir pese a la falta de flora. Debía ser eso lo que llamaban, ¿cómo era?, eso que aprendiera en la escuela primaria, las leyes de la evolución. Esta isla es un laboratorio, se le ocurrió de pronto al oficial. Luego la frase le pareció ridícula. ¿Cómo un laboratorio? ¿Y quién es el científico? ¿Quién? Cerró la cortinilla con fastidio e hizo lo posible por concentrarse en su trabajo.

Durante un par de horas el oficial Jean se dedicó a revisar nuevamente los pormenores (más bien escasos) del caso (más bien desconcertante) que tenía enfrente. Tardó casi sesenta minutos en darse cuenta de que, además de un par de cabos sueltos, seguía sin tener nada. Literalmente. Nada. Cero. Malhumorado por aquella constatación se levantó por un café. En la comisaría en Halifax tenía la costumbre de

levantarse por una taza de café aproximadamente cada hora y siempre se había jactado de que al menos su monótono trabajo era siempre recompensado por un café decente, y si no de primera sí de aceptable calidad. Aquí lo único que encontró fue una cafetera gastada, de esas de tipo más bien casero, olvidada en el fondo del pasillo. Se sirvió un poco del contenido de la jarra en un vaso desechable que encontró al lado (y que le pareció medianamente limpio) y se lo llevó a la boca, sólo para escupirlo en el acto. Estaba frío. Desde hacía mucho, al parecer. El oficial Jean tiró el resto del café en una maceta cercana y no tuvo más remedio que volver a su sitio de trabajo sin haber satisfecho su necesidad de cafeína. Un rato más permaneció allí dentro, sintiéndose empero sumamente nervioso, como era de esperarse. Se levantaba, se volvía a sentar, se tocaba a intervalos la barbita, una barbita rala y descuidada y ya más gris que negra. Pese a todo se esforzó por, al menos, intentar imaginar escenarios. Si el padre no estaba en casa, como él lo afirmaba, la chica debía haber pasado la noche sola. Aunque desde luego, en principio alguien pudo haber entrado a su casa *antes* de que ésta volviera. Pero Augusto Korzynsky fue claro al respecto: la casa estaba intacta y la cama de ella no estaba deshecha. Eso fue la noche del lunes, la noche de la tormenta (aquí, el oficial puso una indicación, que le servía para acordarse de que debía indagar más al respecto). Augusto Korzynski dijo también que ella había pasado a verlo a la escuela ese mismo lunes, a eso de las tres, para pedirle dinero. Eso quería decir que había desaparecido *después* de esa hora, ya sea que no hubiese llegado a casa nunca, o que hubiese llegado sólo para volver a salir por la noche. ¿Salir adónde en este lugar? ¿Y en medio de una tormenta? Como sea, el oficial escribió: *desaparición entre las tres de la tarde y la medianoche*, más por darse un punto

de referencia que por otra cosa. Alrededor del oficial yacían dispersos por doquier los papeles del expediente, la fotografía de la chica, más otra pila de documentos varios que, aunque no tenían nada que ver con el caso, fueron dejados ahí, olvidados, sepultando a los demás y reduciendo la movilidad del oficial al mínimo. Bruscamente el oficial los retiró de allí y los puso en el suelo, en un rincón. Del cajón del escritorio extrajo luego un par de hojas blancas sobre las que garabateó algunas cosas, ideas sueltas esencialmente. Nada llega a esta isla con frecuencia, escribió, y luego trazó una línea. Nada (salvo el correo) sale de ella casi nunca. Trazó otra línea. Según el alcalde, a todo lo largo de la costa dormían (esa era la palabra que creía recordar que aquél había usado: dormir, como si se tratase de serpientes, o de escorpiones) los agujeros de agua. ¿Qué cosa es eso?, preguntó el oficial Jean, que había crecido en Ontario, en un pueblo a varias millas de cualquier cuerpo de agua y a quien, por lo tanto, nadie podía culpar por ignorar esos menesteres marítimos siendo esencialmente un hombre de tierra firme. Son como remolinos, le respondió el alcalde sin un asomo de pedantería, son vacíos que succionan. Eso hacía sumamente improbable, pensó el oficial, que alguien se hubiera atrevido a salir en alguna embarcación de menor eslora, digamos en una de las lanchas pesqueras. No en plena tormenta, al menos. La chica tiene que estar en esta isla, en algún lado, le había dicho el alcalde hacía un par de días. Aquello volvía loco al oficial Jean. ¿Por qué suponía el alcalde que estaba viva? ¿Por qué todos parecían darlo por hecho? ¿No mostraba todo, acaso, que lo que estaban buscando a estas alturas no era una muchacha, sino sus restos? El oficial Jean se descubrió terriblemente mezquino al desear, en aquel momento, encontrar el cadáver de la muchacha, no sólo para poder largarse a casa cuanto antes sino para demostrarle

al alcalde, a todos, de manera fehaciente y *objetiva* cuán equivocados estaban. Luego se sintió culpable y mejor se puso a trabajar.

Un rato más tarde el oficial Jean se despertó presa de una gran confusión. Miró a su alrededor con ojos alquitrانados de sueño y constató que seguía en la oficina. Se había quedado dormido, concluyó alarmado, ahí, sobre el escritorio. Dormido como un tronco, en pleno cumplimiento (o mejor dicho, incumplimiento) de su deber. Menos mal que nadie había venido a buscarlo, se dijo mientras se incorporaba y se arreglaba la camisa y el cabello. Luego pensó con horror que tal vez *sí* había venido alguien, alguien importante, se le ocurrió absurdamente, alguien que lo había encontrado no ausente, lo que hubiese tenido justificación, sino presente, sentado en su oficina pero no alerta, sino todo lo contrario, babeante y con los ojos cerrados. Se sintió avergonzado de sí mismo. Nunca le había pasado. Aquello, aún para sus más bien laxos estándares de excelencia, faltaba totalmente a toda regla del deber y de la ética profesional. Se levantó y pensó en abrir la ventana para ventilar un poco la habitación, pero descubrió que era imposible. Afuera empezaba a oscurecer y a lo lejos el color de la arena parecía confundirse con el de las aguas circundantes, de suerte que ambas, arena y agua, parecían una sola cosa con el vasto horizonte gris, una única mortaja dolorida. Sobre la playa descansaba una barca visiblemente abandonada. Según el alcalde, en otra época los pescadores eran más numerosos que ahora, y se dedicaban casi exclusivamente a la caza de morsas, focas y elefantes marinos. Durante varias décadas aquel oficio (un tanto innoble a ojos del oficial) había pasado de padres a hijos, por lo que la isla había sido hogar de generaciones enteras de descuartizadores de mamíferos

marinos. Luego el gobierno federal lo prohibió y la caza en la isla fue entrando en decadencia, aunque todavía quedaba algún puñado de hombres que seguía en ello, más por nostalgia que porque fuera rentable. El oficial Jean se preguntó qué podía haber traído a la gente, a cualquier tipo de gente, a una isla que ofrecía semejantes condiciones de vida. El azar, tal vez. No, se corrigió de inmediato, debe haber otra cosa. Por más que pensó, empero, no se le pudo ocurrir qué.

Convencido de que por aquel día, y confinado al poco salubre ambiente de su cubil, no lograría gran cosa, el oficial salió al pasillo. Al principio no tenía muy claro para qué, aunque pronto le pareció evidente que estaba simplemente buscando alguna señal de vida, y concluyó que su actitud delataba, pues, un así fuera rudimentario instinto de supervivencia. Dedujo que el alcalde debía seguir en su oficina (es decir, en la que temporalmente era su oficina, que en realidad era la oficina de un subalterno, y que por lo tanto debía ser todavía más pequeña que la suya), porque una lucecilla tímida se filtraba por el resquicio de la puerta. El oficial Jean sintió un súbito dejo de conmiseración por aquel hombre. Ser alcalde de este lugar le parecía como ser el rey del país de chocolate. Se le ocurrió que el alcalde debía estar imponiéndose aquello como un castigo, como una penitencia tal vez. Una especie de automutilación. Sin pensárselo dos veces se dirigió hacia allá y tocó la puerta. ¿Quiere tomar un café?, se escuchó preguntar tímidamente por una minúscula abertura, como si no se atreviera a abrir la puerta por completo y a lo más que osara llegar fuera a asomar los ojos como un niño travieso. El alcalde levantó el rostro y al oficial le pareció que por un fugaz instante lo miraba con rencor. Se preguntó si lo habría visto allí, tirado sobre su escritorio, pero enseguida dedujo que

no. Una nueva mirada al rostro del alcalde lo convenció de que lo que veía no era rencor, ni odio, ni siquiera reproche, sino simplemente un rasgo típico de la gente un tanto adusta como aquél. Por todo lo demás, el rostro del alcalde era un rostro que, a diferencia del suyo, parecía no tener nada que esconder. Era un rostro de libro abierto. La máquina no funciona, le respondió el alcalde. Pero debe haber otro lugar, supongo, dijo el oficial Jean. Algún sitio adónde podamos ir y hablar un rato. El alcalde permaneció pensativo unos minutos, demasiados a juicio del oficial Jean, que empezaba ya a prever su retirada cuando, como recordando algo, el alcalde se levantó de golpe: Hay un restaurantito aquí cerca, dijo. Vende principalmente pescado, pero podemos ir ahí.

El restaurante en cuestión consistía en realidad en apenas un par de mesas y unas cuantas sillas en donde una mujer de mediana edad pasaba el día entero metida en una cocina precaria, pero capaz de permitirle preparar pescado de al menos doce maneras diferentes. El café que la mujer improvisó al alcalde y al oficial Jean resultó, a fin de cuentas, casi tan malo como el de la cafetera, pero éste se dispuso a beberlo con un suspiro de resignación. En realidad no había venido por el café de todas formas. La invitación era más bien una excusa, un pretexto para intercambiar impresiones con el alcalde, más por sentir que tenía alguien con quién dialogar sobre el caso, alguien de quién esperar, quizá, algunas respuestas. El alcalde pareció leerle la mente, y tan pronto hubo dado un pequeño sorbo a su propio vaso abordó el tema, antes incluso de que el oficial Jean pudiera siquiera decir palabra. ¿Cómo van las cosas con la investigación?, preguntó, ¿hay algo ya? Estas cosas toman tiempo, dijo el oficial. Mhm. Tiempo, ¿eh? El oficial Jean decidió pasar por alto el tono irónico del alcalde. De lo que se

trataba, pensaba, era de aprovechar estos minutos para llenar algunos huecos en los que estaba trabajando mentalmente. Nada fuera del otro mundo, sólo detalles que, se decía, le ayudarían a tomar el rumbo correcto. A tomar algún rumbo, al menos. ¿Cómo murió la esposa de Korzynsky?, quiso saber, aunque creía haber ya hecho la misma pregunta el día de su llegada. En todo caso, no recordaba la respuesta, y el alcalde le respondió de lo más natural: No lo sé exactamente, dijo con un suspiro. Una enfermedad. Ella era muy frágil, pero fue una enfermedad repentina. Al oficial Jean le pareció que los ojos del alcalde adoptaban de pronto una expresión de gran pesadumbre, una expresión que no le había visto en ninguno de los días previos. También era muy hermosa, agregó aquél. Como la hija, afirmó el oficial Jean, espontáneamente. Sí, exactamente como la hija, respondió el alcalde, y de pronto al oficial Jean se le ocurrió que éste había estado enamorado de la esposa de Augusto Korzynsky. Después de todo, este lugar era muy pequeño. No debían abundar las mujeres atractivas. No debían abundar las mujeres, sencillamente. Eso explicaría también por qué estaba tan interesado en encontrar a la muchachita. ¿Tenía algún enemigo?, preguntó entonces el oficial. Me refiero a Korzynsky. No que yo sepa, respondió el alcalde, quien pareció como salir de alguna caverna, porque en su rostro aparecía la expresión de quien ha sido deslumbrado por algún resplandor muy intenso. Augusto, dijo, es un hombre muy reservado. Un maestro. Un hombre de bien, si sabe a lo que me refiero. Es hijo de inmigrantes, y está acostumbrado a esta vida. Una vida sencilla, oficial, casi adusta. ¿Y la mujer?, agregó el oficial. La amante, quiero decir. El alcalde sorbió otro poco de café en un evidente gesto que buscaba ocultar su mirada, pero aún así el oficial Jean notó que fruncía el ceño ante aquel comentario. Era obvio que no le agradaba el tema,

y aquello reforzó el presentimiento inicial del oficial acerca de una hipotética relación, o atracción al menos, entre el alcalde y la mujer de Korzynsky. Todos cometemos errores, musitó aquél. Tras la muerte de su mujer, dijo el alcalde, el hombre estaba muy solo. Tenía derecho, supongo, a tener a alguien. Sobre todo, dijo mientras paseaba la mirada a su alrededor, sobre todo en este lugar. Al oficial Jean le pareció que el alcalde estaba hablando no de Augusto Korzynsky sino de sí mismo, de una manera codificada y evasiva, cierto, pero al mismo tiempo bastante clara. Le molestó pensar que aquél le estaba haciendo una especie de confidencia. Ahora, si lo dice por Ivonne, agregó el alcalde recobrando un dejo de compostura, no hay de qué preocuparse. La chica es vulgar, cierto, pero es sólo una empleada. Es inofensiva, oficial. Al oficial Jean le pareció peculiar que el alcalde utilizara esa palabra: inofensiva. Como si se tratara de un animal. No pensará usted..., dijo el alcalde ante el silencio de aquél. En este trabajo uno debe pensar de todo, respondió éste, tras lo cual dio otro sorbo a su café, y agregó: Pero de todas formas, no es ella quien me interesa. Ya veo, dijo el alcalde echando de pasada una mirada a su reloj. ¿Y la chica?, insistió el oficial Jean. ¿Algún noviecillo, tal vez? No lo sé, respondió el alcalde. No que sepamos. Tendría que preguntárselo a Augusto. Claro, el hombre está destrozado por el golpe, pero le puedo dar su dirección si quiere. No que hagan falta direcciones en este lugar de todas formas. El alcalde se apresuró a sacar una pluma de su bolsillo y garrapateó algo en una servilleta. Luego dejó la servilleta sobre la mesa, apuró su café y, sin más, se levantó. Sólo camine hasta el final del muelle y doble a la derecha. Continúe de frente. Es la última casa a la izquierda. Si necesita algo más, no lo dude, concluyó mientras dejaba un par de monedas sobre la mesa. Todos queremos que esto se resuelva

cuanto antes, oficial, tenga usted esa certeza. El oficial Jean se quedó sólo, sintiéndose súbitamente deprimido. Iba a terminarse el café, pero éste se había enfriado hacía mucho.

Al día siguiente el oficial Jean se despertó temprano perturbado por los chillidos de las gaviotas y por el bramido permanente de las olas. Todavía en camiseta recorrió la cortina y miró por la ventana. Los mástiles seguían allí. Por alguna razón completamente carente de lógica esperaba que quizá hubiesen desaparecido durante la noche, que se hubieran volatilizado, que el mar se los hubiera tragado, que todo hubiera sido una ilusión, o una pesadilla. Disgustado por la evidente realidad de lo que lo rodeaba se levantó, se lavó la cara y los dientes —cosa que, por lo demás, acostumbraba hacer solamente cuando tenía tiempo suficiente, lo que no ocurría a menudo—, se dio una ducha rápida y salió del cuarto tan pronto como pudo. No le gustaba estar allí. Además quería aprovechar el día para, amén de visitar a Augusto Korzynsky en su casa, ir a la parte este de la isla, en donde le habían dicho que estaban instalados algunos malvivientes. Siempre era de provecho interrogar a esa gente, se dijo, porque si algo le había enseñado su experiencia como oficial era que, contrario a lo que pudiera pensarse, los vagabundos solían ver cosas que los demás no notaban, y tenían intuiciones interesantísimas que siempre valía la pena explorar. De camino a casa de Augusto Korzynsky el oficial pasó por el pequeño muelle, en donde había algunas barcas amarradas a sendos pilotes, barcas todas ellas viejas, gastadas y repletas de redes. El oficial miró alrededor, pero no había ya ningún pescador a la vista, ni en tierra ni en el agua. Debían haber vuelto de la mar hacía mucho, o quizá no hubieran ido a pescar hoy. Quizá no lo hicieran en absoluto, o habían dejado de hacerlo

hacía milenios. Imposible saberlo, porque de pronto al oficial le pareció como si todo en este lugar ocurriera ignorando su presencia, como a escondidas. Miró su reloj, que marcaba las ocho. Algunas gaviotas se posaron en ese momento a sus pies, esperando quizá que les arrojara algo de comer. Hizo un par de movimientos orientados a ahuyentarlas, y las aves salieron volando. Según las indicaciones del alcalde debía llegar hasta el final del muelle y luego girar a la derecha. Eso hizo y de inmediato se abrió frente a él una hilera de casas idénticas unas a otras: grises, sin encanto, a todas luces pequeñas. Se acordó sin querer de la vivienda en donde él mismo creciera y descubrió, con pesar, que aquella casa no había sido en realidad muy diferente de las que tenía enfrente, aunque claro, se dijo, al menos su casa estaba en tierra firme, en donde uno podía moverse a su antojo. Nada le quitaba al oficial Jean de la cabeza la idea no tan descabellada de que vivir en este lugar debía ser similar a estar en prisión, sólo que en una celda muy grande, y de pronto le pareció que equiparar esto con su propia infancia era atroz. Mientras caminaba trató de recordar alguna ocasión particularmente memorable en la que hubiera salido de su propio barrio cuando era niño, alguna ocasión divertida, un picnic quizá, o una excursión al campo. Pero por más que se esforzó no pudo encontrar ninguna.

La casa de Augusto Korzynsky era, a decir del alcalde, la última a la izquierda. Era justo la casa frente a la que el oficial se encontraba en este momento. Al observarla, a éste le pareció aún más fea y descuidada que las otras; la pintura estaba descascarada y las cortinas se notaban, incluso desde afuera, sucias y raídas. Su aspecto le pareció, en suma, triste y decrepito. Como no había timbre alguno a la vista el oficial golpeó directamente sobre la puerta, teniendo cuidado de

no ser demasiado abrupto. Después de todo, era todavía temprano. ¿Sí?, dijo una voz masculina desde el otro lado. El oficial Jean, informó éste. Nos conocimos hace un par de días, agregó, como si aquello fuese necesario. ¿Tendrá unos minutos? La puerta se abrió entonces y en el quicio apareció Augusto Korzynsky. Al oficial Jean le pareció que se veía más viejo que la última vez, aunque quizá fuera porque el hombre no se había afeitado y debía, sin lugar a dudas, llevar varias noches sin dormir. Hasta sus ojos le parecieron más azules, como más acuosos. Como dos estanques no profundos, pensó esta vez, sino como dos estanques a punto de desbordarse. Adelante, dijo Korzynsky, disculpándose por el desorden. El oficial Jean penetró en una salita pequeña y gastada que olía a encierro, a ropa sucia, a esas piezas que hace mucho que no se olean. Miró alrededor. Nuevamente, no pudo evitar que aquel entorno le recordara la casa de su infancia: los sillones de estampado de flores, las cortinas blancas y anodinas, la alfombra barata y cubierta de pelusas. Augusto Korzynsky lo invitó a sentarse en uno de los sillones y él mismo se instaló en una silla que jaló de la parte posterior de la habitación. Lo siento mucho, dijo el oficial Jean en una expresión completamente fuera de lugar, como si se acabara de enterar de lo ocurrido. Augusto Korzynsky no pareció notar el desatino, e incluso asintió con la cabeza. Durante algunos minutos se instaló entre ellos un incómodo silencio. Le voy a ser franco, dijo entonces el oficial, no tenemos muchas pistas. Su hija sencillamente se esfumó. Necesito ver si usted puede recordar algo, cualquier cosa que pueda sernos de utilidad. Utilizaba el plural a propósito, quizá para conferir más autoridad a su petición o para dar la impresión de que contaba con apoyo. Entiendo que ella no tenía muchos amigos, ¿cierto?, dijo entonces, tratando de retomar la urdimbre por

los hilos que le parecían más prometedores. Así es, respondió Augusto. No traía gente a la casa. No acostumbraba andar por ahí con otros. A los catorce años eso es raro, afirmó el oficial Jean. No sé..., respondió Augusto, ella era una chica reservada. Siempre lo fue. Incluso de niña. Pero tengo entendido, agregó el oficial, que además de joven, ella era muy hermosa. Las mujeres hermosas no suelen ser solitarias, señor Korzynsky. El rostro de Augusto Korzynsky se contrajo ligeramente, de manera casi imperceptible pero evidente para un ojo atento. Una contracción dolorosa, como si alguien lo hubiera pinchado con un alfiler. El oficial Jean lamentó haber hecho aquel comentario. Señor Korsynsky, agregó entonces como buscando enmendarse, *debe* haber habido alguien, no sé, algún novio, ¿algún amigo que la visitara frecuentemente? ¿Alguien con quien usted la hubiera visto salir, hablar, caminar? Augusto Korzynsky estaba inmóvil, y durante un par de minutos permaneció así, mirando hacia algún punto indefinido del muro, como perdido en sus propios recuerdos. El oficial Jean estaba a punto de repetirle la pregunta cuando aquél retomó la palabra: Yo tenía miedo, sabe. Miedo de que algo así pasara. Ella era tan frágil, oficial. Y no era mala. No lo era. Ella tenía su temperamento. Era como su madre. A veces no se podía hablar con ella, es verdad. Por eso le dije que iba a mandarla a Montreal. Tengo una hermana allí, y supuse que ella iba a poder cuidarla mejor. De todas formas, tendría que haberse ido tarde o temprano, para la universidad. Todos tenemos que irnos, ¿no es cierto? ¿Estaba ella al tanto?, preguntó el oficial. De que usted pensaba enviarla fuera de aquí, quiero decir. Lo hablamos, respondió Korzynsky. A ella le agradaba la idea, creo. ¿Cree? Augusto lo miró súbitamente sorprendido, casi indignado. Esto no es un paraíso para ningún adolescente, ya se habrá dado cuenta, respondió con

cierta dureza. El oficial Jean, que no pudo menos que estar de acuerdo, dio por buena la respuesta y continuó: ¿Había ella estado allá antes? En Montreal, me refiero. Una vez, respondió Korzynsky. El año pasado la mandé un par de semanas con mi hermana. ¿Alguna posibilidad de que haya conocido a alguien allá? Ya sabe, los jóvenes. Augusto Korzynsky guardó silencio, como sopesando lo que iba a decir. No lo sé, respondió. Ella no hablaba mucho de sus cosas. Desde que murió su madre casi no hablaba en realidad. ¿Alguna posibilidad de que esté allá?, lanzó el oficial a bocajarro. ¿Ahora? ¿En Montreal? No, no, no, respondió Korzynsky agitando los brazos en un movimiento extraño, antinatural, un movimiento casi espasmódico. Mi hermana me lo hubiera dicho, oficial. Además, no veo cómo pudo salir de aquí. Ese es el principal problema. Podría haberse ido a Bombay si usted quiere, el asunto, oficial, es que no ha habido transporte hacia tierra firme en meses, y solamente un par de barcos han llegado desde entonces. Moverse de y hacia afuera no es fácil, oficial. No es fácil, concluyó. Bombay, pensó el oficial, ésa estaría buena: *Chica perdida en Isla de Arena aparece en Bombay*. Luego, retomando el hilo de la conversación el oficial levantó el dedo índice en un gesto que algo tenía de perentorio, de casi imperial: Señor Korzynsky, dice que un par de barcos llegaron. ¿Quién viene en esos barcos? Augusto pareció confundido ante aquella pregunta, como si no se la esperara. No estoy seguro, dijo tras un breve silencio, llevándose la mano a la cabeza. Trabajadores, según entiendo. Vienen aquí a ayudar a limpiar la playa, a labores de mantenimiento, o a alguna cosa de ese tipo. Son poco calificados, supongo. Quiero decir, ni siquiera hablan inglés. No recibimos muchos turistas, oficial. El oficial Jean tomó un par de notas y trazó un círculo alrededor de este último punto. Y esos...trabajadores...Se fueron antes de

que mi hija desapareciera, oficial, se anticipó Korzynsky. Acaba de decirme que no hubo transporte en meses, afirmó el oficial. ¿Eso dije?, preguntó a su vez Korzynsky, que parecía confundido. No lo sé, oficial, no puedo estar seguro. Quizá haya habido algún barco después de todo. Sí, creo que hubo uno, después de la tormenta. Como sea, le aseguro que mi hija no iba en él. Ya por ese entonces la buscábamos. No pudo salir sin ser vista. Tiene que estar aquí, allá afuera, en algún lado. Augusto Korzynsky se llevó entonces las manos al rostro y se hundió en un mutismo tétrico. El oficial Jean, sin saber qué más hacer, paseó la mirada una vez más a su alrededor: los muros estaban vacíos, no había ningún objeto decorativo en la casa, nada que diera color a la pieza, como si la ausencia de la madre (y ahora de la hija) permeara permanentemente aquel espacio. Lo siento mucho, señor Korzynsky, dijo nuevamente. Por una vez, lo pensaba de verdad.

Tras salir de casa de Augusto Korzynsky el oficial Jean anduvo deambulando un rato por la playa, en donde se quedó contemplando el acompasado ir y venir de las olas. Para donde mirara todo era mar. No había siquiera un minúsculo montículo que hiciera suponer que había tierra en los alrededores. ¿Y dónde están las plataformas?, se preguntó de pronto, azorado. Según sus cálculos, deberían verse desde ahí. A menos que estuviera tan desorientado que errara el rumbo. Las buscó hacia el otro lado, pero tampoco las vio. Quizá estuvieran mucho más lejos de lo que parecían desde el aire. Tuvo la repentina sensación de que aquel pedazo de tierra estaba flotando, que se estaba alejando de la tierra firme. Se encaminó hacia el lado este de la isla, que le pareció, como el resto, desabrido, feo, más feo todavía, si tal cosa era posible, que el lado oeste. No por nada, se dijo, este extremo de la

isla albergaba a la colonia de indeseables. Sí, hasta un lugar tan apartado tenía sus venidos a menos, su escoria social. Al parecer se trataba, en este caso, sobre todo de náufragos, de miserables a los que un golpe del destino arrojara literalmente a esta isla y que por alguna razón (o quizá precisamente por eso) habían terminado cayendo en las tinieblas del alcohol, de las drogas o de la locura. La supuesta colonia era en realidad un amasijo de casitas de madera amontonadas detrás de una enorme duna. Parece como si el mundo hubiera vuelto a empezar, pensó el oficial al verlas, como si estuviera siendo testigo de los inicios del género humano o de los albores de la civilización. Sólo que aquello no parecía civilización, sino todo lo contrario. No tardó en divisar a un grupo de hombres, seres que le parecieron representar más bien un retroceso, un siniestro recorrido de las luces a la oscuridad, de la inteligencia humana a los instintos bestiales. Aquel montón de seres medio famélicos que intentaban cocinar algo en un gran fuego que ardía en el centro del caserío le parecieron figuras dignas de un aquelarre: iban vestidos con harapos inmundos, llevaban el cabello largo y enmarañado y calzaban botas viejas y agujereadas. Cuando el oficial se acercó, éstos, el entendimiento obnubilado por el efecto de vaya Dios a saber qué sustancia o que afección, apenas y lo miraron desde detrás de sus vidriosos ojos, como si no identificaran su presencia, o como si apenas y se dieran cuenta de que había alguien más ahí. Tan lastimero era el espectáculo que hasta el oficial Jean en algún momento se sintió, o creyó sentirse, casi indignado. ¿Cómo era posible que semejante aberración tuviera lugar en un país así? ¿En un país que se preciaba de ser rico, humanitario, caritativo? Luego reconsideró: seguro que peores cosas existían por ahí sin que uno las viera. ¿Y quién era él, después de todo, para andarse con consideraciones

éticas? A lo mejor se estaban haciendo cosas por estos hombres. Cosas. Cosas buenas. A lo mejor tenían un albergue, o quizá una trabajadora social venía a verlos una vez al mes, ese tipo de soluciones. A lo mejor eran prestatarios de la asistencia social. Seguro, pensó, que están mejor aquí que en un manicomio. Quién sabe por qué le vino a la mente aquello: un manicomio con muros acolchados y rejas en las ventanas. En eso, uno de los miserables, un hombrecillo harapiento de barba enmarañada y ojos verdes cubiertos de lagañas, se le acercó. No parecía agresivo, todo lo contrario. Se le veía casi afable, como si quisiera establecer contacto con él, o como si desde lo más profundo de alguna cueva tratara de alcanzar una salida. Tenía las manos manchadas y el oficial notó que con una de ellas le estaba extendiendo algo, un objeto pequeño. Después de unos instantes de duda el oficial lo tomó. Parecía un pedazo de cartón. Un rectángulo de cartón. Luego, al girarlo, se dio cuenta de que era una vieja fotografía. O eso parecía. Se veía amarillenta, deteriorada por el tiempo, y era como si alguien la hubiera pegado sobre el cartón y la hubiera luego recortado de ahí, quizá, pensó el oficial, con la intención de protegerla. En ella una pareja con un niño pequeño en brazos sonreía. Sonreía para la cámara, para quien fuera que estuviera tomando la foto, o quizá no sonreía para nadie, como suele ser en muchas de las fotos que tomamos, o sonreía para la posteridad, para quien viera más tarde esa imagen. El oficial Jean tuvo la extraña sensación de que le sonreían a él. Ambos eran jóvenes; ella iba vestida de blanco y él llevaba camisa y pantalones grises. Se veían gente amable. El niño no, por el contrario. El niño, pese a tener qué, quizá cinco o seis años, tenía una mirada feral, penetrante. La voz del menesteroso sacó al oficial de concentración. Éste, de pie, o de rodillas quizá (en todo caso, a la altura de la cintura

del oficial) mascullaba a media voz: *Money, Money*, mientras extendía la misma mano arrugada y mugrosa con que le entregara la foto. Claro, pensó el oficial Jean, reaccionando. Quiere dinero. Quiere su recompensa, como un perro amaestrado. Se buscó en los bolsillos de la gabardina hasta dar con una moneda que entregó al infeliz, que la tomó y se alejó dando brinquitos de alegría sobre la arena. Qué absurdo, pensó el oficial Jean guardándose la foto en el bolsillo. Qué absurdo que recibir dinero le dé alegría. Como si hubiera aquí, se dijo, algo digno en qué gastárselo.

El resto de la tarde el oficial deambuló por la playa y cuando se dio cuenta estaba oscureciendo. Pensó volver un rato a la oficina, pero apenas llegar a la plazoleta empezó a soplar un fuerte viento y una cortina de arena se levantó desde las dunas. El oficial trató de protegerse el rostro con el cuello de su gabardina, pero era imposible; la arena tenía el efecto de una lluvia de agujas. Como pudo y en medio de la ventisca el oficial se enfiló hacia la casa de huéspedes y, por primera vez, se sintió casi aliviado al llegar a su cuarto. Lo primero que hizo fue echarse agua en la cara, que le ardía como si hubiera sufrido una quemadura. Contempló luego su propia imagen en el espejo. Sus ojillos, pequeños y huraños, estaban irritados y tenían un aspecto cansado. Y podía sentir, estaba seguro, la arena en los bordes carnosos de sus pupilas, la arena impunemente alojada en las membranas transparentes de su globo ocular, invadiendo su cuerpo, intrusa en las fronteras de su ser. Aquella idea le horrorizó. Cerró y abrió los ojos con fuerza varias veces sin lograr deshacerse de la incómoda sensación. Luego buscó a tientas el interruptor, pero al encenderlo el foco chisporroteó sobre su cabeza un instante en una agonía súbita antes de fundirse. El oficial Jean

lanzó una imprecación, y tras echarse agua en el rostro otra vez salió a buscar a la dueña del lugar para pedirle un foco de repuesto, pero al llegar al mostrador de entrada lo encontró vacío. Como ni le apetecía salir a comprar un foco con esa ventisca ni tenía la menor idea de dónde hacerlo, volvió a su cuarto y permaneció allí, sentado en la oscuridad, casi sin moverse, hasta que el molesto ardor ocular desapareció. Una media hora más tarde volvió a salir a la recepción, pero la dueña seguía ausente. El hombre de apariencia cadavérica que parecía estar a cargo le informó, con la más completa indiferencia, que aquélla estaba enferma y que era demasiado tarde de todas formas para salir a comprar un foco. El oficial Jean se vio obligado, pues, a acostarse temprano. No que fuera hombre acostumbrado a trasnochar de todas formas, pero hubo de prescindir de revisar sus anotaciones antes de dormir, como hacía a menudo, y como hubiera querido hacerlo particularmente ahora mismo. Incapaz de hacer otra cosa el oficial se puso a escuchar el sonido del mar hasta que por fin se quedó dormido.

Aquella noche el oficial Jean tuvo un sueño: estaba en casa de Augusto Korzinsky. Estaba oscuro. Oscuro no como cuando se hace de noche de manera natural, sino oscuro como si afuera fuese todavía de día y adentro, por alguna inexplicable razón, faltara la luz. Era difícil de explicar. En todo caso, el oficial Jean estaba ahí, en la oscuridad, y deambulaba por la casa. Subía por las escaleras (en su sueño la casa era de dos pisos) hasta lo que parecía ser la única habitación de la segunda planta. La puerta estaba entrecerrada y por la mirilla se podía observar, en el interior, un piso cubierto de libros de cuentos, la mayoría rotos, rasgados, o manchados. El oficial Jean empujaba la puerta para entrar y descubría, sobre la

cama, en pijama y medio adormilada, a Kalinka Korzynsky. Era aún más bella que en la fotografía que había visto. Era, en realidad, una mezcla entre la imagen de aquella fotografía y la de alguna artista de cine muy famosa, alguien cuyo nombre el oficial Jean no podía recordar. ¿Qué hora es?, murmuraba ella sin abrir los ojos. Su voz tenía los tonos coloidales del sueño, como si la chica no estuviera del todo despierta, como si estuviera aún atrapada en ese limbo endeble que precede al estado de vigilia. Un par de piernas largas y blanquísimas sobresalían algunos centímetros de un pantalón demasiado corto. Había algo extraño en las piernas, empero, que parecían estar hechas no de piel humana, sino de algo artificial. De plástico, tal vez. El oficial Jean se acercaba despacio para no despertarla, impresionado por aquel rostro que ni era de niña ni acababa de ser el de una mujer. Un rostro perfecto, de labios entreabiertos. El oficial Jean se sentaba entonces en la cama y algo lo obligaba a tocar a la muchacha. No era lujuria, ni deseo carnal, ni nada parecido, sino unas ganas irresistibles de sentirla, más parecidas a las que se experimentan frente a alguna tela muy fina, o ante las pieles de algunos animales. Unas ganas, cómo decirlo, impersonales. Luego, mientras el oficial le pasaba la mano por la mejilla, ella abría los ojos y él retrocedía, aterrado. Porque en las cuencas de aquella cosa (solo entonces entendía el oficial Jean que no estaba frente a un ser humano, sino frente a algo que se esforzaba en imitar a uno), no había nada. Nada, solamente un vacío inmenso, una negrura como no había visto en su vida. Entonces el oficial escuchaba el siseo. Primero casi imperceptible, luego en crescendo, hasta que el ruido llenaba enteramente el aire de la habitación. Tardaba unos segundos en identificar de lo que se trataba o, al menos, en ubicar certeramente su procedencia: venía de debajo de la cama. Era una gaviota. Una gaviota muerta,

casi hecha pedazos que se escurría, que se acercaba reptando como una culebra y arrastrando tras de sí trozos de carne medio cubiertos de plumas. Entonces, el oficial despertó. Estaba sudando copiosamente. Se levantó y, a ciegas, trató de encender la luz. Luego se acordó que el foco estaba fundido. Maldición, maldición, dijo un par de veces. Sentía palpitaciones, y un poco de náuseas. Fue al baño y trató de vomitar, pero no pudo. Luego simplemente se sentó en la cama a esperar que amaneciera.

A eso de las seis, o quizá seis y media de la mañana, llamaron a la puerta de su habitación. Estaba apenas clareando y entre las persianas se colaban tiras de luz amarillina. Lo primero que el oficial Jean pensó fue que se trataba de la mujer, de la dueña de la pensión que había venido a cambiar el foco. Refunfuñó algo acerca de la hora pero el toquido se repitió, un poco más fuerte que antes. Irritado, el oficial se levantó de la cama y al abrir la puerta descubrió, con gran sorpresa, que se trataba de Augusto Korzynsky. Lo siento mucho, dijo éste, claramente avergonzado. Sé que no es una hora adecuada, pero usted mencionó que si recordaba algo, bueno, hay algo, no sé si sea importante, pero no quise perder tiempo. El oficial Jean dio un suspiro. Todo podría serlo, señor Korzynsky, dijo, despreciándose. Un poco a su pesar invitó a Augusto Korzynsky a entrar. Éste se sentó en la cama aún deshecha, cosa que no pareció importarle. Bien, dijo el oficial, le escucho. Hubo un pequeño accidente, dijo aquél, hace algunos meses, nada muy grave, una pequeña barca con trabajadores se volcó en las olas. Los trabajadores llegaron a la playa sanos y salvos, nada grave, como le digo. Bueno, pensé que tal vez era importante porque, cómo decirlo, Kalinka estaba muy interesada en el incidente. ¿Qué quiere decir con interesada?, preguntó el oficial con voz soñolienta. Kalinka dijo que los

hombres de la barca vieron algo, respondió Korzynsky. ¿Algo?, el oficial Jean miró distraídamente su reloj. Eran las seis y cuarenta y cinco. Sí, que vieron algo. Una mujer sobre el agua. ¿Una de las trabajadoras, quiere decir, señor Korzynsky? No, no, alguien más. No sé, Kalinka no dijo más. Dijo que fue algo muy raro. Ella estaba cerca de la playa aquel día. Tenía esa manía. Andar por ahí le encantaba. Eso sí, casi nunca iba a la playa de la virgen, que es donde ocurrieron los hechos. ¿Virgen?, preguntó el oficial Jean. La estatua, oficial. En la playa. El oficial Jean buscó a tientas su libreta para tomar nota de esto último y con un gesto invitó a Korzynsky a proseguir. Bueno, ese día ella fue allí, no sé por qué. Creo que después de eso Kalinka anduvo por ahí preguntándoles a los trabajadores si alguien más había visto aquello, aunque pensándolo bien no me explico cómo, si no hablan inglés. Augusto Korzynsky se quedó pensativo. ¿Notó algún cambio importante en ella, en su comportamiento? ¿En su rutina? No lo había pensado, oficial. No antes, quiero decir. Pero ayer, después de hablar con usted se me ocurrió que puede ser que ella saliera más a partir de ese día. No sé, no puedo asegurárselo. Yo estaba poco en casa. Es sólo una impresión. Una impresión, pensó el oficial Jean. Todo son impresiones. Permaneció en silencio un rato, tratando de sopesar lo que Augusto Korzynsky acababa de decirle. Creo, oficial, dijo éste entonces con una voz que no parecía la suya, creo que ella esperaba que su madre volviera y que por eso le interesaban esas historias de aparecidos. Como dije, quizá no signifique nada, concluyó, un tanto abatido. No, gracias por mencionarlo, mintió el oficial, seguro ya de que aquello no iría a ningún lado. Esos trabajadores ¿están en la isla?, inquirió de todas formas. No lo creo, dijo Korzynsky. La mayoría debe haberse ido ya. Generalmente están aquí durante todo el verano, pero me parece que este año se fueron

antes. No sé por qué. Pero puede preguntar en casa del farero. ¿Del farero?, inquirió el oficial con sorpresa. Ellos a veces los hospedan. Ya sabe, un poco de dinerito extra. Y es más barato que la pensión. No que aquí sea un lujo de todas formas, agregó Korzynsky paseando la vista por el cuarto. El oficial Jean se sintió incómodo y trató de esbozar una sonrisa, sin lograrlo. Afortunadamente Augusto Korzynsky se estaba ya levantando y se dirigía hacia la puerta. Antes de salir, empero, se volvió hacia el oficial: La va a encontrar, ¿verdad? Pese a la oscuridad los ojos azules de Augusto Korzynsky brillaban de manera escandalosa, casi obscena. El oficial Jean frunció el ceño. Detestaba ese tipo de preguntas, como si esas cosas estuvieran realmente en sus manos. Como si él fuera Dios o algo parecido. Como si por ser oficial de policía pudiera deshacer lo ocurrido, o remediar lo irremediable. A menudo eso pasaba con los oficiales: la gente parecía pensar que tenían todas las respuestas o, al menos, algunas soluciones listas, diversas alternativas inteligentes, un plan preciso en marcha. No tuvo el valor, ahí y en ese momento, de informar a Augusto Korzynsky que se equivocaba. Eso intentó, masculló, tras lo cual Augusto Korzynsky salió y se perdió enseguida en el azul grisáceo y opaco de aquella mañana.

Después de que Augusto Korzynsky se marchara el oficial Jean logró conciliar el sueño durante un par de horas, y se despertó a eso de las diez. Como era de esperarse, tenía una jaqueca terrible. Como venía ocurriendo desde el día de su llegada sentía la cabeza pesada, como si las imágenes salidas de sus horas de vigilia intentaran colársele en sus horas nocturnas y viceversa. El asunto del supuesto incidente contado por Korzynsky, por ejemplo, le daba todavía vueltas en la cabeza como un mosquito testarudo. ¿Qué tenía que ver

una cosa así con la desaparición de la chica en primer lugar? Su razón le indicaba que ninguna, pero al mismo tiempo algo le inquietaba, algo le decía que el nexo era perfectamente lógico, que sólo un tonto no atinaría a darse cuenta cabal de la clara conexión entre ambos hechos, entre la aparición milagrosa de algo, de una mujer, y la desaparición de otra. En todo caso, decidió investigar al respecto. Pero antes, desde luego, tenía que atender su dolor de cabeza. Desde muy joven padecía de episódicos ataques de migraña y sabía bien que, de dejarlo empeorar, llegaría el momento en que no podría concentrarse en nada más, que llegaría a un punto en el que el dolor lo envolvería como si se tratase de un pulpo, ocupando cada espacio, cada milímetro de su ser. Como un tetrápodo, pero uno inteligente, uno que conociera con certeza (como si hubiese sido su creación o quizá por haberlo recorrido antes muchas, innumerables veces) el mapa secreto de su propio cuerpo.

La campanilla de la entrada de la que, el oficial sospechaba, debía ser la única farmacia de la isla tintineó tras su paso. Una chica joven y arreglada, aunque de apariencia pueblerina (¿cómo pueblerina? Pues eso, pueblerina), lo miró desde detrás del mostrador. El oficial Jean sintió pena por ella, o más bien por su juventud desperdiciada aquí, en este lugar difunto, o si no difunto moribundo al menos. ¿Qué hacer aquí teniendo veinte años? Porque esa edad debía tener la dependienta, quizá apenas un poco más. Sus largas uñas revolotearon en el aire mientras ella se arreglaba o fingía arreglarse el peinado. Aspirinas, por favor, dijo el oficial sin esbozar siquiera el asomo de una sonrisa. No tenía ánimos, y sonreír de por sí no era lo suyo. Luego se le ocurrió que debía pedir algo más fuerte. Un Diazepam, o una Buscapina, así creía que se

llamaban. Aunque sin receta médica, pensó, quién sabe si se los venderían. Decidió arriesgarse y le gritó los nombres a la dependienta, que había ya ido a traerle las aspirinas, y creyó escucharla refunfuñar algo. Mientras esperaba a que la chica regresara de detrás de un anaquel alto y lleno de cajas en desorden al oficial le llamó la atención la estampita de una virgen colocada en una esquina del cristal del mostrador. Era una virgen ordinaria, una de esas imágenes que, para alguien como el oficial Jean, que no frecuentaba la iglesia ni era particularmente religioso, carecía de atributos particulares o de características propias que le permitieran identificarla. Había oído alguna vez, de un colega muy religioso allá en Halifax, que los santos y las vírgenes tienen, cada uno, una iconografía que les es propia: unos llevan libros, otros son representados por algún animal; algunos más portan indumentarias de un color característico. Esta era una virgen con un niño. Iba vestida de blanco y llevaba una corona dorada sobre la cabeza. Veo que les interesan las vírgenes en este lugar, dijo el oficial de manera espontánea, más pensando en voz alta que porque hubiera tenido la genuina intención de entablar conversación con aquella empleada. Esta última, que volvía en ese momento con el paquete de aspirinas en la mano y con lo que debía ser la Buscapina o el Diazepam en la otra se le quedó viendo sin entender a qué se refería, y éste se sintió obligado a apuntar con el dedo hacia el vidrio. Ah, eso, dijo ella entonces. Es de mi abuela. Ya sabe, los viejos. Sólo entonces el oficial decidió que bien podría aprovechar esta visita, la atmósfera completamente casual y espontánea que, sin querer, había cobrado la conversación, y el hecho de que tenía enfrente a alguien no inmerso directamente en el problema para averiguar algo acerca de la historia que le contara Augusto Korzynsky. Hay otra virgen en la playa,

según me han dicho, se aventuró a decir. ¿La virgen de las rocas?, pregunto la chica mientras verificaba los precios de los medicamentos en un grueso legajo. No lo sé, respondió el oficial. En realidad no la he visto. Sí, debe ser esa, afirmó ella. Le decimos la virgen de las rocas. Es una vieja leyenda. Nada especial. La clásica aparición. El oficial Jean no se atrevió a preguntar a aquella dependienta de uñas pintadas qué cosa quería decir con lo de “clásica” aparición. Es la santa patrona de la isla, agregó ella mientras metía los medicamentos en una bolsita de plástico. No sabía que tuvieran una, confesó el oficial. ¿Tiene nombre?, preguntó, un tanto cohibido. No estaba acostumbrado a tratar con mujeres, mucho menos con mujeres tan jóvenes, y todavía menos para entablar con ellas conversaciones tan poco ordinarias. No que yo sepa, dijo la dependienta. ¿Por qué le interesa? Tiene al menos un siglo de eso, continuó ella mientras tomaba el billete que el oficial le extendía. En su distracción la muchacha no le había pedido, en efecto, receta alguna. Yo ni siquiera conozco bien la historia, agregó ella. Creo que es una virgen que se apareció durante un naufragio y algunos creen que se aparece también cuando alguien se va a ahogar o algo así. ¿Algo más?, preguntó. Nada, gracias, respondió el oficial Jean tomando su cambio antes de salir rápidamente del lugar.

Afuera hacía frío. Un frío que calaba, que se metía en el tuétano, y eso que ya era casi mediodía. En la esquina de la farmacia el oficial Jean se detuvo de pronto y lanzó una imprecación al darse cuenta de que había olvidado comprar una botella de agua para tragarse las pastillas. Impensable regresar a la farmacia, no porque estuviera lejos, sino porque la idea de volver a hablar con aquella chica le daba pereza, sobre todo después de aquel ridículo intercambio acerca de la

virgen. Además, para estas alturas quizá aquella ya se hubiese dado cuenta de que le había vendido un medicamento de manera ilegal, o casi ilegal. Miró alrededor buscando alguna espontánea solución y desde donde estaba vio, no muy lejos, en uno de los muros adyacentes a la plaza, lo que parecía un bebedero. Hacia allá se dirigió, pero cuando llegó descubrió, sin sorpresa alguna, que no funcionaba. El oficial Jean suspiró. No había dormido bien, se sentía cansado, y estas historias de vírgenes, de aparecidos y de barcos hundidos lo agotaban. Sabía muy bien, además, que cuando estaba cansado difícilmente podía trabajar como se debía, incluso menos que cuando estaba en forma. Se sentía como si llevara en la espalda una loza pesada, un mundo de cansancio, un universo de derrotas. En esas ocasiones, por lo demás, su mente era más propensa que de ordinario a querer errar sin rumbo, a pasar de una cosa a otra y a no enfocarse en nada. Le era pues menester volver a su estado natural, que si bien era un estado próximo a la inopia no se acercaba en nada a la sensación casi comatosa que estaba experimentando. El oficial Jean se tragó pues la pastilla así, a secas. Sintió enseguida el paso de ésta por su glotis, por su tráquea, la intuyó perderse en las negras viscosidades de sus entrañas, y casi la sintió llegar al estómago y anidar allí, en alguna oquedad esperanzadora. Súbitamente decidió que lo mejor era volver un rato a la pensión y tratar de dormir, o al menos tomarse un par de horas para descansar antes de proseguir. De todas formas, quien quiera que hubiera sido el autor de aquel crimen (en el supuesto de que hubiese alguno, cosa de lo que el oficial Jean no estaba aún plenamente convencido) no podía estar muy lejos o, todo lo contrario, lo estaba ya en demasía y era, en consecuencia, de todas formas ya imposible darle alcance. Lo mismo se aplicaba a la muchacha perdida. La sola idea era para dar vértigo. ¿Adónde

podía haber ido? ¿Adónde, por Dios, en este reducto de arena rodeado por infranqueables mortajas de agua?

Eran las dos de la tarde cuando el oficial Jean se levantó. Supo de inmediato que había hecho bien en venir a descansar, porque pese al tiempo perdido ahora se sentía mucho mejor, o al menos lo suficientemente en forma como para ponerse a trabajar. Se duchó rápidamente y como ya había perdido medio día de todas formas optó por dirigirse directamente a la oficina del alcalde. Lo encontró solo, sentado detrás de una pila de papeles desordenados. Buenos días, alcalde, saludó el oficial Jean desde la puerta. El alcalde levantó la vista y se quitó enseguida los lentes, como aprovechando aquella visita para descansar los ojos. Le habían dicho que era bueno interrumpir de vez en cuando el trabajo para mirar hacia lo lejos. Oficial Jean, dijo. Siento molestarlo, alcalde, sólo tomará unos minutos, le respondió éste. El alcalde le hizo señas de que se sentara y se levantó para cerrar la puerta, pese a que no había nadie en el pasillo. Usted dirá, le indicó. El oficial Jean decidió ir directamente al grano: Los trabajadores, dijo. Me han dicho que llegan a la isla barcas con trabajadores. El alcalde suspiró. Al oficial Jean le pareció enseguida evidente que no era ése un tema del que al alcalde le gustara hablar. No se equivocaba. No sucede a menudo, oficial, empezó a decir éste mientras se tallaba los ojos, como si estuviese muy, muy cansado. Ha ocurrido, en realidad, cuando mucho en tres o cuatro ocasiones. Entenderá que nosotros no podemos controlar a todo el que llega aquí. No tenemos personal que vigile las costas, ni nada parecido. Entonces es verdad, afirmó el oficial Jean. Lo es, respondió el alcalde. ¿Quiénes son esos... trabajadores?, preguntó entonces el oficial. Son jóvenes, la mayoría. Extranjeros en muchos casos. La isla tiene muchas

corrientes, y es necesario limpiar las costas con frecuencia, sobre todo en verano. Es una cuestión de salud pública. Algunas veces ocurre que uno o dos no tengan papeles. Pero de todas formas nosotros no fomentamos eso. El ingreso de extranjeros ilegales, quiero decir. No oficialmente, en todo caso, dijo el oficial Jean con un dejo de malicia. Ni oficialmente ni oficiosamente, oficial. Una compañía externa se encarga de ello porque, como dije, no tenemos personal y el gobierno subcontrata a una empresa privada. Son ellos quienes proporcionan el personal, por así decirlo. Nosotros sabemos que están aquí, de vez en cuando controlamos sus papeles y si alguien no está en regla lo enviamos en el primer transporte marítimo disponible. Pero eso puede tardar meses, oficial. Mientras tanto, es más económico que sigan aquí trabajando, porque de lo contrario tendríamos que ocuparnos nosotros mismos de su sustento. No somos la autoridad migratoria, oficial Jean, tenemos nuestros propios problemas. El oficial Jean se sintió irritado por lo que le pareció un evidente afán de ocultarle información, pero al mismo tiempo estaba impresionado por la respuesta del alcalde. Éste tenía, por lo que se veía, muchas más tablas de las que aparentaba. El oficial preguntó entonces si tenían algún registro, algún documento que consignara la identidad de quienes llegaban a trabajar en tan precarias (a propósito había elegido esa palabra) condiciones. No, desde luego, le respondió el alcalde. Los hombres se van exactamente como llegan, dijo. ¿Y cómo es eso?, quiso saber el oficial Jean. Pues como debe ser en un lugar como éste, oficial, es decir, movidos por el mar.

Movidos por el mar. Eso dijo el alcalde en una frase que al oficial Jean le pareció de una cursilería inaudita, sobre todo teniendo en cuenta que no venía de un poeta, sino de un

servidor público. ¿Desde cuándo los servidores públicos hacían poesía? ¿Desde cuándo? Con toda razón la burocracia del país iba en franco descenso. Tenía, además, la cada vez más clara sensación de que el alcalde se burlaba de él. Y no sólo el alcalde, sino todos aquellos con los que había hablado hasta ahora. Tras aquel intercambio hubo en la habitación un silencio incómodo que el alcalde aprovechó para levantarse y abrir su persiana, que permanecía cerrada pese a la hora que era. Un rayito de luz penetró en la pieza y fue a dar justo entre las manos del oficial Jean. Antes de que la chica desapareciera, continuó éste, pero el alcalde lo interrumpió sin permitirle concluir la frase, sin duda sabiendo ya hacia dónde se dirigía. Unos meses antes de que Kalinka Korzynsky desapareciera llegó un barco, dijo. La voz del alcalde era firme, sin ningún titubeo en ella. La voz de quien sabe lo que está diciendo. ¿Cuántos meses antes? ¿Dos, diez?, el oficial Jean empezaba a impacientarse por la vaguedad de las respuestas del alcalde, a quien hasta ese momento había tenido por un hombre muy sensato. Tres o cuatro, no lo recuerdo con certeza, dijo aquél. ¿Cuántos hombres venían a bordo? Supongo que todos eran hombres. Sin decirlo explícitamente, con aquella afirmación el oficial Jean decidía, por segunda vez en el día, poner a prueba la historia de Augusto Korzynsky. Para su decepción (o para su alivio, no estaba muy seguro) el alcalde le confirmó que todos eran varones, cinco o seis. Como le dije, no hay registros, concluyó el alcalde con un suspiro. He oído decir que hubo un pequeño incidente, dijo el oficial Jean titubeante. ¿Algo que valga la pena mencionar? El alcalde miró al oficial Jean fijamente, y sólo entonces a éste le pareció que aquel hombre no era, después de todo, un buen hombre. Quizá no lo era en absoluto. Veo que ha hecho usted su trabajo, oficial. Bien, pues todo lo que puedo decirle es que el barco

en cuestión fue atrapado por una pequeña tempestad, y que un par de hombres cayeron al mar. Nadie perdió la vida, ni hubo daños materiales considerables. Hemos visto cosas mucho, mucho peores, eso se lo aseguro. Jugándose su última carta, una carta que sabía viciada de origen, el oficial dijo: También me han contado por ahí la historia de una supuesta aparición...Todavía no terminaba de hablar cuando ya se sentía avergonzado. El alcalde, por su parte, lo miraba con un dejo de incredulidad en el rostro. La gente ve cosas todo el tiempo, oficial, afirmó. No pensé que a usted le interesaran esas patrañas. Tiene razón, admitió el oficial haciendo un gesto con la mano. Olvídelo. Lamentando haber abordado la cuestión de la aparición (que, estaba seguro, lo había hecho quedar como un idiota) el oficial Jean intentó cambiar de tema y preguntó al alcalde si él creía que alguno de aquellos hombres, que después de todo no eran del lugar, pudiera ser el responsable de la desaparición de Kalinka Korzynsky. Pudiera, respondió el alcalde, para total sorpresa del oficial. ¿Pudiera? A estas alturas el oficial Jean estaba furioso. En cierta forma, aquella afirmación lo convencía de lo que ya sospechaba: que todos estos días había estado trabajando en vano, detrás de pistas falsas, condenado a contentarse con oídas, con chismes, como si fuera una vieja de mercado. No quería granjearse la enemistad de las autoridades locales, pero francamente no sentía que le estuvieran ayudando mucho, y así se lo hizo saber al alcalde. ¿No se le ocurre que me hubiera sido útil saberlo?, espetó. Pero el alcalde sabía, o parecía saber dónde estaba parado. Nosotros ya interrogamos a los chicos en su momento, oficial, dijo con una sonrisa, la primera de la tarde. Interrogamos a los que quedaban, porque para entonces al menos la mitad de ellos ya había abandonado la isla. Estaban en casa del farero, aunque supongo que eso

también ya lo sabe. Ninguno pudo decirnos nada. Como dije, los interrogamos. Hable usted con el farero personalmente si quiere. Por supuesto que lo haré, respondió el oficial Jean, visiblemente enfadado. Entonces, ocurrió algo inaudito: el alcalde se levantó de golpe de su silla y fue a pararse junto al oficial Jean. Como éste seguía sentado, le pareció de pronto que aquél era un hombre enorme, casi un gigante. No había reparado, en efecto, en cuán alto era. Creo que no le ha quedado clara una cosa, oficial, dijo aquél gigante que de pronto más parecía un viejo y experimentado gladiador que un alcalde de provincia: antes de que usted llegara nosotros concentramos nuestros esfuerzos en *encontrar* a la chica. No estamos capacitados, ni fue nunca nuestra intención descubrir *al* o *los* culpables, si es que hay tal cosa. No tenemos los recursos para eso. Por esa razón, cuando nuestros modestos esfuerzos no rindieron fruto, contactamos al departamento de policía y usted está aquí como consecuencia de ello. A nosotros nos interesa, prioritariamente, que ella aparezca, y si en el camino alguien es castigado, tanto mejor. Ahora, si no tiene otra pregunta por el momento le agradeceré que me deje trabajar. El oficial Jean estaba impávido. Sin duda él y el alcalde tenían visiones diametralmente opuestas de lo que era la justicia y de los fines que ésta debía perseguir. Por otro lado, experimentó por primera vez un dejo de distante admiración por aquel hombre. Se levantó de su silla y lo miró fijamente. Creyó notar que la mirada implacable del alcalde, aquella que le había visto hacía tan solo unos segundos, se iba ya suavizando, difuminando y diluyendo, hasta transformarse ante sus ojos en la mueca afable de siempre. Era una pena. Definitivamente, los exabruptos le venían bien a aquel hombre.

Al otro día el oficial Jean cruzó el pueblo de mañana. Desde el momento en que puso un pie fuera de la pensión se sorprendió de cuánto frío estaba haciendo. Parecía que estaba helando pese a que todavía no era tiempo, como si el invierno hubiese descendido de improviso y anticipadamente sobre la isla. Miró alrededor, y luego hacia el horizonte: detrás de la espesa capa de neblina se distinguía un sol nebuloso. Al menos eso ya era ganancia. También él se sentía mejor, porque la noche anterior no había tenido pesadillas. Su foco fundido, además, ya había sido reemplazado. En suma, pese a que de alguna manera tenía la impresión de estar empezando desde cero había razones de sobra (exceptuando el clima) para sentirse de mejor humor que otros días. Extrañamente, pese a la mala temperatura reinante el mar se veía calmo: una superficie lisa, salpicada aquí y allá de reflejos violáceos, una superficie gélida y seguramente, pensó, mortífera. Una cripta líquida. El oficial Jean se dijo que por ningún motivo le gustaría caer al agua de un mar así. Pensó en la chica, y luego en los náufragos, y sintió que se le erizaba el pellejo.

Cuando el oficial Jean llegó a la casa en donde el farero vivía con su familia eran poco más de las diez de la mañana. Se entretuvo un rato en los alrededores, cuestión de no aparecer en un momento demasiado inoportuno, lo que en su experiencia se traducía en una actitud poco cooperativa por parte de aquellos de quienes esperaba obtener información. Una vez había tenido que interrogar a gente de un pueblito a varios kilómetros al oeste de Halifax. No se acordaba cómo se llamaba, el pueblito es decir, pero ahí había aprendido que las mañanas solían ser inoportunas para la gente del campo. Estaban ocupados. En qué, sólo Dios sabía. Esto no era el campo, cierto, pero el oficial Jean no pudo pensar en otra cosa

que se le asemejara más. La casa era pequeña y humilde, cuando mucho un par de habitaciones en el interior, calculó, más lo que parecía ser un minúsculo cobertizo en la parte trasera, todo ello rodeado de una valla de madera pintada de blanco. Como la puerta de la valla estaba abierta el oficial Jean entró sin preguntar, y se encaminaba ya hacia la puerta principal cuando sintió que lo observaban. Notó entonces que había movimiento detrás de una de las cortinillas y, acto seguido, la puerta de entrada se abrió. Por ella emergió entonces (esa fue la palabra que le vino a la cabeza en ese momento: *emerge*) una mujer de dimensiones impresionantes. O mejor dicho, una mujer bajita de un ancho impresionante. Algún desorden de la tiroides sin duda, pensó el oficial Jean. Dígame, dijo ésta. La voz de la mujer era suave, amorosa, al punto de desentonar enteramente con su físico más bien tosco y poco agraciado. Siento molestarla, dijo el oficial Jean mientras la observaba con más atención. No sólo el cuerpo de la mujer era ancho, sino que su rostro parecía también desproporcionado, una especie de bola de grasa en la que apenas y podían distinguirse un par de ojillos oscuros como los de una ratita. Soy el oficial Jean, dijo. Investigo la desaparición (el oficial estuvo a punto de cometer el error, imperdonable entre los de su profesión, de decir *la muerte*) de Kalinka Korzynsky. Ah, la muchacha, respondió la mujer con un tono que al oficial le pareció inadecuadamente jovial. Sí, un asunto terrible, agregó. ¿Ya saben algo, oficial? La mujer dio algunos pasos hacia afuera y el oficial Jean vio con sorpresa que aquella se movía, a fin de cuentas, con una ligereza nada despreciable. La mujer siguió avanzando, rodeando la casa en una cadencia oscilante que iba dejando sendos surcos en la arena bajo sus pies. Tenemos algunos indicios. De hecho...El oficial Jean guardó silencio, distraído por los movimientos de

la mujer, que mientras él hablaba fue a sacar un balde de debajo de un lavadero oculto en una esquina, un lavadero viejo que él no notó sino hasta ese momento. El cubo era rojo, y el oficial frunció el ceño al notar la fetidez que éste despedía. Decía que tenemos algunos indicios. Nos gustaría, por ejemplo, hablar con los trabajadores. La mujer dejó de hacer lo que estaba haciendo, puso el balde en el suelo y miró, por primera vez, directamente al rostro del oficial. ¿Trabajadores?, preguntó ella en un tono de total incredulidad, el tono de quien no solamente ignora por completo de qué le están hablando, sino que no alcanza a entender siquiera el significado de las palabras que acaba de oír. El alcalde me informó que los trabajadores que limpian la playa se hospedan aquí. El oficial Jean encontró terriblemente inadecuada la palabra “hospedarse” aplicada a un lugar como la casa de aquella mujer, pero no se le ocurrió una mejor manera de decirlo. La mujer meditó en el asunto un instante antes de que el rostro se le iluminara como si acabara de tener una revelación: ¡Ah, los muchachos!, dijo al fin. Y dicho aquello, como si el sólo hecho de haber entendido de qué se trataba banalizara nuevamente la presencia de un oficial a su puerta, volvió a concentrarse en el balde. Lo colocó a sus pies, e introdujo en él primero una mano y luego la otra, removiendo algo en su interior. No son trabajadores, oficial, agregó, en el mismo tono que utilizaría una profesora de primaria para recriminar a un alumno que no ha entendido bien la lección recién explicada. Nosotros los *albergamos* aquí, los hospedamos, como usted bien dice, pero los consideramos como de la familia. Mi marido y yo no tenemos hijos, sabe. ¿O sea que vive sola con su marido?, preguntó el oficial. ¡No, ni Dios lo quiera!, respondió ella con un gritito. No soportaría la soledad. Aquí vivimos todos. Todos, quiero decir, los muchachos y nosotros.

Cuando ellos llegan, los pobres, no tienen otro lugar adónde ir y se quedan aquí, algunos más tiempo, otros menos, qué le vamos a hacer, hay gente que no tiene, como usted y como yo, la suerte de haber nacido en un lugar donde poder ganarse el pan honestamente. La mujer avanzó hacia la parte trasera y el oficial avanzó tras ella. Un par de surcos de arena se quedaron grabados tras ellos, uno más profundo que el otro, como si se tratara de las huellas del paso de algún raro animal. Aquí tenemos al sobrino de mi marido, continuó ella. Su pobrecita madre murió hace poco, y nosotros lo cuidamos. Es pequeño todavía, pero nos ayuda. ¿Y los otros? ¿Los muchachos?, insistió el oficial. Trabajan en la playa, dijo ella. Nos ayudan un poco también en la casa, a mantener limpio el faro, esas cosas. ¿Y su salario?, quiso saber el oficial. Tienen un salario, supongo. La mujer se encogió de hombros, y dijo que lo único que ella sabía era que los muchachos recibían su pago al partir. Nosotros no les cobramos un centavo, pero como dije, agregó, esperamos un poco de ayuda a cambio. Es lo justo, ¿no cree? Lo mismo que se esperaría de un hijo. La mujer hizo entonces un pequeño agujero en la arena y, acto seguido, vació el contenido del balde en ella. Sólo entonces el oficial Jean vio en qué consistía éste: eran vísceras. O mejor dicho, restos. Restos de pescado. Cabezas, ojos, colas, aletas, escamas. Sintió náuseas y retrocedió un par de pasos. El olor era insoportablemente nauseabundo. La mujer extendió los restos sobre la arena, repartiéndolos como a partes iguales en aquel reducido perímetro. Casi enseguida una bandada de gaviotas se dejó caer sobre el cobertizo, llenando sorprendentemente el aire de graznidos y de aleteos mientras las aves atacaban, literalmente, aquel festín. Algunas comían directamente del agujero arrebatándose los desperdicios con los picos, mientras que otras, las más pequeñas, esperaban alrededor a que les cayera

algún residuo abandonado por las más fuertes. Algunas moscas empezaban a revolotear alrededor. Moscas gordas, tornasoladas. Al oficial Jean el espectáculo se le antojó apocalíptico. A medida que el contenido blando iba disminuyendo e iban quedando solamente los huesos más grandes (los pequeños quizá hubieran sido devorados también) algunas gaviotas empezaron a marcharse. Al final sólo quedó sobre la arena un montón de cartílagos, acaso un par de huesos y el tufo rancio y asqueroso del pescado. Las pobrecitas aprecian de verdad que les demos algo extra, dijo la mujer. No siempre hay abundancia de pescado por estos lares. El oficial Jean no hizo comentario alguno. El que no hubiera pescado en una isla le pareció el colmo del absurdo, pero prefirió callarse. Se preguntó de pronto si aquellos animales serían capaces de devorar un cuerpo humano, pero enseguida desechó aquella idea por considerarla francamente infernal. Luego, retomando el hilo de sus preguntas, dijo: El día en que desapareció la chica, ¿tenía usted trabajadores en casa? La mujer levantó un rostro lleno de granitos, miles de ellos, minúsculos y grasientos, como suele ser el caso en algunas adolescentes aquejadas de problemas severos de acné. Parecía súbitamente ofendida. Sí, los había, gracias a Dios, dijo firmemente. No hubiera querido pasar por esa angustia yo sola. Fue la noche de la tormenta, oficial. ¿Estuvieron esa noche en casa? Aquí, en la casa, desde luego, afirmó ella. Menos mi marido, que tenía que estar en el faro. Dos de los muchachos fueron a ayudarle ya tarde y pasaron la noche allá. ¿Cuántos eran, si me permite preguntar? Conmigo, éramos cinco. Más mi marido y los dos muchachos. ¿Usted pasó toda la noche con ellos?, preguntó, y ella enrojeció de pronto, como si el comentario del oficial Jean encerrara la insinuación velada de algo impropio, de algo obsceno. Todos estábamos aquí, dijo entonces, recomponiéndose. Todos,

menos los dos chicos, que estaban con mi marido. La mujer levantó los últimos restos de la comilona y el oficial constató con una mirada que sobre la arena ya no quedaba nada, nada más que un par de espinas que no alcanzaban a delatar la presencia de lo que había habido ahí apenas unos instantes antes. Sin saber por qué, el oficial sintió un escalofrío. Luego la mujer cerró el hueco de la arena con el pie y empezó a caminar de regreso a la parte frontal de la casa. ¿Puedo hablar con ellos?, preguntó el oficial, de espaldas a ella. Con los muchachos, quiero decir. La mujer no volteó a verlo. Siguió caminando como si no hubiera oído, y justo cuando el oficial Jean se aprestaba a repetir su pregunta ella se le adelantó: Ya no están aquí. Se fueron. Todos terminan por irse. Los pasos de la mujer parecieron hacerse de pronto más pesados y cansados, y su respiración cobró una sonoridad inusitada. Se detuvo unos instantes, probablemente para recobrar el aliento, y una vez que su respiración se hubo aligerado retomó la marcha. Justo antes de entrar a la casa y cerrar la puerta tras de sí volteó a ver al oficial entornando sus ojillos de ratita y agregó: ¿Nadie se lo dijo, oficial? No, efectivamente. El oficial Jean se daba cuenta de que había aquí muchas cosas que nadie se tomaba la molestia de mencionarle.

Después de la visita a la mujer del farero el oficial Jean se dirigió al faro con la intención de hablar con el torrero en persona, pero no tuvo suerte. Deambuló luego por aquí y por allá antes de volver a la plaza a eso de las cuatro, hora a la que entró a comer en la misma fonda a la que el alcalde lo llevara el día en que bebieron café juntos. El menú del día consistía en un platillo de pescado con papas que el oficial Jean apenas y probó. No que no le gustara el pescado, o que el platillo le hubiera parecido particularmente malo, al menos para los

estándares locales. Era sólo que todavía tenía demasiado presente en la cabeza la imagen del aberrante espectáculo de las gaviotas del que fuera testigo aquella mañana en casa del farero. Después de haber picado su comida y rematado con un mal café decidió interrogar nuevamente al alcalde acerca de la partida de aquellos muchachos. Las historias no concuerdan, se dijo. Alguien está mintiendo. Volvió a la oficina, pero el alcalde no estaba ahí. El resto de la tarde lo pasó sentado en la suya, tratando de atar cabos sueltos. Le molestaba, en particular, que nadie le hubiera informado de aquellos supuestos trabajadores, y terminó concluyendo que quizá, como solía suceder en este tipo de casos, la presencia ilegal de aquella gente probablemente beneficiaba a todos los involucrados, y seguramente nadie quería que el asunto llamara la atención de autoridades más altas al relacionársele con la desaparición de una menor. Pero había algo más que le irritaba, aunque no estaba seguro exactamente qué. En realidad, no estaba ya seguro de muchas cosas.

Aquella noche el oficial Jean tuvo por primera vez la pesadilla de los zapatos. Estaba tendido boca abajo, acostado en su cama, cuando empezó a soñar que de pronto le brotaban flores a sus mocasines. Igual que en esos experimentos de párvulos en la escuela primaria en los que se pone dentro de un frasco un frijolito envuelto en algodón húmedo, un frijolito al que dos días después le empiezan a nacer tallitos, primero pequeños, después más y más largos, hasta que una planta entera ha germinado, así en su sueño a su zapato derecho le brotaba lo que en un primer momento al oficial Jean le parecía una verruga, una especie de lunar chiquito, casi insignificante en el costado interior. Luego, ante sus ojos esa verruga reventaba y de ella surgía una matita de color verde oscuro, de la que

brotaban, finalmente, un par de flores blancas. El mismo proceso se repetía de idéntica manera con el zapato izquierdo. Eran unas flores muy raras, aromáticas, de formas caprichosas y extravagantes. Unas flores que, pensaba el oficial Jean en el sueño, tenían algo de animal, algo de femenino. Algo también, quizá, de vagamente diabólico.

Cuando golpearon a la puerta y el oficial Jean abrió los ojos se dio cuenta enseguida de que todavía era de noche. Se incorporó un poco y, para comprobarlo, se estiró para abrir la cortina. Un mar de aspecto lúgubre reflejaba una luna violácea. No tenía idea de qué hora sería. Como todavía tenía en la mente la imagen de la que acababa de despertarse miró con desconfianza hacia un costado de la cama, buscando en la oscuridad sus mocasines cafés. Estaban ahí, justo en donde se los quitara la noche anterior. En la oscuridad, al menos, lucían tan inocuos como siempre, perfectamente ajenos a las andanzas oníricas de su propietario. Solamente cuando llamaron a la puerta por tercera vez el oficial Jean se aprestó a levantarse. Encendió la luz (¡funcionaba!) y verificó la hora en el reloj sobre la mesilla: eran las doce y media de la noche. Había dormido, pues, cerca de dos horas. Todavía reticente a ponerse sus zapatos el oficial Jean se levantó descalzo y abrió la puerta. Frente a él estaba un hombre al que no recordaba haber visto antes. Aquello, la idea de que un desconocido viniera a despertarlo a medianoche, le molestó enormemente. ¿Capitán Juan?, le dijo el hombre aquél. Oficial Jean, corrigió éste. Capitán Jan. Jean, corrigió él otra vez. Dígame. ¿Podemos hablar un momento? Es acerca de la muchacha. El oficial le pidió al hombre que aguardara unos minutos, se lavó la cara, se vistió y al final, no sin un poco de desconfianza, se puso los zapatos. Los sintió amoldarse a sus pies exactamente igual que

todos los días. Cerró la puerta de su habitación con llave, y tras haber cruzado el pasillo en penumbras salió a la calle acompañado del desconocido. Ahí, ambos se sentaron en la veranda de la casa de huéspedes. Al oficial Jean no se le ocurrió un lugar mejor adónde ir a esa hora de la noche, y seguramente al hombre tampoco. Por lo que sabía, no abundaban las opciones nocturnas en la isla. Su inesperado visitante era un hombre pequeño y enjuto, vestido sencillamente y con una boina en la cabeza. Por más que el oficial Jean escrutó su rostro no pudo ubicarlo. Me llamo Frédéric, dijo éste. Soy pescador. Al oficial Jean no le sorprendió en absoluto aquella afirmación; precisamente, el hombre tenía toda la pinta de serlo. Mis compañeros y yo ayudamos a buscar a la muchacha, agregó aquél. El oficial Jean lo examinó entonces más atentamente. El hombre había conseguido captar su atención; sí, le pareció ahora, viéndolo bien, que lo recordaba. Quizá lo viera el primer día en la oficina del alcalde, el mismo día que interrogara a Augusto Korzynsky y a su amante. En todo caso, no tenía idea de lo que este hombre, conocido o no, venía a contarle, pero dadas las experiencias previas el oficial Jean se esperó cualquier cosa. ¿Dice que tiene información sobre la muchacha perdida?, dijo con desgano, pero prefiriendo que aquel empezara de una buena vez. Sí, así es, respondió aquél. Bueno, eso creo. Eso cree. Quiero decir, sí, tengo información. Yo la vi, dijo el pescador. A la muchacha. Dos veces. El oficial Jean asintió, tratando así de instar a su interlocutor para que prosiguiera. Quiero decir, que la vi muchas veces más. Todos la conocíamos, oficial. Era muy bonita. Vaya que si era bonita. Lo que quiero decir es que yo la vi dos veces en situaciones, como decirlo, inusuales. ¿Qué quiere decir con eso?, inquirió el oficial Jean. El pescador tomó una gran respiración, como quien se apresta

a lanzarse en aguas profundas, y luego dijo: La vi con ellos, con los extranjeros. El oficial Jean dio un respingo, sorprendido y, al mismo tiempo, animado por lo que acababa de escuchar. Esa sí que era una pieza de información interesante. Por otro lado, el hombre no se veía muy confiable. Parecía ¿cómo decirlo?, distraído, errabundo, como si hubiera perdido la brújula de su existencia y no atinara a encontrar su norte. Pero qué más daba, ya estaba levantado y no perdía nada con escucharlo. ¿Cuándo fue eso?, preguntó. No sé, hace un par de meses. Ella generalmente andaba sola, a pesar de que muchos hubieran querido estar con ella, si sabe a lo que me refiero. Era tímida, supongo. ¿Cómo es que nadie más los vio?, interrumpió el oficial Jean. Yo no dije que *nadie* más los hubiera visto, respondió el pescador. Yo dije que *yo* los vi, y que me pareció raro. Tiene razón, dijo el oficial Jean después de pensarlo brevemente. Olvide el comentario. Prosiga, por favor. Sí, le decía que yo los vi. Fue en la playa. Es cierto que era una playa a la que casi nunca iba nadie, así que a lo mejor, como usted dice, nadie más los vio. En todo caso, yo no lo sé. Como dije, soy pescador, y salí muy temprano para atrapar buen pescado, y detrás de las rocas hay bancos de peces, de peces pequeñitos, no de peces grandes, pero qué le va uno a hacer, de algo hay que vivir. Sabe, es mejor ir directamente ahí en vez de pasarse, como otros, las horas esperando en la parte de enfrente, en donde hay corrientes que espantan a los peces, lo mismo a los grandes que a los pequeños. Corrientes que se lo pueden llevar a uno también. Bueno, allí estaba yo, de madrugada, y entonces la vi. ¿Puede ser que se haya confundido?, preguntó el oficial Jean. No, no, era ella, estoy seguro. Era de madrugada, pero ya era de día. Y dice, agregó el oficial, dice que no estaba sola. No, respondió el pescador, estaba con los extranjeros. Eso dije. ¿Cuáles extranjeros,

señor...? Lo siento, olvidé su nombre. Frédéric. Me llamo Frédéric, con *c* como los franceses, y no con *k*, como los alemanes. Aquí ha habido de todo tipo de colonos, oficial, es fácil confundirse. Lo siento, me decía, oficial. Hablábamos de los extranjeros, dijo el oficial Jean. Sí, es verdad, es verdad. Los extranjeros que vienen a trabajar, oficial, que dicen que limpian las playas. Digo que dicen, porque si viera usted cómo están de sucias de todas formas, Yo nunca he entendido para qué contratan a esa gente si más bien debería hacerse conciencia entre nosotros, verdad, entre los que vivimos aquí. Un tanto exasperado el oficial interrumpió a su interlocutor: Dice usted que estaban con la chica. ¿Vio usted lo que estaban haciendo? El pescador se le quedó mirando con azoro: No parecían estar haciendo nada en especial, respondió. Quiero decir, estaban sentados allí, en la playa, sobre la arena, igual que muchos jóvenes. Hoy en día a los jóvenes les gusta eso: sentarse a no hacer nada, ¿cierto? De momento no me pareció tan extraño. Sólo después, cuando la chica desapareció, pensé que era raro que ella anduviera afuera a esas horas. ¿Qué hora dice que era?, preguntó el oficial Jean. Las cinco, tal vez las cinco y media de la mañana. Ellos no me vieron, afirmó el pescador. No creo, al menos. O si me vieron, no les importó. Ya veo, dijo el oficial, dándose cuenta de que había olvidado traer su libreta. Como no quería volver por ella a riesgo de interrumpir la narración de su testigo decidió continuar de todas formas. ¿Y la segunda vez?, preguntó. Quiero decir, dice usted que vio a la muchacha una segunda vez. La segunda vez fue hace una semana, respondió el pescador. El oficial Jean creyó haber escuchado mal. ¿Una semana? ¿Quiere decir que la vio *después* de que desapareciera?, dijo sin ocultar su sorpresa. Sí, hace una semana, repitió el pescador. En el mismo lugar, sólo que esta vez ella estaba sola. Me pareció

muy raro, oficial. Ella estaba sentada en una roca y parecía mirar hacia el mar. Este hombre me está tomando el pelo, pensó el oficial. ¿Y usted qué hizo?, preguntó, un tanto malhumorado. Al principio, me quise acercar. Lo primero que pensé fue “¿Qué hace aquí una muchachita a esta hora? Seguro que le pasó algo”. Sobre todo con el antecedente y todo. Luego la reconocí y tuve miedo. Podría explicarse, por favor, insistió el oficial, que empezaba a sentirse extrañamente incómodo. No sé, dijo el pescador. Ahora que lo pienso, no había razón. Quiero decir, después de todo la buscamos durante tantos días que supongo que debía de haberme sentido feliz de ser yo el que la encontrara. En mi familia nunca ha habido un héroe, oficial. Siempre hemos sido humildes. Pero eso fue en lo último que pensé. No sé por qué. De alguna manera, oficial, y no vaya usted a reírse, pero entendí enseguida que ella ya no era de este mundo. ¿Cómo le explico? Se veía que estaba penando. Luego, ella me vio y se tiró al mar. ¿Se da cuenta? Eso confirmó mi sospecha. ¿Quién en su sano juicio hubiera hecho una cosa así? El oficial Jean se tomó un par de minutos para pensar. Luego preguntó: ¿La vio usted nadar en el agua? ¿Trató de rescatarla? No, respondió el pescador, ninguna de las dos cosas, oficial. Ella ya no estaba allí, como le digo. Miré un rato alrededor, en el agua, pero era...no sé, como si se hubiera vuelto espuma. El oficial Jean suspiró, y más porque no tenía ninguna pista mejor que porque realmente pensara que aquello lo iba a llevar a alguna parte, siguió interpelando al hombre: Está bien, está bien. Concentrémonos en la *primera* vez que la vio, en la playa, con los muchachos. ¿Cómo eran ellos? Jóvenes, respondió el pescador. Eran dos. Pero, ¿cómo eran? No sé, altos. Parecían altos. Más que usted, por ejemplo. Uno parecía rubio. Seguro que uno era rubio, y el otro moreno. No sé qué más decirle. Se veían personas normales, como usted y como yo. Ante esta

última afirmación el oficial Jean sintió ganas de carcajearse. En vez de ello tragó saliva y preguntó: ¿Por qué no le contó acerca de esto al alcalde? No sé, respondió el pescador. Tuve miedo. Le digo que ella se me apareció, esas cosas no las anda uno contando por ahí. O luego, figúrese, si de verdad era ella, de carne y hueso, iba yo a quedar como un tonto por haber dejado pasar la oportunidad de rescatarla, de sacarla de donde sea que se anduviera escondiendo. Y está el asunto de la reputación, que no es poca cosa. Seguro que al padre de ella, a don Augusto, no iba a gustarle nada que yo anduviera por ahí ensuciando su memoria. Después de todo, no eran horas para que una muchachita decente anduviera en la calle, menos con dos hombres. ¿Podría ser más preciso al describir a los muchachos, señor Frédéric? Eso es lo que más me interesa en este momento. Por favor, concentrémonos en eso. El pescador se quedó pensativo unos segundos, antes de responder: No, no podría. Lo siento. Estaba oscuro. Me acaba usted de decir que era de día, dijo el oficial Jean. De día, sí. Bueno, era casi de día, respondió el pescador. Entonces, ¿cómo es que estaba oscuro? La paciencia del oficial Jean se agotaba. Casi lamentó haber tenido que interrumpir su sueño para prestar oído a los disparates de este hombre. Se acordó de sus zapatos. De los retoños en su interior. Sin saber por qué, se sintió desamparado, como un huérfano que acabara de perder su único juguete decente. Aquí siempre está oscuro, capitán, le respondió el pescador sin inmutarse. No me diga que no se había usted dado cuenta.

Después de aquella inusual visita el oficial Jean fue incapaz de volverse a dormir. Miró y miró por la ventana, mientras se fumaba un cigarrillo tras otro. Una parte de sí le decía que lo mejor era no darle importancia a lo que acababa de escuchar,

o no demasiada, o no más de la que se merecían los desatinos de un borracho o las peroratas de una mujer. Otra parte, por el contrario, le gritaba que ahí estaba la solución. ¿Dónde, por Dios?, se interrogaba entonces el oficial. ¿Dónde está la solución? A esto sí que no tenía respuesta.

Aquella misma mañana el oficial Jean fue a ver al farero. Éste le contó ahí, en el propio faro, de una manera desordenada que, en opinión del oficial, denotaba ya un gran nerviosismo, ya un espíritu desparpajado y por naturaleza propenso al caos, lo ocurrido la noche de la tormenta: Me levanté temprano, como de costumbre, y todo parecía indicar que nada iba a ser diferente ese día respecto a todos los días anteriores, sobre todo porque aquí en este lugar lo raro es que algo pase y no lo contrario, oficial. Luego supe que algo andaba mal en cuanto vi el color del mar. ¿Cómo el color del mar?, inquirió el oficial Jean que, como se dijo, creció en un pueblito alejado de toda costa, mar, laguna, lago o charca y que no sabía, que no tenía idea de a qué cosa podía estarse refiriendo aquel hombre. Sí, el color del mar, insistió aquél, como los esquimales, que distinguen no sé cuántos tonos diferentes de blanco para describir a la nieve: nieve sucia, nieve fresca, nieve templada, nieve a punto de derretirse, nieve perenne, nieve color capullo de rosa, pues de la misma manera, oficial, uno puede distinguir en los tonos del mar, en los matices que adoptan sus aguas el tiempo que se avecina y los humores del océano. Y ese día, le repito, el mar estaba de un color raro, como sucio, como opaco, como de esa agua asentada desde hace muchos días en el fondo del balde, como color de café que alguien ha olvidado en la taza desde ayer, de váter al que no le han jalado bien. Un color malo, pues. Y me dije: algo va a pasar aquí. Pero el trabajo es el trabajo, así que no le di importancia.

Luego desayuné. Unos huevos, un par de tostadas, nada muy pesado. ¿Ya conoció a mi mujer?, se interrumpió el farero, que para eso de las digresiones se pintaba solo. Bueno, mi mujer prepara unas cosas terribles. Lo engordan a uno; mírela a ella y míreme a mí. Dos toneles, qué le vamos a hacer, dos frigoríficos llenos de manteca. Es demasiado tarde para nosotros, oficial, qué suerte tiene usted, qué está tan delgado, una varita de nardo, una ramita al viento. ¿Es casado, oficial?, perdone que se lo pregunte, se me ocurrió en este momento. No lo es, ya entiendo; con razón se conserva tan bien. Sí, le decía que mi mujer solamente se mide con los muchachitos, a los que les hace un caldo detestable pero ligero, una de esas cosas que uno no quisiera tener que padecer pero que, verdad de Dios, los mantiene en forma todo el día, les da la energía que necesitan sin atiborrarlos, que mal haríamos en tenerlos a pan y agua, nosotros que tanto necesitamos de su trabajo, pero tampoco los vamos a tratar como a puercos de engorda, si me entiende. De cuando en cuando el oficial Jean hubiera querido interrumpir al farero para pedirle detalles, pero aquél estaba tan encarrerado en su relato, tan metido en lo que le estaba contando que no le dejaba el más mínimo espacio para colarse dentro, como esas puertas y ventanas selladas con silicón entre cuyos bordes no pasa el aire. Se resignó, pues, a permanecer al margen, a escuchar y a escuchar, que ya podría hacer sus preguntas al final, se dijo, si el tiempo y el azar se lo permitían. Y el farero, en efecto, siguió:

En fin, le decía que desayuné y salí de casa rumbo al faro. ¿Ha trabajado en un faro? Supongo que no. Bueno, pues yo siempre lo limpio primero, hay que tener las cosas en orden adentro, ya sabe. ¿Nunca ha estado en uno? Faltaba más, qué educación la mía, mire que tenerlo aquí en la puerta pudiendo aprovechar la ocasión, lo que pasa es que yo no quería abusar

de su tiempo. Pase, mire, ésta es la torre, que como verá no es muy alta, pero no es necesario porque estamos en el punto más elevado de toda la isla, aunque si se asoma por el borde del risco no verá gran cosa, porque todo lo que nos rodea es mar y arena, mar y arena por doquier, menuda cosa, ¿eh? Esta torre, le decía, alberga al faro en donde, desde luego, tenemos un pequeño equipo de radio y una sirena. Por aquí, venga, por la escalera se sube a la cámara de servicios. ¿Quiere subir? El oficial Jean asintió, porque de pronto le entró curiosidad por ver de qué iba esto de ser el vigía de un faro, y porque a lo mejor hasta descubriría algo importante para su investigación, así que siguió al gordo torrero por una empinada escalera de caracol que desembocaba en lo que parecía ser un pequeño balcón, del ancho suficiente apenas y para sostener a una persona. El farero estaba con medio cuerpo afuera, y el oficial Jean dudó en asomarse porque, quién sabe, esa estructura de piedra se veía viejísima y el hombre era gordísimo, pero éste le hizo señas con la mano, una mano regordeta y tranquilizadora: Que sí, que sí, que venga a asomarse, que no tenga miedo. Y el oficial se asomó y desde ahí se le fue el aliento, porque de verdad, alrededor todo era una sábana azul, como si ellos mismos, junto con el faro, estuvieran flotando directamente sobre el océano, suspendidos en el aire, colgados del mismísimo cielo. Al oficial Jean el corazón le dio un vuelco y por un segundo pensó que se iba a desmayar. Mejor entrar ya, que con estos vientos nunca se sabe, dijo entonces el farero. Gracias a Dios, pensó el oficial, y eso que no era lo que se podía decir un hombre religioso. Entraron ambos y el farero subió entonces por una escalera empinada. Impresionante, pensó el oficial, que aquel hombre pudiera subir y bajar con todas esas carnes auestas, tan ágil como su esposa. El oficial Jean siguió al farero, no muy de cerca, no

fuera a perder pie el hombre y de él no quedaría nada, que su cuerpo para sostener tantos kilos no estaba. Y aquí estamos, en el corazón del faro, dijo aquél todo sonrisas. Se veía que le daba gusto tener un visitante. Esta es la linterna, yo la llamo el ojo del faro, el ojo divino, oficial, un ojo que todo lo ve. El oficial se asomó y descubrió otro pequeño balcón, o más bien un reborde de unos quince centímetros rodeado por una baranda. No le ofrezco salir, porque como dije, es peligroso, dijo el farero y el oficial Jean asintió, internamente agradecido de no tener que ser sometido a dicha prueba. Y el farero se reclinó un rato en el muro, pensando. Sí, bueno, dijo al fin, es difícil con los muchachos. Parecía decirlo más para sí mismo que propiamente al oficial Jean. Uno trata de encauzarlos a su modo, agregó. Mi mujer les tiene aprecio porque no tuvimos hijos. El tamaño de nuestro vientre no ayuda, dijo el farero volviendo súbitamente del monólogo al diálogo mientras le sonreía al oficial, acariciándose al mismo tiempo la barriga con la mano y sobándose con las palmas. A ojos del oficial Jean el farero se convirtió de pronto en una de esas estatuas benevolentes de los budas tibetanos, un dios obeso en su propio templo, alegre y despreocupado en su beatitud. Sí, prosiguió el farero, como no tuvimos hijos teníamos que hacer algo, y ese algo fue el trabajo para nosotros y para ellos, desde luego, que buena falta les hace. A mí no me importa lo de sus papeles y discúlpeme si se lo digo así: el mundo es injusto. A ver, ¿qué culpa tienen ellos de haber nacido en el lugar equivocado? Así que el farero y su mujer compartían puntos de vista después de todo, pensó el oficial Jean, como una pareja feliz que vive de espaldas a las convenciones, compartiendo su casa minúscula, sus catres apestados, sus pocillos desconchados, su cobertizo al que llegaban a posarse las gaviotas. Eso, eso y todo lo demás, aunque aquí el oficial Jean prefirió no pensar,

porque si se le venía a la cabeza una visión del farero en la cama con su mujer le iba a dar algo. Tenía que concentrarse. Sí, perdón, perdí el hilo de la conversación, se disculpó. No hay problema, a mí también me pasa, dijo el farero, cosas de la edad supongo, que usted y yo unos quinceañeros ya no somos, agregó guiñándole un ojo. Los muchachos, en cambio, están jóvenes, tienen futuro, y aunque no lo crea oficial, un verano aquí a veces les ayuda a reencauzar sus vidas, a volver a sus países, no que yo quiera que se vayan, no me vaya usted a tomar por uno de esos radicales que disfrazan su desprecio del otro con discursos patrioterros. A mí me caen bien los chicos, no importa que sean extranjeros. Todos lo somos en cierta forma, ¿verdad? El oficial Jean no respondió, porque de todas maneras le parecía que aquello realmente no era una pregunta, sino mera retórica. Miró su reloj y decidió que ya era hora de que entraran en materia, que para eso había venido realmente. ¿Qué hacen los muchachos aquí?, si me puede usted explicar, preguntó al fin. Bueno, pues los muchachos lavan, limpian, hacen de todo, respondió el farero sin cambiar de tono ni de modalidad de discurso. Generalmente no se ponen sus moños, que para eso se les paga y no se vería bien morder la mano que le da a uno de comer, si sabe a lo que me refiero. No, no sé quién los manda, y aunque lo supiera no se lo diría porque tengo mis principios, pero como no lo sé estamos en paz usted y yo. A mí me depositan un cheque, oficial. Sí, señor, no se sorprenda, hay un banco en esta isla: está en la esquina de la plaza y abre tres días a la semana. Bueno, le decía que a mí me depositan y mi mujer y yo con eso damos de comer a los muchachos, yo los mantengo ocupados, veo que hayan hecho lo que tienen que hacer en las playas y cuando se acaba el verano veo que se embarquen en el transporte más económico posible. No siempre se

pueden ir pronto, desde luego; a veces nos vemos obligados a tenerlos aquí uno, dos o hasta tres meses más. Depende de los temporales y de la disponibilidad de transportes. Ni ellos ni nosotros queremos gastar en una avioneta, aunque siempre cabe esa posibilidad. El último embarque, a ver, sí, eran unos rumanos, muy trabajadores, un americano y dos muchachitos de Europa del este, creo, le digo que yo para eso de la geografía no soy muy bueno, y eran todos buenos, todos, le digo. Se han ido ya, desde luego, así debe de ser, cada uno a lo suyo. Se fueron pronto este año, así es. Después de aquella tormenta, agregó, ninguno quiso quedarse.

Una media hora más tarde el farero empezó a descender. Mientras lo hacía se detuvo un instante en el descanso de la escalera de caracol, justo frente a aquel balcón que un rato antes le robara el aliento al oficial Jean. Ahí, señaló hacia afuera. Mire, mire, oficial, ¿ve usted ese mar?, el color, va a pasar algo, le digo. El oficial Jean se acercó, pero no notó nada anormal. Luego preguntó por los nombres de los trabajadores. No, no sé sus nombres completos, dijo el farero. Los llamamos por sus nombres de pila, oficial: Andreu, Mihail, Martín, Esteban, John. Una vez hubo un John. No se puede uno acordar de todo, qué quiere. ¿Aquella noche? ¿Quiere saber lo que pasó aquella noche? Sí, claro, oficial: aquella noche todo iba como de costumbre, yo estaba sentado en mi puesto y la oscuridad había ya caído, es sorprendente, mágica esa oscuridad, la que viene del mar quiero decir. Es una oscuridad más penetrante, más agónica, si me permite la palabra, que la oscuridad de los lugares en donde no hay agua, que es una oscuridad a secas. Bueno, esta oscuridad es exactamente como se me figura que debe ser la muerte. Y en esa muerte, oficial, fíjese cómo son las cosas, nosotros somos el ojo. El ojo que todo lo ve, que todo

lo alumbraba, no al mismo tiempo sino en pausas, como cuando usted y yo pestañeamos y el mundo nos va entrando en la conciencia en pequeñas instantáneas que sólo por producto de una ilusión confundimos con un continuo, como cuando hacen películas de animación y ya sabe, sacan una foto, luego otra, luego otra, y al final parece que los objetos, que las cosas hablaran o se movieran. Así es la luz del faro y así es el mundo: ve uno pasar un barco, luego una roca, luego un risco, luego el barco otra vez, nada más que un poco más al este, y al final parece que el mundo se moviera al ritmo del faro y que ese barco fuera todo lo que existe sobre la tierra. Cuando yo era niño mi padre decía “me moriré en el faro” y así fue; lo encontramos un día tendido en el piso, con su pipa al lado. Se veía feliz, se lo digo, sonriente, como si se acabara de sacar la lotería. ¡Y el que se sacó la lotería fui yo!, en cierta forma al menos, porque de muchos que éramos me tocó a mí, que fui el mayor, seguirle los pasos, qué cosas. El farero se quedó un instante viendo al vacío, sumido quizá en sus recuerdos y luego, como si nada, retomó la conversación, igual que alguien que de pronto notara que se ha desviado del camino y que con la mayor naturalidad del mundo diera la media vuelta y desandara para buscar el sendero correcto de nuevo. No, oficial, no, en resumen y para hacerle corta una historia que ya se está haciendo larga: ese día no noté nada anormal, además de la tormenta en sí misma. Y dicho eso el farero guardó silencio, como si la fuente de la que surgiera hace unos instantes toda esa verborrea imparable se hubiera desecado de pronto, agotada de frases, de verbos, de alocuciones y de intentos de reflexión filosófica. El oficial Jean esperó unos minutos a que el hombre reanudara el discurso, como suponiendo que aquél no estaba sino recargando baterías, pero nada ocurrió.

Una vez afuera, ambos hombres se sentaron frente al faro en dos sillas que el farero sacó del interior. Dos sillas gastadas, malolientes. ¿Los muchachos estaban con usted?, preguntó el oficial Jean con cierta reticencia, sabiendo que se arriesgaba a relanzar la máquina de hacer palabras. Los muchachos sí, respondió enseguida el farero. Dos de ellos vinieron a ayudarme a llevar las cosas. Pasaron la noche aquí, hay poco espacio, pero se acomoda uno; cuando era niño dormíamos todos dentro, ahí vivíamos, el faro era la casa de uno como quien dice, y no teníamos las comodidades que se tienen ahora. Es un oficio ingrato éste, oficial, se trabaja mucho y se gana poco. Si no fuera porque Dios es grande nos moriríamos de hambre, así como se lo digo. El oficial Jean estaba a punto de hacer otra pregunta cuando el farero lo interrumpió: Ah, sí, hubo una cosa: lo de las gaviotas, oficial. ¿Qué gaviotas? inquirió aquél. Las gaviotas, insistió el farero, como si se tratara de algo por todos sabido, por ninguno ignorado, de algún hecho tan evidente que no debería hacer falta más que una mención escueta, brevísima, para traerlo de vuelta a las conciencias. Luego señaló hacia el frente, hacia los restos todavía sobre la arena, mucho menos numerosos, notó el oficial, que hacía unos días. Esa noche, oficial, agregó el farero, un número enorme de gaviotas se estrelló contra el faro. ¿Se imagina? Todavía lo pienso y no lo creo. No sé por qué, no lo entiendo. Pasa a veces que algún ave se desoriente en la noche y venga, atraída quizá por la luz, como los mosquitos o las polillas, a estrellarse contra el concreto, sobre todo en una noche de tormenta. Se pierden, oficial, qué le vamos a hacer. Pero ¿decenas de ellas?, le digo que nunca había visto una cosa igual, oficial. Nunca, para qué le voy a mentir. El faro quedó en condiciones deplorables, le digo que no me di cuenta, claro, con todo el ruido de la lluvia, los truenos y lo demás es

lógico que no haya escuchado nada. En fin, oficial, cosas más raras se ven en el mundo, eso bien lo debería saber yo. Dicho esto el farero guardó silencio. Un silencio extraño, que dejaba escuchar, como trasfondo, el aliento gélido del mar.

Tras la visita al faro el oficial Jean pasó la tarde entera en la oficina ordenando papeles, reescribiendo hipótesis y, básicamente, tratando de darle un sentido a lo que había visto y oído en las semanas previas. Pensó y repensó, pero entre más le daba vueltas a las cosas más se convencía de que la gente le estaba diciendo solamente verdades a medias, mentiras maquilladas y fantasías incoherentes. Pocas certezas podían resultar de semejantes historias. Lo peor de todo es que descubrió que empezaba a creerse que lo ocurrido a la jovencita iba más allá de simplemente perderse en medio de la tormenta. Pensó que le gustaría hablar de nuevo con el alcalde, aunque después de su último encuentro no tenía ningún deseo de irlo a buscar. También hubiera querido conseguir de alguna manera los nombres completos de aquellos muchachos, los famosos trabajadores. Empezó, como siempre, a tomar notas. Tormenta, escribió. Noche oscura. Gaviotas. Dos muchachos en la noche. Virgen en la roca. Aparecidos. Fantasma de Kalinka Korzynsky. Sin darse cuenta escribió Tormenta por segunda vez. Luego se puso a trazar sobre el papel toda suerte de esquemas, de diagramas de flujo en donde una cosa llevaba a la otra, en donde las causalidades se empataban y se traslapaban, pero por más que se esforzaba las cosas no le encajaban completamente, como si estuviera tratando de hacer embonar a fuerza las piezas de dos rompecabezas diferentes. Observó la imagen que había trazado sin querer. Pensó que le encontraría algún sentido, pero no. Eran sólo un montón de rayones, un tosco

garabato en la blanca, o mejor dicho, en la más bien amarillenta superficie del papel.

A eso de las siete se apareció en la oficina Augusto Korzynsky. Él y el oficial Jean no se habían visto desde la madrugada en que aquél viniera a su hotel a contarle lo que, a la postre, el oficial Jean decidió etiquetar como el resultado de una crisis, o como la única forma posible que tendría Korzynsky para liberar tensiones. No hacía de eso más de tres o cuatro días, así que no pudo evitar sorprenderse al ver el estado de deterioro del hombre que tenía hoy ante sí: la barba crecida, los ojos enrojecidos, las manos temblorosas. Era todo pellejo, todo huesos, todo maxilares y pómulos y clavículas que sobresalían espantosa, peligrosamente por debajo de su sudorosa piel. ¿Por qué está sudando?, fue lo primero que se preguntó el oficial. ¿Por qué? Afuera hacía frío. Un frío que calaba. Estaba sucio. A lo mejor era eso. La suciedad daba apariencia de ser sudor. Y lo era, pero sólo en cierta forma. El brillo se le parecía, en todo caso. Porque lo que sí era evidente es que hacía mucho que Augusto Korzynsky no tomaba un baño. Era evidente por el olor, desde luego, pero también, como se dijo, por la pátina, por la forma en que el cabello se le apelmazaba al cráneo y formaba algo no semejante a un casco, como se suele decir un tanto burdamente, sino a una plasta, a un pedazo de materia viscosa. El oficial concluyó que su visitante presentaba, en general, el mismo aspecto de desamparo que un perro o un gato callejero. De un animal abandonado, en todo caso. Un animal enfermo y, quizá, moribundo. De un animal desesperado. Durante algunos segundos dudó acerca de qué debía hacer. Lo último que quería, ciertamente, era tener que confrontar a un hombre en semejantes condiciones, sobre todo dada la falta de resultados de su investigación.

¿Qué cosa le iba a decir? ¿Que lo único con lo que contaba para encontrar a su hija eran esas historias sobre vírgenes que se aparecían en la playa? No, mejor aún: debería contarle que un pescador había visto su fantasma. Ahora, si Korzynsky no venía para pedirle cuentas (lo que le pareció poco probable), entonces ¿qué quería? No se sentía con ánimos de escuchar otra historia de aparecidos. Tampoco tenía ganas de charlar con él nada más porque sí. El oficial Jean no era un hombre que trabara amistad fácilmente, o al que le gustara el cotilleo fácil, y si lo que Augusto Korzynsky buscaba era empatía (así creyó que se decía, empatía) ciertamente con él se equivocaba. La benevolencia, o la misericordia, o como se le llamara, no era una de sus características. Durante algunos minutos permaneció sentado con todo eso en mente, tan obnubilado, tan distraído que, cuando se dio cuenta, era ya demasiado tarde. Augusto Korzynsky estaba ya dentro de su oficina.

Señor Korzynsky, dijo el oficial de la forma más neutra posible, más a manera de constatación que de saludo propiamente dicho. No quería ser grosero. Después de todo, aquel hombre era el principal interesado en que el asunto se resolviera, pero tampoco deseaba animarlo a instalarse en su oficina más de lo estrictamente necesario. Por toda respuesta Augusto Korzynsky se acercó la única otra silla de la oficina, en donde se sentó con ademán de quien ha venido a mantener una larga charla. Miró luego a derecha a izquierda mordiéndose un poco los labios, dejó sus brazos descansar sobre sus rodillas y se reclinó un poco hacia atrás para estar más cómodo. El oficial Jean suspiró. Lamento decirle que no tenemos todavía mayores pistas, le soltó a bocajarro, pensando que lo mejor era agarrar al toro por los cuernos de una vez. Augusto Korzynsky lo miró con lo que al oficial le pareció, aquí sí, benevolencia. No. Lo sé, lo entiendo, dijo.

La voz de Korzynsky se patinaba al hablar, como la de los borrachos o la de aquellos afectados por padecimientos del sistema nervioso. No vine a... a pedirle cuentas. Es lo último que...que haría, oficial. El oficial Jean asintió con la cabeza, pero no se sintió aliviado. Por el contrario. Se sintió desolado. Cruzó los brazos al frente, como un jugador en un partido de ajedrez en espera de que el otro contrincante mueva sus piezas. Vine porque hay algo que no le he dicho, dijo Korzynsky después de unos segundos de silencio. El oficial Jean ni siquiera parpadeó. Desde su llegada, parecía que todos sabían algo que no le habían dicho, así que no había razón para pensar que el padre de la chica fuera la excepción. Se estaba ya preparando para otra historia de espectros o para un recuento de las leyendas locales cuando Korzynsky, sin más miramientos, le dijo que Kalinka estaba embarazada. El oficial Jean contuvo la respiración. Oficial, repitió Augusto, como si sospechara que aquél no lo había escuchado, o que lo había escuchado pero no había entendido, mi hija iba a tener un bebé. El oficial Jean se tomó unos minutos para pensar, para medir internamente las posibles consecuencias de una cosa semejante. Luego se rascó el brazo, o más bien fingió rascarse. Frente a él Augusto Korzynsky parecía aliviado, liberado de un gran peso, sabedor, quizá, de que la parte más difícil de decir ya estaba dicha.

Yo...pensé que la íbamos a encontrar pronto, sin problemas, dijo éste. Que ella iba a estar bien, que íbamos a resolverlo. A Augusto Korzynsky se le quebraba la voz, pero se controló. Parecía, pensó el oficial, controlarse. Dijo que no quería que se supiera. El oficial Jean trató de parecer comprensivo y dijo que entendía. Luego preguntó si sabía quién era el padre. Augusto Korzynsky negó con la cabeza. Era obvio que, pese

a haber venido voluntariamente, le costaba trabajo hablar del asunto. Que hubiera preferido, sin duda, evitar abordarlo. Ella...era muy discreta, dijo. No me contaba muchas cosas. Si su madre hubiera estado aquí habría sabido qué hacer. El oficial Jean quiso saber cómo se había enterado, a lo que Korzynsky respondió que había encontrado su prueba de embarazo en la basura. El oficial Jean sintió una extraña presión en el pecho, como si le fuera a dar un ataque de tos o algo así. Tragó saliva. Una prueba de embarazo en la basura. ¿No se le había ocurrido a aquel hombre que quizá no fuera de ella? Luego, él mismo se convenció de lo absurdo de esa idea. ¿De quién más, entonces? Ya veo, dijo al fin, tontamente. ¿Sabía ella que usted estaba enterado?, preguntó. Sí, dijo Korzynsky sin dudar. Yo mismo se lo dije. Estaba molesto, oficial, agregó aquél en un tono que al oficial le pareció de disculpa, o de justificación. Ella no tenía más que catorce años, oficial. *Catorce* años. El oficial Jean trató de pensar en la última vez que estuvo frente a alguien de catorce años, pero no pudo recordarlo. Quizá nunca. Quizá desde que él mismo tenía esa edad. ¿Cuándo fue eso?, preguntó. Quiero decir, ¿cuándo discutió con ella por lo de su condición? Asumo que discutieron, agregó. Un par de días antes de que desapareciera, dijo Korzynsky. Yo...fui duro con ella. Lo lamento tanto, no sabe usted cuánto. Y tras aquello Augusto Korzynsky rompió a llorar. Un torrente de lágrimas incontrolables, caudalosas como dos ríos. El oficial Jean, sin saber qué más hacer, se puso a hurgar en los cajones en busca de una caja de pañuelos o, cuando menos, de un rollo de papel higiénico. Al no encontrar ninguna de las dos cosas procedió a extraer de uno de los bolsillos de su gabardina su propio pañuelo de tela que, afortunadamente, estaba limpio. Se lo extendió a Augusto Korzynky, que lo aceptó en el acto, y como si con ello se sellara un pacto secreto entre los dos hombres,

el que escucha y el que acaba de confesarse, el pecador y su benevolente sacerdote, Augusto Korzynsky se tranquilizó. ¿Se siente mejor?, preguntó el oficial Jean, dándose cuenta enseguida de lo poco apropiado de su pregunta. ¿Cómo va a sentirse mejor?, se recriminó. No tiene nada, ninguna razón real para sentirse mejor. Pero Augusto Korzynsky no pareció darse cuenta de la angustia del oficial Jean. Sí, afirmó, me siento mejor. El oficial Jean no le creyó.

Fue el propio oficial Jean quien no quiso continuar el interrogatorio aquella noche. Sencillamente le pareció que no era el momento. Ahora te estás convirtiendo en psiquiatra, se recriminó a sí mismo más tarde, arrepentido de no haberle sacado a Augusto (decidió que desde ahora lo llamaría así, por su nombre de pila, como si hubieran ido a la escuela juntos) todo lo que sabía realmente. Augusto, dijo. Se preguntó cómo reaccionaría si aquél, a su vez, lo llamara Jean a secas, y decidió tras exactamente dos segundos de reflexión que no le gustaba la idea. Fue a verlo a su casa al día siguiente. Esta vez la casita ya no le pareció, como la primera vez, triste y decrepita. Ahora sólo le pareció triste. Mientras el oficial Jean sacaba su libreta Augusto se sentó en su silla, hundido en el asiento como un condenado a muerte. Era una silla de color rosa, lo que desentonaba con el tono más bien trágico de la conversación. El oficial supuso que habría sido de la hija. De la hija que, con muchas probabilidades, no volvería a sentarse en ella. Antes de que pudiera decir palabra Augusto empezó a hablar: Ella y yo, dijo, no nos llevábamos muy bien. Supongo que a medida que Kalinka creció nos fuimos alejando. No sé cómo pasó. Nunca trajo a nadie a la casa. Nunca me preguntó si podía salir con alguien. No acostumbraba pedir permiso para esas cosas. La isla es un lugar pequeño. Para ella salir

por ahí era como ir al parque, supongo. Al oficial Jean aquella comparación de la isla con un parque se le antojó aberrante. ¿Esta isla un parque? Será más bien un terreno, en el mejor de los casos un terreno baldío. En el peor, pensó, un terreno lleno de cosas horribles. De cadáveres, tal vez. Preguntó luego si había habido algo inusual, algo fuera de la rutina de costumbre en las semanas previas a la desaparición. Le dije que ella estuvo en Montreal, respondió Augusto. El oficial Jean lo negó. Sí lo hice, insistió aquél. El oficial Jean buscó entonces en su libreta, retrocediendo algunas páginas hasta que encontró la anotación. Lo siento, sí me lo dijo, se disculpó. Luego pensó que se estaba haciendo viejo. Sí, infinita, horriblemente viejo.

En la pensión, acostado en su cama, el oficial Jean se puso a hacer algunos ejercicios matemáticos. Según Augusto (qué cómodo era llamarlo así, sin el engorroso apellido), su hija había estado en Montreal en junio. Sacó cuentas mentalmente. Si la chica desapareció en agosto y estaba embarazada en ese momento, existía sin duda la posibilidad de que hubiera quedado embarazada durante su estancia en Montreal. Aunque desde luego, nada excluía que hubiera ocurrido después, en la isla, por alguien que, presumiblemente, hubiera podido o querido que ella desapareciera. En todo caso, sin el cuerpo de la chica eso era imposible de determinar. Se acordó de lo que le dijera Augusto acerca de la confianza con la que la había mandado a aquella ciudad sabiendo que se hospedaba en casa de su hermana. De cómo, le aseguró, nunca se lo hubiera permitido de no ser así. Al preguntarle si ella, su hermana, no le había mencionado nada anormal, nada que le hubiese hecho lamentar su decisión, nada que le hubiese hecho pensar quizá que su hija tenía problemas, Augusto, tras reflexionar, dijo que sí, que hubo una cosa: su hermana dijo que Kalinka

necesitaba más disciplina. Augusto no sabía exactamente a qué se refería, ni se lo había preguntado. Mi hermana nunca se casó, agregó. Era, es aún lo que se puede llamar una solterona. No me sorprendió que dijera eso. El oficial Jean lo meditó un momento. No, a él tampoco le sorprendía.

¿Cuánto tiempo había estado Kalinka Korzynsky en Montreal? A ella no podía llamarla sólo por su nombre de pila. Por alguna razón, no le hubiera parecido correcto. Era como si, a diferencia de lo que le pasaba con Augusto, con ella le ocurriera exactamente lo contrario, como si a medida que pasaban los días le costara más y más trabajo dotarla de forma física, de personalidad, de corporeidad, de existencia. Ella, Kalinka Korzynsky, estuvo en Montreal sólo un par de semanas. Un mes, cuando mucho. Al oficial le pareció que era muy poco tiempo. Demasiado poco. Sospechosamente poco. ¿Por qué volvió tan pronto? Él mismo había estado en Montreal un par de veces, y sin ser joven, ni jovial, ni guapo (atributos todos con los que su mente adornaba a la desaparecida) se la había pasado muy bien. Al menos bien a secas. Recordaba un bar de nombre en español, ¿cómo se llamaba? Trató de hacer memoria. ¿Los cuatro amigos? ¿Los cinco amigos? ¿Los amigos? ¿Los amigos mexicanos? Qué buena la cerveza en todo caso, y las hamburguesas tampoco estaban mal. Pero se acordaba de la cerveza sobre todo. Se había puesto la borrachera de su vida. O bueno, no de su vida, pero sí una buena borrachera, una de ésas de las que, justamente, uno quiere estarse acordando después. Una borrachera que lo había puesto contento, contento y no melancólico, como era casi siempre el caso cuando se emborrachaba.

El oficial Jean hizo una tercera (y última) visita a Augusto alrededor de una semana antes de marcharse de la isla. Aquel día incluso aceptó té. También aquel día la casa dejó definitivamente de parecerle triste. Lo que es más, la encontró casi simpática. No que la atmósfera tuviera nada de simpático en sí mismo, claro, pero ya no la percibió dotada de aquella soledad intrínseca de la primera vez. Esperó hasta haberse terminado el té, transcurso durante el cual Augusto se puso a contarle, para pasar el tiempo, la historia de una de las muchas tragedias que rodeaban a la isla. El protagonista era un duque, o un conde, Augusto no lo recordaba bien, aunque se inclinaba por la idea del duque, un duque que viéndose obligado a partir de Europa, de donde quiera que estuviese su ducado o su condado, para establecerse en los dominios de sus parientes allende el mar, enviara su equipaje en senda flota naviera. Ya sabe, la gente enviaba hasta sus carruajes, y a sus criados, por supuesto, dijo Augusto. ¿Y luego?, inquirió el oficial con cierta impaciencia. Luego, nada. Todo naufragó, dijo Augusto. Al oficial le disgustó el uso del pronombre “todo” con el verbo “naufragar”. Las personas naufragaban. Un barco podía naufragar. Pero ¿todo? ¿Cómo puede naufragar *todo*? Como si le leyera el pensamiento Augusto le dijo que se refería a los enseres, a las pertenencias del duque. Imagínese, agregó, que cuando el duque llegó a tierra no tenía nada: ni carruajes, ni cristalería, ni cuchillería de plata. Nada. El duque o conde lo había perdido todo. Pero la historia no se acaba ahí, dijo Augusto. Porque como parte de la servidumbre, si hemos de creer lo que cuentan los chismes de la historia, que a fin de cuentas son un poco como los chismes actuales, sólo que dotados de cierta borrosa autoridad conferida por el tiempo, como parte de la servidumbre venía una muchachita, una muy bella, una mucama que, para no hacerle el cuento largo, era la

querida del duque. Ella también había desaparecido. Se había probablemente ahogado, o perdido, nunca se supo, lo que sí es cierto es que el duque la amaba, y de eso dejaban constancia las numerosas cartas de amor que le escribió. Ahora, continuó Augusto tras unos segundos de reflexión, esta historia ilustra, mi estimado oficial Jean, no solamente que el amor, como se suele decir, no tiene límites, ya sabe, de edad, de condición social, lo que en el fondo es una banalidad, sino que ilustra también la fragilidad de la existencia, y más importante todavía, en mi opinión esta historia ilustra muy bien lo que yo llamo la subjetividad de la pérdida. El oficial Jean puso cara de pasmo. Quiero decir, prosiguió Augusto, para alguien como usted o como yo ese “todo” puede parecer gran cosa. Pero, ¿para un duque? Seguramente no tuvo más que esperar a que le enviaran otra flota, aunque no lo sé de cierto, concluyó, porque la historia no lo dice, pero nada, estará usted de acuerdo, nada podía restituirle el amor perdido. Lo que sí es cierto, recalcó, es que el duque sobrevivió. Y eso es lo que cuenta. Otro en su lugar se hubiese suicidado, pero el duque continuó viviendo, y prosperó, y murió de viejo muchos años después. ¿Y por qué lo hizo? Probablemente porque no tenía opción. Porque aquello solamente le concernía a él, porque no se trataba de una guerra, ni de una hambruna, ni de una de esas cosas que uno puede considerar tragedias. Porque no justificaba, en una palabra, su propia muerte. Tras esto Augusto guardó silencio. El oficial Jean no estaba seguro de entender lo que aquél intentaba decirle. Lo que sí es que no estaba de acuerdo con él en al menos una cosa: duque, o conde, o poco importaba, aquel hombre debía haberse sentido devastado, o si no devastado al menos deprimido, y quizá siguió no viviendo, sino malviviendo el resto de su vida, recordando con pesar, cuando no con franco horror aquel incidente. Quizá relevara

aquellas cartas de amor y releerlas fuese una tortura, peor que si estuviera muerto. En su opinión, pues, aquella historia sí que encerraba una tragedia. Una muy personal, si se quería, pero una tragedia al fin y al cabo.

Para cuando llegaron al punto principal, al objetivo de aquella visita, ambos, tanto Augusto como el oficial Jean, estaban menos tensos. Los trabajadores, Augusto (era la primera vez que el oficial Jean lo llamaba así en voz alta), ¿sabía usted que su hija se veía con ellos? El oficial Jean sabía que se estaba arriesgando, que él mismo no tenía pruebas de lo que acababa de decir y que Augusto podría tomarlo a mal. Pero dada su falta de pistas no tenía más remedio que intentarlo. Como se lo esperaba, el semblante de Augusto adquirió un tinte sombrío: No entiendo a qué se refiere, dijo secamente. Los muchachos que vienen a limpiar la playa, insistió, tengo entendido que hubo un par de ellos aquí durante el verano en que su hija desapareció, y creo saber que ella los conocía, o que se veía con ellos, o que se vio con ellos al menos una vez. Augusto Korzynsky se quedó pensando, como tratando de hacer memoria, como si de pronto se pusiera a hurgar en los recovecos de su mente. No, dijo al final. No recuerdo nada de eso. Luego un dejo de alarma apareció en sus ojos azules. ¿Cree usted...?, empezó a decir. No importa señor Korzynsky, trató de tranquilizarlo el oficial Jean (que sin querer había vuelto a llamarlo “señor” y “Korzynsky”), no quiero decir nada en particular. Sólo quiero explorar todas las posibilidades, afirmó. Después, tras algunos minutos de incómodo silencio el oficial preguntó a Augusto si alguien más lo sabía. Lo del embarazo, aclaró. Por un segundo no pasó nada. Augusto no respondió. Luego se levantó de su asiento intempestivamente: ¿Cree usted, oficial, que iba yo a andar por ahí manchando la

reputación de mi única hija?, estalló. ¿Que iba yo a dejarlos que pensarán, a ese montón de mojigatos y de puritanas, que mi hija era una cualquiera? ¿Que ella, a la que ninguno de ellos le llegaba ni a los talones, andaba por ahí revolcándose con todos? No, no, no. Jamás. Augusto manoteaba, casi echando espuma por la boca. Al oficial Jean aquel conato de exabrupto lo tomó realmente por sorpresa. Notó también que el rostro de Augusto perdía sus cualidades de nobleza cuando enrojecía y se sulfuraba. Si normalmente parecía un nazi exiliado ahora parecía un demente. Por otro lado, supuso que a Augusto no le faltaba razón en querer proteger a toda costa la reputación de su hija. Dado que además era un maestro de escuela ciertamente aquello no hubiera sido el ejemplo más encomiable para sus propios estudiantes, muchos de los cuales debían ser apenas un poco más jóvenes que Kalinka. El hombre, se dijo, quizá habría perdido su empleo, o al menos su credibilidad. Una vez que Augusto se hubo calmado y vuelto a sentar el oficial le dijo que no tenía más preguntas, se levantó y se encaminó a la puerta. Cuando se despidió de él la voz de Augusto sonaba lejana, casi un murmullo: No se olvide de lo que le dije, oficial, le dijo. Toda pérdida es subjetiva, y lo es siempre, remató.

Esa noche el oficial Jean merendó en la misma fonda de costumbre. El menú consistía en pescado asado con un par de hojas de lechuga cubiertas con aceite de oliva, y no le pareció tan mal. Esta vez se lo terminó todo. Luego volvió a la pensión. Se quedó un rato sentado en la cama pensando en lo que le dijera Augusto. También pensó en lo que le contara el farero, hacía unos días. Y por último pensó en el alcalde, y en el libro de Job. Algunas cosas, muy pocas a decir verdad, le parecían empezar a tener sentido. O lo tenían hasta cierto punto al menos, hasta un punto que parecía una especie de diminuta

mota de luz en la lejanía. Volvió a pensar en el alcalde, en su enojo la última vez que habían hablado, en lo que parecía su inmensa pesadumbre por todo lo ocurrido. Casi sin darse cuenta se estiró para abrir el cajón de la cómoda del cuarto de la pensión. Esperaba, secretamente, encontrarse con una biblia. Conocía muchos hoteles en donde todavía las ponían allí, al alcance del viajero. Tranquilidad de espíritu incluida en el precio de la habitación. Por alguna razón sentía la súbita necesidad de echar un vistazo al libro aquél, el libro de Job. Pero al mirar descubrió con desaliento que el cajón estaba vacío.

Durante algunas horas la idea de que los fuereños tenían algo que ver con la desaparición de la joven cobró cierto espacio en la mente del oficial Jean. El pescador le aseguró haber visto a Kalinka Korzynksy paseándose con ellos a altas horas de la noche o en la madrugada. Fuereños, repitió éste, y se dio cuenta de que la palabra le resultaba chocante. Chocante y empero certera. Eran extranjeros, en todo caso. Y si lo eran (y probablemente lo eran), nada tenían que perder aquí. Nadie los conocía, no le debían explicaciones a nadie. Sobre todo si, como sospechaba, no tenían papeles. Podían haber actuado de manera irreflexiva, impulsiva, llevados por el momento. ¿Podría la chica haberse ido con alguno de ellos? ¿Haber permanecido escondida en la isla misma, quizá un par de días, los suficientes como para que el mar se despejara y luego, ya en calma la naturaleza, haber escapado de allí sola o con el amado en el único barco disponible? Eso sería plausible. De hecho, le pareció la hipótesis más coherente de entre las que se le habían ocurrido hasta entonces. Por otro lado, si ella estaba embarazada de alguien más, pensando en que hubiera vuelto de una aventura pasajera en Montreal, era poco

probable que se hubiera marchado por su cuenta. Sola, con los embates del embarazo por venir y, hasta donde el oficial podía deducir, aparentemente sin dinero (salvo el que su padre le diera aquella tarde), tendría que haber sido demasiado tonta como para intentarlo. Pero se daban casos. De mujeres tontas, quería decir. Volvió a pensar en su hipótesis. Ya bien vistas las cosas, no, aquello tampoco tenía sentido.

Entonces apareció el cuerpo. Lo encontraron en la playa, no en la de la virgen sino en otra, en el extremo opuesto. Cuando se enteró, el oficial Jean sintió que el corazón le daba un vuelco. Estaba desayunando en la fonda cuando le dieron la noticia, y se levantó con tanta prisa que ni siquiera le importó salir sin haber pagado, y eso que irse de un establecimiento sin pagar era una de las cosas a las que nunca se atrevería, nunca, se entiende, en circunstancias normales. Dos de los guardacostas iban para allá, así que sin preguntar (lo que también era inusual en él) se montó con ellos en el jeep que se dirigía al lugar del hallazgo. En la playa pese a que todavía era temprano el sol brillaba descomunal, aterradoramente. Sobre la arena yacía el cuerpo. O mejor dicho, yacía una cosa que ni era hombre, ni era mujer, ni era nada. Algo informe, hinchado, blanquecino. El hedor era intolerable, y el pescador que lo había hallado vomitaba sobre la arena. Cuando el oficial Jean se acercó constató con desolación que, excepto por algunos jirones de carne, aquello era casi puro hueso, y que lo demás, el bulto por así decirlo, no era más que un amasijo de algas, eso y restos de lo que algún día debió ser ropa. Debe ser ella, dijo el alcalde. El oficial Jean lo miró con perplejidad. Si bien no era ningún experto forense, el cuerpo (o lo que quedaba de él) le parecía muy voluminoso, muy robusto para el de una jovencita. Además, a juzgar por su estado, le pareció

que debía llevar en el mar mucho más de tres semanas. No, se dijo, no es, pero se abstuvo de mencionarlo en voz alta, sobre todo porque a su alrededor la atmósfera empezaba a ser (o así se lo pareció) como de jolgorio o de celebración. O no de celebración, sino de alivio. De consciencia del deber cumplido. No seas ridículo, Jean, se dijo a sí mismo mientras observaba cómo el alcalde y los guardacostas metían los restos en una bolsa. ¿Qué cosa es eso de consciencia del deber cumplido?, se preguntó. En todo caso, le pareció que flotaba a su alrededor una atmósfera extraña. Como la de un funeral, se dijo, pero no de un funeral que empieza, sino de un funeral que se está terminando, de un funeral que ha llegado al punto en que el muerto está ya enterrado, los parientes se han ido y se puede empezar a seguir viviendo. O a morir a su vez, según sea el caso. La idea le pareció lúgubre. Trató de pensar en otra cosa durante el trayecto de regreso a la alcaldía, pero no pudo.

El cadáver encontrado (era preciso referirse a él de alguna forma) fue transportado a la clínica del lugar, pero pronto estuvo más que claro que no habría manera de realizar *in situ* una autopsia. No una fidedigna al menos. No con los medios y los recursos existentes. Trasladarlo, por otro lado, implicaría esperar. Seguir esperando. Una mirada por parte del médico local bastó empero para que éste avanzara que se trataba muy probablemente de un varón. Al escuchar aquello el oficial Jean sintió una punzada de maligna satisfacción. Pero no contaba con el alcalde, que con aquel hallazgo parecía de pronto rejuvenecido, dotado de una energía de la que careciera totalmente en las semanas previas. Con todo respeto doctor, dijo, yo creo que puede usted estar equivocado. Sugiero que esperemos el parte médico, el de los *expertos*, agregó haciendo hincapié en la última palabra. Los expertos.

Siempre los expertos. El oficial Jean iba a protestar, pero la mansedumbre con la que el médico local aceptó aquello, como si el resultado a fin de cuentas no le incumbiera (lo que probablemente era el caso), o como si de todas formas le diera lo mismo, lo desarmó. Por lo pronto creyó escuchar (¿o lo estaba soñando?) que el alcalde lo felicitaba: oficial Jean, creo que todos hemos hecho nuestro trabajo. Usted más que nadie. Sin usted nada de esto hubiera sido posible. El oficial Jean sintió una palmada en la espalda. No sé qué pensar, dijo. No tiene que hacerlo, oficial, le respondió el alcalde, sonriendo. Me parece obvio que Kalinka Korzynsky se ahogó. Aunque claro, no nos adelantemos, agregó. Debemos esperar, como dije, el parte médico, pero usted oficial, ya no tiene ninguna razón para permanecer aquí. El oficial Jean creyó, por un instante, que aquello lo ofendía. Que lo insultaba. Que vejaba no solamente su autoridad sino su persona entera, el más mínimo rastro de su inteligencia, de su integridad. Pero no, nada de eso. En lo absoluto. Bastaron algunos minutos, mejor dicho bastaron algunos segundos para que se diera cuenta, no sin cierta desazón, de que lo que sentía en el fondo era alivio. Un alivio profundo, tibio, que lo hacía pensar en su casa, y en su cama, y en sus pantuflas, y en todas las cosas medianamente familiares que había dejado atrás.

Informe preliminar del oficial Jean Legrand, licencia número 9694299 acerca del caso 22988 en la localidad de Isla de Arena, Isla de Arena, relativo a la desaparición de la menor Kalinka Korzynsky, acaecida en el mencionado poblado durante el mes de agosto del año en curso: *Este informe se refiere a los hechos ocurridos el día 23 del mes de agosto del año corriente en la localidad conocida como Isla de Arena, en la isla del mismo nombre, implicando la desaparición de la menor de nombre*

Kalinka Korzynsky. Dicha menor tenía 14 años de edad en el momento de la desaparición, era de estatura superior a la media (1.75, según consta en las tarjetas de identidad proporcionadas por el padre de la desaparecida), de tez clara, cabello rubio y ojos azules. Se le vio por última vez con fecha 22 de agosto a alrededor de las 3 de la tarde en la escuela de la isla. El padre de la desaparecida, de nombre Augusto Korzynsky, de profesión maestro, es presumiblemente la última persona en haberla visto. Él mismo reportó los hechos a la alcaldía de Isla de Arena el día 25 de agosto del mismo año. En su declaración inicial éste relata que su hija no volvió a casa la noche del 23, aunque él mismo afirma no haberse dado cuenta de ello sino hasta el día 24, habiendo pasado la noche fuera, en casa de la ciudadana cubana Ivonne Sánchez (residente legal en el país), quien ha podido confirmar junto con otros testigos oculares la veracidad de esta aseveración. El padre de la desaparecida ha referido en interrogatorio posterior que su hija no tenía enamorado o amigo conocido, pese a que según lo afirma él mismo existía la sospecha de que la menor estuviera embarazada. El oficial en cuestión no ha tenido manera de corroborar lo anterior. El testigo refiere también que el día 24 de agosto él mismo pasó por su domicilio brevemente a eso de las doce, comprobando que su hija no estaba, aunque afirma no haberse sentido alarmado por esa ausencia porque la menor en cuestión acostumbraba salir sin pedir permiso. Lo anterior nos lleva a concluir que esta última debe haber desaparecido en algún momento entre la tarde y la noche del 23 de agosto. Bajo dirección de la alcaldía del lugar se emprendió la búsqueda de la menor casi una semana después de esa fecha, sin ningún resultado digno de mencionarse, lo que motivó que se recurriera a esta instancia. El oficial que esto escribe confirma haber recorrido el lugar en repetidas ocasiones y recabado las evidencias que se incluyen en los anexos E-1, E-2, E-3 y E-4. La primera, la segunda y la tercera

*corresponden, respectivamente, a un puñado de cabellos, a una fotografía y a un viejo pincel. La cuarta corresponde a un montón de huesos de gaviotas muertas. Los cabellos y el pincel fueron recogidos por este oficial en una cabaña sita en las inmediaciones de la localidad en cuestión, aparentemente abandonada y en estado de deterioro avanzado. Llamen la atención del oficial por corresponder a la descripción y fenotipo de la desaparecida, y se sugiere su examen detallado. En cuanto a la fotografía, ésta muestra a una pareja no identificada con un niño en brazos y le fue entregada a este oficial por uno de los hombres interrogados. Ninguno de los testigos a los que se les mostró pudo determinar de quién se trata. Los huesos de gaviota se consignan a título de evidencia complementaria, refiriendo los lugareños que la noche de la desaparición de la menor se traslapa con un episodio de muerte masiva de esas aves. Este oficial no está en posibilidad de determinar si existe alguna correlación entre ambos hechos. Cabe mencionar que la noche del 23 de agosto se desató en la localidad una terrible tormenta que obligó a la mayoría de los lugareños a permanecer en casa, lo que sin duda explica la falta absoluta de testigos oculares capaces de proporcionar alguna información útil o coherente al respecto. Cabe esperar que el examen del cuerpo permita arrojar algo de luz sobre las circunstancias de la desaparición y del deceso mismo. Las demás personas interrogadas a lo largo de las semanas en que este oficial se vio obligado a permanecer en el lugar de los hechos parecen no recordar, además de lo arriba citado, nada digno de mencionarse. Muy atentamente,
Jean Legrand, oficial de policía.*

El oficial Jean relejó el informe que redactara la noche anterior y suspiró. Siempre podía ser peor. ¿Peor cómo?, se incriminó. ¿Peor como en “no tengo ni puta idea de lo que pasó”? ¿Peor

como en “sí, sé lo que pasó, pero no se me pega la gana decírselos”?, ¿O peor como en “tengo algunas intuiciones, algunas sospechas, pero son demasiado horribles, demasiado perversas para mencionarlas siquiera”? Abrumado, salió a la calle buscando despejarse la mente. Miró alrededor. El viento soplaba de manera implacable haciendo que el mar se levantara, que retrocediera, que se volviera a alzar, furibundo, como obligado a llevar a cabo a regañadientes una danza sin fin. Una danza macabra, pensó el oficial, aunque al instante la frase le pareció tan cursi que casi lo hizo sonreír. Al menos me iré a casa, se dijo tratando de ser optimista. A casa, en donde lo esperaban su televisión y su cama de siempre, y en donde nunca tenía pesadillas. Al menos no pesadillas tan extrañas. Notó entonces que en el cielo se cernían oscuros nubarrones y casi se atrevió a vaticinar que iba a llover. Sí, se dijo, lloverá para cuando me esté marchando. Lloverá, y el viento soplará, y las olas se levantarán como terroríficos muros de agua. Entonces se acordó que esta vez se iba por barco, porque no hubo manera de convencer a su superior de mandar la avioneta a recogerlo, y tuvo una palpitación de pánico. Se imaginó naufragando, terminando sus días en tan sobrecogedor lugar. Tal vez no llueva después de todo, se dijo para tratar de tranquilizarse. Encendió entonces un cigarro y se lo fumó sentado en la veranda de la casa de huéspedes. Miró otra vez las nubes. Sí, maldita sea, pensó mientras apagaba la colilla en el suelo, definitivamente va a llover.

Así fue. Una lluvia torrencial se abatió sobre la isla a partir de aquel mediodía. Para las seis o siete era ya una tormenta de mediana intensidad, pero al fin y al cabo una tormenta, y al oficial le informaron que se había tomado la decisión de posponer la salida del barco. Efectivamente, le aseguraron,

la posibilidad de un naufragio nunca debía tomarse a la ligera en semejante lugar. Aquella espera al oficial le pareció demencial. O casi. Se encerró, en todo caso, en la habitación de la pensión, adonde para su gran placer (y también para su ligera decepción) nadie vino a importunarlo en momento alguno. Una de aquellas noches el oficial Jean tuvo otra vez aquel sueño extraño, aquel sueño perturbador en donde sus zapatos se llenaban de flores, sendas flores blancas, rosadas, color bermellón, sólo que esta vez todo tenía lugar en una playa. Él estaba de pie, contemplando sus zapatos floridos (que no tenía puestos), cuando de pronto una mujer aparecida de la nada se acercaba. Allí, en su presencia, como quien cosecha frutos y llena con ellos su mandil, la mujer cortaba las flores de sus zapatos y se las ponía en los brazos, acunándolas como si se tratara de un niño. De manera nada sorprendente el rostro de la mujer era el mismo rostro de Kalinka Korzynsky. O mejor dicho, era el rostro que hubiera podido tener Kalinka Korzynsky de haber vivido para llegar a la edad adulta: un rostro bello, pero privado ya de la inocencia de la infancia. Un rostro que al oficial Jean le pareció de una melancolía infinita.

Dos días después, bajo un cielo luminosamente azul, despejado, el oficial Jean se embarcaba al fin hacia tierra firme. El alcalde había enviado a uno de los guardacostas a despedirlo excusándose por no poder estar presente él mismo. Viejo hijo de puta, pensó el oficial Jean. No tiene los huevos para venir a darme la cara, pero ya veremos cuando lleguen los informes. Ya veremos. Luego pensó con tristeza que entre los dos, entre su propio informe rebuscado y lleno de desatinos, y el del alcalde, que imaginaba pulcramente redactado, conteniendo una solución mucho más sencilla y cómoda que la suya, era fácil adivinar cuál pegaría mejor. Claro, quedaba esperar el

parte médico y bla, bla, bla. ¿A quién engañaba? Parte médico o no, él estaba fuera del caso, *out*, eso era todo. De todas formas, se consoló, él no quería saber más del asunto. Estaba ya en la pequeña cubierta del barco cuando ocurrió una cosa peculiar: oyó que alguien gritaba su nombre. Primero pensó que debía ser solamente el efecto del viento (pese a que estaba soleado el viento seguía soplando con furia), pero luego escuchó el grito una segunda vez, claramente. Miró hacia el muelle. Era el farero. Aquél, con un entusiasmo que al oficial le pareció excesivo, venía a despedirlo. ¡Ya viene el invierno!!!, gritó aquél acercándose lo más que pudo al barco y usando sus manos a manera de bocina para hacerse oír. Si no se va en este barco, tendrá que esperar hasta la primaveraaaa. Ha hecho usted bieeeeeen. El oficial Jean permaneció impávido, incapaz de sonreír. El culpable recibirá su castigoooo, se lo aseguroooo, le gritó entonces el farero. Aquella afirmación no solamente sorprendió al oficial Jean, sino que lo irritó profundamente. Lo asqueó, lo que es más, como si el farero hubiera venido hasta acá a tirarse un pedo directo en su cara. ¿Quién se creía que era? Él, el oficial Jean, era un hombre de ley y no de moral. La justicia, pensó, no se podía dejar en manos del destino. Al instante se sorprendió de haber pensado aquello. ¿Cuál justicia? Él ni siquiera estaba seguro de creer en ella. Creía, en todo caso, en algo que se le parecía vagamente, en algo más cercano al ojo por ojo y al diente por diente de la Biblia. Creía en la revancha, en la venganza, no en la justicia. Como no estuvo seguro si debía insultar al farero o agradecerle el comentario sencillamente se limitó a agitar la mano desde donde estaba. Luego, con una expresión de profunda desesperanza observó cómo aquél daba la media vuelta hasta perderse finalmente entre las dunas de arena.

Tan pronto la embarcación se hizo a la mar el oficial Jean se arrellanó en su interior, lo más alejado que pudo de las ventanillas, y trató de pensar en otra cosa que no fuera el caso, ni la isla. Más bien trató de no pensar en nada. De vez en cuando miraba hacia afuera, hacia el mar, en donde se iba dibujando una tenue línea blanca que se perdía en el horizonte. Se acordó entonces que todavía llevaba consigo la foto de la muchacha. Hurgó entre sus papeles hasta dar con ella y entonces la contempló largamente. Se acordó que el alcalde le había asegurado que habían pegado fotocopias de esa misma foto por toda la isla, y sólo en ese momento se dio cuenta, con sorpresa, de que no había visto ninguna. Ni una. Jamás en las más de dos semanas que permaneciera ahí. Tal vez para el momento de su llegada ya las habían quitado. O quizá una de las tormentas hubiese dado cuenta de ellas. El oficial Jean se imaginó la lluvia cayendo sobre el papel, los surcos de agua borrando lentamente aquellas facciones. Pensó en toda esa gente olvidando, gradual pero certeramente, a la que fuera en su momento, sin duda y a ojos vistas, la criatura más hermosa de Isla de Arena.

Un par de meses después, cuando ya el oficial Jean se había casi por completo olvidado del caso (aunque de cuando en cuando todavía lo asaltaran pesadillas de zapatos que florecían, de playas immaculadas y de mujeres de ojos apesadumbrados) llegó a la comisaría un sobre que le iba dirigido. Era un sobre color marrón, de esos tamaño carta que suelen usarse para la documentación importante. El oficial Jean venía de desayunar y al tomar el sobre le dejó encima, sin querer, las huellas aceitosas de sus dedos. Lo sopesó luego un segundo entre las manos y supo de inmediato, al leer el remitente, que no podía ser sino la copia de los resultados de la autopsia de los huesos,

la lectura de aquel cuerpo, la radiografía, por así decirlo, de aquello, de lo que hubiera sido que se encontró en la playa. Como oficial en su momento a cargo del caso le correspondía conocerla, desde luego, aunque puesto que el hallazgo (y por lo tanto el mérito) era en principio responsabilidad de los guardacostas y de la alcaldía los originales debían estar rumbo a la isla. No, probablemente estaban ya en ella, y desde hacía mucho. El oficial Jean se sentó y abandonó el sobre por ahí. Luego se puso a sacar algo del papeleo atrasado, que a últimas fechas se le acumulaba más que nunca. Desde que volviera de aquella misión, por llamarle de alguna manera (aunque misión era un título muy pomposo, digno de una película de Bruce Willis, o quizá de una de Stallone), en todo caso, desde que volviera de la isla se las había ingeniado para conseguir encargos más de oficina, más de subalterno, más, quién lo diría, el tipo de trabajos con los que empezara su carrera. Sólo ahora descubría, después de muchos, de tantos años, que era eso lo que mejor le venía. A eso del mediodía salió a buscarse un café y sólo al regresar volvió a acordarse del sobre. Procedió entonces a abrirlo sin el menor asomo de ansiedad, ni de exaltación. Contenía solamente una hoja. Como lo esperaba, era una fotocopia. Estaba doblada en dos. La abrió. También como se lo esperaba eran los resultados de la autopsia. Estos indicaban, entre otras muchas minucias en lenguaje más bien científico o técnico, que las muestras humanas (sic) enviadas correspondían al cuerpo de un varón de raza caucásica, de entre cuarenta y cuarenta y cinco años de edad.

RECEP



¶ REEVES, 1876. KIM, 1836. *Puritan*, 1922. *Afganistán*, 1846. *A.S.H.*, 1855. *Fulton*, 1848. *Spring*, 1607. *Black Duck*, 1871. *Mármara*, 1989. La primera noche tras su regreso a Estambul Recep Karakoğlu tuvo pesadillas. Pesadillas de barcos hundidos. Los soñó toda la noche. Uno tras otro, como las cuentecillas de un rosario, los vio levantarse de las olas y hundirse luego de vuelta en ellas, abriendo a su paso fosos inmensos, bocas como túneles inconclusos, túneles de una vastedad inenarrable. Se despertó sobresaltado, sobresaltado y arrepentido de no haberse quedado mejor en un hotel, como si su mal sueño fuera consecuencia directa del entorno que lo rodeaba. Aquel sueño, a decir verdad, lo perseguía desde hacía años, pero nunca se había presentado, eso sí, de manera tan vívida. Venir a pasar la noche en la vieja casa de su infancia había sido un error, concluyó, y se disponía ya a marcharse cuando, en un repentino arranque de lucidez, se acordó que apenas tenía dinero y que era ésa en realidad la razón por la que decidió quedarse allí en primer lugar. Se había bajado del carguero llevando en el bolsillo apenas unos cuantos dólares (o eran euros, o quizá liras turcas, de pronto no lo supo con certeza), y con eso no se llegaba lejos, ni aquí ni en ningún otro sitio. No tenía, a decir verdad, más que para subsistir unos cuantos días. Resignado a quedarse allí no sólo una noche más, sino muy probablemente más tiempo, un periodo indefinido que igual podía extenderse mucho o poco, Recep se levantó y se asomó por la ventana. Debía ser casi

mediodía aunque no lo parecía. Lejos, hacia el horizonte, un cielo color de plomo flotaba sobre el muelle de Kadiköy, en donde una pesada neblina parecía envolver el estrecho. A lo lejos apenas y se adivinaban las siluetas de los barcos que se alejaban y se acercaban como en una ilusión óptica. Hacia el frente iban y venían los ferris que cruzaban periódicamente de un continente al otro, al lado de buques de mayor eslora, probablemente cargueros rusos o coreanos que venían del Mar Negro o que iban hacia allá. A Recep le pareció casi increíble que él mismo se acabara de bajar de un carguero muy similar a estos últimos hacía menos de veinticuatro horas. Tras cruzar la aduana en Karaköy tomó el primer ferri rumbo a la costa asiática, adonde se acordaba haber llegado ya muy entrada la noche. Hizo luego el resto del trayecto a pie y al encontrar la casa cerrada se vio obligado a forzar la puerta. Una vez adentro se tiró en el primer camastro que encontró, el mismo en el que se despertara hacía unos instantes. Era como si todo hubiera sido un sueño. Una pesadilla más bien. Recep se sentó en la cama, súbitamente fatigado. Se buscó en los bolsillos y se sacó de ahí un puñado de billetes arrugados. Los contempló decepcionado: eran liras turcas después de todo. Se los volvió a guardar y se llevó las manos al cráneo, porque la cabeza le dolía horriblemente. Y eso que desde que había vuelto no había hecho sino dormir. Lo que es peor, pensó, ni siquiera he empezado a buscar a Ipek.

Aquella misma tarde Recep subió a la que fuera alguna vez su habitación. Estaba tal y como la recordaba, o casi. Entró, se paró en medio de la pieza y miró a su alrededor. Un montón de mapas viejos semejantes a ropa tendida al sol colgaba del muro del fondo, y lo mismo ocurría con los tres muros restantes. De pronto a Recep aquella visión se le antojó

apocalíptica, como si aquellos mapas fueran lo único que quedaba de un mundo ya desaparecido, de un mundo que se hubiese vuelto cenizas o polvo. Pensó que era increíble que la vieja no los hubiera tirado a la basura. Eran decenas de ellos, de todos los colores y de todos los tamaños. Algunos eran mapas del Continente Europeo, y muchos de Turquía: de la orografía de Turquía, de las divisiones administrativas y políticas de Turquía, de la Turquía de la primera república, de la Turquía soñada por Atatürk y uno, ficticio desde luego, de la Gran Turquía, que abarcaba desde Tracia hasta las inmediaciones de Rusia. También los había de Oceanía y de diversas ciudades tan disímiles unas de otras como Londres o La Habana. Destacaba el mapa de los monumentos históricos de Estambul, al lado de otro, idéntico, pero esta vez de los monumentos históricos de Bizancio, más un mapa de la orografía de Tanzania y otro, muy peculiar y que Recep no recordaba haber comprado, de los ríos del sureste de China. Tras este primer extrañamiento Recep se dio cuenta de que, en efecto, algunos mapas los reconocía y otros no, y no tardó en entender que había cierta lógica en ello: justamente los que le costaba trabajo recordar parecían nuevos. O no nuevos exactamente. Estaban, como todos los demás, cubiertos de una gruesa pátina de polvo, pero al mismo tiempo parecían intocados, como si alguien los hubiera adquirido con el sólo propósito de colgarlos allí. No tardó en reparar, además, en que estos mismos mapas estaban casi todos a la misma altura, es decir, bastante más cerca del suelo que del techo, como si la persona que los había puesto allí fuera un niño, o un enano. Entonces Recep entendió. Ella debía haberlos comprado. Se imaginó a la abuela entrando a alguna papelería de la zona y pidiendo con voz temblorosa un mapa. La vio impertérrita, de pie ante la dependienta que insistiría seguramente en

querer saber qué clase de mapa quería, porque todo el mundo sabe que uno no puede presentarse en una papelería y pedir simplemente un mapa. Estupefacta, la abuela probablemente habría terminado por responder que un mapa, el que fuera, un mapa cualquiera. La vio luego volver a casa triunfante y oronda con el mapa bajo el brazo, con el escaso cabello despeinado por el viento, los ojos relumbrantes de ilusión mientras pensaba en el nieto ausente, en el nieto que al volver descubriría que ella no se había olvidado de él. Recep sintió pena por su abuela, muerta hacía años tras una larga agonía. Se lo había escrito Ibrahim. Si tienes corazón, decía la carta previa a aquélla (una carta escueta, agónica ella misma, una carta cuyos detalles afortunadamente Recep ya no recordaba) lo menos que podrías hacer es llamarla. Tras leerla Recep tuvo la intención, en efecto, de llamar, pero por diversas razones que no vienen al caso no lo hizo. Después, mucho después, cuando al fin había llamado nadie respondía al teléfono. Éste sonaba y sonaba, un timbrado tembloroso y espasmódico que terminaba por cortarse al cabo de varios minutos, como un proyectil sonoro que de pronto se extraviara en el espacio interestelar. Al cabo de cierto tiempo lo intentó de nuevo y esta vez una grabación le informó que el número marcado había sido desconectado, tras lo cual Recep dejó de insistir.

Recep era huérfano. Prácticamente no conoció a sus padres porque ambos habían muerto en un accidente cuando él y su hermano Ibrahim eran muy pequeños, por lo que desde que tenía memoria eran los abuelos quienes se habían hecho cargo de ellos. De sus padres no le quedaban en la cabeza a decir verdad imágenes suficientes como para que le entristeciera recordarlos. Eran en su memoria algo más semejante a un vacío que a una herida, algo similar a una oquedad, o si acaso a una

ausencia. De hecho, sus recuerdos de infancia eran apenas un amasijo de jirones mal definidos, de pincelazos torpes que no alcanzaban nunca a conformar un cuadro coherente. Recep contempló los mapas otra vez. Alguna vez quiso ser cartógrafo, y se acordó que de niño solía pensar, como muchos niños, y como muchos ilusos, y como la mayor parte de la gente que nunca ha viajado, que los mapas encerraban de alguna manera pueril y extremadamente condensada algún secreto. Que verlos era ya en cierta forma trasladarse, proyectarse por así decirlo a los lugares que éstos prefiguraban. Qué tontería, pensó. Como si en un pedazo de papel pudiera contenerse, reflejarse o condensarse todo lo que había en la tierra y en la mar, e incluso más allá, en ese punto impreciso, en esa grieta evanescente en donde empezaba la una y terminaba la otra.

Rhea Silvia, 1867. *Courser*, 1830. *Gerda*, 1890. *Kaluna*, 1892. *Princesa Amelia*, 1797. *Nicosia*, 1894. *Orlinda*, 1886. *Lancaster*, 1885. *SS Erie*, 1912. *L'Africaine*, 1922. *Ottoman*, 1852. Recep no se atrevió a recorrer el resto de la casa sino hasta el tercer día, pero se aburrió apenas llegó a la segunda habitación. No la reconocía. Era como si en vez de treinta años hubieran transcurrido siglos, o eones. Ciertamente alguna vez aquella casa había sido una respetable mansión otomana, pero ahora era poco más que una mazmorra llena de muebles viejos y de dudosas antigüedades cuya utilidad y nombre Recep era incapaz de recordar. Salió a verla desde el frente. De pie en la banqueta no le causaron ninguna pena sus vidrios rotos ni sus jardines enmarañados, quizá porque en el fondo Recep creía en la justicia divina y estaba convencido de que las cosas, como las personas, terminaban por convertirse en lo que se merecían. En eso, justo cuando Recep estaba de pie contemplando las ruinas del caserón, una de las vecinas se

asomó por la ventana de una de las casas adyacentes. Sus ojos se clavaron de inmediato en aquel hombre desgarrado y de ojos tristes que permanecía de pie, solo en medio de la acera. A pesar de los años transcurridos y del evidente desgaste físico de Recep la mujer debió haberlo reconocido, porque tras unos instantes de duda salió de la casa corriendo y con cara de espanto. Una vez en la calle ésta permaneció de pie a unos cuantos metros de Recep, como si no supiera qué decir, o como si la seguridad de lo que pensaba decirle (el mismo impulso que la había hecho salir disparada hacia la calle), se hubiese esfumado de pronto. Tras algunos minutos de silencio se acercó al fin y con los ojos llenos de lágrimas le dijo a Recep que Ibrahim había estado allí. Que había venido desde Malatya para el velorio. Que había sido él mismo quien pasara los candados a la puerta. Que de eso hacía ya un par de años. Pensamos que no volverías, remató, sollozante como una magdalena mientras tomaba a Recep de las manos. Por alguna razón a éste le pareció que con esas lágrimas aquella mujer le hacía un reclamo o un reproche, y al mismo tiempo tuvo la impresión de que con aquel llanto en cierta forma lo estaba redimiendo. ¿Redimiendo de qué? De todo. De su ausencia, del hecho de haber traspasado la propiedad de sus abuelos como un vulgar ladrón, de aparecerse así de la noche a la mañana como un fantasma. Recep contempló largamente a aquella mujer vieja y arrugada, pero por más que se esforzó no pudo recordar su nombre.

Las siguientes dos semanas Recep las pasó ya sea tirado en la vieja cama del abuelo o bien deambulando por los rincones polvorientos del caserón como un espectro, un espectro dolorido, uno que se hubiese quizá extraviado. No aceptó ninguna de las invitaciones de aquella anciana vecina porque

la idea de tener que hablar de sí mismo le horrorizaba, y era una verdadera fortuna que aquella tampoco hubiese insistido demasiado. De cuando en cuando, eso sí, Recep iba donde el tendero para comprarse una botella de raki o un paquete de cigarrros. En previsión de la carestía que sabía que se le venía encima, desde el segundo o tercer día después de su llegada, Recep metió en una bolsa cuanto le pareció de valor y lo vendió en el barrio de los anticuarios por una miseria, pero una miseria que, bien visto, le iba a dar de comer durante al menos un par de semanas. Como fuera, procuraba comer poco, cada tercer día en promedio, y siempre comía lo mismo: un plato de arroz con garbanzos que compraba en la esquina. Separaba los garbanzos uno por uno, los colocaba en un plato aparte, y se comía primero el arroz. Luego contaba los garbanzos y se los echaba a la boca de un puñado. Hacía aquello como si se tratara de un ritual, y probablemente algo de eso había. Al mismo tiempo, durante aquellas primeras semanas se contentó con dejar que la idea de encontrar a Ipek le madurara en la cabeza. No sabía por dónde empezar, y se sentía cansado. Aquello se le ocurrió sorpresivamente una noche mientras estaba tendido en la azotea del edificio en donde había trabajado los últimos meses antes de su regreso. Era un edificio en obra negra, horrible, una carcasa de concreto y varilla que por las tardes proyectaba sobre el pavimento una sombra ominosa. La mayoría de los otros trabajadores se había marchado ya, y Recep había insistido en quedarse para levantar las herramientas, aunque en realidad lo que quería era estar solo. Tras dejar todo en su lugar se sentó a fumarse un cigarro afuera, en la cima del edificio. Sobre su cabeza refulgía un cielo anormalmente estrellado, un cielo que de ordinario no se veía en la ciudad, y Recep recordaba haber pensado que se parecía al cielo de alta mar, al que se

veía estando en un barco. Sentía en sus miembros la brisa de la noche, una brisa particularmente fría para la época del año, eso y el peso (así le pareció: que era algo que tenía que ver con el volumen de los cuerpos) de las estrellas. Entonces, sin razón alguna, pensó en Ipek. Y no sólo eso. Pensó en ella y *supo* que tenía que encontrarla. Ahora bien, además del hecho mismo, que no dejaba de ser extraño, nada tenía de especial aquel momento, nada lo marcaba particularmente. El cielo no le mandó señales, ni vio a Ipek antes o después, ni en visiones ni en sueños. Cierto que todos estos años la imagen de la joven lo obsesionaba por periodos, pero también era cierto que siempre terminaba por desaparecer, y del mismo modo que venía aquel recuerdo se ausentaba de su mente durante mucho tiempo, un tiempo que bien podía ser de varias semanas, de varios meses, o incluso de varios años. Ipek, en suma, era y había sido siempre un recuerdo fugaz, un parpadeo en la trivialidad de su existencia, un recuerdo nómada si se quiere, un recuerdo que no atinaba a encontrar un nicho permanente en la abigarrada estela de su memoria. Ahora, al pensarlo, a Recep se le ocurrió que quizá tuviese algo que ver con los cometas. ¿Cómo con los cometas? Pues sí, con el hecho de que cuando sintió la urgencia de encontrarla estuviera viendo el cielo, y porque los cometas, como todo el mundo sabe, no están fijos, sino que pasan ante nuestros ojos sólo cada cierto tiempo. Pero aquel día no hubo cometas, y Recep estaba seguro de no haber pensado siquiera remotamente en ellos. No, tampoco se trataba de eso, se dijo. Tras pensárselo un poco simplemente concluyó que se trataba de una de esas cosas que ocurrían porque sí, sin razón alguna.

A Ipek la conoció cuando estudiaba en la vocacional, no para cartógrafo, como inicialmente era su idea, sino para técnico

en logística marítima, carrera que era más corta y que, aunque no tenía que ver con la tierra, sí se relacionaba con el mar, y también con los barcos. Había mucho futuro en ello, además, dada la particular situación geográfica de Estambul. Involucraba mapas, lo que atraía a Recep, y sobre todo, la carrera era mucho más barata que cualquiera de sus alternativas universitarias. A su abuela esto último en particular le pareció bien, porque para aquel entonces la familia entraba ya con fuerza en aquella cuesta descendente de la que nunca saldría. Así, decía la abuela, al menos el muchacho tendría un oficio. Ibrahim, más constante e inteligente que él, consiguió puntaje para la universidad pública y se matriculó en arquitectura. Al principio todo había estado muy bien, y en la vocacional Recep conoció gente que, en su momento, le pareció de lo más interesante. Los profesores eran contra maestros, pilotos, o de pérdida matemáticos venidos a menos y metidos de refilón a aquel oficio. Aprendió que en cuestiones marítimas se hablaba de leguas y de varas, de desniveles y de matalotajes y descubrió, con espanto, que pese a no ser ya en absoluto un niño ni tampoco un palurdo le daba un inmenso miedo el mar. Su obsesión con los mapas no se atenuó pero se desplazó, como era lógico, de la tierra a aquél. Periódicamente Recep realizaba prácticas en los muelles, y no tardó en familiarizarse con aquella mezcla de olores de pescado y de herrumbre que imperaba en muchos de ellos. En sus ratos libres estudiaba sus cartas de navegación y hacía copias de mapas antiguos que luego pegaba en los muros, junto a su cama. De esa época databan la mayoría de los mapas de su colección, misma que Recep enriquecería cada año, logrando al final atesorar cientos de ellos, algunos bastante peculiares, como aquel mapa de Piri Reis (uno de sus preferidos) que demostraba que América en realidad no había sido descubierta por los europeos, y ni

siquiera por los vikingos, sino ni más ni menos que por los turcos. Cuando Recep llegó al segundo año de sus estudios empezó a vestirse de blanco. No podía llevar insignias, pero tenía derecho a usar el uniforme. Vestido así se sentía bien. Se veía bien. Tenía 19 años y todo por delante. Entonces, la había conocido. La había conocido y con ello su vida dio un viraje. Al principio, Recep mismo no se dio cuenta de la importancia de ese hecho, que en sus consecuencias a largo plazo sería semejante a un naufragio. No a uno grande, ciertamente, no al naufragio de un trasatlántico, de un Titánic digamos, y ni siquiera al de un catamarán, sino a un naufragio modesto, a ése del pescador cuya barca es de pronto revirada por una corriente que lo arroja de bruces a las olas, un naufragio del que el pescador logra salvarse momentáneamente, flotando un rato a la deriva y dando bocanadas, sólo para terminar hundiéndose enredado entre sus propia redes sin dejar de mirar, empero, en todo momento, con ojos muy abiertos y asombrados, el horrendo esplendor del fondo del mar.

Ipek ayudaba en la cocina de la vocacional. Su madre era lavandera y ambas vivían en Cankurtaran, detrás de los muros de la vieja muralla bizantina. Recep y ella se habían cruzado muchas veces a lo largo de ese año sin que ninguno notara por tanto la presencia del otro, lo que no quiere decir que ninguno de los dos fuera poco atractivo (en realidad ambos lo eran), sino que se explica por el hecho de que ambos eran muy jóvenes aún, pero sobre todo porque, como Recep bien lo sabía, no estaba bien visto fraternizar con quienes eran socialmente inferiores a uno. Recep era estudiante, un turco de buena familia, una familia arruinada, cierto, pero respetable. Ella, por el contrario, no era nadie. Él tenía futuro, o podía al menos considerarse que lo tenía, mientras que ella

era prisionera de un presente amorfo, obtuso, y pese a su juventud estaba encerrada ya en una prisión árida y escueta, hecha ciertamente de naderías, pero también de falta de oportunidades y, hay que decirlo, de ausencia de ambición. Recep solía visitar la cafetería de la vocacional a menudo. Ahí tomaba algo con los compañeros sentados en alguna de las mesas libres, en donde hacían los deberes atrasados y se gastaban bromas unos a otros. A veces no hacían en absoluto los deberes, ni tampoco se gastaban bromas, y ni siquiera hablaban, sino que sólo se sentaban allí y fingían estudiar, o de plano descabezaban un sueñito con total desfachatez, con el descaro propio de los adolescentes. Ella les traía agua, o té, o lo que pidieran, y sonreía siempre, y parecía muy amable. Una tarde en que Recep se quedó hasta tarde, quién sabe por qué, quizá por algún examen programado a aquella hora, o tal vez por necesidad de estudiar en la biblioteca, fue a la cafetería a tomar algo caliente. Afuera hacía frío, uno que daba espanto, pero pese a ello el lugar estaba casi vacío. Una luz espectral iluminaba la estancia y allí, detrás del mostrador, estaba Ipek. Sólo entonces Recep reparó realmente en su presencia. Lo primero que lo apabulló fue lo que le pareció la inmensa soledad de la muchacha. Casi siempre eran al menos dos personas las que se ocupaban de despachar, pero no hoy. Hoy sólo estaba ella, y eso la hacía parecer muy pequeña, muy frágil, casi desamparada. Pero además Recep se dio cuenta, por primera vez también, de lo bonita que era ella. Tenía los ojos de un azul improbable, un azul de tonos violetas que contrastaba con un rostro blanco, similar en algo a los de aquellas miniaturas otomanas que vendían en el bazar de Beyazit. Ipek era, digámoslo sin ambages, preciosa. Y lo que es más, parecía ignorar por completo que lo era. Como siempre, le sonrió y le preguntó qué se le ofrecía. Parecía muy tranquila

y como poseedora de una ecuanimidad monástica, al punto que ni siquiera se turbó cuando aquel imberbe estudiante en un evidente arranque de adolescente la invitó allí mismo a ir al cine. Dijo que no, y al principio aquella negativa ofendió a Recep, y por algún tiempo éste, en buen pretendiente rechazado, dejó de ir a tomar té a aquella cafetería. En vez de ello, a la hora de sus descansos cruzaba la avenida y se sentaba en un merendero en donde siempre tenían puesto un partido de fútbol. Qué raro, pensaría Recep al cabo de algún tiempo, parece ser siempre el mismo partido. En efecto, así era. El dueño le confesó una tarde que no tenía cable, y que lo que hacía era proyectar de manera permanente un video, uno en donde, por histórica ocasión, el equipo nacional derrotaba a sus contrincantes. A los clientes les gusta, agregó. Quizá fuera entonces, mientras el dueño del merendero le confesaba aquel secreto un tanto indigno, que el asunto de Ipek le dio risa. Ahí, frente a la repetición infinita de aquel esporádico triunfo deportivo, Recep empezó a ver aquello en las justas dimensiones de su ridiculez, o de su irrelevancia. Al cabo de una semana estaba de vuelta en la cafetería escolar. Habían pasado tres o cuatro meses, y Recep simplemente optó por comportarse como si nada hubiera pasado, lo que bien visto de hecho era el caso. Algún tiempo después, quizá el año siguiente, decidió intentarlo otra vez. Lo hizo convencido de que fuese cual fuese el resultado él no se molestaría ni se lo tomaría muy en serio. Convencido, también, de que para ella aquel inocente coqueteo tampoco sería importante. Para su sorpresa esta vez ella dijo que sí. Fueron a ver una película de Charles Chaplin porque a Recep le gustaban, y porque en general el cine nacional le parecía, al menos entonces, demasiado malo como para pagar por él así fuese algunos *kuruş*, sobre todo en una situación en la que el dinero personal

con el que contaba era cada vez más escaso. En el interior de aquella sala desvencijada, contrario a lo que pudiera pensarse, ambos se concentraron de verdad en la cinta. Se rieron en los momentos adecuados –que eran muchos–, esperaron pacientemente a que las luces se apagaran, y ni una sola vez ninguno de los dos intentó siquiera rozar la piel del otro. Luego al salir, súbitamente, ella le dio la mano. Tras el sobresalto inicial Recep le estrechó a su vez la suya. A Recep aquella mano le pareció cálida, segura como una tarde de verano. Incluso ahora, al recordarlo, volvía a experimentar aquella sensación de idéntica manera, casi como si no hubiera pasado el tiempo entre aquel instante y el presente. ¿Que si había vuelto de donde andaba solamente para buscarla a ella? No, de ninguna manera. Ni remotamente. De eso, al menos, Recep creía estar seguro.

Las salidas con Ipek se habían multiplicado rápidamente. A veces ella pedía permiso a su madre para salir a dar la vuelta con él, o si no, se escabullía de su turno en la cafetería de la vocacional para ir a verlo a la biblioteca, en donde Recep estudiaba. Él prefería lo primero porque, en honor a la verdad, le daba un poco de pena que sus compañeros de la vocacional lo vieran con ella. Sí, era bonita, pero se le notaba lo provinciana. Y unos ojos azules, pensaba Recep, no eran sustituto de una buena educación. Afuera, en las calles, las cosas eran o al menos parecían diferentes. Afuera nadie sabía quién era él, ni quién era ella, y sus existencias podían entonces diluirse fácilmente, difuminarse en el anonimato de las calles estambulinas. A veces iban al cine, o se sentaban en algún parque, alguno lejos de la vocacional de preferencia, alguno en donde Recep sabía que no corría el riesgo de ser reconocido por nadie. Cuando abrieron el primer centro

comercial, cerca de Bakirkoy, Recep la invitó, y ambos caminaron durante horas, embobados mirando las vitrinas, aunque sin tomarse de la mano, eso sí, porque el sitio estaba de moda y más valía no arriesgarse. Recep supo que todas las precauciones eran pocas un día en que se encontraron a una compañera, a otra chica de la vocacional que los saludó desde lejos. Recep incluso creyó notar en el rostro de aquella chica un dejo de perplejidad, e incluso de algo que parecía tristeza, aunque viéndolo bien no había razón para esto último. En las tardes frías cuando el invierno empezaba a hacerse sentir en la ciudad y antes de que empezara a nevar la pareja se daba a largas caminatas vespertinas por la orilla del estrecho, cerca de Eminonu. Ahí veían a las parvadas de gaviotas grises que se acercaban a los pasantes, esperando algo de comer quizá, acostumbradas como estaban a que los pescadores y los vendedores les arrojaran los desechos. A Ipek le gustaba darles pedazos de pan que aquellas devoraban con el mismo placer que se si hubiera tratado de un trozo de pescado, lo que complacía inmensamente a la muchacha, que batía palmas a más no poder. En aquellas ocasiones Recep la contemplaba extasiado. Le parecía que en eso, como en muchas otras cosas, Ipek era como una niña. Y lo era, en cierto sentido. Había terminado solamente hasta la secundaria, y no tenía otra ambición que la de casarse, tener una familia, quizá ir de vez en cuando de vacaciones, ese tipo de simplezas. A veces a Recep le parecía que era imposible no quererla. Otras sencillamente le parecía una persona aborrecible. Lo único que no cambiaba nunca, eso sí, era el placer que le causaba la contemplación de su rostro, un rostro de una hermosura infinita. A Recep le gustaba su expresión particularmente cuando, durante aquellos paseos, ambos compraban una bolsa de trigo o de alimento para palomas, del que Ipek se

arrojaba un puñado en la palma de la mano para que las aves se acercaran a comer directamente de ella. Le tenían confianza, pensaba Recep. Cuando éste lo intentaba, por el contrario, los pájaros invariablemente se alejaban, lo que no dejaba de ser un tanto insultante en cierta forma irracional e infantil, como si aquellas aves supieran o presintieran algo, algo terrible que todavía no había ocurrido. Luego, cuando la llamada a la oración sonaba, ambos emprendían el regreso a la vocacional tomados de la mano durante el primer trecho del camino, luego cada uno por su lado, pero siempre callados como dos amantes antiguos.

Fue por aquella época que comenzaron los disturbios en las calles de la ciudad. A Recep sus abuelos le prohibieron salir, como no fuera a lo indispensable y siempre, pasase lo que pasase, le aseguraron, debía cargar su identificación. Los gendarmes detenían a cualquiera sin motivo, y no tener identificación encima podía dar como resultado una tragedia. Los encuentros entre Recep e Ipek, como era de esperarse, se hicieron más esporádicos, reducidos en ocasiones a rápidos intercambios verbales en las escaleras de la vocacional. Con todo, ella parecía resentirlo más que él, quizá porque Recep contaba con el consuelo de sus camaradas de clase, de sus abuelos, de una vida que, en cierta forma, seguía siendo la de siempre. Al principio ella sugirió que se viesen cerca de la vocacional, aunque fuera para dar un paseo. Así lo hicieron un par de veces, pero cuando uno de los trabajadores de la cafetería, un meserito de Anatolia, apareció muerto a balazos a dos calles de allí, la propia Ipek cambió de idea. Durante varias semanas, o quizá serían meses, no salieron a ningún sitio. La noche en que los generales anunciaron el golpe militar por cadena nacional muchos se sorprendieron, otros no tanto,

y no fueron pocos los que agradecieron aquella intervención destinada, se decía, a restablecer la paz y el orden públicos. Ipek, por su parte, respiró aliviada, y rezó mucho durante aquella época para que aquellos malos tiempos no volvieran.

Poco a poco y bajo el mandato militar, en efecto, las cosas se normalizaron. O lo hicieron, al menos, para quienes no estaban encerrados en prisiones o para quienes no tenían familiares o amigos desaparecidos. Este era el caso de Recep y, en cierta medida de Ipek. En cierta medida porque un tío lejano, un primo de su madre, había salido una noche de su casa y nunca había vuelto. Claro, nadie podía asegurar que se tratase de una desaparición política ni mucho menos. El hombre tomaba mucho a decir verdad, y según la propia Ipek no solamente tomaba, sino que acostumbraba perderse, a veces durante días, cuando no durante semanas, semanas en que la familia lo buscaba por todas partes, preguntando en las tabernas y mirando en todos los barrancos. Luego simplemente el tío se presentaba en su casa como si nada, o no como si nada sino como un zombi, como un muerto en vida, pero un muerto que estaba ahí, ante ellos, visible aún en su decadencia. Ya volverá, le había dicho Recep tratando de infundirle ánimos. Pero esta vez los días pasaron, las semanas pasaron, y el hombre jamás volvió.

Una tarde, mucho después de que Ipek y Recep hubiesen reanudado sus relaciones, la abuela de éste, como era de esperarse, terminó por enterarse. Recep nunca sabría con certeza quién se lo había dicho, el caso es que ésta volvió del mercado una tarde a punto del desmayo, del síncope, de la sinrazón, o quizá de los tres juntos. Y dijo cosas terribles. Cosas como que Ipek era una puta (que no lo era), que era

una gitana (dudoso), que era una comunista (impensable). En todo caso, que no era una mujer digna de su nieto. Mientras ella hablaba, y habló mucho, fuerte y durante largo rato, el abuelo permaneció sentado en el balcón, silencioso e inmóvil como un viejo tronco caído, un tronco inmune a la lluvia de palabras que estaba teniendo lugar adentro. A la abuela, por otro lado, no debió importarle mucho aquel silencio, porque de todas formas se sabía poseedora de la razón. No necesitaba una segunda opinión, mucho menos la del abuelo, para confirmar sus certezas. ¿Te imaginas, Haydar?, preguntaba ella de cuando en cuando dirigiendo la turbia mirada hacia el balcón. El muchacho (se refería a él, a Recep) se ha de pensar que vamos a meter a esa niña a la casa, a mantenerlos a los dos. Al escuchar aquello Recep se quedó mudo. La verdad era que nunca, hasta ese momento, había pensado en el futuro que una relación con alguien como Ipek podía o no significar para su propia vida, o si significaba algo en absoluto. Tampoco se había planteado qué haría si las cosas salían mal. ¿Y si se dejaba llevar y ella resultaba embarazada? Como muchos enamorados jóvenes, pues, vivía en el presente, un presente intemporal, tibio, un presente tan etéreo como inexistente. Después de aquello a la abuela le dio una crisis nerviosa, o algo parecido. Gritó, se jaló el cabello y se tiró al suelo hasta que el abuelo, a quien semejante espectáculo lograba al fin sacar de su letargo, fue a la cocina a traerle una pastilla que ésta, sorprendentemente, se tragó con total pasividad, sin chistar, como un niño bien portado. La medicina hizo el milagro. El resto de la tarde la abuela se la pasó sentada en un sillón murmurando cosas sin sentido, o cosas que sí tenían sentido dichas separadamente, pero que no querían decir nada puestas juntas. Dijo, entre otras cosas, que moriría de pena, y luego habló de un patriarca, de uno cuyo nombre no

mencionaba pero que había tenido que quemar su barba de vergüenza y que había marchado desnudo o casi desnudo por los campos de amapolas del este asiático con el fin de recuperar su honra, o quizá dijera su honor. Luego habló de Alá y del profeta Mahoma, y de las guerras santas (qué guerras, no estaba claro), y luego de su padre, que había sido general en el este y que había muerto a las puertas del palacio de Ishak Pasha, y finalmente habló de ella misma y de su dolor. Un dolor, dijo, enquistado. Luego guardó silencio. Mientras la abuela yacía ahí, derrumbada en la poltrona del fondo del salón, Recep escuchaba todo aquello desde su escondite detrás del sillón opuesto. Y mientras escuchaba sintió cómo por la ventana se colaban el barullo del bazar, el vaivén de la gente y los olores de Haydarpaşa, y también sintió miedo. Seguía sintiendo miedo cuando, una vez que la abuela se hubo dormido, se decidió a salir de su escondite y se quedó observando aquel rostro macilento durante un largo rato, sin hablar. Hubiera podido odiarla en ese momento, pero no lo hizo. Hubiera podido matarla también, lo que, por supuesto, tampoco ocurrió. En vez de ello Recep se puso a pensar en qué estaría soñando ella. Porque estaba soñando, sin duda. Bajo la fina tela de los párpados de la abuela algo se movía, indicio de que no por estar dormida su mente estaba en reposo. Nada de eso. Todo lo contrario, pensaba Recep, algo revoloteaba allí dentro. Por un instante tuvo la certeza de que se trataba de una pesadilla, de un sueño aterrador, como si bajo la membrana de los párpados de la abuela hubiese moscas o arañas vivas, atrapadas e intentando vanamente escapar. La sola idea era para dar escalofríos. Luego, poco a poco aquel sentimiento desapareció. Lo más probable, se dijo Recep tratando de calmarse, era que la abuela soñara, como muchos viejos, alguna cursilería. Que soñara que el tiempo no

había pasado, que afuera era eternamente primavera, o que ella era joven otra vez.

Al año siguiente pese a los ruegos de Ipek (que ya por aquel entonces estaba perdidamente enamorada de Recep y fantaseaba secretamente con casarse cuanto antes) éste se enlistó para el servicio militar. Acababa de terminar su corta carrera, y la abuela era de la opinión de que antes de establecerse y de buscar un empleo, que era lo decente, era preciso cumplir con aquel deber cívico. Recep, aunque no dejó de ver a Ipek, ya no fue el mismo desde aquella tarde, y se dijo que el servicio era sin duda una buena oportunidad para pensar las cosas, o para no pensarlas en todo caso. Como fuera, Recep se marchó. Puesto que había estudiado una carrera pudo conseguir una dispensa y el tiempo de conscripción se le redujo a un año. Es mejor que nada, suspiró la abuela, que no podía ocultar el placer que aquella partida le provocaba, un placer que provenía en este caso no de la ausencia de Recep (ausencia que le resultaba punto menos que intolerable), sino de la para ella inevitable ruptura que dicha partida ocasionaría entre su nieto y la espuria gitana. Recep fue enviado a la frontera con Irak. Ahí, lejos, pero no tanto que no pudieran verse a simple vista, estaban los campos verdes y amarillos de Mesopotamia, unos campos simétricos que se veían tan fértiles que parecía imposible, impensable que estuviesen rodeados de desiertos, como en efecto era el caso. Desde el antiguo mercado de aquella ciudad terrosa y ambarina el paisaje parecía un tablero de ajedrez, un inmenso rompecabezas de dimensiones naturales, una sucesión de ocres y verdeolivos que daban la impresión a quien los observaba de estar frente a la entrada de un laberinto, de uno muy vasto, de uno del que nunca nadie había

salido. Acuartelados en una barraca de aquella polvorienta ciudad los conscriptos pasaban sus días echados a la sombra, sus movimientos apenas regidos por las llamadas del almuecín y por los gritos desaforados de los sargentos. Muy a menudo ninguno quería salir aunque estuvieran francos, o mejor dicho, nadie quería salir especialmente cuando estaban francos. Porque ahí, en ese lugar, el sol y la arena quemaban como si fueran alacranes, y no debía nunca desdeñarse una oportunidad de reposar a la sombra. Por otro lado, estaba el polvo, un polvo acerado, obtuso, un polvo que no parecía de este mundo. Había algo, si se pensaba bien, de lunar en aquel paisaje infernal. En menos de una semana todos, incluido Recep, tenían el rostro curtido como si se tratase de un pedazo de carne puesta a secar al sol. En el fondo, justo es decirlo, aquellos chicos estaban poco acostumbrados a tales rigores. Bastaba verlos: la mayoría nunca había visto un muerto ni mucho menos disparado una bala, y ya no digamos había peleado en batalla alguna, porque se trataba en casi todos los casos de campesinos pobres o de hijos de familias clasemedieras, muchachos más habituados a los campos los unos y a los pupitres escolares los otros. A algunos los mantenía alerta la idea de que al concluir el servicio tendrían al menos alguna anécdota que contar. Para una minoría, en efecto, esa sería la única aventura que tendrían en sus vidas. No faltaba tampoco el que estaba convencido de que algo inusitado tenía que ocurrirle, algo que seguiría contando mil veces hasta que cumpliera cien años, o al menos hasta que sus propios hijos, y luego sus nietos, estuviesen ellos mismos en edad de ser conscriptos a su vez. Otros sufrían en silencio y éstos eran siempre con los que más se ensañaban los sargentos. Los hacían correr durante horas bajo el rayo del sol, o los obligaban a lavar unas letrinas tan inmundas que daban arcadas sólo de pasar frente a ellas. A algunos la idea ni

les iba ni les venía y estos eran mayoría. Entre ellos se contaba Recep, que simplemente pensaba que un año en una vida no era tanto. Que un año, si uno lo pensaba con cuidado, pasaba muy, muy rápido.

Poco tardaría en descubrir Recep que las cosas no iban a ser tan sencillas. En el este empezaba a germinar entonces el movimiento separatista kurdo, que por aquella época reclutaba ya entre los jóvenes pauperizados de la región y daba sustos descomunales a los comandantes. De cuando en cuando se veían ráfagas de fuego a la distancia, ráfagas que hacían pensar que ahí, a lo lejos, en los cerros, se estaba gestando una batalla silenciosa, silenciosa y por ello más terrible aún, puesto que, como todo el mundo lo sabe, las batallas silenciosas son siempre las que mejor logran tomar por sorpresa al enemigo. ¿Qué enemigo? No estaba claro aún, pero se rumoraban cosas, nada certero, rumores que dejaban presagiar que algo terrible estaba por ocurrir. Una tarde los mandos castrenses decidieron organizar una incursión sorpresa a uno de los pueblos de la zona y arrastraron a ésta a algunos de los conscriptos del regimiento del que formaba parte Recep. Él mismo no estaba entre quienes habían participado, pero la historia de lo ocurrido llegaría a sus oídos a través de uno de los cabos, que se puso a contarla a cuanto ser vivo quisiera escucharla. El cabo desconocía el por qué de aquella incursión, dijo, y muy probablemente todos los demás lo desconocían también, salvo acaso los propios generales, que si lo sabían no se lo decían a nadie porque era súper secreto o algo así, pero como fuera el cabo deducía, o infería, o creía saber que alguien había hecho correr el rumor de que en el pueblo en cuestión se estaban acuñando armas. Para qué, quién sabe. Para nada bueno en todo caso. El convoy aparentemente había llegado al pueblo al

atardecer. Nosotros pensábamos que era una cosa de rutina, dijo el concripto aquél, un reconocimiento del terreno o una de esas cosas, porque nadie nos dijo nada. Íbamos como los ciegos, pues. Los vehículos recorrieron un largo trayecto entre cerros pelones, cerros áridos que parecían cráneos humanos, pero cráneos despelucados o cráneos de enfermos terminales, superficies crasas sobre las que se erigían algunos arbustos trémulos y resecos. Luego, tras un par de horas entre aquellos cerros el convoy tomó un camino serpenteante en medio de las montañas, entre árboles de un color mortecino. Era mediodía y a ratos, dijo el cabo, bajo el rayo del sol el camino parecía desaparecer. Y los árboles, y los cerros, y todo lo demás parecía también desaparecer. Era aterrador. Tras un par de horas vimos el pueblo desde lejos, aunque en realidad más que verlo lo presentimos, porque insisto, no se veía nada, de ese tenor eran los rayos del sol. Ya cuando estábamos prácticamente dentro vimos que el pueblo en cuestión era en realidad apenas un caserío, qué digo caserío, un montón de casitas como cubiertas de arena, o en todo caso casitas que tenían el mismo color que la arena, como si las hubieran fabricado de lodo o de arcilla, pero de una arcilla muy clara. A primera vista, dijo, el caserío parecía abandonado, no sé, una especie de pueblo fantasma, aunque claro, todos sabíamos que no hay tal cosa, no por aquí al menos, a lo mejor en otros países sí, en las películas de vaqueros también, pero no aquí, no en nuestra sacrosanta república. Todos nos bajamos. Primero los cabos y luego uno o dos de los sargentos, creo que iban dos. Los concriptos nos quedamos al final, porque no sabíamos bien qué estaba pasando, o porque esperábamos instrucciones, o no sé, en todo caso, esperamos. Lo más raro de todo es que no se escuchaba nada. Nada, ni el zumbido de una mosca, y debía de haber moscas por allí, supongo.

O pájaros. O perros. Eso fue lo que nos dio mala espina, a mí y a otro compañero, que empezamos como de común acuerdo a rezar. Qué cosa, yo nunca he sido religioso ni voy a la mezquita, y ahí me puse a rezar. Al mismo tiempo, mientras rezábamos a mí me llamaron la atención las sombras pálidas de los soldados, unas sombras pequeñas que apenas sobresalían por debajo de sus botas, como manchas parduzcas, manchas de sangre reseca. Daba escalofrío. Luego empezaron los disparos. Nadie supo de dónde vinieron, lo juro. El caso es que todos, los sargentos y los cabos, todos a una brincaron sobre los vehículos. Hubo alguno que se cayó y alguien lo levantó, no sé, y salimos de ahí como alma que lleva el diablo. Mientras avanzábamos se seguían oyendo gritos, en turco y en kurdo, gritos que nadie entendía, o que nadie escuchaba, y que decían cosas como “hasta aquí”, o tal vez “paren aquí”, quién sabe. Luego tras algunos minutos de marcha en los vehículos nos detuvimos, más por inercia que por otra cosa, eso y por el temor, creo, de irnos a un barranco, o de volcarnos en el camino. Entonces uno de los sargentos dijo que faltaba un hombre. Imposible volver, espetó el otro sargento, qué tipo ese, un hombrón del Mar Negro, se notaba por el acento. Se oyeron protestas claro, y el otro sargento miró al segundo, al hombrón del Mar Negro, lo miró no sé cómo, con algo terrible en la mirada, algo que lo convenció porque finalmente dimos la media vuelta y volvimos al pueblo. ¿Lo encontraron?, preguntó alguno, quién sabe quién, alguno muy curioso por saber el final de aquella historia. Sí, sí, dijo el conscripto, atropellándose a sí mismo y buscando con la mirada al que había preguntado. Lo encontramos. Estaba en el suelo y miraba hacia la lejanía. Sorprendentemente no estaba herido. Parecía, eso sí, asustado. Era normal, claro, se había quedado atrás en una emboscada, o lo que fuese que

nos había pasado. Pero no era eso solamente. Estaba asustado, dijo el cabo, por otra cosa. ¿Cómo por otra cosa?, preguntó otro. No sé, respondió el cabo. Otra cosa. Como si hubiera visto algo que nosotros no vimos, ¿me explico? Digo, nosotros no vimos nada en realidad, pero lo que quiero decir es que estaba asustado por algo además de los disparos. No sé decir más. Yo creo que todos lo sentimos porque nos dimos prisa en levantarlo y sin siquiera reconocer el terreno, como nos han enseñado que debemos hacerlo, o sin siquiera verificar si acaso había otras bajas por ahí, qué se yo, nos montamos en el jeep y volvimos aquí más rápido que un relámpago.

Después de aquel incidente nada fue igual. En las barracas flotaba una suerte de miedo difuso, sin contornos, un miedo que a Recep se le antojaba árido, intangible, pero no por ello menos real. Las luces o ráfagas se seguían viendo de vez en cuando en la lejanía, y algunos juraban que se estaban acercando, aunque francamente a Recep le parecía simplemente que flotaban allí, a la misma distancia imprecisa de siempre, como si fueran fuegos fatuos en un océano vertical. Al mismo tiempo la vida en las barracas continuaba. En los ratos de ocio, que para qué más que la verdad después de aquello fueron muchos, los conscriptos languidecían como perros a la sombra. Mientras alguno se arañaba las extremidades otro más se hurgaba sin cesar en las narices, y otro más adquiría inverosímiles tics que lo acompañarían el resto de su vida. No faltaba, desde luego, al que le daba por escribir. Recep recordaba particularmente a un joven de Erzurum que se las daba de artista. En realidad de artista no tenía nada, pero dibujaba constantemente, dibujaba, en particular, mujeres desnudas, mujeres de grandes pechos redondos y cálidos. No tenía mucho talento, eso era innegable, pero los dibujos bien valían, eso sí, el par de monedas que el

cabo pedía por ellos. ¿Las conoces a todas?, le preguntó un día un jovencito que tenía cara de inocente, un ingenuo que era el único de la barraca que se gastaba todo lo que tenía en aquellos malos dibujos. ¡Sí, las conoce a todas!, respondieron todos los otros conscriptos a coro. ¡Son sus putas! El muchachito tímido se sonrojó de una manera antinatural y se retiró a su litera. Debió pensar que aquellas cosas no eran posibles. Que cosas como ésas sólo ocurrían en las películas, en las historias que se escribían en los libros, o en la nota roja de los periódicos.

Como a las dos semanas de aquella incursión en el poblado, el mismo conscripto, aquel que sobreviviera a la emboscada, amaneció molido a golpes. Uno de los soldados lo encontró acuclillado sobre el piso y llorando como un crío mientras trazaba con los maltrechos dedos figuritas en la arena. Tenía la cabeza cubierta de sangre, sangre suya probablemente, pese a que no se le veía propiamente la herida de la cual ésta manaba, lo que no hacía sino acentuar su aspecto a la vez lastimero y desconcertante. Se había meado, además, seguramente de miedo. No parecía importarle que lo vieran los otros, ni daba la impresión de estar avergonzado de aquel llanto ni de su lamentable estado. Era en realidad como si no se diera cuenta de nada. Y murmuraba. Murmuraba algo incomprensible que a veces sonaba como “esto no ha terminado” o “esto no ha empezado”. Lo que sí es que daba pena. La mayoría, en su lugar, hubiera preferido estar muerto, que lo acribillaran a balazos o que lo cosieran a ballonetazos, lo que fuera antes demostrarse así, débil como un marica o como una mujer, aunque resultaba imposible decidir cuál de ambas cosas era peor. Recep, por su parte, nunca olvidaría el llanto de aquel chico. Era un llanto acuoso y animal, una especie de maullido alargado que pugnaba por escapar de cada poro de su maltrecho cuerpo,

como el de una tetera que estuviera a punto de estallar. Ni olvidaría tampoco la reacción del sargento. Éste llegó de la nada, como un aparecido, y ninguno de los presentes se dio cuenta de su presencia sino hasta que el regimiento ya lo tenía encima. ¿Qué chingados pasa aquí?, gritó. Eso o algo semejante. Estaba hecho una furia, y al mismo tiempo se veía todo colorado, como si estuviera borracho, o apenado, como si toda la vergüenza que aquel cabo no sentía la estuviera sintiendo él. Nadie se atrevía a hablar. Diríase que durante aquellos minutos nadie osó respirar. ¿Qué hace allí tirado? ¿No le da vergüenza?, repetía el sargento cada vez más exasperado ante aquel mutismo tan lastimero. Entonces el muchacho levantó la cara y dijo, ahora sí, claramente: Todos kurdos, todos. Sin previo aviso el sargento, por toda respuesta, empezó a golpearlo. El sargento golpeaba al cabo, era increíble. Como si no fuera suficiente con lo que le había pasado, con el susto de aquella vez y con la golpiza que le habían propinado, ahora el sargento lo estaba pateando, destrozándolo ante los ojos de un montón de mozalbetes demasiado asustados o impresionados, o apenados ellos mismos, como para intervenir. Quizá, pensaba Recep, el sargento habría sentido lo mismo que él: que había algo de antinatural en aquel llanto. Sí, concluyó, probablemente lo que el sargento había sentido era miedo. Probablemente, dedujo Recep, lo golpeaba para que se callara no porque estuviera castigándolo, sino porque no soportaba seguir escuchándolo. Para alivio de todos el cabo terminó por perder el sentido, tras lo cual el sargento lo dejó en paz, tirado sobre la arena y tan inmóvil como una camisa sucia. Entonces el sargento miró a los cabos, una mirada intensa que dejaba entrever, pese a la rabia, unos ojos claros y soñadores, unos ojos no arrepentidos sino aliviados. Luego dijo algo, Recep no recordaba qué, seguramente una

de esas cosas que deben decir los militares para ordenar que la tropa se disperse, o para que vuelva a sus lugares, en todo caso eran más bien balbuceos, emisiones torpes de una boca reseca, palabras arrastradas, como de borrachera muy pronunciada. Nunca nadie supo (o no Recep, al menos) quién le había propinado al cabo la golpiza original. En todo caso, éste murió dos días después como resultado de las numerosas lesiones sufridas, y cuando su madre llegó, como a la semana, todos vieron cómo el sargento le entregaba una urna con las cenizas del muchacho y una carta en la que el general de brigada felicitaba a la familia por el innegable valor, por el arrojo demostrado por el cabo durante el servicio.

Durante todo lo que duró el servicio militar las cartas de Ipek no dejaron de llegar a razón de más o menos una por semana. Eran cartas breves, llenas de faltas de ortografía. En ella Ipek le decía a Recep cosas sin importancia. Cosas que le sucedían todos los días, como que había tenido que ayudar a su madre con una colada, o que en la escuela los nuevos muchachos ya no eran como los de antes. Le decía que había ido a caminar sola por el muelle de Eminönu, pero que no había gaviotas. Le decía también que lo extrañaba. Recep se guardaba las cartas debajo del colchón y durante unos minutos breves, mágicos, se sentía como embriagado por ellas, casi fastidiosamente obnubilado por las imágenes de aquella vida conjunta que, se decía, Ipek se construía falsamente con él a la distancia, o mejor dicho, obnubilado por esa vida conjunta que Ipek se construía precisamente *gracias* a que él estaba en la distancia. Luego, después de un rato y sin mucho esfuerzo dejaba de pensar en ella.

Aquel episodio de la muerte del conscripto demente (como todos llegarían a conocerle) no era lo único que Recep encontraba digno de recordar (o de olvidar, según) acerca de su servicio militar. Una noche, la última semana antes de que su conscripción llegara a su fin ocurrió un incidente peculiar en su guarnición. Un hombre salió de las barracas gritando a toda voz, prácticamente aullando, que había matado a alguien. Quizá estaba ebrio o quizá no. Era un muchacho extraño, algunos decían que en realidad era un muchacho judío, váyase a saber. Recep, por su parte, creía recordar que se llamaba Ali. No era, ciertamente, un nombre muy judío. En todo caso, se trataba de un caso de histeria inusual en el campo, más bien marcado por la monotonía, una monotonía en ocasiones salpicada de brotes de locura, pero generalmente episódicos, breves y, las más de las veces, inofensivos. Por si fuera poco el cabo daba detalles. Precisaba, por ejemplo, que se trataba de una mujer. Que la había enterrado en la arena. Que si se escarbaba, decía, podrían encontrarse primero sus brazos (por la posición en la que la había enterrado), luego su torso, que no estaba desnudo como podría erróneamente pensarse, porque él no era una bestia ni un degenerado, sino que llevaba puesto no sólo el sostén, sino también la blusa. Decía también que las larvas ya empezaban a devorarla, y que de no actuar con rapidez (no especificaba para qué) todo terminaría pronto. Eso dijo: todo terminará pronto. Temiendo llamar la atención del sargento los demás lo habían sacado de la barraca a rastras y lo habían tirado en la arena bajo un cielo lleno de estrellas. Ya, ya, trataron de consolarlo, como a los niños pequeños, ¿a quién le importa?, esas cosas pasan, y ya cállate o nosotros te callamos. Desde luego, nadie se tragó su historia. Seguramente lo decía, pensaban todos, para llamar la atención, o para hacerse el importante. Se daban casos. Y debía estar

borracho, u olía a alcohol en todo caso. Detrás de la barraca flotaba un silencio del mismo color de la arena, un silencio ambarino. Alguien terminó por arrojarle un cubo con agua al soldado en cuestión y éste se frotaba todavía los ojos cuando en la entrada de la barraca la sombra inmensa del sargento oscureció la luz de la farola. Bendito silencio. Bendita noche. Dado el horrible episodio previo nadie se movió, y más de uno debió sin duda anticipar la tragedia. Pero en vez de ello el sargento dijo, muy calmadamente, como si tuviera frente a sí a un grupo no de concriptos sino de retrasados mentales o de subnormales: A ver, que alguien me ayude a llevar al cabo a la enfermería y que no se hable más del asunto. Tan pronto se extinguió la voz del sargento detrás de él se empezó a formar un remolino, como si la arena se hiciera tiras volátiles, volutas que se desvanecían en la lejanía. Estos muchachos cada día están peor, agregó el sargento dirigiéndose no a los cabos, sino a sí mismo. Hay que ver lo que vienen a inventar con tal de escaparse de sus deberes, o para justificar sus parrandas. Si no fuera porque aquí la violencia está prohibida y es deshonrosa yo mismo lo ajusticiaba, y que no se diga que en el ejército no hay disciplina. Todo el mundo se quedó petrificado. ¿Y ustedes qué esperan?, gritó. ¡A ver, los dos de allá, levántenlo! ¿Los demás que están viendo? ¡Carajo, banda de inútiles! ¡Culos tibios! ¡Inservibles! Los cabos abandonaron al fin el campo con el hombre auestas. Detrás de ellos los pasos y los gritos del sargento retumbaban aún furiosamente, levantando a su paso nubecitas de una arena liviana del mismo color que el oro. Recep, desde la puerta de la barraca, no supo qué pensar.

Sí, un año en una vida pasaba de prisa, como el golpe de un relámpago. Al volver a la vieja casa de Kadiköy Recep se sentía exhausto. Tras abandonar el campamento militar

había debido pernoctar dos noches en el este de Anatolia en un hotel putrefacto e infestado de cucharachas, y el desvencijado tren en el que había hecho el resto del trayecto hasta Estambul se había detenido mucho más de lo necesario. Ese día y los siguientes Recep se sintió incapaz de salir, e incluso de comer, como no fuesen pequeños sorbos de la sopa diligentemente preparada especialmente para él por la abuela. Se dedicó, pues, a vegetar por la casa. Fue entonces que se topó con un libro sobre islas, un libro que nunca había visto y que supuso sería de Ibrahim. Lo leyó a ratos, sin demasiado interés. En él se hablaba de lugares que nunca había visitado, de sitios que sonaban a la vez exóticos y tremendamente lejanos. Tras interesarse en él durante algunos días terminó abandonándolo por allí. No estaba, a decir verdad, para ponerse a leer. Respecto a su propia experiencia cabe decir que Recep no se sentía mejor que antes de partir, ni le parecía que aquel año lo hubiera cambiado en mucho. Sólo se sentía más agotado y más viejo. No había llamado aún a Ipek, ni tenía muy claro si pensaba o no hacerlo, ni cuándo. Se sentía raro, confundido. También por aquellos días se enteró, por los periódicos, que habían encontrado a una mujer muerta cerca del emplazamiento de su campo militar. La habían hallado en una duna de arena, y el texto no decía nada salvo que se trataba, al parecer, de una mujer kurda, probablemente oriunda de alguna de las aldeas vecinas. El asesino era un conscripto. En la foto del diario Recep reconoció, con gran sorpresa, al cabo de aquella noche. Qué cosa más absurda es el mundo, pensó.

Un par de semanas más transcurrieron, al cabo de las cuales Recep terminó al fin por presentarse en la cantina de la vocacional. Ya recuperado del trayecto se le veía más fuerte,

más grande, muy guapo y con el rostro todavía bronceado por el sol. Ipek lo vio desde la barra y de inmediato salió corriendo a recibirlo, sin importarle quién la viera, quién los viera a ambos, y lo abrazó, un poco demasiado efusivamente en opinión de Recep. Tras un par de minutos de embarazoso silencio (sólo interrumpidos por algunas risillas maliciosas provenientes de las mesas de alrededor), Recep la abrazó también.

Una noche, algunos meses después de volver del servicio militar, Recep salió subrepticamente de la casa de Kadiköy para tomar un taxi hasta la casa de Ipek, a quien después de su visita a la cafetería de la vocacional había visto sólo de vez en cuando, para gran desesperanza de aquella. El taxi le cobró una cantidad exorbitante, no sólo porque era tarde, sino porque al taxista le costó dar con la casa, y también porque aunque la situación ya no era de emergencia todavía había que pensárselo para andar por ahí a esas horas de la noche. Estambul siempre parece un cementerio pasada cierta hora, le dijo el conductor mientras serpenteaban por las calles del barrio histórico de Sultanahmet, un cementerio de tumbas que son, prosiguió, todas idénticas, todas tumbas anónimas, si me entiende. Al taxista no le faltaba razón. Recep descubrió aquel día que por lo menos aquel barrio, el barrio de Ipek, a oscuras daba la impresión de estar muerto. O si no muerto por lo menos moribundo, como suspendido en el tiempo, un arrabal que flotaba en el cauce de algún río inexistente, de un río muy caudaloso cuyo destino final fuera un mar gélido e inmenso. La vieja muralla bizantina brillaba al fondo como un espectro. Cuando Recep se bajó del vehículo las luces de la casa de Ipek estaban apagadas, así que éste se puso a lanzar piedrecillas en el vidrio y unos minutos más tarde ella apareció

en la reja del jardín común. Llevaba puesto un camisón largo, y no parecía extrañada de verlo, como si pensara que entre dos enamorados era cosa de lo más normal aparecerse a deshoras y sin avisar. Con mucho cuidado ella abrió una rendija en la reja del frente, que no estaba cerrada con llave, y Recep no tardó en encontrarse en el interior del patio. Ahí, escondidos entre los árboles Recep besó a Ipek con urgencia, como nunca antes. Le besó las manos, los labios, el cuello. Sintió, por primera y por única vez, los blancos senos de Ipek debajo de su ropa, temblando como dos pajarillos ateridos. Ipek, que quizá presentía lo que se escondía detrás de la súbita angustia de aquellas caricias, o como si adivinara su carácter condenatorio, había empezado a llorar. Por sobre todas las cosas no quiero que sufras, murmuró entonces Recep. En ese momento lo sentía de verdad. La atrajo luego hacia sí, hacia una parte todavía más recóndita y oscura y ahí, en la soledad de aquel maltrecho jardín, la hizo suya. Torpemente, desde luego, como suelen ser siempre los primeros encuentros, en un abrazo que tenía más de desesperación que de placer. Al terminar Ipek se deshacía en llanto. Volveré, te lo prometo, dijo o creyó decir Recep mientras se abotonaba la bragueta y se recomponía un poco la camisa. Al final enjugó las lágrimas de ella con una serie de promesas todas más absurdas que las otras, promesas que surgían a borbotones y sin parar de sus labios, impacientes por apaciguar aquella desazón, por acallar un miedo que, en el fondo, era también el suyo. Aquella misma madrugada apenas volvió a casa Recep, todavía presa de una suerte de locura febril, empacó sus cosas, y un par de horas más tarde se presentó en el puerto blandiendo sus credenciales de graduado en logística marina y portuaria. Aquella noche no consiguió nada, pero por precaución no volvió a casa, sino que se alojó en un hotel de mala muerte cerca del muelle. Por

la mañana y durante los dos días que siguieron Recep repitió aquella operación hasta que tras varios intercambios más o menos infructuosos consiguió algo, y sin despedirse ni de Ipek ni de sus abuelos se embarcó en el primer carguero que lo aceptó.

Los siguientes meses en la vida de Recep transcurrieron en el mar. No era lo mismo hacer prácticas en los ferris que atravesaban el estrecho que estar realmente a bordo de un barco, así que al principio a Recep le costó mucho integrarse plenamente a las actividades del navío. Era ayudante del ayudante del segundo oficial, el salario era mísero y las condiciones del viaje eran abyectas, pero Recep era joven, y no cesaba de decirse que aquello sería una suerte de aprendizaje, una estación de paso en un trayecto que iba ¿adónde?, no estaba muy seguro, fuera de Estambul, en todo caso. Durante los primeros días lo asaltaban los remordimientos cada vez que pensaba en Ipek (y al principio pensaba en ella casi todo el tiempo), pero aquella angustia difusa dio pronto paso a una tibia y mansa lasitud. De eso también tenía la culpa el mar. Cualquiera marinero de poca monta puede decirlo: navegar es como si de pronto no existiera nada más en el universo, nada además de aquella superficie líquida y perpetuamente en movimiento. Todo lo demás, los problemas, las cuitas, los males de amor, todo terminaba por relativizarse, por difuminarse en aquel azul sin fin. El barco en el que navegaba Recep era viejo y se notaba a todas luces que había visto mejores épocas. En el extremo de la quilla desgastada y herrumbrosa se alcanzaba a distinguir en letras rojas un nombre: *Alina*. En los contenedores había, de creerle al segundo oficial, de todo lo imaginable, pero sobre todo (o al menos eso decía aquel) mercancía barata hecha en Asia. El trabajo a bordo

era al mismo tiempo pesado y monótono. Durante el día Recep debía ocuparse de todas las tareas, sobre todo de las administrativas, que ninguno de los otros oficiales de mayor rango podía o quería hacer, pero también debía servir de camarero al segundo oficial. Por la noche debía compartir camarote con otras tres personas en la parte inferior de la cubierta, cerca de los motores. Sus compañeros eran un negro, senegalés o maliano, Recep no estaba seguro, dos turcos de Van que se la pasaban comiendo pepitas sin parar, y un inglés flaquísimo, de ojos hundidos, que encadenaba un cigarro tras otro. En general las noches eran tranquilas. No cómodas, por supuesto, pero nadie se hubiera atrevido a quejarse a no ser que hubiera una razón de mucho peso, y para hombres como estos las razones de mucho peso realmente no existían. Probablemente todos en el barco necesitaban el trabajo, y era también muy posible que la mayoría estuviera acostumbrada a cosas peores. En un principio Recep supuso que le costaría crear lazos de camaradería o de amistad con aquellos aventureros irredentos. Conforme pasaban las semanas se fue convenciendo, cada vez más, de que así sería.

Al final, Recep no fue a buscar a Ipek sino hasta una semana después de su llegada. Por algún sitio era preciso empezar, y qué mejor que empezar, se dijo, exactamente en donde uno se había quedado. En la casa en donde solía vivir Ipek, en el barrio de Cankurtaran, ya no había jardín, sino solo una suerte de páramo en donde languidecían un par de higueras retorcidas. Tuvo que llamar repetidas ocasiones antes de que alguien le abriera la puerta. Recep supo enseguida, sin preguntarlo, que el anciano decrepito que acudió a la reja no era pariente de Ipek. No podía ser. Que recordara ella no tenía padre, ni abuelos, ni hermanos, ni tíos. Hasta donde se acordaba no

había en su entorno parentela masculina alguna, casi como si su madre la hubiera engendrado milagrosamente, o clonado, o recogido en un basurero. Sin duda, supuso Recep, Ipek se habría mudado hacía mucho. Y también sin duda aquel viejo no recibía visitas con frecuencia, porque tras convencerlo de que empujara la reja, desvencijada a más no poder, lo invitó a entrar con sobrada insistencia. Sin saber por qué, Recep aceptó. Se había gastado un dinero que no tenía en venir hasta acá y estaba cansado. Por lo menos podría refrescarse, se dijo, o pasar al baño. Siguió al viejo por un pasillo muy estrecho, y se dejó caer en un sillón cubierto por una manta de vaga apariencia aterciopelada. Se sentía completamente estúpido. Habían pasado treinta años desde la última vez que viera a Ipek, así que en el fondo era perfectamente lógico que ella ya no viviera aquí. ¿Qué se imaginaba? ¿Que lo iba a estar esperando? ¿Qué el tiempo se detendría no para él, pero sí para ella? Tratando de ocultar su decepción aceptó el humeante vaso de té que el desconocido le ofreció. Luego, durante algunos segundos muy breves ninguno de los dos dijo nada, pero antes de que aquel silencio se tornara incómodo o intolerable el anciano empezó a quejarse de sus problemas de artritis. Lo hizo de una manera muy natural, como si Recep fuera un viejo conocido, alguien que, a su vez, tendría también problemas semejantes y que, por lo tanto, estaba perfectamente capacitado para entenderle. Vejez, artritis, dijo sin molestarse ni en presentarse ni en preguntarle a Recep su nombre, así se empieza, y luego viene la muerte. Primero te vas llenando de achaques, agregó, te deja de funcionar una cosa y luego otra, hasta que un día te das cuenta de que no eres más que una máquina defectuosa, buena para el panteón. Mis ojos por ejemplo, indicó señalando sus pupilas lechosas y cansadas, mis ojos me traicionan. Debo caminar a menudo

a tuntas por la casa, me veo obligado a cruzar a oscuras el inmenso jardín del caserón, ya sabes, aquí todos rentan solamente por cuartos, nadie podría pagar más. Parece que todo está siempre completamente a oscuras, aún en pleno día. Me caigo con frecuencia. Mira, indicó, tengo las rodillas cubiertas de costras duras, purulentas, mira, mira, le mostró a Recep levantándose el pantalón, mira, heridas que se infectan, que tardan semanas en desaparecer. Recep se preguntó qué estaba haciendo allí. Pensó en levantarse y en marcharse de una vez cuando el anciano emitió un chasquido con la lengua. No te vayas todavía, dijo. Acabas de llegar. Es terrible estar solo. Solo y en la oscuridad. He renunciado a la electricidad, agregó. No puedo pagarla de todas formas. Sólo entonces Recep se dio cuenta de que, en efecto, estaban a oscuras. De que lo habían estado todo ese tiempo. De que no podía distinguir el contorno de sus propias manos, que suponía extendidas frente a él, sobre su regazo, y de que no podía ver más allá de los diez o quince centímetros inmediatos a su propio cuerpo. Por alguna razón, además, lo único que le resultaba más o menos claro era el decrepito rostro de su interlocutor. ¿Y las ventanas?, preguntó, al tiempo que sentía un escalofrío recorrerle la espalda. Como si de pronto recordara su existencia (probablemente así era) el anciano se levantó y recorrió la cortinilla del ventanuco del fondo, tras lo cual un haz de luz iluminó la pieza. Afuera una gaviota estaba posada en el dintel, escarbándose las plumas, y el viejo la ahuyentó dando golpes en el vidrio. Todo se llena de mierda siempre, dijo éste, por más que tratemos de conservarlo limpio. Todo vuelve a la suciedad, al caos. ¿Sabe adónde pudo haberse ido la familia que vivía aquí? ¿Tiene usted idea?, preguntó Recep, que evitaba mirar alrededor. Por alguna razón se imaginaba que se toparía con algo muy desagradable, con un muerto quizá. Mira

hijo, prosiguió el anciano como si no lo hubiera escuchado, la mayor parte del tiempo lleno mis días tratando de pensar. ¿Sabes lo que eso significa? Que me dedico a recordar, y si no me he muerto es sólo gracias a que el pasado me mantiene a flote. Algunos días, hijo, me levanto, me aseo un poco, salgo a caminar un rato por los alrededores y cuando vuelvo, por la tarde, me siento delante de mi mesa y me pregunto eso, justamente: ¿Adónde se han ido todos? ¿Adónde? Toda la tarde pienso en lo mismo. Apenas oscurece me acuesto en mi camastro, allí al fondo y entonces ya no tengo que esforzarme. ¿Cómo es eso?, indagó Recep. Quiero decir que los recuerdos llegan por sí solos. No los asustan ni el hambre, ni el frío, y mucho menos la oscuridad. Por el contrario, hijo, la oscuridad es su dominio. Es en ella donde mejor germinan. Es el elemento en el que más a gusto se sienten. En pocas palabras, al viejo le gustaba la oscuridad. Al menos, pensó Recep, aquello explicaba lo de las cortinas corridas. Así es, concluyó el anciano. En la oscuridad, aseguró, mis recuerdos estallan.

Coaster, 1874. *Kimberly*, 1936. *Goeland*, 1932. *Amitié*, 1876. *Fujiyama*, 1985. Tras salir de la que fuera alguna vez la casa de Ipek, Recep deambuló un rato por la zona. Cerca de las murallas bordeaba el camino una fila de arbolitos moribundos y Recep caminó siguiéndolos hasta la estación de trenes de Sirkeci, en donde pasó al baño (finalmente no se atrevió a hacerlo en casa del anciano) y luego se subió al primer ferri que cruzaba el estrecho de regreso. Su visita, a fin de cuentas, no había sido completamente inútil, porque en el último minuto, cuando Recep ya estaba en la puerta, el viejo había terminado por recordar que la hija de la mujer que vivía allí trabajaba en un hamam. Dijo que lavaba las toallas de un baño turco o algo así, aunque de esto último no estaba muy seguro. ¿Dónde?, le

preguntó Recep, pero tampoco de eso el anciano pudo darle razón. En la zona de Sultanahmet tal vez, dijo aquél. Ahí, o en cualquier otro sitio, hijo. Recep se dio cuenta entonces, con tristeza, que se había marchado sin darle las gracias.

Mientras iba en el ferri de regreso a Kadiköy Recep volvió a tener la recurrente sensación, (recurrente, es decir, desde su regreso), de que la ciudad no era la misma ciudad que él conocía. Que no se parecía en nada a la que él dejara atrás. O que sí se le parecía, pero al mismo tiempo difería extraordinariamente, no solamente porque había multiplicado su tamaño al punto de lucir, en opinión de Recep, francamente voraz, monstruosa, sino que en el proceso algo más se había transformado, algo que no alcanzaba a precisar. Desde su llegada tenía la impresión, por ejemplo, de que la ciudad vomitaba gente, como si estuviera viva, que las calles vomitaban gente, igual que los barcos, o que los automóviles. Que todo era, en suma, una infinita vomitona de rostros que le resultaban no anónimos, lo que no hubiera tenido nada de raro en una gran urbe, sino francamente hostiles. En su ausencia, concluyó, todo había cambiado no solamente mucho, sino más allá del punto en el que él podría o querría aprehender dicho cambio. Los militares ya no estaban en el poder. Se habían construido miles de nuevos fraccionamientos que se levantaban como hongos nucleares a ambos lados de la autopista, se habían erigido muchas nuevas estatuas a Atatürk y luego, como en revancha, los islamistas moderados habían ganado las elecciones. Vaya, que el país se estaba volviendo loco.

Aquella noche para variar un poco Recep merendó tripa. Cierto que le daba un poco de asco pero no el suficiente como para no ser capaz de deglutirla, y tenía la ventaja de

ser muy barato. La otra opción era el pescado, pero había comido tanto durante el trayecto marítimo de regreso a Turquía que estuvo seguro de que su paladar no lo hubiera resistido. Una vez tomada la decisión de volver a su país no había sido difícil conseguirse un puesto en un carguero; no con su experiencia previa ni con su pasaporte canadiense. Cierto que la paga no era gran cosa, pero a Recep no era eso lo que más le interesaba, no demasiado en todo caso. Siempre y cuando el barco lo trajera, lo demás estaba bien. Pasó de largo junto al puesto de tortas de pescado y pidió una ración de tripa que se comió en tres bocados, tras lo cual fue a sentarse a un parque cercano. Miró alrededor y constató con cierta desazón que el parque estaba lleno, no de niños, como era de esperarse, sino de otros hombres como él, hombres solos, viejos la mayoría, hombres con evidente apariencia de no tener nada mejor que hacer además de sentarse en la banca de un parque. Tuvo la impresión de que aquellos lo miraban y se identificaban con él, como animales que supieran que están ante uno de su misma especie. Pese a que ya empezaba a oscurecer la temperatura era agradable, y sentado bajo un ciruelo Recep no tardó en adormilarse. Cerró los ojos y, en efecto, se quedó dormido, aunque apenas unos minutos más tarde lo despertaron las risas en sordina que provenían de la zona de juegos, una zona separada de las bancas por una pequeña reja desvencijada. Recep abrió los ojos y miró en aquella dirección, hacia donde revoloteaban dos o tres niños seguidos de cerca por sus ansiosas madres. ¿Qué hacen estos niños jugando aquí de noche?, se preguntó. Luego recapacitó. Todavía no era de noche, sólo *parecía* de noche. Al poco rato de mirarlos a Recep le llamó la atención una pequeña vestida de blanco. Era muy rubia, y tenía los ojos extrañamente azules, unos ojos de niña y, al mismo tiempo, o así le pareció a Recep,

unos ojos de una madurez extraordinaria. Unos ojos en los que podía caber, se le ocurrió, una pizca de maldad. La siguió con la mirada mientras aquella se tiraba por la resbaladilla, y luego cuando se subió al columpio. La niña se reía, miraba a su madre, o la llamaba y le susurraba algo al oído. En eso, por espacio de un instante, sus miradas, la de él y la de la pequeña, se cruzaron. Recep tuvo la clara impresión (absurda y falsa desde luego) de que la niña le estaba leyendo el pensamiento y sintió un terror indescriptible, tras lo cual se levantó de inmediato y se marchó de allí.

Recep volvió a casa bordeando las viejas casas abandonadas y los bares de mala muerte de las calles adyacentes al muelle. Todavía quedaban por ahí viejas casas otomanas como la de su familia, pero la mayoría eran ahora esqueletos, enormes animales moribundos abandonados a su suerte por aquellos cuyas riquezas se habían acabado, familias cuyas noblezas antiguas no bastaban ya para mantenerlas en pie. Unas cuantas, también, lucían ahora anuncios en donde compañías constructoras se aprestaban a levantar algún condominio nuevo. Huelga decir que a Recep la atmósfera le pareció deprimente. El resto de la tarde lo pasó encerrado en el caserón, evocando recuerdos de su niñez y de su familia. Se encontró algunas fotos viejas que dudó en tirar a la basura, fotos de familia en donde aparecía la abuela cuando era joven, él e Ibrahim de niños, su madre y su padre, una casa que no recordaba haber visto nunca, ese tipo de cosas. Se dio cuenta, con cierta sorpresa, de que en muy pocas de ellas figuraba el abuelo. Trató de recordar su rostro, pero no pudo. Éste había muerto casi un año antes que la abuela, de una crisis cardíaca, y a diferencia de cuando el fallecimiento

de aquélla Ibrahim no se lo notificó. No, al menos, hasta mucho, mucho después. Finalmente, tras mirarlas un rato, Recep abandonó las fotos en el mismo rincón en donde las había hallado. Luego se quedó dormido y tuvo una pesadilla. En ella era un niño y estaba en la calle, en donde pedía dinero a los transeúntes que pasaban frente a él. Sentado sobre la acera extendía frente a sí la mano, una mano que era puro hueso, como si se tratase de la mano de un cadáver. Entonces empezaba a llover, gruesas gotas negras que convertían el pavimento en una charca de pez oscura y que le dejaban sobre la piel extrañas manchas negras, como si hubiese contraído súbitamente alguna enfermedad terrible. Cuando trataba de levantarse para protegerse de la lluvia se daba cuenta de que no podía moverse. O más bien sí, se podía mover, controlaba sus movimientos, pero algo lo retenía, como si estuviera clavado al suelo. A medida que crecía su angustia menos lograba librarse de aquello que lo aprisionaba, y cuando miraba alrededor en busca de ayuda se daba cuenta de que en realidad estaba pidiendo limosna a las puertas de su propia casa, de la casa de su infancia. Aquella constatación, por otro lado, no hacía sino más desesperante su situación. No tenía más que cruzar el umbral y estaría a salvo y, sin embargo, era incapaz de llevar a cabo ese simple, ese anodino movimiento. De pronto, desde el interior de la casa una cortinilla se agitaba y en un resquicio entre ésta y el borde de la ventana aparecía el rostro de la abuela. Ella lo observaba. Lo observaba no con compasión, ni con vergüenza, sino con algo que Recep no alcanzaba a identificar, con un sentimiento de repulsión, o de rechazo. Justo cuando, en un brusco movimiento, Recep conseguía acumular suficientes fuerzas para levantarse la cortina se cerraba y la casa entera se desvanecía, literalmente se desmaterializaba ante sus ojos.

Sólo entonces Recep entendía que nadie lo iba a ayudar, que era ya demasiado tarde y que ya nada tenía remedio.

Al otro día se despertó de madrugada. Había dormido mal, y cuando miró alrededor los objetos del cuarto le parecieron flotar como entre brumas. No tenía ganas de levantarse. Cerró los ojos y se puso a pensar en Ipek. Le vino a la memoria una ocasión particular, en que ella no pudo o no quiso que la besara, ya no se acordaba por qué (seguramente algún capricho de mujer), y en cómo él había insistido hasta que ella terminó cediendo. Lo había besado, sí, pero con algo parecido al horror. No recordaba su propia reacción de entonces, pero de lo que sí estaba seguro es de que después, durante varias semanas, se masturbó pensando en aquel rechazo y en lo que tontamente percibía como su triunfo sobre la voluntad de ella. Por un fugaz instante se le ocurrió masturbarse otra vez, ahora mismo, pero de inmediato desechó la idea. Sabía que no conseguiría nada. Hacía demasiado tiempo que no estaba con una mujer, lo que en sí mismo no era un impedimento, pero además de ello tenía la impresión de estar insensibilizado, o aletargado, no sabía bien cómo expresarlo, pero en todo caso intuía que en el aspecto sexual no funcionaría nada bien. No por el momento, o quizá no por mucho tiempo, y bien podría ser que ya no fuese operativo (en esa palabra pensó) nunca más. Aquel sentimiento no lo entristeció. Se incorporó de la cama, buscó sus zapatos a tientas en el desorden de cosas del piso y se acercó a tomar un poco de agua de una botella olvidada sobre la cómoda. Al hacerlo vio, sin querer, su propia imagen reflejada en la luna de una vieja cómoda, una imagen que al principio no reconoció. El ser del espejo lo miraba con curiosidad, lucía macilento, quizás estaba enfermo. Por un segundo sintió que los pelos de la nuca se le erizaban. ¿Y si

se había metido un vagabundo, un demente, el Diablo a su habitación? Luego se movió y el encanto o embrujo o lo que fuera se rompió. Entonces tuvo ganas de llorar, cosa que desde luego no hizo. Miró por la ventana. Todavía no empezaba a clarear. Se quedó allí, de pie, contemplando la acera vacía, y la bocacalle a lo lejos. De cuando en cuando se escurrían por el muro sombras improbables, seguramente gatos que a esa hora deambulaban por el barrio. Entonces, la vio. En la ventana de uno de los apartamentos vecinos una mujer también miraba hacia la calle. Luego Recep se dio cuenta de que no miraba hacia la calle, sino que lo miraba a él, e instintivamente se ocultó detrás de las sucias cortinas, tratando de disimular su imagen en la oscuridad. ¿Qué hacía una mujer allí a estas horas? ¿Cómo era posible que lo estuviera observando? ¿Y si fuera Ipek? No seas imbécil, se recriminó, claro que no es Ipek. No la había visto bien, empero. Tras unos minutos de duda Recep volvió a asomarse, pero ella ya no estaba allí. ¿O se habría equivocado de ventana? Busco ansiosamente en los edificios vecinos, algún perfil, alguna sombra sugerente, pero no vio a nadie. Es como si la noche, pensó, se la hubiera tragado. Tuvo entonces la extraña, la terrorífica sensación de que aquella mujer había *desaparecido*. Eso, o de que se había escondido. ¿De qué se escondía? Peor aún, por unos instantes Recep tuvo el abominable presentimiento de que alguien, por alguna razón incomprensible, la había matado. Quizá debía llamar a la policía. ¿Desde dónde? ¿Y para decirles qué? Pensó y pensó, y entre más lo pensaba más se convencía de que no había nada en qué pensar, de que todo se lo había imaginado.

Varios días más tarde Recep empezó a recorrer, uno a uno, los baños turcos de Kadiköy. Cierto que el anciano no había mencionado este barrio en particular, pero tampoco había

mencionado ningún otro y por algún sitio tenía que empezar. No que hubiera cientos de baños turcos en esa zona. Eran cuando mucho diez, o quizá doce, al menos hasta donde Recep recordaba. De manera nada sorprendente no encontró nada en los primeros cinco o seis que visitó. Nada, además de la cohorte habitual de vagabundos, de chulos y de putas que a esa hora (era de madrugada) merodeaban por las callejuelas en penumbras del barrio, especialmente en torno a la zona aledaña a la estación de autobuses por la que Recep, quién sabe a santo de qué, decidió iniciar las pesquisas. Entro al hamam de Caferağa, y también al de Rasimpaşa, y se quedó embobado más de la cuenta en el recibidor del hamam de la Sultana Hatice, en donde vio un cuadro muy extraño que le recordó, por alguna razón, un paraje que viera alguna vez, aunque fue incapaz de acordarse dónde, tal vez en Grecia, o en Italia, un paraje en el que sólo figuraba un mar de un azul doloroso salpicado de inmensas rocas envueltas en brumas. Tras algunas vueltas igualmente estériles en la zona de Moda, Recep simplemente decidió, en un arranque de hartazgo, o quizá de sensatez, volverse a casa. Atravesó la avenida principal, se adentró en el mercado y tras caminar algunos metros escuchó la voz. ¿Adónde vas, extranjero?, decía. Era una voz rara, que parecía venir de muy lejos, no lejos en el sentido espacial del término, sino lejos como si surgiera desde algún reducto particularmente oscuro de su propia memoria. Al principio Recep no le prestó atención. Pensó que tal vez estaba imaginándolo. No había comido bien en días, y estaba persuadido de estar teniendo alucinaciones. O quizá estaba soñando. *Yabancı*, escuchó entonces otra vez. El vocablo turco por el que se dirigían a él (a él, o a alguien más que también caminaba por la calle, aunque igual podía ser que no se dirigieran a nadie en particular) significaba a la vez *extranjero*,

es decir, un inglés, un ruso, o un mexicano, y *desconocido*, alguien a quien se ve por primera vez, o también alguien que no es “de la casa”, esto es, alguien que no es de confianza. Recep pensó que él bien podía ser ambas cosas, pero pese a ello no volteó ni desaceleró el paso. Por el contrario, tuvo la sensación de que era mejor darse prisa y alejarse de allí cuanto antes, en parte porque no podía uno permitirse que voces salidas de la nada lo interpelaran así como así, como y cuando se les pegara la gana, pero también porque, en honor a la verdad, tuvo miedo de que lo asaltaran, o lo golpearan. Fingiéndose no escuchar siguió caminando a lo largo de la callejuela en penumbras mientras buscaba al mismo tiempo alguna tienda abierta o un lugar con más gente, un lugar que le sirviera, pensó absurdamente, de trinchera. A los lados, sobre la banqueta, rodaban bolsas de basura por doquier, algunas de ellas medio abiertas, como vientres eviscerados cuyo inmundo contenido se desparramaba sobre la acera dejando manchas viscosas que los famélicos perros callejeros lamían con avidez. En los rincones se escurrían las ubicuas sombras de los gatos, y uno de ellos saltó de pronto de un recodo, haciendo que Recep se detuviera, sobresaltado. Entonces la voz o lo que fuese le dio alcance: ¡Hey, extranjero, te estoy hablando a ti!, gritó. Esta vez Recep se volvió y buscó ansiosamente con la mirada a su interlocutor. Al principio le costó trabajo distinguir a su alrededor, como si de pronto se viera afectado por una súbita fatiga ocular, o por alguna extraña enfermedad degenerativa de la visión. Entonces, poco a poco, su vista se aclaró. El hombre estaba a menos de un palmo de distancia, y también lo miraba con insistencia. Era de mediana estatura, debía tener alrededor de treinta años, o quizá un poco más. Quizá tuviera la misma edad de Recep, quién sabe. Iba vestido con desaliño y olía intensamente a

raki. Un vagabundo, pensó Recep casi con alivio. No se trataba de un policía, ni de un detective, ni tampoco de una aparición. Por si acaso, Recep se llevó la mano al bolsillo del pantalón, aunque enseguida se acordó que de todas formas no tenía nada con qué defenderse, ni tampoco tenía nada que pudieran quitarle. Observó con curiosidad al hombre. Sus ojos, los ojos del vagabundo, eran extraños. Tenían una cualidad lechosa, líquida. Éste giró entonces el rostro y miró hacia lo lejos, en dirección al mar, hacia el horizonte en donde se adivinaban las siluetas de los minaretes, luego emitió un chasquido con la lengua y dijo: No me gusta lo que veo. Recep movió la cabeza negativamente, como para indicar que no entendía. Eso, indicó el hombre extendiendo el brazo y señalando hacia el frente. Al principio Recep pensó que hablaba de los gatos, y temió que se tratara de algún lunático, de uno de esos seres aberrantes que odian a los animales. Una vez había visto a un hombre matar a un gato callejero a patadas y esparcir las entrañas del animal con el pie como si se tratara de basura. Pero no, el vagabundo se refería a un anuncio luminoso en el que el perfil evidentemente desnudo de una mujer se inclinaba rítmicamente hacia adelante y hacia atrás evocando o tratando de evocar el coito, una animación que en opinión de Recep resultaba más ridícula que obscena. En el anuncio decía: *Tienda Erótica Erdem*. Sólo entonces se dio cuenta Recep de que existían varios de aquellos locales en la calle, todos ellos con anuncios similares en sendas luces de neón. Es una vergüenza, dijo el vagabundo. Esos negocios infames, escondidos al abrigo de negocios decentes. Están ahí, ocultos en segundos pisos, tras escaleras sombrías y malolientes. Antes al menos uno tenía la decencia de hacer sus porquerías en casa, agregó, no era cuestión de venir aquí a comprarlas como si se tratara de legumbres o de frutas. Válgame el cielo,

pensó Recep, un vagabundo moralista. Honestamente no supo qué decir. Para empezar, jamás había puesto pie en ninguno de esos sitios, y tampoco sabía si le desagradaban o no. Además, habiendo vivido mucho tiempo en el extranjero se había vuelto en cierta forma ciego, o quizá inmune si se quiere, a ese tipo de publicidad. O si no inmune, al menos ya no se sorprendía con nada, o con casi nada. Se acordó de la primera vez que viera aquellos periódicos, probablemente en Toronto, aunque no estaba seguro, llenos de anuncios que sólo podían ser calificados de prostibularios, anuncios que decían cosas como “colombiana tetona, caliente, lista para todo”, o “transexual húngara, funcional, muy apetecible”. Recordó también que en su momento aquello le había parecido sórdido y que le había sorprendido, en particular, que quienes colocaban o hacían colocar esos anuncios insistieran tanto en su nacionalidad: colombiana, húngara, alemana, o por lo menos latina. Luego se acostumbró, y ya ni siquiera les prestaba atención. A mí me parece, se atrevió a decir al fin, que estos locales son muy discretos. Por un instante el vagabundo se le quedó mirando, como si no hubiese entendido. Luego dijo: Ah. Lo dijo sin sulfurarse, como si se tratase de un diputado o de un abogado muy mañoso al que acabaran de contradecir, pero que sabe perfectamente, que tiene preparada su defensa y que está seguro de que su argumento es sólido. Ah, repitió, es sólo porque esos malditos, continuó articulando la palabra muy lentamente y aclarando que se refería a los dueños de los locales, es sólo porque esa *gente*, llamémosle así si usted quiere, esa gente tiene cuidado de no dejar nada a la vista de uno. ¿Por qué? ¿Se lo ha preguntado? Recep se encogió de hombros. Pues es muy simple, dijo el vagabundo. Es para que nada sea obtenido sin pagar. Para que usted, o yo, o algún otro pobre como nosotros (así dijo: nosotros) o uno de los

tantos menesterosos que andan por las calles sin un cinco en la bolsa se vea *impedido* de beneficiarse de ello. Impedido, ¿se da cuenta? Para que nadie pueda fantasear, o soñar, o pensar siquiera en los placeres que allí se ofrecen. Eso es lo que no tiene perdón. Porque nada ocurre, mi amigo, ni el placer, sobre todo no el placer, sin haber pagado un precio. ¿Nos conocemos?, preguntó entonces Recep, a quien pese a su confusión de pronto le pareció identificar algo vagamente familiar en el rostro de aquel vagabundo. Éste no respondió, pero acercándose aún más a Recep lo tomó del brazo y le susurró: Ya no está aquí. Se ha marchado. No la encontrarás. Recep palideció. Está en la isla, agregó entonces el mendigo. Tienes que volver a ella para poder encontrarla. Recep, que como es lógico estaba estupefacto, quiso preguntar algo, pero ya era demasiado tarde. El vagabundo se alejaba, tambaleándose entre las sombras de la calle.

El vagabundo había dicho *la isla*. No *esa isla* o *aquella isla*. Había dicho *la isla*, como si estuviera por demás mencionar el nombre, como si todos supieran, o como si Recep supiera de antemano de *qué isla* hablaba. Y había dicho *ella*. ¿Qué cosa más vaga que aquello? Respecto a la segunda cuestión Recep, tras pensárselo un poco, llegó a la predecible conclusión de que el vagabundo no podía sino estarse refiriendo a Ipek, pues se trataba de la única persona a la que él estaba buscando en este momento, y a decir verdad de la única persona a la que recordaba haber buscado en mucho, mucho tiempo, quizás en toda su vida. Lo lógico, o al menos lo aceptable era que el vagabundo se refiriera, pues, a Ipek. El asunto de la isla era otra cosa. ¿Qué sabía aquel hombre repulsivo de la cantidad de islas que existían en el mundo? Ya no digamos de todas, ¿qué sabía de alguna, de una, de la que fuera? Nada, probablemente.

Y aún en el (improbable) caso de que aquel despojo humano tuviera cierta noción de la geografía del planeta el vocablo *isla* era demasiado general como para arrojar por sí sólo mayores pistas. Durante algunos minutos Recep se puso a repasar mentalmente los nombres de las islas que recordaba o que creía haber visitado. No eran muchas, a decir verdad. Durante sus años de marinero había estado en Quíos, y en Mikonos, y también en Santorini, en Córscica y en Borneo, y en alguna otra isla del Pacífico cuyo nombre no recordaba, todas visitas completamente anodinas, de paso, de cuando mucho un par de días. No había habido en ellas nada peculiar. ¿De qué otra isla podía tratarse?, se preguntó. Lo pensó durante varios minutos. Entonces entendió, o creyó entender, y aquello le pareció una revelación, y esa revelación, justo es decirlo, le puso los pelos de punta.

Aquella misma noche Recep trató de dar con el libro aquél, ése en donde había visto o creía haber visto por primera vez una foto de Isla de Arena. La tarea ciertamente no iba a ser fácil porque la casa era un desorden. Su cuarto, un apiladero de cajas. Algunos de los libros estaban rotos, otros eran un amasijo de celulosa corroída por las termitas y por la humedad. Había viejas enciclopedias que nunca, ni en los tiempos en que la casa todavía estaba habitada, nadie había leído y que ahora más que nunca parecían cobrar conciencia de su inutilidad, optando sencillamente por desintegrarse, por volverse polvo y nada. Encontró también colecciones de revistas a colores, de ciencia, de fotografía, de viajes, y pilas de periódicos de todas las tendencias políticas, con una lamentable inclinación, notó Recep, hacia la prensa nacionalista de derecha. Buscó y rebuscó por horas, y entonces lo encontró, embutido en el fondo de una caja de tiras cómicas, propiedad probablemente

de Ibrahim y también muy probablemente adquiridas cuando él ya se había marchado del país, porque Recep no recordaba ni remotamente haberlas visto antes. Extrajo el volumen del fondo de la caja, un volumen no muy grueso, de pastas suaves, y le quitó el polvo con la mano. El libro se titulaba *Islas de todos los continentes*. Lo abrió y echó una mirada al índice. No se equivocaba: éste era *el* libro. La parte que hablaba de Isla de Arena estaba hacia el final, en un capítulo consagrado a las islas de América. En el mapa interior que las ilustraba Isla de Arena era un punto minúsculo, una gota de tinta derramada en medio de una infinita sábana azul. 43 grados, 36 minutos de latitud norte, 59 grados, 59 minutos de longitud oeste, se indicaba en un rótulo. Justo en medio del Océano Atlántico. Recep miró largamente el mapa. La superficie de la isla se extendía, larga como una culebra desplegando su cuerpo al sol, unas doscientas millas, calculó Recep, al este de Halifax. El libro era muy viejo (data de 1968 en su segunda edición) y no decía gran cosa, porque se trataba de un libro compendioso y aparentemente destinado al gran público. Como es fácil imaginarse Isla de Arena desmerecía ante otras islas, en este caso ante las islas americanas con las que era, si no equiparada, sí al menos implícitamente comparada. Cuba, Haití y Puerto Rico se llevaban, como es lógico, las planas mayores, y seguramente el lector podía haberse interesado también medianamente en la isla de Pascua, y hasta en la isla de Chiloé, pero ¿en Isla de Arena? Recep llegó incluso a preguntarse en virtud de qué los editores del libro habrían decidido incluir tan minúscula y remota superficie de tierra en un volumen de interés general. Lo que sí especificaba el libro era que se trataba de la única isla habitada en esas latitudes de la costa del Atlántico Norte (Recep dedujo entonces, aunque sin mucha convicción, que quizá de ahí provendría la

peculiaridad del sitio), y que compartía características con el resto de islas de la cadena de bancos de arena del Gran Banco, que se extendía desde Terranova hasta los Estados Unidos de América. Pero ciertamente nada en la descripción que se hacía de ella invitaba a visitarla. Su superficie, de creerle al libro, no era más que una meseta reseca, una tira de tierra hecha de hierbas, de riscos y sobre todo, valga decirlo, de arena, de donde venía su nombre. Decía también que aquella arena probablemente se había compactado allí hacia cerca de diecinueve mil años, durante el retiro de los hielos de la última glaciación. Tras leer y releer aquellos breves párrafos (en busca de qué, quién sabe) Recep se puso a hojear sin mucho interés el resto del libro, hasta que se quedó dormido con éste sobre el regazo, como cuando era un niño.

El incidente en Isla de Arena, o mejor dicho en las cercanías de Isla de Arena, tuvo lugar cuando Recep llevaba ya muchos meses en el mar. El carguero *Alina*, aquél en el que se embarcara en Estambul, se dirigió primero hacia el Pacífico, en donde hizo paradas en varias islas de la Polinesia, y luego enfiló rumbo al Japón. Tras cargar mercancía y luego de varias semanas de espera (semanas durante las cuales Recep bajó a tierra poco, en gran parte porque Tokio le pareció carísimo) el buque volvió a Turquía por la misma ruta, y se detuvo en Estambul durante dos semanas. Fueron dos semanas terribles, durante las cuales Recep, que no quería volver a casa de sus abuelos, tuvo que pernoctar en hoteles baratos y malolientes hasta que el barco recibió el nuevo encargo y volvió a hacerse a la mar. Esta vez atracó primero en Grecia (ah, Grecia, qué maravilla de país, si no fuera, pensaba Recep, porque los griegos eran unos hijos de puta), luego en Italia, en donde Recep se bajó en Bari y recorrió la ciudad en medio día, y

finalmente en España, en donde Recep no se bajó porque estaba enfermo. Tras dejar atrás Europa el navío se internó en el Atlántico, y durante muchos, interminables días, sólo hubo eso: mar y más mar. Un mar ondulante e infinito. Una vez que se hubo restablecido Recep pasó las noches en cubierta mirando el cielo. O lo hizo al menos hasta cierto punto del trayecto, hasta el momento en el que fue evidente que las noches eran cada vez más frescas, y también más largas, como si el buque se estuviese adentrando lenta pero certeramente en un territorio que era por definición oscuro e invernal. En ocasiones los trabajadores se reunían en la cafetería de abordó, en donde se ponían a contar historias, de marineros las más de las veces. Recep recordaba que una de las últimas noches antes de la desgracia uno de los hombres de abordó les había contado una historia bizarra, una historia que ya por aquel entonces le había parecido a todas luces espuria: la historia de los descubridores del Ártico. Yo no sabía que el Ártico lo hubieran descubierto, exclamó Recep de inmediato ante el anuncio del contenido de lo que iban a escuchar. El hombre que contaba la historia, un marinero portugués, o quizá fuera español, lo miró como se mira a un idiota: claro que lo descubrieron, el descubridor se llamaba capitán Estévez, dijo con convicción. ¿Estévez?, preguntó Recep. Nunca lo he oído nombrar. No es de extrañarse, respondió sin amilanarse aquél que contaba la historia. A nosotros los portugueses siempre nos han hecho menos, agregó. Aclarado ese punto, el marinero empezó contando algunos pormenores más bien vagos acerca de la biografía del tal Estévez, pormenores destinados solamente a dejar claro que para cuando habían ocurrido los hechos que se relataban aquél era ya un marinero temerario, de ninguna manera un novato cualquiera. El capitán Estévez había salido rumbo a aquella expedición al mando de dos

buques, dos barcos habilitados para las bajas temperaturas, dijo el marinero portugués, no me pregunten cómo, ellos sabrían, explicó, barcos que podían resistir los hielos y la inclemencia del tiempo, y quizá también otras cosas. Pero eso no es todo, continuó éste, Estévez se llevó con él a su esposa y a sus dos niños, se los llevó a descubrir el Ártico. En torno a la mesa se oyeron un par de exclamaciones de indignación, o quizá de incredulidad, en todo caso exclamaciones que el marinero que contaba la historia simplemente ignoró. Apenas entrar en tierras nórdicas, prosiguió éste, y poco después de haber avistado las costas de lo que hoy conocemos como Groenlandia, pero que entonces no se llamaba así, aunque no recuerdo cómo le llamarían los marineros de la época, uno de los niños enfermó y murió. Estevez, con el corazón destrozado, decretó que lo arrojaran al mar y que continuaran. Al poco tiempo se adentraron en los estrechos. Un infierno, esos estrechos. Un verdadero laberinto de hielo. Muchos de los que entraban en ellos no volvían a salir jamás. Pero Estevez era valiente, y además, como a todos los valientes, lo obsesionaba una idea. ¿Y cuál era esta idea, se preguntarán? Pues esta idea, que era una gran idea, es que existía, por ahí, entre esas nieves perpetuas, un pasaje, un camino, no de hielo, como eran todos los caminos conocidos en esas latitudes, sino de agua, como debe ser, un camino que permitiría a la expedición del capitán Estévez primero, y a todas las demás después, alcanzar de forma segura el Oriente. ¿Qué por qué buscaba ese camino? Vaya Dios a saber. Así somos los marineros, dijo el cuentacuentos, que con ello situaba a Estévez, y no sólo a Estévez, sino también a sí mismo, en la saga de seres como Barbarroja, el capitán Cook, Jacques Cartier o el mismísimo Colón. Al mismo tiempo, aclaró, el capitán Estévez no estaba exento de ambición, y a lo mejor se imaginaba que allá, tras

ése camino, habría verdes praderas y cristalinas caídas de agua, y quizá oro, piedras preciosas, o de perdida animales con cuyas pieles se pudiera comerciar. Bueno, pues al poco tiempo, antes de que se viera salida posible de aquel laberinto de hielo el segundo niño enfermó y murió también. Algunos de los hombres de abordó, enfermos también a su vez, lo instaban a regresar, pero Estevez se mantuvo firme, estoico en su obsesión. El cadáver del segundo niño fue arrojado al mar, un mar gélido en el que tardó en hundirse, imaginaos, en el que el cuerpecito del niño permaneció como suspendido, como literalmente abrazado por las olas antes de perderse para siempre en la abismal oscuridad. El marinero hizo una pausa como para dejar que aquella imagen penetrara en la imaginación de quienes lo escuchaban, y luego prosiguió: Os ahorraré las historias de hambruna y de canibalismo, baste decir que el famoso pasaje no apareció pronto, ni tampoco apareció en mucho tiempo. Al fin, cuando los estrechos se acabaron y se vislumbró el océano sólo quedaban a bordo diez hombres, Estevez incluido. Alrededor de la mesa varios de los hombres aplaudieron. Yo creí que había sido Peary, le lanzó al marinero uno de los contramaestres, un hombre joven de apariencia extrañamente pulcra. Recep, por su parte, se acordaba, o creía acordarse de haber leído alguna vez una historia similar, una historia en la que, supuso, se habría inspirado este hombre para contar o inventar la suya, y efectivamente, no se mencionaba en ella a ningún Estévez. Robert Edwin Peary, dijo el contramaestre, fue un marino inglés, el primero en descubrir que Groenlandia es una isla. Era a él a quién, por consiguiente, podía más o menos atribuírsele el mérito que este juglar moderno le adjudicaba al tal y desconocido Estévez. El contramaestre le reprochó también estar confundiendo todo: el “descubrimiento” del

Ártico con la búsqueda del paso del Noroeste, las fechas de las expediciones, quizá hasta los puntos geográficos. En suma, lo acusó de estar contando nada más que disparates. El marinero portugués, que había perdido la paciencia, se levantó de su asiento y le dijo al contraмаestre que se callara de una vez si no quería que le rompiera la cara a golpes. El joven contraмаestre ya no dijo nada y ahí acabó la cosa.

Entonces ocurrió la desgracia. Aquella noche, que de ser algo más melodramático Recep mismo hubiera podido calificar a la postre de noche fatídica, o de noche trágica, éste dormía profundamente. Dormía como lo hiciera a menudo desde el principio de la travesía, es decir, con la cabeza apoyada contra el extremo del catre, pues había descubierto que aquella posición le permitía estirar su largo cuerpo de manera más confortable y sin tener que golpearse los pies en el muro frontal, y dormía mejor, mucho mejor que durante las primeras semanas, probablemente porque ya no luchaba contra las esporádicas sacudidas de las olas, lo que como todo marinero sabe constituye sin duda el mejor remedio contra el mareo constante. Además, aquella noche en particular Recep estaba más cansado que de costumbre por haber ayudado al oficial hasta muy entrada la noche. Así, cuando el carguero experimentó la primera sacudida todos despertaron, menos Recep. Tras la segunda sacudida el inglés fumador, que se las daba de superior tanto racial como intelectualmente, mandó a uno de los turcos a ver qué estaba pasando, y éste a su vez le pidió a su inseparable camarada que le acompañase. Ambos volvieron al cabo de unos minutos diciendo que atravesaban una tormenta. Hay mucha neblina, dijo uno de ellos en un inglés apenas chapuceado. Es mejor no salir a cubierta. Entonces otro golpe sacudió al barco. Un golpe

sordo, seguido de un sonido mate, como el de un objeto muy pesado golpeando una superficie metálica. Recep, que dormía aún con la cabeza recargada en la saliente, fue despertado por otra sacudida tremebunda. Abrió los ojos de inmediato, y miró a su alrededor durante unos segundos, no asustado, sino sorprendido. Luego, al tratar de levantarse, quién sabe cómo terminó por golpearse con la misma saliente sobre la cual estaba descansando y perdió el sentido de inmediato. Al volver en sí estaba tendido en una lancha que bogaba en medio de las olas, o mejor dicho, que bogaba en una negrura abismal, una negrura que sólo por el movimiento se adivinaba líquida. Recep sentía la espalda y las nalgas adoloridas, por lo que supuso que alguien lo había prácticamente arrojado dentro de la lancha, como si se tratase de un costal de patatas. No por ello agradeció menos el gesto, sobre todo cuando entendió la gravedad de lo que estaba ocurriendo. Como pudo se incorporó y trató de sentarse en uno de los bancos transversales. No se veía nada. Se oían, eso sí, voces que gritaban, y se presentían los manoteos y el salpicar del agua, y la sombra del buque, cada vez más lejos, cada vez más irreal. Un buen rato transcurrió así, a ciegas. O casi a ciegas, entre el griterío y el bamboleo de la lancha. Entonces alguien prendió una linterna y casi al mismo tiempo se escuchó un alarido, quién sabe si de júbilo o de desesperación, aunque Recep fue incapaz de determinar de dónde provenía. Quizá de una lancha vecina, pensó un tanto absurdamente, aunque convencido de que debía haber otras lanchas alrededor de ellos. Alguien gritó que a lo lejos se avistaba lo que parecía ser la tierra firme, y Recep salió de su estupor para mirar también en dirección al difuso halo de luz, aunque a decir verdad primero no vio nada, y luego solamente distinguió lo que más que tierra parecía un molusco, un animal, o quizá una

planta flotando sobre el mar. No era una visión alentadora. Como fuese, los hombres trataron de dirigir la barca hacia ese punto. Varias horas pasaron. Conforme empezaba a clarear Recep reconoció al negro, que estaba sentado a su lado, a los dos turcos, al contraмаestre y a tres rusos con los que se había cruzado en ocasiones en cubierta, pero a los cuales no podía identificar de nombre. Nadie sabía dónde estaba el inglés, ni el marinero portugués, ni tampoco muchos otros. A poco de avanzar trabajosamente en aquella dirección empezó a rodearlos una bruma extraña, una bruma que daba la impresión de hacerse más densa a cada segundo, como si la barca se internara en un banco de difusa espuma de mar. En algún momento mientras se acercaban a la tierra o a lo que creían que era la tierra, uno de los turcos tuvo un súbito ataque de pánico y empezó a gritar, gesticulando que debían dar media vuelta. No dijo es mejor dar media vuelta, sino *debemos* dar media vuelta. Lo dijo en inglés. ¿Media vuelta? ¿Hacia dónde, gran imbécil?, le respondió el negro también a gritos, pero el turco insistía. Finalmente el negro lo derribó de un puñetazo. Los dos turcos restantes se pusieron a rezar, y Recep, aunque no era un hombre muy religioso, se les unió. No era para menos. Las olas se veían tan altas que a ratos parecía que la barca se iba a inundar, a ratos que se volcaba, a ratos que el agua se la tragaba. Uno de los rusos vomitaba en el piso y tenía el rostro enrojecido y descompuesto. Los otros dos parecían hechos de acero, como si nada de lo que estaba pasando les afectara, o como si estuvieran dando un paseo en lancha en vez de en una barca a punto de hundirse. O quizá estuvieran en estado de shock, pensó Recep. Luego la nube de neblina se los tragó por completo, y lo último que Recep recordaba de aquella noche era el ruido del mar. Un bramido furioso y terrible, como el de un mundo haciéndose

pedazos, un ruido exactamente igual, pensó Recep, al ruido de algo frágil estallando en el infinito.

El carguero *Alina* había naufragado en algún punto indefinido del Atlántico Norte, y la tripulación fue arrastrada, en parte por la marea y en parte por sus esfuerzos, hasta las costas de Isla de Arena. Una vez ahí, fueron rescatados al amanecer. Faltaban varios hombres, incluidos el capitán y el inglés flaco y fumador, y al menos dos de los hombres que venían en aquella lancha habían perecido ahogados. Los sobrevivientes fueron enseguida trasladados al hospital de la isla, en donde se les internó para observación. Ahí, Recep se enteró con sorpresa del remoto territorio al que habían venido a parar, y se acordó vagamente de haber visto ese nombre alguna vez en un libro. Luego escuchó, también con gran estupor, que aquí los naufragios eran, si no cosa cotidiana, algo que ya no sorprendía a nadie. En la historia de la isla ha habido tantos naufragios que ya no vale la pena contarlos, le dijo una de las enfermeras mientras le verificaba los signos vitales. Recep no dijo nada, sobre todo porque su inglés era por aquel entonces demasiado malo como para mantener una conversación. Aquella noche la misma enfermera, que debía haberlo encontrado simpático, o quizá demasiado desvalido, le trajo (para que se entretuviera, dijo) la fotocopia de un viejo mapa en donde figuraban a ambos lados de la silueta de la isla los nombres de los barcos naufragados en sus costas. Recep observó aquella copia con atención. En ella la silueta de la isla aparecía como una especie de serpiente alargada cuya cola se torcía hacia la derecha en su extremo sur. A su alrededor, una serie de pequeñas viñetas indicaban el naufragio de un buque, y también especificaban si se trataba de un barco de vapor, de un bergantín, o de una fragata. Los

naufragios se contabilizaban a partir de 1538, y la enfermera tenía razón: era imposible contarlos. No hay cargueros, pensó Recep extrañado. O a lo mejor sí había, y como el texto estaba escrito en francés él no conocía la palabra. Puso la hoja sobre la mesita de noche y la contempló desde la cama. Así, de lejos, le pareció que era como si alguien hubiera aplastado en ella (o con ella, según) un enjambre de insectos, de moscas muy pequeñas, o de mosquitos, y sus cuerpos resaltarán en negro, un montón de cadáveres contra el blanco del papel. Pero luego reflexionó. No, más que mosquitos, qué extraño, se dijo, parece precisamente eso: un reguero de arena. Sí, como si alguien hubiera recogido un puñado de arena negra con la mano y la hubiera luego dejado caer a lo largo del papel.

Aquella noche en el hospital de la isla Recep tuvo un sueño febril. Ese fue el primero de sus sueños con barcos hundidos. O mejor dicho, no con barcos hundidos como tales, sino más bien, qué peculiar, con la *lista* de éstos, con sus nombres y con las fechas de los naufragios tal y como aparecían en el mapa que le regalara la enfermera: *Science*, 1851. *Reeves*, 1876. *Abigail*, 1855. *Pearsley*, 1976. *Melsore*, 1826. *Cora May*, 1895. En el sueño Recep recorría la lista de arriba a abajo, aunque a veces se perdía y entonces tenía que volver a empezar. Era una lista que Recep leía no de la fotocopia en donde la viera en la realidad, sino de una vieja libreta en donde todos los nombres estaban escritos, además, a mano, con muy mala letra, lo que dificultaba enormemente su lectura. Mientras leía Recep caminaba, con pasos lentos, patibularios. De pronto, al detenerse se daba cuenta de que estaba completamente sólo en medio de un lugar que al principio tomaba por una calle muy oscura, aunque cuando alzaba la vista descubría que en realidad se trataba de una casa, de una vivienda decrepita y de

aspecto sobrecogedor. Recep sabía que por alguna razón que tenía que ver vagamente con los naufragios y que no estaba clara en absoluto *debía* recorrer la casa. Debía hacerlo, al menos, si quería o esperaba entender el significado de la lista y si quería, además, continuar su camino. ¿Cómo continuar? ¿Qué camino? Recep no lo sabía. Luego frente a él se abrió una puerta y tras esta puerta se encontraba con lo que parecía un salón mal iluminado, un salón cuyos muros estaban cubiertos de papel tapiz que se venía abajo, y que sólo al acercarse Recep se revelaba o resultaba ser no papel tapiz, sino recortes de artículos de periódico. En todos esos recortes se hablaba de un crimen. Siempre del mismo crimen. Recep no tardaba en darse cuenta que todo aquello tenía que ver con sucesos y con gente que le eran ajenos, de los que nunca en su vida había oído hablar, y ese hecho por alguna razón lo abrumaba. Era como estar ante el contorno impreciso de un rompecabezas del que había perdido las piezas, un rompecabezas que a lo mejor ni siquiera tenía solución ni lógica alguna. Poco a poco Recep se daba cuenta también de que a su alrededor se escuchaban voces. Voces escondidas en los rincones. Voces que le susurraban algo. Eran voces de mujeres. Recep tomaba la libreta movido por la imperiosa necesidad de escribir en ella lo que oía o creía estar oyendo, pero le costaba trabajo abrir las páginas, como si éstas estuvieran pegadas unas con otras. Y así era, en efecto. Las hojas se habían empalmado. Además, en algunas de ellas había tantas anotaciones sobrepuestas que era imposible desentrañar lo que ahí estaba escrito, como si todo aquello fuese un palimpsesto. En otras páginas, en cambio, había sólo palabras sueltas, abandonadas a sí mismas y, por supuesto, igualmente carentes de sentido. Grifo, Noche, Muerte o Azul. Recep luchaba con desesperación por encontrar una página limpia y cuando por

fin lo lograba era sólo para escribir en ella, frenéticamente y al borde del desmayo, una única palabra. En ese momento Recep se despertó. Al mirar a su alrededor pudo constatar que la enfermera que le diera la fotocopia estaba a su lado, sentada en una silla. Estaba dormida, y su rostro lucía una envidiable expresión de placidez. Recep la estuvo observando durante un buen rato. Luego, por más que se esforzó por recordar cuál era la palabra aquélla, la del sueño, no lo consiguió.

Después de que lo dieran de alta del hospital de Isla de Arena, Recep se mudo temporalmente con la enfermera aquélla, la del mapa de los barcos hundidos, que después de todo no solamente lo encontró simpático y desvalido (ambas cosas eran ciertas) sino quizá también lo suficientemente atractivo como para querer tener una aventura con él y llevárselo a su casa el tiempo que durara su estancia en la isla. A Recep y a los otros sobrevivientes les dijeron que salir de ella tomaría varias semanas, porque los transportes entre ésta y el continente no eran frecuentes, y porque además su permanencia allí permitiría a las autoridades aclarar algunos detalles del naufragio, interrogar a los testigos, en fin, esas cosas en las que siempre era más fácil que la gente implicada estuviera en el mismo sitio y fuera localizada con facilidad. Sus compañeros iban a ser alojados en una posada, y lo vieron partir del hospital con algo de recelo y también con mucha envidia. La enfermera, que se llamaba Natalie, era bonita y hablaba un inglés con fuerte acento extranjero. Es porque soy francesa, dijo ella. Francesa de Quebec. A Recep aquello le pareció absurdo. ¿Cómo podía ser uno francés y de Quebec al mismo tiempo? Eso era sin duda un esnobismo, o al menos una contradicción, pero no quiso discutir con ella. Natalie la francesa de Quebec cogía muy bien, sin prisas y con iniciativa.

Valga decir que durante aquellas semanas Recep casi no pensó en Ipek. De vez en cuando la veía todavía en sueños, pero al cabo de algunas semanas en la isla ya ni en ellos, en parte porque, como se dijo, estaba en brazos de Natalie, y en parte porque durante su estancia en la isla Recep padeció con frecuencia de insomnios. De noche, cuando Natalie no estaba (ésta tenía con frecuencia el turno nocturno) Recep se levantaba y se quedaba mirando largamente hacia afuera por la ventana de la cocina, a veces desde la madrugada y hasta el amanecer. Qué curioso, pensaba entonces, este paisaje es tan plano, tan carente de formas, tan perfecto en su vacuidad. En otras ocasiones Recep se quedaba despierto escuchando el relinchar de los caballos. Había una colonia de caballos salvajes en la isla, de eso ya estaba enterado, y al parecer éstos tenían los mismos problemas de insomnio que él. Una cosa curiosa, esos caballos. Natalie decía que llevaban ahí desde siempre. Que eran caballos salvajes porque se bastaban a sí mismos y no necesitaban del hombre para nada. Que nunca lo habían necesitado. A Recep le parecieron seres afortunados. Muy, muy afortunados.

Contrario a lo que se hubiera esperado de alguien a quien alguna vez le apasionaran los mapas, al principio Recep casi no se interesó ni en la geografía, ni en la orografía, ni en la fauna, ni en la flora, ni en nada que tuviera que ver con el remotamente insulso punto del globo en el que había venido a caer. Quizá sería el shock del naufragio. El médico le había advertido que podía experimentar eso, un shock postraumático, que no se angustiara, que era normal en sus circunstancias y que no dudara en pedir ayuda psicológica si los síntomas aparecían. A decir verdad, más allá del insomnio Recep no sentía más que apatía, una suerte de indiferencia

hacia todo lo que lo rodeaba, exceptuando quizá, desde luego, el cuerpo de Natalie. Luego, un día, mientras esculcaba en las cosas de Natalie (no por morbo, sino sencillamente porque no tenía nada mejor que hacer) se topó con el libro original del que ella seguramente había sacado la fotocopia que le llevara al hospital la segunda noche de su estancia. El libro se llamaba: *Isla de Arena. Un territorio inexplorado*. El libro estaba en francés, pero contenía, además del mapa que él ya conocía, un montón de otros mapas. Vaya, pensó Recep, después de todo Natalie y yo tenemos algo en común. Claro está, en el libro, a diferencia de lo que ocurría, por ejemplo, en la habitación de Recep, no existía ni desorden ni caos. Tampoco variedad. Los mapas de aquel libro eran todos uno y el mismo mapa, la misma superficie de contornos alargados ligeramente curvados al sur, la misma mancha estirada y ligeramente oblonga. El mismo esputo, la misma larva retorcida en medio del mar, la misma viruta en el infinito océano verdeazulado. Aquello tenía algo de aterrador y Recep terminó por abandonar el libro por ahí. Varios días más tarde, una mañana en que estaba particularmente aburrido, tomó aquel libro junto con una cantimplora que se encontró abandonada en un rincón del apartamento y salió a explorar la isla. Al salir quiso acordarse de cuántos días (¿o semanas?) hacía que estaba allí, pero por más que se esforzó no pudo hacerlo. Debe ser el shock postraumático después de todo, se dijo. Sí, eso debe ser.

Si en ese momento, tras aquel primer recorrido, Recep hubiera tenido que utilizar una sola palabra para definir a la isla, esa palabra hubiera sido *extraterrestre*. La isla le pareció de inmediato como salida de otro mundo. Predominaban, desde luego, los tonos pálidos, los ambarinos y los grises. La

isla le recordó también, en más de un detalle, la vieja ciudad en donde había prestado el servicio militar, cerca de la frontera con Irak, pero no exactamente. Era como si alguien hubiera tomado aquella ciudad, la de la frontera con Irak, y la hubiera pasado debajo de una aplanadora: lo que allá eran elevaciones aquí era planicie, lo que allá era volumen aquí parecía extensión, pero fuera de eso en los colores ambas se parecían, y en la apariencia de inmovilidad, o de inanidad si se quiere, también. Y hablando de extensión, Recep caminó mucho. Demasiado, le pareció, teniendo en cuenta las dimensiones de la isla, por lo que no pudo sino concluir que, en su desconocimiento, caminaba en círculos. Según el libro, existían algunos pastizales isla adentro, pastizales en donde habitaban y se nutrían los caballos salvajes, pero Recep no logró dar con ninguno. Era como si no lograra orientarse. En algún momento optó por detenerse a la sombra (no abundaban en la isla) para tratar de ubicarse, y al levantar el mapa frente a sus ojos distinguió a lo lejos, en la única roca escarpada de todo el territorio, lo que parecía ser un viejo faro. Si sus cálculos no lo engañaban, caminando en esa dirección y cruzando el faro debían estar los pastizales. A sus espaldas estaba el muelle, lo que significaba que hacia allá, hacia el sur, debía estar el extremo de la isla, es decir, la colita que se curvaba. Pensando que sería interesante ver aquello también, y calculando que estaba mucho más cerca de ese punto que del otro, Recep decidió finalmente continuar en aquella dirección. Esta vez no se equivocó, porque no tardó en divisar el muelle a su derecha, un muelle desierto, excepto por un par de lanchas de motor nuevas que esperaban allí aparcadas, una de ellas con las insignias de la policía, aunque un poco más adelante divisó, sobre la playa, algunos barcos que parecían pesqueros. Aquello lo sorprendió. ¿Qué cosa podía

pescarse aquí?, se preguntó. Se le figuró, por alguna razón, que el mar circundante estaba muerto, que no había vida en él, aunque obviamente se equivocaba. Tras haber cruzado el muelle (lo que le llevó no más de diez minutos) Recep notó la presencia de agua también a su izquierda. Luego entonces iba en la dirección correcta: la tierra se estaba estrechando. Sobre su cabeza brillaba un resplandor magnífico en el cielo, un resplandor que lastimaba los ojos y que se reflejaba en un océano de un azul transparente, etéreo. En algún momento Recep tuvo la impresión de que no había mar en absoluto, como si directamente sobre su cabeza y a los lados no hubiera más que cielo. O no, pensaba Recep, era más bien como si tampoco hubiera cielo, como si todo a su alrededor fuera una materia única e inexorable, un vapor o un éter que lo llenaba todo, que lo contenía todo. Otro más piadoso que Recep hubiera quizá creído que estaba teniendo una experiencia religiosa, pero a Recep, por el contrario, aquello sólo le pareció extraño, muy extraño. De cuando en cuando miraba hacia abajo, o hacia los lados. Era como si aquel abismo azul claro, aquel abismo acuoso se acercara, hasta que de pronto Recep se descubrió de pie en una tira de arena de apenas algunos metros de ancho. Era este, pues, el punto más estrecho de la isla, concluyó. Frente a él y a los lados no había nada, nada además del mar. Era como estar parado en el mascarón de una proa, como estar de pie en un trampolín, sólo que al mismo nivel del agua. Permaneció de pie allí un buen rato, con el agua casi lamiéndole las puntas de los zapatos. Luego, en medio de eso que no era ya aire ni era agua, sino algo indefinido, algo intermedio entre esos elementos, a Recep le pareció ver a una mujer. Una mujer que flotaba, por así decirlo (aunque esa no era la palabra más adecuada) sobre las olas. La visión duró el espacio de un segundo, porque cuando Recep se talló

los ojos para verla mejor, al volverlos a abrir no vio nada. Sin embargo el espejismo fue suficiente para causarle cierta desazón, así que Recep dio la media vuelta y emprendió el regreso de prisa, casi a trote. Había ya pasado el muelle en sentido inverso cuando se detuvo, súbitamente contrariado. ¿Pero qué estoy haciendo?, pensó. Tampoco se le antojaba desandar camino, así que simplemente volvió a casa.

¿Cómo era?, le preguntó Natalie. Era de madrugada y Natalie se había deslizado todavía con la ropa puesta en la cama en donde dormía Recep, que bien visto era en realidad la cama de ella, lo que no impedía ciertamente que Recep detestara aquello. Le parecía sucio. Poco higiénico al menos. Claro está, no le dijo nada a Natalie porque se daba cuenta de lo ridículo que hubiera sonado, máxime siendo él el invitado, o el mantenido, o el arrimado en el mejor de los casos. Pero puesto que ya lo había despertado y en parte para amortiguar su descontento Recep se había puesto a contarle lo sucedido. ¿Que cómo era? No sé, respondió él haciéndose a un lado. Una mujer ordinaria, ni muy joven ni muy vieja, dijo tras pensárselo un poco. ¿Cómo iba vestida?, insistió Natalie mientras se quitaba el uniforme por debajo de las mantas. Recep reflexionó un instante. No sé. No me fijé. ¿No te fijaste si iba vestida?, preguntó la enfermera en un tono que a Recep le pareció irritante, aunque en realidad no pretendía serlo. No es que no me fijara si iba vestida, respondió Recep. Dije que no lo recuerdo. Tu inglés está mejorando, dijo entonces Natalie en un tono que, éste sí, era un tanto burlón. Recep podía sentir por debajo de las mantas las piernas de ella rozando las suyas, y por alguna razón en ese momento aquel contacto le repelió. Se incorporó de la cama e iba ya a ponerse de pie cuando Natalie se acercó y le pasó la mano por la

espalda, como si acariciara a un animal. No te enojés, *darling*. Recep detestaba que lo llamara así, y se lo dijo. Sin hacer caso de su reclamo Natalie volvió al tema de la mujer aparecida. Lo pregunté porque hace algún tiempo se perdió una joven, aclaró ella. ¿Aquí, en la isla?, preguntó Recep. Sí, aquí, aquí mismo, dijo Natalie señalando con ambos brazos en torno suyo, como si se refiriera no a la isla sino a esa habitación, al espacio mismo entre aquellos muros, quizá a esa misma cama. Pero no era ella, agregó entonces. ¿Quién no era ella?, inquirió Recep, confundido. La que viste, quiero decir. No era ella. No era la muchacha que se perdió. ¿Cómo lo sabes?, dijo Recep, que aunque seguía molesto tuvo una irreprimible punzada de curiosidad. Porque ella era muy hermosa, alcanzó a musitar Natalie, ya con la cabeza en la almohada y los ojos entrecerrados. ¿Y eso qué?, dijo Recep mientras se ponía el pantalón. Pues que tú dijiste que ésta, que la mujer que viste, era ordinaria. A lo mejor me equivoqué, agregó Recep. Oh, no, *darling*, le dijo Natalie con la voz atiplada por la modorra, nadie se equivoca en esas cosas.

Tras su primera y por demás inusual incursión en la isla Recep tuvo todavía tiempo de realizar un par de visitas más. El siguiente trayecto de exploración lo llevó en dirección opuesta, hacia donde él suponía y el mapa indicaba que debían estar los pastizales y, por tanto, los caballos. Aquel recorrido implicaba atravesar la isla en dirección al viejo faro, volver a descender, y luego caminar un largo trecho a través de lo que, al menos sobre el mapa, parecía una playa muy larga. Quizá no lo fuera, desde luego. Quizá fuera un acantilado agreste, o nada en absoluto. Recep tuvo la precaución de ponerse uno de los sombreros de Natalie antes de salir porque empezaba a sospechar que lo visto aquella

vez había sido una alucinación, en gran parte consecuencia, o probablemente consecuencia de una insolación. Cierto que estos no eran los trópicos, pero con tanta agua alrededor el sol parecía exponencialmente multiplicado, como si se tratase de una lámpara permanentemente encendida y reflejada en un espejo de dimensiones colosales. Sombrero en la cabeza y libro en mano Recep se adentró en la isla. Esta vez le pareció que en el muelle se notaba más movimiento que la vez anterior, en donde lo que parecía ser un grupo de pescadores se afanaba en limpiar sus barcas. Bandadas de aves estaban posadas por doquier, sobre la arena, en los edificios adyacentes y en los postes de luz, produciendo una barahúnda insoportable. A Recep no dejaba de sorprenderle que los habitantes de Isla de Arena pudieran pasar gran parte de sus vidas sin salir de este sitio, en un lugar en donde, en lo que a él respectaba, las aves parecían más vivaces que la gente. Y eso que era verano. No podía ni quería imaginarse lo que aquello debía ser en invierno. Pensó con alivio que nunca lo sabría. Porque para ese entonces ya había decidido que se iría a fin de mes, eso, o en el primer barco que zarpara, y ello independientemente de la opinión de las autoridades. Al alejarse del muelle en dirección opuesta Recep rodeó el hospital y desembocó en una plazoleta. Creía recordar que ya había pasado por ahí, aunque estaba seguro de no haberla visitado, aunque visitar le pareció un verbo demasiado pomposo para aplicarlo a ese lugar. Como fuera, a Recep le pareció un lugar terriblemente desolado, vacío a no ser por su estatua central, un armatoste gris cubierto de cagadas de pájaros. Recep se acercó a leer la menuda inscripción en su base: *Capitain Jean Torrens*, se leía. Recep no tenía ni idea de quién sería ese tipo. Nunca había oído de él. Las fechas de su nacimiento y de su muerte, por lo demás, estaban completamente sepultadas bajo una espesa

costra de mierda. Miró alrededor. Dos o tres casas salpicadas a derecha e izquierda de la isla completaban un parvo paisaje más allá del cual se extendían las dunas. Recep caminó en aquella dirección sin saber muy bien si salía o si entraba, si iba o si venía en aquel paisaje endiablado.

Cerca de las tres de la tarde Recep pasó por la estación eléctrica de la isla. Se trataba de un par de edificios más largos que altos que parecían yacer recostados en la arena, sobrevolados únicamente por sus torres de control y por una telaraña de cables. Ahí, alrededor de la estación, crecía la hierba, notó Recep. Una hierba extraña, demasiado agreste, como si se tratase de los pelos de algún animal extinto. La estación parecía abandonada, aunque en el interior Recep creyó ver, apenas acercarse, algún movimiento, o quizá fuera el asomo de una sombra. Sintió un escalofrío. Luego, justo cuando pasaba frente a ella, la puerta del frente se abrió y un hombre le salió al paso. Buenos días, dijo éste en inglés. Era seguramente un oficial de la guardia naviera, porque iba uniformado. Era muy joven, muy rubio, demasiado guapo, pensó Recep, como para pasarse los días refundido en este socavón del mundo. Recep articuló su respuesta lo mejor que pudo haciendo uso de sus escasos conocimientos gramaticales y de vocabulario, y creyó luego entender que el hombre le preguntaba si era de los náufragos del *Alina*, o tal vez lo afirmara (Recep tenía problemas también con la entonación). En todo caso, Recep dijo sí, sí en todo momento, y el hombre le sonrió, mostrando una hilera de dientes impecables. Le preguntó entonces, de eso sí estaba seguro, si quería un té, o un café, a lo que Recep respondió que no, gracias. No quería perder el día. El joven guardia pareció entristecerse. Quizá estaba muy solo, pensó Recep, quizá nunca nadie nuevo

pasara por allí. Luego, cuando se alejaba, Recep se reprochó no haber aceptado. Perder el día, se repitió antes de estallar en una sonora carcajada, perder el día, como si estuviera en alguna misión de gran trascendencia. Como si tuviera alguna importancia si se quedaba allí una hora, dos, tres o veinte años. Quiso regresar, aceptar la taza de té o de café, pero cuando miró hacia atrás la puerta de la estación ya estaba cerrada y Recep por ningún motivo se hubiera atrevido a tocar.

No mucho después Recep llegó al faro. Desde allá arriba, se dijo, la vista debe ser aterradora. Eso pensó. No grandiosa, ni magnificente, sino aterradora. Tanto mar por todos lados. Mar, mar, nada más que mar. El faro era viejo y Recep lo reconoció enseguida como un faro de fuste troncopiramidal, de varias caras, de mampostería y de hierro, y calculó, por el estado de los materiales, que debía tener al menos cien años, probablemente un poco más. Todo eso lo había aprendido en la vocacional. Cerca de ahí, en el extremo sur, un par de casuchas albergaban, supuso, al farero y a su familia. En el caso, desde luego, de que éste no viviera en la propia torre. Pero tanto la casa como el faro mismo se veían abandonados, aunque Recep no se acercó lo suficiente como para poder comprobarlo. Ahí, de pie ante esa mole tuvo de pronto la impresión de estar en un lugar en donde había ocurrido algo terrible, un lugar que por alguna razón que le era desconocida se había vaciado de sus habitantes. Le vinieron a la mente los casos de aquellos pueblos sobre los que leyera alguna vez, esos pueblos que se habían quedado sin gente en algún momento de su historia, ya sea por la invasión de las tropas durante alguna oscura guerra, o por alguna epidemia, o por váyase a saber qué otra razón de mucho, mucho peso. Porque nadie abandona su vivienda así como así, pensó Recep, a

menos que la amenaza a que se enfrenta sea más terrible que el desarraigo, y que el hambre, y que la posibilidad de morir a la intemperie. Aunque claro, abandonar esto, se dijo mientras miraba nuevamente a su alrededor, no debía ser tan difícil. No, concluyó tras algunos segundos de reflexión, no debía ser difícil en absoluto. Se dio cuenta también de que desde su llegada no había visto el viejo faro encendido ni una sola vez. Con razón hay tantos naufragios, pensó. Levantó la mirada nuevamente hacia la silueta del faro, que se recortaba contra un cielo apenas sombreado por algunas nubes. Le pareció que se trataba de un enorme ojo apagado, un ojo cuya luz se hubiera extinguido no de pronto sino lenta, progresivamente. Un enorme ojo que, por alguna razón, se había quedado ciego.

Recep descendió luego por el extremo sur del faro, por la que supuso sería la única pendiente escarpada de toda la isla, una especie de montículo improbable de geometrías monolíticas a cuyos costados se distinguían algunas oquedades, demasiado grandes algunas como para tratarse de madrigueras de pequeños animales. Si lo eran, madrigueras, es decir, los animales que los habitaban debían ser grandes. Quizá estén habitadas, pensó entonces Recep, pero de inmediato se dio cuenta de lo absurdo de aquella idea. Aquella elevación desembocaba, por lo demás, en una playa cansina por la que en ese momento pasaban un par de caballos. Y sí, los caballos eran imponentes en toda la extensión de la palabra, aunque alguien como Recep ignorara del todo las minucias de su zoología, lo que ciertamente no le impedía apreciar su belleza, una belleza que en ese momento sólo se le ocurrió calificar de impenetrable. Recep siguió caminando y tras algunos minutos desembocó en otra playa más larga que la anterior, una playa de arenas grises que parecían extenderse hasta el infinito.

Quizá por aquella apariencia de inmensa vacuidad Recep no notó el montículo sino hasta que estuvo tan cerca de éste que casi choca con él. No era muy grande en realidad; mediría quizá cuando mucho un par de metros de alto. Al principio Recep no entendió de lo que se trataba. Luego, al rodearlo, se dio cuenta no sin sorpresa de que se trataba de una suerte de altar, de alguna escultura parcialmente cubierta de arena, como si numerosas ventiscas la hubiesen sepultado. Pese a ello algunos de sus contornos eran vagamente identificables bajo la capa de arena, por lo que Recep pudo adivinar que se trataba de una virgen. El estado de la escultura, por lo demás, era o se adivinaba lamentable. Lo menos que podía decirse era que se notaba que hacía mucho que nadie se ocupaba de ella: no solamente estaba, como se dijo, parcialmente cubierta por la arena, sino que las partes que no lo estaban se notaban sucias, y le faltaba un trozo de nariz, lo que le daba un aspecto peculiar, similar al de algunas de las esculturas griegas, o romanas (Recep no entendía la diferencia entre unas y otras) que poblaban algunos de los museos arqueológicos de Turquía. Además de lo anterior, al igual que la estatua en la plazoleta de la isla, la virgen en cuestión, o al menos su parte superior, estaba casi totalmente cubierta de mierda de pájaros. No dejó de llamar la atención de Recep el hecho de que el rostro, por el contrario, pareciera estar medianamente limpio. No, no medianamente limpio, pensó al acercarse un poco más, sino bastante limpio, limpio a propósito, se dijo. Limpio como si alguien hubiera venido y, apiadándose de la virgen, le hubiera pasado un paño húmedo por el rostro, o como si alguien hubiera pensado que era terriblemente sacrílego tener una imagen sagrada en tal abandono. O limpio como si alguien se sintiera culpable de algún crimen nefando y quisiera redimirse de alguna forma, de la que fuera, y no encontrara

otra mejor que ésta. En eso pensaba Recep cuando algo atrajo su atención: justo a sus pies algo brillaba en las inmediaciones de la base de la estatua. Al principio Recep supuso que sería la propia arena, que a menudo arrojaba destellos de una luminosidad muy intensa, reflejos de violetas y de blancos improbables. Casi por inercia se puso a remover la arena con el zapato y el destello se repitió. Demasiado brillante para ser ilusorio, pensó Recep al tiempo que se agachaba e introducía los dedos dentro de la arena, que sintió tibia y agradable al tacto. Como el interior de una mujer, se le ocurrió mientras sus dedos rebuscaban unos segundos hasta engancharse con algo. Tras un leve tirón Recep logró extraer el objeto: era una pequeña cadena con un dije en forma de corazón, un corazón pequeño, muy menudo, con una minúscula piedrita de fantasía incrustada. Sin pensárselo Recep se lo echó en el bolsillo del pantalón. Más tarde, cuando ya iba de regreso a casa de Natalie le pareció que aquella comparación entre la arena y las entrañas de una mujer era inexacta. Las entrañas de una mujer no siempre eran tibias. Por el contrario, era sabido que las había, mujeres es decir, que parecían de hielo por dentro y por fuera, de ahí precisamente que se las llamara frías. Menos mal, agradeció Recep mientras sentía la cadanita subir y bajar dentro de su bolsillo, menos mal que yo nunca he conocido a una mujer así.

La semana que siguió y la que vino después de aquélla pasaron muy rápido, tanto como suele ser el caso con las cuentas regresivas. Recep y los hombres del barco podían marcharse. Se los confirmaron las autoridades un par de días después de aquella última incursión de Recep en la isla. Durante aquellas semanas Recep tuvo que acudir todavía un par de veces al hospital para someterse a sendos reconocimientos

médicos. Cuando el doctor le preguntó si tenía síntomas de shock postraumático dijo que no, porque supuso que una alucinación no contaba. También durante esos días visitó dos o tres veces a los compañeros de infortunio, como los consideraba ya, aunque en el fondo él mismo no pensara en lo ocurrido (al menos no entonces) como una verdadera tragedia. En ambas ocasiones durante aquellas visitas Recep se emborrachó, y por un par de breves horas casi se hermanó con ellos, y cantó y bailó y gritó en aquel albergue al ritmo que los otros le tocaron. No faltó quien le hiciese insinuaciones acerca de Natalie la francesa, insinuaciones que iban de la más inocente hasta la más subida de tono, pero que a Recep le parecieron todas igualmente intrascendentes, demasiado triviales para siquiera detenerse a pensar en ellas. Por lo demás, últimamente aquélla se mostraba hosca hacia él, lo que por otro lado seguramente era normal dada la inminencia de la separación, porque ni él había hablado de quedarse ni ella lo había sugerido, como si su relación hubiese sido desde el principio un callejón sin salida, un paréntesis sin futuro. En algún momento a Recep se le ocurrió regalarle la cadenita que se había encontrado, pero luego abandonó la idea. No parecía valiosa, y por alguna extraña razón sencillamente no lograba imaginarse a Natalie con ella puesta, ni mucho menos se veía a sí mismo ofreciéndosela. Tampoco tenía ningún deseo de contarle de dónde la había sacado. La noche previa a su partida apenas y consiguió dormir un par de horas, y tuvo un sueño extraño. Se veía caminando por una playa cuya arena se hundía a sus pies, una playa cuyas aguas eran rojizas, no rojas como si se tratase de sangre, sino rojizas como si estuvieran *teñidas* de sangre, como si alguien hubiera arrojado un poco, pero sólo un poco de sangre en ellas. En ese sueño la virgen de la playa estaba destrozada, hecha añicos sobre la arena, y

Recep experimentaba una angustia inconmensurable ante la idea de que se la llevara la marea. El resto del sueño no lo recordaba bien, pero supuso que debía ser algo igualmente sin sentido. Algo relacionado con el mar. Luego, el día cero llegó al fin. Quizá para evitar la despedida definitiva, o igual podría ser que no le importase en absoluto, Natalie pidió el turno de día, así que a fin de cuentas Recep terminó aguardando el barco en el muelle, solo, tal y como había llegado. El resto de los hombres también esperaba allí. Al poco rato les informaron que había una demora, y algunos de los hombres se salieron a fumar a la playa. Otros más se quedaron dentro, en la pequeña salita, maldiciendo la tardanza del navío, mientras que Recep simplemente permaneció sentado en silencio, jugando de cuando en cuando con la cadenita que se había encontrado, que hacía pasar de un dedo a otro como si se tratase de un rosario. Cuando el barco apareció hubo una algarabía general, y tras una media hora más de espera los hombres embarcaron lentamente, callados, ya más cansados que excitados. Una vez instalado en el barco Recep volteó a ver la isla con cierta insistencia. Qué insignificante se veía desde ahí. Luego miró hacia el frente, y luego hacia los lados. Cuando no hubo nada más que ver, salvo el mar, Recep se puso a observar otra vez el dije que colgaba de la cadena. Sin saber por qué se le ocurrió que debió pertenecer a alguien muy joven. Luego, tras guardársela otra vez en el bolsillo y cerrar los ojos terminó por quedarse dormido.

En Halifax le preguntaron si quería que lo pusieran en un avión rumbo a Ankara o si prefería quedarse un poco más en el país. Recep optó enseguida por lo segundo. Con lo de la historia del naufragio Recep, igual que el resto de los sobrevivientes, se había convertido en una suerte de celebridad local, lo

que fue un pretexto (y un aliciente) para solicitar asilo. Por aquel entonces el país todavía no se veía inundado, como lo estaría una década después, por hordas de refugiados espurios provenientes de Sudamérica sobre todo, pero también de otras partes del orbe, refugiados que a decir verdad escapaban más de la falta de empleo que de las guerras, y que estaban más asustados de la debacle económica de sus países que de cualquier limpieza étnica, y su solicitud fue aceptada. Además, por aquel entonces no abundaba quien quisiera establecerse en territorios tan al norte, tan fríos, tan alejados de Dios. Recep conseguiría su tarjeta de residente permanente en menos de un año. Luego resultó que el negro aquel del barco (con quien Recep se había mantenido en contacto) tenía un primo que a su vez tenía un amigo cuyo hermano, que vivía en Halifax, andaba buscando un empleado. Poco a poco, sin decir que las cosas de su pasado se le hubieran olvidado por completo, Recep se fue adentrando cada vez más en aquel presente improbable, un presente un tanto amorfo, desconocido cuando no francamente agreste, pero también un presente de posibilidades, o al menos así le pareció en su momento. Al cabo de más o menos otro año Recep se puso en contacto con Ibrahim, quien para aquel entonces ya había terminado la universidad y a quien le apetecía pasar unas vacaciones en América (como mucha gente, Ibrahim consideraba *América* todo lo que se pareciera, así fuera remotamente, a los Estados Unidos). Dicho y hecho, Ibrahim lo visitó y partió horrorizado. No que no le hubiera gustado *América*, pero qué se le iba a hacer, en sus propias palabras, él era un hombre entrañablemente oriental. Poco a poco no solamente su antigua vida en Turquía, sino también la isla se fueron convirtiendo en la mente de Recep en una ausencia, en un vacío. En un paréntesis, cuando mucho. Sólo años después, cuando ya vivía en Toronto y mientras veía un

documental sobre las islas incógnitas (así se llamaba, o así creyó entender él que se llamaba, aunque justo es decir que su mente funcionaba aún más que imperfectamente en su nueva lengua, así que quizá fueran las islas indómitas, o indomables, o quizá innegables, no lo recordaba), en todo caso, mientras miraba aquel documental sobre las islas del Canadá, Recep se volvió a acordar de Isla de Arena. En el documental se mencionaba una tal Isla de las Aves, que a Recep más bien le sonaba a paraíso centroamericano, y luego a las Siete Islas en la provincia de Ontario, más la Isla del Fuerte de St. Jean, la primera ciudad del nuevo mundo si uno no contaba, desde luego, a las ciudades de los aztecas, incas y españoles, y luego, al final, sólo al final, se hablaba de Isla de Arena. Recep sintió un vuelco en el corazón, una de esas punzadas que uno tiene cuando se menciona de pronto en una conversación algún lugar que uno ya visitó, o a alguien que uno conoce y que de pronto se ha hecho célebre. Una suerte de orgullo, por decirlo de alguna forma, aunque sea un orgullo impreciso, como difuminado. En el documental se mostraba recreada la historia de un capitán que había naufragado junto con toda su familia en la isla, allá por el siglo XIX, y que había terminado sus días vejado a manos de piratas y de saqueadores. Recep sintió algo parecido al espanto al pensar que aquel capitán de tan triste destino quizá no era otro que aquel mismo capitán cuya estatua presidía la inane plazoleta de la isla. Luego el documental había continuado con otras historias, siempre historias, extrañamente, de canibalismo y de aparecidos, por lo que Recep en algún momento tuvo la impresión de que hablaban de otra isla que no era esa isla que él había visitado, o que sí era, pero antes, mucho, mucho antes, quizá milenios antes de su llegada. Tuvo también la pueril certeza de haberse salvado de algo atroz.

Un par de días después de haber visto aquel documental Recep se compró una libretita en la que, como un escolar en el primer día de escuela, empezó a hacer anotaciones acerca de la isla. No sabía para qué. Se le había ocurrido hacia el final de aquella emisión. Era como si, por alguna razón, quisiera consignar un hecho importante, un hecho que se le escapaba. Huelga decir que lo más fácil de anotar fueron, desde el principio, los naufragios. Ya estaban en cierta forma sistematizados, y constituían una cosa ordenada y perfectamente cronológica. Acto seguido, Recep fue a la biblioteca pública y sacó una copia del mismo libro que Natalie tenía en casa, y además buscó en otras fuentes, de suerte que al final de su somera investigación llegó a contabilizar más de quinientos naufragios, una monstruosidad para tan pequeño pedazo de tierra. Los escribió uno por uno, sin que faltara ninguno. Después incluyó algunos otros datos, aunque nunca con el detalle ni la profusión de los naufragios mismos. Cuando Recep no podía dormir (y tuvo muchas noches de insomnio durante los primeros meses, e incluso años, en el Canadá), leía sus notas, que se reducían casi exclusivamente a aquella lista pero que eran suficientes para lectura de un buen rato. Era mejor que contar borregos. Luego, con el tiempo, Recep se olvidó de su obsesión con la isla y empezó a agregar en aquella misma libreta, por comodidad, por tener todo en el mismo sitio, cosas que le eran importantes: la dirección de Ibrahim, por ejemplo; un par de teléfonos (incluido el de Natalie, la francesa de Quebec); la propia dirección de Ipek, a quien en algún momento pensó en escribir, cosas de ese tipo. Aquella libreta terminaría por convertirse al cabo de un par de años en su compañera más inseparable, hasta que una vez tuvo que trasladarse de Toronto a Montreal, y lo hizo en un autobús de noche. Como solía ser el caso, llevaba su libreta

consigo. Al principio del trayecto Recep sacó la libreta y empezó a leer la lista de naufragios, pero el ruido del motor, aunado al espasmódico movimiento del vehículo sobre el asfalto, no tardaron en hacerlo dormir como un bebé. Cuando se bajó en el andén de la estación de Berry se sentía más fresco que una lechuga, se subió al metro (qué eficiente, el metro de Montreal), y llevó a cabo sus diligencias (que incluían una visita a la embajada turca, que por misteriosa razón estaba en esa ciudad, y una al negro aquél que le ayudara a obtener su primer empleo en el Canadá). Concluyó todo con más rapidez de la esperada, y aquella misma tarde, tras registrarse en el hotel, al buscarse en los bolsillos su preciada libreta, Recep descubrió, con gran desazón, que la había perdido.

Así pues, si había alguna isla significativa, o medianamente significativa en su vida, tenía que ser ésta, concluyó Recep. Si aquel vagabundo no se refería a Isla de Arena, ¿entonces de qué hablaba? Durante varios días después de aquel inusitado encuentro, Recep le dio vueltas a aquella idea. Isla de Arena, en el Canadá. ¿Y si Ipek de verdad estuviera ahí? Pero qué estupidez, se dijo de pronto. ¿Qué demonios tendría que hacer allí Ipek en primer lugar? Quizá más lógico sería, se dijo, que aquel loco pudiese estarse refiriendo a alguna de las islas del país, a las islas del mar de Mármara, por ejemplo, las tres Islas Príncipe como eran conocidas por todos, que estaban tan cerca que podía prácticamente vérselas desde el muelle. Por otro lado, aunque así fuera, tampoco tenía sentido que Ipek estuviese allí. Para acabar pronto, en realidad y para empezar no tenía sentido pensar que se tratase de Ipek, y lo peor de todo, tampoco tendría sentido pensar que se tratase de *otra* mujer, es decir, de una mujer real, de carne y hueso. Recep pensó con desánimo

que últimamente pocas cosas parecían tener sentido en su existencia.

Por si acaso, Recep fue a las Islas Príncipe. A las más grandes al menos. A Buyukada, a Kinaliada, a Burgazada, y hasta a Heyveliada. Supuso que sería inútil ir a las más pequeñas, que además de carecer de transporte regular eran propiedad privada. ¿Cómo podía alguien esconderse en ellas? Hizo las cuatro islas en un fin de semana. Estaban atestadas de turistas que se bañaban en sus playas llenas de sargazos pese a que soplabla una brisa más bien fresca, mujeres en su mayoría, pero también algunos hombres que no tenían empacho en mostrar sus blancos vientres al sol, y que de lejos parecían ballenas moribundas, cetáceos que hubiesen encallado a lo largo de aquellas playas pedregosas. Recep no tenía idea de dónde buscar, de cómo buscar, así que se contentó, en las dos primeras y en la última, con caminar sin rumbo por las empedradas callecillas buscando a ver si alguno de los rostros de los paseantes le era familiar. En Burgazada había calesas tiradas por caballos que recorrían la isla por un precio excesivo, y Recep, que estaba exhausto, se gastó la mayor parte de su presupuesto de la semana en uno de estos recorridos. El guía le explicó que ahí había habido alguna vez un hospital psiquiátrico, pero que estaba cerrado hacía mucho. Luego le mostró, desde la carretera panorámica en la parte alta de la isla, una vista impresionante del Mar de Mármara. Sin que Recep se lo pidiera el guía lo llevó luego a ver la casa del poeta Sait Fayik Abasiyanik. Recep era una nulidad en cuestiones literarias y nunca había oído de él, pero su primera impresión al escuchar aquel nombre fue que se trataba sin duda de un poeta extranjero. Turco, pero de otro origen. Armenio, quizá. La casa en cuestión era muy al estilo de las islas griegas,

encalada y con sus antepechos pintados de azul, como en las postales, y con un balcón lleno de begonias. Recep pensó que era bonita. Sí, era bonita en verdad.

Recep abandonó casi enseguida la pista de las islas, considerándola —como debió considerarla desde el principio, dadas las circunstancias— como una locura. Volvió, pues, a la pesquisa centrada en los baños turcos, que no era más razonable pero que sí era más fácil de llevar a cabo. Se acordó que cerca de la mezquita de Osmanağa existía un hamam al que todavía no iba y decidió intentarlo, no porque tuviese alguna pista en particular a ese respecto, sino por no dejar ningún cabo suelto y porque le quedaba cerca. Inicialmente pensaba encaminarse hacia el hamam atravesando el mercado de pescado de Kadiköy, pero el olor le pareció tan nauseabundo que decidió bajar por las callecillas aledañas. No tardó en llegar a una pequeña plazoleta en la que antaño se encontrara una fuente otomana. Recep descubrió con pesar que la fuente había desaparecido, y que su lugar lo ocupaba ahora un montón de cajas al lado del cual descansaban algunos malvivientes. ¿Malvivientes?, se dijo. ¿De dónde saco yo eso de que son malvivientes? ¿No lo soy yo también?, se preguntó con rabia, casi con indignación. Siguió caminando y tras doblar la siguiente esquina se topó de frente con el viejo hamam. Recep experimentó un dejo de alivio al constatar que el edificio no parecía haber cambiado en absoluto. Se acercó a la puerta, pero al intentar empujarla notó que estaba cerrada y que sobre las esquinas brillaban, algo descoloridos ya, los sellos de clausura con las insignias del departamento de salubridad. Tuvo ganas de reírse. Pensó que su abuela tenía suerte de no estar ahí para ver en lo que se había convertido esta calle, en lo que se había convertido el barrio todo. Pensó también, con

horror, que empezaba a pensar como un verdadero anciano. Entonces empezó a llover. Su primera reacción fue buscar algún sitio donde refugiarse, y empezaba a caminar cuando un par de muchachos pasaron a su lado tratando a su vez de escapar del aguacero, y sin querer lo golpearon, de suerte que Recep perdió el equilibrio y a punto estuvo de caer al suelo. Alcanzó a sostenerse del borde de un muro, pero descubrió que se había hecho daño en el tobillo. Todavía estaba recargado en la puerta de aquel establecimiento de comida cuando el dueño, o quizá fuera el mesero, salió a gritarle que por favor se marchara de allí. Recep entendió enseguida que lo estaba confundiendo con un mendigo, y en lugar de sacarlo de su error musitó alguna disculpa ridícula y se alejó de allí con paso cansino, mirando hacia lo lejos, hacia el horizonte en tinieblas, pensando que iba a ser aquélla una tarde muy, muy triste.

La lluvia continuó los siguientes dos días y Recep se quedó en casa porque el tobillo le dolía. En la mañana del tercero y pese a la lluvia y al dolor cruzó el estrecho hasta el muelle de Karaköy porque ya no tenía dinero. El *Natasha of the Northern Seas* (así se llamaba el buque que lo trajera de vuelta al país) seguía ahí, como un animal herido de muerte, su avejentada carcasa llena de manchas de herrumbre que hacían pensar que había contraído y que nunca se había recuperado de alguna extraña enfermedad. Recep pensó que con los motores en marcha parecía que el buque estaba vivo, como si respirara, pero que así, inmóvil bajo el aguacero, casi daba lástima. El capitán, un ruso de cabello blanqueado por el tiempo y por el océano, le debía dinero. A Recep no le gustaba la idea de ir a pedirlo porque se le figuraba que estaba mendigando lo que en realidad se había ganado, pero la realidad era que

ya casi no le quedaba nada. Apenas y tenía, a decir verdad, para el regreso a casa. Afortunadamente el capitán estaba allí, y al recibir a Recep lo miró de arriba a abajo con algo de extrañamiento. Éste estaba empapado, el agua le escurría por el borde de los pantalones, por el cabello, por las orejas. Por un instante el capitán pareció no reconocerlo, aunque luego emitió un graznido extraño, algo que quizá fuera el asomo de una risa cansada. Luego entró a su camarote y volvió a salir con un fajo de billetes de baja denominación en la mano. No era mucho, dijo, pero cubría la casi totalidad del adeudo. Recep se lo guardó en la bolsa y se marchó sin decir palabra. Al verlo partir al capitán le pareció que era aquél un hombrecillo singular, no malvado en modo alguno, pero sí opaco, triste, una especie de medusa anómala que, por alguna razón, se había perdido en alta mar.

Alrededor de una semana después de la fallida visita de Recep al hamam de Osmanağa apareció, de manera completamente imprevista, una pista fidedigna. La primera, a decir verdad, desde su regreso a la ciudad. Recep caminaba por el muelle siguiendo la ruta de las gaviotas, que iban y venían de un extremo a otro, paralelas al desplazamiento de los ferris. Huelga decir que pensaba en Ipek. O pensaba en ella al menos hasta cierto punto. También le parecía, o creía haber descubierto algo: existían dos tipos de gaviotas; primero, estaban las que seguían al ferri todo el camino, gaviotas constantes en su afán, por así decirlo. Y estaban luego, en un grupo aparte, las gaviotas que se volvían al muelle unos cuantos metros después de que el ferri zarpara, como si supieran, o intuyeran, o temieran que más allá no hubiese nada. Las primeras eran unas gaviotas de buena cepa, se dijo Recep, unas gaviotas luchonas. Unas gaviotas, por ende, confiadas. Las segundas,

por otro lado, eran unas gaviotas que en el mejor de los casos podría calificarse de oportunistas, cuando no de francamente ingratas. Estos dos tipos de gaviotas, se dijo, eran incompatibles entre sí. Forman grupos separados, concluyó. Por alguna razón Recep enseguida se identificó con las gaviotas oportunistas, mientras que las otras, las gaviotas luchonas, eran como Ipek. Si quería encontrarla, tenía que pasarse al primer grupo, al de las gaviotas luchonas. Pero qué tontería, pensó. En eso, se escuchó el llamado del almuecín, un llamado que a Recep en ese momento le pareció ominoso, aunque dado lo que estaba por ocurrir hubiese sido más exacto calificarlo de profético. Todavía resonaban los últimos versos de la oración cuando Recep sintió que alguien le tocaba el hombro. ¿Recep? ¿Recep Karakoğlu? Recep se sintió turbado, como siempre que escuchaba el sonido de su propio nombre. Se volvió y frente a él descubrió de pie a una mujer bajita, de cabello entrecano y rostro redondo que lo miraba con curiosidad, con curiosidad y con extrañamiento. Tras algunos segundos de silencio ella dijo que se llamaba Ayşe. Ahora bien, a Recep eso no le decía nada. Aquí todas se llamaban Ayşe, o Fatma, o Hatice. Pero la Ayşe en cuestión le aseguró que se conocían. De la vocacional, insistió. Entonces Recep la observó más detenidamente, trató de imaginársela con muchos kilos menos, sin arrugas, vestida quizá de manera más juvenil, pero no logró recordarla. Eras el novio de la muchachita de la cafetería, dijo ella entonces, y Recep sintió un escalofrío. Sí, claro, insistió la mujer, ella misma los había visto juntos. Recep no la recordaba, pero intentó sonreír de todas formas. ¿Quieres tomar algo?, dijo ella entonces, a menos que tengas prisa. Recep buscó algún dejo de ironía en aquella afirmación, pero no lo encontró. Se imaginaba que con su aspecto no podía ser que alguien en sus cabales pensase, siquiera por un segundo, que tuviese

prisa para algo, para lo que fuera. Más por esperar obtener alguna información sobre Ipek que porque tuviera deseos de charlar, Recep aceptó. Se sentaron en uno de los jardines de té del muelle, que a esa hora estaban atestados. Ella llevó casi la totalidad de la conversación. Le informó a Recep que había trabajado cierto tiempo en una empresa mercantil, pero que luego se había casado y al nacer su hijo tuvo que dejar el empleo. Pensé en volver cuando el niño creciera, dijo ella, pero ya sabes, el niño creció y ahora es demasiado tarde. A Recep le pareció un tanto fastidioso aquel *demasiado tarde*, como si de verdad la vida fuera un avanzar contra el reloj, un respetar tiempos y plazos de entrega. ¿Y tú?, preguntó ella entonces. Lo tuteaba, como si siguieran siendo jóvenes. Pasé mucho tiempo en Canadá, respondió Recep secamente. ¿En Canadá?, dijo ella con expresión de incredulidad. Debes estar muy desesperado o muy loco para haber vuelto, agregó. Recep pensó que Ayşe probablemente tenía razón.

A veces quisiera llorar, le dijo Ayşe a Recep, dejar que mis ojos se anegaran, que se llenaran de un llanto cuajado y espeso. Pero eso no ocurre. Es como si con el dolor también viniera la imposibilidad de exteriorizarlo, la incapacidad de sacarlo del propio cuerpo, como si fuera sólo dentro de mí misma que el dolor puede anidar, crecer y multiplicarse. Después del té Ayşe insistió en caminar con Recep un rato, y éste no tardó en darse cuenta de que ella parecía tan perdida como él. Para empezar, primero se puso a hablarle del marido, un empleado de banco que la golpeaba a cada tanto, aunque no demasiado, eso sí, tampoco era un bruto (en palabras de ella), y luego habló del hijo, que le había salido maricón. Una verdadera desgracia, afirmó ella. La desgracia era no tanto por el hecho de que el hijo fuera puto, lo que sí, de lamentable

tenía lo suyo, sino sobre todo porque el padre se había liado a golpes con él y el muchacho (que ya no era tan muchacho, dijo ella, en realidad ya estaba grandecito) había terminado en el hospital. Sólo por insistencia de ella había desistido el marido golpeador de no levantar cargos. Imagínate Recep, dijo ella, cargos contra su propio hijo. Por marica y por cobarde, y por faltarle al respeto a su padre. Ella tenía miedo de verlo en prisión, al hijo, se entiende, no al padre. Como fuera, el muchacho se había largado con un músico, un músico o un artista, o un pintor, algo así, y tenía meses que no sabían nada de él, lo que al marido golpeador le venía perfecto pero que en cambio a ella, a Ayşe, la hundía cada día más en un estado próximo al delirio. Tras aquella confidencia Ayşe y Recep se acercaron al muelle, bajo cuyo andamiaje el agua lucía verdosa e inquietante, sucia, un agua metálica en donde agonizaban algunas medusas de cuerpos blanquecinos. Te entiendo, Ayşe. Lo de sentirte así, quiero decir, afirmó Recep. Ya me ha pasado antes. Enseguida sintió vergüenza de haber dicho semejante barbaridad. Era una frase lastimera como pocas. ¿De verdad?, dijo ella, y de pronto pareció que iba a ponerse a llorar. Recep esperó que no fuera así. En su opinión existían pocas cosas tan patéticas como ponerse a lagrimear en compañía de viejos conocidos, de gente a la que no se ha visto en mucho tiempo. Pero no ocurrió nada. Ayşe se calmó, ambos miraron un rato el horizonte plagado de minaretes, y cuando ella dijo que debía marcharse Recep la encaminó a la parada del autobús. Ella le dio su número de celular, ambos se prometieron algún improbable encuentro futuro y se despidieron haciéndose ridículas señas con la mano. Recep miró partir el autobús en un estado semejante al aturdimiento. Al menos, se dijo, había averiguado algo. Algo importante. Ayşe le contó, en los breves momentos en que no habló de sus muchas decepciones

y desgracias personales, que la muchacha, Ipek, le recordó él, se llamaba Ipek, sí, ella, la muchacha de la cafetería se había ido de la vocacional poco después de partir él. Ayşe lo sabía porque se lo había contado su hermano, que era más joven y estaba inscrito en Logística en la misma vocacional, un año por debajo de ella. Dijo también que se había marchado para trabajar en un restaurante. Se llamaba El Baño Turco. El Hamam. ¿Te imaginas, Recep? ¿Quién le pone así a un lugar decente? Claro, que yo no digo que no lo fuera. De ninguna manera. ¿Cómo podría? Una no es nadie para juzgar de esas cosas, menos cuando la propia vida la ha golpeado tanto, y menos cuando se tiene un hijo como el que Alá (bendito sea su nombre) quiso mandarme a mí.

Apenas haberse marchado Ayşe, Recep se metió en un local de teléfonos celulares, en donde pidió que le prestaran el directorio telefónico, pero el dependiente, un joven trajeado y de rostro adusto, le dijo que era de uso privado. Recep le espetó una obscenidad y repitió su petición en el tenderete de periódicos de al lado. El viejito que lo atendía le extendió un mamotreto, y le dijo que era del año pasado pero que era todo lo que tenía. Allí, Recep miró en la sección de restaurantes. Según la guía existía un sólo restaurante El Hamam en todo Estambul. Bien podía ser que no se tratase del lugar del que hablaba Ayşe, pero aquello era mejor que nada. Tras anotar la dirección le devolvió la guía al anciano y echó a andar rumbo al puerto. Estaba atestado. Recep dio un rodeo, pero las calles aledañas lo estaban también. Cuando era joven, pensó, me gustaba la gente. Luego recapacitó y se dio cuenta de que aquello no era cierto. La gente siempre le había desagradado. Nunca había sido de asaz muy sociable, sólo que ese tipo de defecto (aquello era sin duda un defecto) no era

tan claro ni tan evidente cuando se era joven, se dijo. Pasaba por excentricidad, o por timidez. Sólo en la gente madura se notaba la desafabilidad, por decirlo de alguna forma, la falta de empatía hacia el género humano. Dudó un segundo entre volver a casa o dirigirse al restaurante en cuestión. Calculó que debían ser las cinco, o quizá las cinco y media, y enseguida se supo incapaz de tomar el transporte público en hora pico. Tras algunos momentos de reflexión terminó por dejarse caer en una banca, como un vagabundo. Nada más me falta mi cartón para tenderme a dormir, pensó. Luego se consoló diciéndose que era demasiado tarde de todas formas para tratar de localizar a Ipek ese mismo día, porque tenía que cruzar el Bósforo para llegar a aquel barrio, y luego debía probablemente tomar al menos dos autobuses más. Se puso entonces a pensar otra vez en el menesteroso de aquella vez, y luego en la pobre Ayşe, y en lo que probablemente cada uno de ellos debía haber atravesado o padecido. A poco empezó a llover de nuevo, aunque era ésta una lluvia ligera, una lluvia que Recep simplemente decidió ignorar mientras se le empapaba lentamente el rostro. Por un rato se quedó así, sintiendo el agua en la cara y escuchando su golpeteo en los vidrios aldaños, sobre los antepechos de las ventanas, en las cornisas de los tendajones. Pensó entonces que la desgracia era, como la muerte o como la enfermedad, una cosa del azar, uno de esos fenómenos que ocurren porque sí y a los que, en consecuencia, era mejor no buscarles razones.

El restaurante El Hamam estaba en el barrio de Fatih, a un par de kilómetros de Sultanahmet, en la parte europea de la ciudad. Una de las primeras cosas que Recep pensó fue que a Ipek debió serle fácil llegar allí en autobús. La vio saliendo de su casa de Cankurtaran, echando una mirada al amanecer que

se desparramaba sobre las murallas (quién sabe por qué Recep suponía que su empleo debía haber sido de los que hacen madrugar), descendiendo la cuesta y tomando un autobús frente al muelle. Recep se bajó una parada después de la mezquita de Fatih y se internó a pie en el barrio. A poco le salió al paso un grupo de mujeres cubiertas con chadores, sábanas negras ambulantes a través de cuyas ranuras se adivinaban malamente unos ojos de mujer. Recep pensó en mujeres amortajadas, y tuvo la efímera sensación de que bajo aquellos velos se ocultaba algo terrible. Más mangas largas, velos, chadores, chales de todo tipo, bandanas, pañoletas y artículos religiosos le franquearon el paso mientras se adentraba más y más en el barrio. Cruzó luego un pasaje sombrío a cuyos lados se alineaban filas de gabardinas en tonos de sepias y de grises, y preguntó al dependiente, un hombre barbado cubierto con un fez, si conocía el restaurante en cuestión. Este llevaba entre las manos un *tesbit*, un rosario musulmán, cuyas cuentas hacía pasar por entre sus dedos con una rapidez sorprendente. El piadoso creyente le indicó a Recep la salida del pasaje, y le dijo que el restaurante que buscaba estaba cruzando la calle. Al salir del pasaje Recep echó una mirada alrededor, hacia el cielo, y vio que se había alejado considerablemente de la mezquita de Fatih, cuyos minaretes se erguían ahora hacia el oriente, lo que le indicó que había caminado mucho más de lo que creía. Atravesó la calle y estaba pensando en que iba a tener que volver por otra ruta, cuando lo vio. El letrero del restaurante era pequeño, estaba escrito en letras blancas debajo de una decrepita marquesina azul. Sobre el vidrio, al lado del nombre del restaurante (El Hamam, efectivamente), estaba pintada la burda silueta de unas columnas que intentaban probablemente simular un portal de entrada. Al lado de ellas otro dibujo igualmente burdo mostraba a un

hombre portando un fez y sosteniendo una toalla. En el vidrio decía que se servían kebabs y arroz, además de frijoles, que eran la especialidad de la casa. Recep entró y fue a sentarse en una mesa al fondo del establecimiento. Oía a trapos sucios y a cocina cochambrosa, y el piso estaba cubierto de una pátina de mugre. Recep sintió pena por Ipek. Se la imaginó saliendo de aquel pasillo con la cabeza cubierta y el rostro muy pálido, llevando en los brazos una charola con algo, no supo bien con qué, pero en todo caso con algo infame. Recep tuvo entonces un estremecimiento. ¿Qué le iba a decir si ella, en efecto, trabajaba allí y, lo que es peor, si estaba allí en ese preciso momento? Descubrió de pronto que pese a sus intenciones en ningún momento había contemplado la posibilidad, ciertamente remota, pero no por ello menos real, de encontrársela en persona en este sitio, y lo que es peor, sólo ahora se daba cuenta de que su búsqueda no obedecía a un objetivo claro. Que eso, como todo lo demás, también era confuso. Afortunadamente en vez de Ipek apareció un hombre con la camisa arremangada, quien tras darle la bienvenida le entregó el menú. Recep echó un vistazo. Era muy barato, sorprendentemente barato a decir verdad, así que Recep se dijo que ya que estaba ahí bien podría, al menos, comer algo. Pidió los frijoles. Mientras esperaba a que se los sirvieran se puso a observar a través del cristal, hacia la calle. En la acera de enfrente alguien anunciaba a gritos que ese fin de semana una de las santas reliquias del profeta Mahoma estaría expuesta en cercana mezquita, e invitaba a todos los hombres piadosos a asistir a la ceremonia. Cuando el dependiente, o dueño, a saber, le puso los frijoles enfrente Recep se arrepintió de no haber pedido otra cosa. No tenían buen aspecto. Pero era demasiado tarde, así que suspiró con resignación y antes de dar el primer bocado preguntó, lo más casualmente que

pudo, por Ipek. El hombre, que se había alejado un poco, se detuvo en seco. Se volvió sobre sí mismo y miró a Recep con asombro: ¿Quién? ¿Ipek? ¿Qué Ipek?, dijo. Trabajaba aquí, respondió Recep, afirmándolo con tanta seguridad como le fue posible, como para dejar claro que aquello lo sabía no de oídas o por chismes, sino de primera mano. El hombre frunció el ceño y torció la boca. Luego, tras algunos minutos de silencio durante los cuales examinó a Recep como si se aprestara a darle la mano de su hija o a confiarle un trabajo delicadísimo y de suma importancia, éste dijo que sí, que había habido una muchachita, pero que de eso hacía muchos años. Muchísimos, insistió. ¿Para qué la busca?, preguntó entonces. Al escuchar aquella pregunta Recep albergó un dejo de esperanza: el hombre sabía algo de ella seguramente. De otra manera, ¿qué más daba la *razón* de su búsqueda? Tengo algo que es de ella, dijo Recep secamente. El hombre lo pensó aún un momento, como si se esforzara en recordar algo, o como si fingiera tratar de recordar algo. No sé nada de ella, lo siento, dijo finalmente aquél y desapareció arrastrando los pies por el pasillo que daba a la cocina. Recep se metió otro bocado de frijoles en la boca y descubrió que no tenían tan mal sabor después de todo. Estaban en realidad bastante aceptables, casi sabrosos. Pasó un rato más, durante el cual básicamente Recep se dedicó a comer y a observar a los pasantes. El hombre que proclamaba la visita de la santa reliquia seguía ahí, pero ya no gritaba. Todo parecía indicar que se estaba tomando un descanso. Dos o tres mujeres profusamente cubiertas se acercaron en eso a él y éste, tras mirarlas un momento procedió a responderles formando grandes arcos con los brazos, como si les estuviera describiendo algo enorme. Recep pensó con horror que quizá se tratara de la reliquia, que en ese caso debía ser una reliquia monstruosa, apabullante. Estaba a punto de terminarse su

comida cuando volvió a aparecer el dueño (Recep decidió que debía ser el dueño, porque de creer lo que le dijo acerca de Ipek éste debía trabajar allí desde hacía bastante tiempo, y no podía imaginarse que alguien fuese capaz de ser mesero de un lugar semejante durante tantos años). El hombre constató con satisfacción que Recep había limpiado el plato. Si quiere, dijo mientras le retiraba el servicio y dejaba sobre la mesa una toallita húmeda para que Recep se limpiara las manos, si quiere, repitió, le doy la dirección de la hermana de la señora que busca. Acabo de recordar que ahí la tengo, agregó. Recep se preguntó a qué se referiría con “ahí”. También se preguntó si el cambio de opinión del hombre no obedecía al hecho de que hubiese entrado a la cocina, como si tuviese que pedir la autorización de alguien más antes de darle información. De alguien que podía o no decidir si él e Ipek debían verse. Como fuera, se limitó a asentir con la cabeza, tras lo cual el dueño del El Hamam le garrapateó una dirección detrás de lo que parecía ser un viejo recibo de agua. Tiene muy mala letra, pensó Recep, parecen patas de araña. Y sí, lo parecían, eran igualitas a las largas extremidades peludas de algún insecto. No de un insecto turco, además, sino de algún insecto exótico y terrible, tal vez de alguna de esas especies raras que sólo viven en las selvas de lejanos y tropicales países situados cerca de la línea del Ecuador.

Aquella noche Recep llamó a Ayşe. Sentía necesidad de compartir con alguien lo que consideraba, quizá absurdamente, una buena noticia, y la verdad era que no tenía a nadie más a quien contárselo. Ella acudió a la cita vestida como para una fiesta, no una fiesta grande, de salón, sino una fiesta modesta, quizá una de niños, o al menos una salida con los compañeros de la oficina. Recep, por su parte, iba vestido con los mismos

andrajos de siempre. Primero pensaron ir a alguno de los bares de Kadiköy, en la calle de los bares precisamente, como la gente llamaba de manera nada original al andador paralelo a la calle principal en donde en años recientes habían sido abiertos numerosos y modernos restaurantes. Recep y Ayşe curiosearon en uno o dos, sin atreverse a entrar. Recep pensó enseguida que su propio aspecto, lo mismo que el de Ayşe, no concordaba con el de la mayoría de los clientes de esos lugares, que eran sobre todo gente joven, o si no joven, gente con aspecto jovial, hombres y mujeres con facha de intelectuales o de universitarios. Ayşe quizá pensaría lo mismo, porque aunque no lo dijo su rostro adoptó de pronto un aire de tristeza. De común acuerdo ambos decidieron caminar un poco más y terminaron en uno de los bares del barrio de Rasimpaşa, más cercano a la estación de autobuses. Estos bares eran frecuentados, a diferencia de los anteriores, sobre todo por taxistas, cuando no por ebrios irredimibles y, en el mejor de los casos, por hombres de negocios de segundo pelo, en suma por la clase de gente capaz de meterse a un bar a emborracharse antes del mediodía. A ambos el sitio les pareció perfecto. Ahí se tomaron él un vaso de raki, ella un té. Recep le contó lo ocurrido y ella lo escuchó intercalando asentimientos de cabeza, interjecciones aquí y allá, e incluso alguna ocasional sonrisa. De cuando en cuando, además, ella dejaba caer su mano sobre la de Recep, como al descuido, y aunque al principio éste se sintió incómodo con ese gesto, terminó por dejarla hacer. Ayşe insistió en pagar la cuenta, a lo que Recep no se opuso. Luego fueron a un hotel de mala muerte (abundaban en la zona), porque aunque no estaban muy lejos de la casa de infancia de Recep a éste le pareció impropio meter a Ayşe ahí, como si con ello estuviera profanando la tumba de sus abuelos. Ayşe tenía un

cuerpo generoso, regordete, de caderas anchas y lechosas que recibieron a Recep con ansias atrasadas. Recep mismo tenía mucho de no estar con una mujer, así que teniendo ambas cosas en cuenta podía decirse que el acoplamiento no estuvo tan mal. Como fuera, al terminar Recep se sintió casi bien. No te he preguntado para qué la andas buscando, dijo Ayşe de pronto, semidesnuda sobre la cama. Recep se fumaba un cigarro y evitó mirarla porque sabía que no la iba a encontrar atractiva y no quería arruinarse el momento. No lo voy a hacer, dijo ella. ¿Qué cosa?, preguntó Recep. No te lo voy a preguntar. ¿Y sabes por qué no?, continuó, porque creo que ni tú mismo lo sabes. Como era obvio que ella no esperaba una respuesta Recep permaneció en silencio mientras miraba las volutas de humo que subían al techo, un techo de pintura amarillenta, cubierto de manchas de herrumbre y de cuarteaduras. Un techo monstruoso. Sólo entonces reparó Recep en la abyecta sordidez del cuarto. El piso estaba cubierto de colillas, y desde el minúsculo baño del fondo se escapaba un nauseabundo olor a alcantarilla. Si tuviera que morir el día de hoy, pensó Recep, por nada del mundo me gustaría que fuese aquí.

Hope, 1850. *Union*, 1802. *Adonis*, 1850. *Ephesus*, 1956. *Johanna*, 1856. *Jamaica*, 1829. *Independence Day*, 1942. *Georgia*, 1965. *Sara*, 1836. *Margaret Walter*. 1850. Tras pensárselo con cierto cuidado aquella misma noche Recep llegó a la conclusión de que aquella nomenclatura de los barcos escondía una obsesión más o menos evidente por las mujeres: las Saras, las Marías, las Elenas. ¿Quién estaba obsesionado con ellas? ¿Él mismo, que había memorizado todos esos nombres durante años? ¿O acaso su obsesión era, más bien, el espejo de otra obsesión inefable, antigua como el mundo? Mientras esperaba el autobús y tras despedirse de Ayşe Recep se puso a observar

a algunos de los barcos anclados en el muelle. Ciertamente, parecían hembras de vientres hinchados, hembras a punto de dar a luz. Recep no era ni había sido nunca muy afortunado con las mujeres. No que le faltaran tampoco. Hubo en su vida algunas, casi todas ellas, ahora que lo pensaba, extranjeras, y también la mayoría, si no es que todas, empleadas de poca monta, meseras o dependientas, ese tipo de gente. Nunca había tenido suerte con alguien de, cómo decirlo, más categoría. Nunca, tampoco, se había enamorado de ninguna, concluyó con tristeza, aunque en seguida se sintió pedante por haber pensado aquello, como si fuera él un don Juan que podía permitirse el lujo de andar despreciando al amor. A lo mejor me enamoré de todas ellas, pensó entonces. Pero eso tampoco le pareció correcto. Trató de imaginarse a Ipek, o a una mujer que se parecía al recuerdo que tenía de ella, parada sobre la eslora de un barco, levantando el pecho gallardamente hacia el océano cual si se tratase del mascarón de una proa, pero a su mente sólo acudió la imagen un tanto burda de Ayşe. Ayşe con sus pechos planos, caídos, apuntando hacia un infinito fondo de sargazos y de corales. Tras algunos segundos Recep decidió mejor pensar en otra cosa.

Recep volvió a ver a Ayşe la misma mañana en que fue a buscar a la hermana o a la supuesta hermana de Ipek. Habían quedado para desayunar. Recep, a decir verdad, no tenía idea de qué podía encontrar de interesante ella en un hombre como él, o viceversa, salvo el hecho de que ambos estaban muy solos. La idea de verse, desde luego, fue de ella, y aunque Recep no tenía verdaderos deseos, tampoco tuvo el valor de negarse. Antes de encontrarse con ella deambuló un rato por el muelle. El olor del pescado llegaba ya, potente, desde el mercado, mezclado con un tufo discreto y decadente

originado en las calles salpicadas de bares y de clubes nocturnos. Era todavía de madrugada, y como era domingo cabía inferir que muchos de los pasantes eran en realidad animales de hábitos nocturnos, aves sorprendidas por la repentina luz del alba, jóvenes a quienes se les había corrido el maquillaje después de la borrachera, o grupos de amigos entre los que se notaba siempre a alguno más taciturno que los demás, alguno que se arrepentía quizá de haberse atrevido a pernoctar fuera de casa. Se preguntó cómo haría Ayşe para justificar aquella salida ante su marido, que seguramente estaría en casa el día de hoy. O quizá no tenía que justificarlo en absoluto. Quizá él ya no vivía con ella, pensó. No se lo había preguntado. Tras algunas vueltas por las calles se encontró pasando de nueva cuenta frente al viejo hamam de Osmanağa, e iba ya a seguirse de largo cuando notó que las puertecillas que aquel día estuvieran selladas estaban esta mañana ligeramente entornadas. Además, alguien había roto los sellos. Sin poder reprimir su curiosidad Recep se acercó para atisbar. Desde dentro del hamam se escapaba un olor extraño, como a podrido, el olor de las cosas que han estado encerradas mucho tiempo, y por alguna razón Recep sintió miedo. No un miedo concreto, sino un miedo sin contornos, un miedo desdibujado. ¿Estás ahí, Ipek?, se escuchó entonces murmurar, aunque de inmediato se arrepintió, sorprendido al mismo tiempo de su propia ingenuidad, o insensatez, o lo que fuera que lo llevaba a actuar de aquella forma. Pero era ya demasiado tarde, porque dentro del hamam algo se movía y se acercaba hacia la entrada. La primera reacción de Recep fue pensar en alejarse de allí, escapar sería la palabra precisa, pero de inmediato la descartó. No le parecía lo correcto. Obviamente quien se acercaba no era Ipek, tampoco estaba tan loco como para suponerlo, pero quien quiera que

fuese obedecía a un llamado, y era él, Recep, quien lo había distraído de lo que sea que hubiera estado haciendo. Escapar ahora hubiera sido actuar igual que los niños que llamaban a la puerta sólo para echarse a correr y esconderse en la esquina: un comportamiento no criminal, sino infantil. ¿Quién anda ahí?, se oyó que gritaban desde la honda oscuridad. Recep no supo qué responder. Decir “soy yo”, hubiera sido una tautología. Responder “es Recep”, le parecía una vanidad, y decir “es Recep Karakoğlu” o “soy Recep Karakoğlu” se le antojó de una pedantería intolerable. Entonces la puertecilla se abrió de golpe y de ella surgió, para gran sorpresa de Recep, el vagabundo de aquella tarde, el mismo que le contara lo de la isla. El hombre tenía la mirada turbia, aunque quizá porque ya lo había visto antes a Recep le pareció una mirada familiar, menos amenazante que la primera vez. Supuso que el vagabundo habría roto los sellos buscándose un abrigo, o que quizá lo hiciera con la intención de consumir droga allí dentro, no lo sabía a ciencia cierta. El vagabundo no lo reconoció, lo que en parte fue un alivio. Durante la fracción de un segundo, pero de un segundo real, existente, Recep pensó en preguntarle al recién salido de la oscuridad si tenía noticias de Ipek. No lo hizo, claro, y en vez de ello dejó escapar una risa amarga, una risa que tampoco obedecía a ninguna razón precisa. Entonces el vagabundo lo miró. Lo miró directo a los ojos, con algo que a Recep le pareció conmiseración. O quizá fuera piedad. Una mirada, en todo caso, semejante a la de un peregrino que acabara de volver de los santos lugares y que por ese mismo hecho se supiera moral o espiritualmente superior a sus semejantes. Sí, dijo el vagabundo de pronto, a mí también me da risa. Siempre me sucede así, agregó. El recuerdo se traslapa con el olvido, y a veces uno le gana la batalla al otro, le baila encima, se divierte con las osamentas

del perdedor. Pero eso, mi amigo, es aleatorio. Es más una lotería que una guerra en forma. Porque entre el recuerdo y el olvido, afirmó, es imposible saber cuál de los dos ganará. Por eso me río. Y me río también porque reírme de vez en cuando me ayuda, ya ves, a no enloquecer.

Sin ser hermosa, le dijo Recep a Ayşe, tienes un rostro de una amabilidad infinita. Eso es como ser hermosa, pero mejor. Eso no se te acaba, remató. Ayşe iba vestida de blanco, y de pronto a Recep le pareció, pese a su gordura, tremendamente frágil. Habían quedado en un restaurancito cerca del muelle de Kadiköy, en la avenida principal. Comieron en silencio. Nuevamente ella se ofreció a pagar, y mientras buscaba en su cartera él se sintió obligado a hacerle algún cumplido. Ella levantó la mirada de su bolso y la clavó en Recep, que al instante entendió que su comentario había sido ridículo. Ridículo y desatinado, cuando no francamente cruel. Se avergonzó, pero no tuvo el coraje de desdecirse. Ella pareció turbada unos instantes, y luego simplemente retomó la búsqueda en su cartera hasta dar con un billete de baja denominación que dejó sobre la mesa. ¿Así que la hermana vive en Üsküdar?, dijo ella mientras ambos se levantaban. Lo dijo aparentando normalidad, y Recep supo, precisamente, que *aparentaba* normalidad, así que decidió aparentar él también. Según el hombre aquél así es, respondió Recep mirando para otro lado distraídamente. Pero tú dijiste que eran sólo ella y la madre, comentó Ayşe, que había sacado un espejito y se retocaba discretamente el maquillaje. Pues sí, así era, dijo Recep. O así lo recuerdo yo, al menos. A veces siento como si me estuviera viendo, agregó. ¿Quién?, preguntó Ayşe, que en ese momento volvía a guardar su espejo en el bolso. Ella, Ipek. Siento su mirada sobre mí, y sé que no puedo equivocarme: me está

viendo. Y entiendo entonces que tengo una oportunidad, sólo una entre mil, y entiendo también que esa oportunidad depende de encontrarla. Porque si no la encuentro, Ayşe, me moriré. Por primera vez Ayşe sintió genuina pena por Recep. Hizo como que no había escuchado toda esa serie de disparates, luego dijo que tenía que irse y se despidió de él con un beso en la mejilla. Mientras caminaba hacia el muelle se preguntó qué demonios le pasaba a ella también, que no tenía nada mejor que hacer que andar perdiendo el tiempo con un loco de atar, o si no loco de atar sí por lo menos con alguien que parecía estar aparcado en los extramuros de la razón y que era, a todas luces, un vago sin oficio ni beneficio. Se subió al ferri que iba hacia Eminönu, en donde tenía que comprar algunas cosas, y pese a que hacía un poco de frío se dirigió directamente al exterior. Durante los primeros minutos del trayecto se quedó parada en la barandilla contemplando la blanca estela de espuma que el barco iba dejando tras de sí, y sintió que el barco, que ella, que toda esa gente se hundía cada vez más en un abismo impenetrable. Aquella idea, por alguna razón, le causó placer. Luego entró y se buscó un sitio cerca de la salida. La costa asiática era a sus espaldas apenas una insinuación. Observó su propia cara reflejada en el cristal de la ventanilla y pensó con infinito dolor que Recep se equivocaba: tener un rostro amable no era mejor que ser hermosa. Ni siquiera era equivalente. Lo que es más, una cosa ni siquiera era comparable con la otra. Ayşe se observó con más atención. A ella no le parecía ser en realidad, ni remotamente, lo uno o lo otro.

Highlander, 1874. *Malta*, 1878. *Margarita*, 1853. *Star of Hope*, 1851. *Oriental* 1879. *Isabella*, 1891. *Zephyr*, 1873. *Adolph*, 1828. *Gustavo*, 1821. *María*, 1859. *Vampire*, 1851. *Esperanto*,

1921. *Hard Times*, 1917. *Silverwing*, 1915. Para distraer su mente Recep se puso a repasar otra vez aquella lista mientras iba en el autobús rumbo a Üsküdar. Últimamente, desde que volviera a pensar en la isla, tenía esa lista en la mente a todas horas. El trayecto, que sin tráfico debía ser de unos cuarenta minutos, terminó durando casi dos horas gracias a un embotellamiento debido a una reparación del asfalto. A Recep estos embotellamientos le parecían la verdadera tragedia de la ciudad. ¿De qué servían sus muros bizantinos, sus mezquitas inmemoriales, sus cementerios llenos de venerables si uno terminaba sucumbiendo a una ordalía de humo y de inmovilidad? Debía haber repasado la lista al menos tres o cuatro veces antes de que por fin el autobús se moviera. Su conformación definitiva, la de la lista es decir, había sido una cosa progresiva, pero los cimientos, por así decirlo, databan de aquellos tiempos, los de su estancia en la isla. De aquellos tiempos y, si acaso, de los meses que les habían seguido. No habrían sido ni cuatro semanas en total (el naufragio incluido) los que Recep pasara en la isla, y ni siquiera podía decirse que los recordara a la perfección. Al mismo tiempo Recep tuvo de pronto la impresión allí, en medio del tráfico, de que no habían sido sólo cuatro semanas, sino más, mucho más, y quizá él no se diera cuenta. Seguramente, concluyó, era porque el sitio en sí mismo era uno de esos puntos del globo que parecían estar como varados en el tiempo, uno de esos lugares en donde daba igual si pasaba un día o si pasaban treinta años. Cierto que en algún momento, después de dejar la isla, cuando los embarcaran rumbo al continente, Recep tuvo la fugaz impresión de que la presencia de aquella isla lo acompañaría mucho tiempo. Se equivocaba, por supuesto, porque apenas puso pie en tierra firme se empezó a olvidar de ella. Lo mismo sucedió con Natalie, la enfermera francesa

de Quebec, a quien Recep no volvió a ver y a quien no intentó llamar jamás.

Al llegar a Üsküdar Recep se bajó del autobús y se dispuso a buscar, a pie, la calle indicada en la dirección que le habían anotado en El Hamam, pero tras subir un corto tramo de una de las tantas callejas empinadas del barrio, se detuvo en seco. Desde donde estoy debe verse el mar, pensó, y se giró sobre sus talones para comprobarlo, pero no vio nada. Un par de camiones repartidores le bloqueaban la vista. Quién sabe por qué se había hecho a la idea de que la vista desde allí debía ser impresionante, y si no impresionante, sí al menos tranquilizadora. Nada de eso. No solamente no había vista, sino que a su alrededor todo parecía anodino. Sabía bien que se encontraba en uno de los barrios más antiguos de Estambul, al menos en lo que se refería a la costa asiática, pero todo parecía nuevo. O si no nuevo, todo tenía ese aire residencial un tanto burdo, como de cosa artificial, esa atmósfera desapacible presente en muchos de los nuevos emplazamientos de la ciudad. Una fila de edificios de departamentos, todos del mismo tono indefinido, un color entre rosa y anaranjado, se alineaba del lado derecho de la calle. A su izquierda quedaban dos o tres espacios libres, cuadrangulares, en los que las compañías inmobiliarias habían ya asentado sus carteles cual modernos descubridores de tierras ignotas. Recep siguió ascendiendo, volteando, eso sí, de cuando en cuando hacia abajo. En algún momento tiene que aparecer, pensó, refiriéndose al agua. Y sí, un par de cuadras más adelante descubrió al fin, al mirar hacia abajo, la franja azulada en la lejanía y encima de aquella colina el palacio de Topkapi, y más allá los minaretes, y todavía más allá, más sugeridas que visibles, las murallas de la ciudad. Tal como se lo esperaba aquella visión lo reconfortó. Tras observar

un poco más aquel paisaje Recep volvió a lo suyo y se sacó de la bolsa del pantalón el papel con la dirección. Las patas de araña decían *Çiçek sokağı*, 34-3. Debía ser por aquí. Pero la cuesta se veía empinada, empinadísima, y Recep no tuvo ganas de remontarla inútilmente. Bien podía ser que hubiera otra *Çiçek sokağı* (era, después de todo, un nombre muy común), y si esta no era la calle tendría que volver a bajar, y eso significaba que luego tendría que volver a subir. Nada más pensarlo le daba vértigo. Entonces reparó en un pequeño café en la esquina opuesta al lugar en donde estaba parado. Qué raro que haya cafés por aquí, pensó. Existían muchos abajo, en la parte histórica, pero francamente no podía imaginarse que en un sitio como éste hubiese clientes, ya no digamos en demasía, sino suficientes para que el negocio fuera negocio. Como fuese, eso a él no le incumbía, y ciertamente no perdía nada con entrar y preguntar. Apenas puso un pie en el local se sorprendió también de la atmósfera: el restaurante o café, o lo que fuera, estaba completamente pintado de rojo, como si se tratara de un burdel, cosa que evidentemente no era. Alcanzó a distinguir en uno de los rincones un viejo narguilé del que se escapaban nubarrones de humo claro y espeso que trazaban, a su vez, complejas figuras en el techo. Una mancha irregular y ambarina se había formado allí, probablemente por el constante subir de aquel vapor nicotínico. Detrás del olor propio de aquel humo un pesado tufo a incienso, o quizá fuera a alguna hierba aromática, inundaba el aire del recinto. Con un poco de reticencia Recep se internó en el local. Encontré este narguilé en la basura, le dijo de pronto una voz de mujer. Recep miró enseguida hacia el sitio del que procedía la voz, que resultó ser el mismo rincón en donde viera el narguilé. Allí, sentada en el suelo y parcialmente oculta detrás de una columna, había una mujer. Era ella

quien fumaba. Es sorprendente lo que se puede rescatar de los desechos de otras personas, agregó ella. La mujer dio otra fumada profunda y Recep sintió un escozor en la columna. Se sentía aturdido. Supuso que debía ser el esfuerzo de la subida. Lo extraño fue que, pese a ello, sintió deseos de unirse a la fumadora, de sentarse allí y de pasar las siguientes horas de su existencia sin hacer otra cosa que fumar y mirar el vacío. Es preciso que empiece a acostumbrarme, dijo ella sonriendo. Me refiero a la asfixia. Recep no entendió de qué estaba hablando. En eso un hombre salió de detrás de una cortina de cuentecillas que colgaba del fondo de un estrecho pasillo y avanzó apresuradamente hacia Recep. Dijo a la mujer algo que Recep no alcanzó a oír, o que no entendió, y luego se dirigió a éste: Oh, discúlpela usted, musitó con solicitud. Es mi hija. No está bien de la cabeza, agregó con una expresión sombría. Antes leía el café, y el tarot, y esas cosas. Pero ya ve. Alá es grande, afortunadamente. Recep asintió y esbozó un lo siento un tanto fuera de lugar. Luego, olvidándose de la mujer le extendió al hombre el pedazo de papel con la dirección: Estoy buscando esta calle, dijo. El hombre le echó una mirada mientras trataba de descifrar lo que allí estaba escrito. Sí, le dijo tras una pausa, es más arriba. Es el último edificio, a la derecha me parece, indicó. No está muy lejos. Cuesta trabajo, advirtió, porque la calle es empinada. Mientras decía aquello el hombre no dejaba de sonreír, como si realmente hubiera una razón para sentirse jubiloso, o quizá, pensó Recep, quizá sonrío para olvidar cuán miserable se siente. Recep le agradeció la información, y antes de abandonar el lugar no pudo evitar echar una última mirada furtiva a la mujer. Ella, por el contrario, no sonreía en lo absoluto, pero a Recep le pareció, no obstante, que se veía feliz. También le pareció que era bonita. Se preguntó si de verdad estaría loca, y luego se

preguntó qué haría en su tiempo libre, cuando no estaba ahí fumando en narguilés recogidos en la basura. También pensó que poseía una dignidad incólume, algo de callada belleza que el tiempo, con su ingratitud, no lograría nunca alterar.

La casa que correspondía al número anotado en el papel era la más pequeña de toda la calle, y era la única cuya construcción debía datar de hacía más de treinta años, como si ese pequeño edificio viejo hubiera sido respetado o hecho a un lado a propósito. A Recep le pareció también que era, sin temor a exagerar, la más modesta, por no decir la más pobre de toda la calle. Revisó otra vez. Sí, ése era el número. Vio dos timbres en la entrada y presionó uno, al azar. No pasó nada. Nadie salió a abrirle, ni se asomó por ventana alguna, ni preguntó “¿quién es?” desde detrás de las cortinas. Recep probó entonces con el otro. Era uno de esos timbres que dejaban escapar un sonido como de pajarillos, un sonido a la vez irritante y encantador. Esta vez una joven de unos veintitantos años (quizá menos) abrió enseguida la puerta. Recep supo enseguida que estaba en el lugar correcto porque ésta se parecía mucho a Ipek, sólo que con el cabello mucho más oscuro. En un primer momento Recep enmudeció. Luego, temiendo que la muchacha cerrara la puerta dijo, sin saludar, sin ningún preámbulo, que era un amigo de Ipek. Aquello era más o menos cierto después de todo. El semblante de la muchachita, que de por sí no era precisamente jovial, se ensombreció. No vive aquí, dijo ella, pero tampoco cerró la puerta. No vive aquí, dijo, pero sus ademanes, su expresión, parecían decir: aquí vive, aquí está, en algún lugar, escondida. Recep trató de sonreír pero sólo logró curvar sus labios en una mueca que algo tenía de triste y algo tenía de grotesco. ¿Dónde puedo encontrarla?, preguntó entonces. Soy su hermana, dijo la muchacha.

También dijo que se llamaba Saadet. Al verla bien Recep pensó que no era tan parecida a Ipek después de todo. Quizá en los ojos sí, aunque a decir verdad Saadet era más bonita. Y tan joven. Haciendo cuentas y si no se equivocaba acerca de la edad de la joven ésta debía haber nacido mucho, mucho después que Ipek. Después de que él se hubiera ya marchado, en realidad, lo que explicaba el hecho de que Recep ignorara su existencia. Hubiera querido preguntarle más cosas, pero no se atrevió. Simplemente se contentó con observarla, y terminó por concluir que debía haber nacido más o menos por la misma época en la que él dejara el país. Por un segundo breve y aterrador hasta se le ocurrió que aquella joven en realidad no era la hermana de Ipek sino su hija, y, por lo tanto, al mismo tiempo hija suya, aunque de inmediato optó por desechar aquella idea, no porque fuese improbable, sino porque le pareció que, aunque así fuese, no tenía caso saberlo. Entonces, sorprendentemente, ella lo invitó a pasar. Se sentaron en una salita modesta, llena de bultos y de tapetes viejos, y ahí ella le contó que en realidad era solamente la media hermana de Ipek, porque había nacido de un segundo matrimonio de la madre. Sacó un pequeño álbum y le mostró a Recep un par de fotos de cuando era pequeña, más una foto de su padre, un tendero que se había muerto de neumonía el año pasado y al que, en efecto, Recep encontró (o se esforzó por encontrar) un parecido, al menos vago, con la joven. Su madre, la madre de Ipek, había muerto, dijo Saadet, cuando ella era niña. Casi no la conocí, a mi madre, dijo ella, adoptando de pronto una expresión de gran desamparo. Mi padre decía que de joven era muy bonita. Recep sintió un poco de pena por Saadet, por su padre muerto, por su madre muerta, por la forma en que uno siempre trata de llenar el espacio que han dejado los que se han ido, y por cómo con ese fin uno se

inventaba historias insensatas, incluso historias abiertamente falsas. Luego la muchacha dijo que vivía allí con una prima, o con un primo, a Recep no le quedó claro, aunque a veces también venía una tía que se quedaba con ellas o con ellos, pero no hoy. ¿Y ella, Ipek?, preguntó Recep con un asomo de ansiedad. La muchacha cerró el álbum y pareció salir de su ensoñación. Ipek ya no está con nosotros, dijo secamente. Recep no supo qué quería decir eso. ¿Murió?, insistió. Oh, no, claro que no, dijo Saadet, levantándose para poner el álbum en su sitio. Simplemente se marchó. Recep sintió de pronto un cansancio infinito. Le pareció que la cabeza y los miembros le pesaban, que los párpados se le cerraban. Por un segundo pensó que iba a desmayarse, que tendría una crisis, una apoplejía o una embolia aquí, en casa de una desconocida. Se imaginó a la ambulancia llegando, a los vecinos haciendo preguntas, a Saadet diciendo que no lo conocía, que jamás antes de aquel día había visto a aquel pobre hombre, que le había abierto la puerta por caridad. Recep quiso marcharse cuanto antes. Metió la mano en el bolsillo de su camisa: Ten, le dijo entonces a la muchacha extendiéndole un objeto. Esto era de ella. Saadet abrió unos ojos inmensos, azorados, y tomó lo que Recep le ofrecía. Qué raro, dijo, ella no usaba joyas. Sí usaba, dijo Recep, y enseguida se dio cuenta de que su tono había sido brusco, autoritario, como si quisiera puerilmente restablecer una suerte de dominio de la vida de ella, de Ipek, un dominio que nunca había tenido en realidad. Usaba, antes, reiteró. Antes de que tú nacieras, agregó ya casi en un susurro. Si no lo quieres, me lo llevo. No, no es eso, contestó Saadet arrebatándole el dije. Sí lo quiero. El pequeño dije chisporroteó un momento entre los dedos de Saadet, unos dedos delgados atravesados por minúsculas venas azules, demasiado visibles, pensó Recep, como si la joven estuviera aquejada de alguna

enfermedad dermatológica. Ipek debía tener ahora mismo más de cincuenta años, pensaba Recep mientras tanto. ¿Adónde podía haberse ido? ¿Con quién? ¿A qué? ¿Por qué? Ahora, es mejor que se marche, dijo Saadet repentinamente, poniéndose de pie. Tengo que salir. Y tengo cosas que hacer. Recep supuso que probablemente ambas afirmaciones eran falsas, pero de todas formas se levantó, le dio las gracias y salió de la casa. Qué señor tan raro, pensó ella cuando Recep ya se había marchado y mientras depositaba el dije dentro de una pequeña cajita de madera en donde guardaba otras baratijas. Raro y triste, se dijo. Como salido de una pesadilla.

Burgazada, 1956, *Laura*, 1980, *Eduviges*, 1976. *Urfa*, 1981. Tras dejar a Saadet Recep deambuló durante horas por Üsküdar. Se sentía intranquilo, triste, en modo alguno con ganas de volver a casa. Al final optó por tomar un ferri en dirección a Eminonu, y tras bajarse de éste anduvo un rato, muy breve, en las inmediaciones del Bazar Egipcio. Nunca le había gustado la zona, que tenía la apariencia, se le figuraba, de un manicomio extramuros. Detestaba, en particular, que siempre estuviera llena de turistas, no de turistas del tipo andrajoso, que algo o poco tenían de interesante, sino de turistas del otro tipo, del tipo más bien comercial, el tipo de gente que viajaba en tours organizados y estaba dispuesta a pagar por un souvenir el doble, el triple o hasta el cuádruple de su precio original. De lejos divisó el gentío, similar a las desordenadas hordas de un ejército enemigo, y en su afán por evitarlos desvió su camino hasta la muralla, detrás de la cual sabía que se escondían colonias de mala muerte, impenetrables nidos de raterillos, de vendedores de droga al menudeo y de lastimosos seres adictos al cemento, pero que tenían la ventaja de estar casi siempre desiertas. Iba pensando

en Saadet. Luego, quizá por asociación, se acordó haber visto en las noticias, en un restaurante, o en un bar, no lo recordaba, que hacía no mucho habían matado allí a una joven. Era una turista española, o americana, no estaba seguro, una joven, en todo caso, pálida y de cabello oscuro. La noticia de aquella desaparición estuvo en la televisión a todas horas durante los primeros días que siguieron a su llegada. Al parecer la policía la había buscado incansablemente cerca de la zona en donde aquella estaba hospedada, no aquí en Cankurtaran, sino en Beyoğlu, cerca del antiguo barrio francés, hasta que un pasante había encontrado, por azar, un cuerpo semidesnudo en un socavón detrás de aquellos mismos muros que tenía enfrente. Al principio nadie sabía todavía quién ni por qué la habían matado, y ni siquiera estaban seguros de que se tratara de ella, aunque todo apuntaba a que así era. El mismo día, o al día siguiente, todos los canales de televisión habían anunciado que en efecto, era ella, Recep no recordaba su nombre. De lo que sí se acordaba era del rostro del marido de la asesinada, a quien también viera en las noticias, un hombre regordete y de apariencia desaliñada, como si las cámaras no hubieran podido esperar a que se duchara o se peinara, presurosas por tomar su imagen después de que éste se bajara del avión en el que tuvo que cruzar el Atlántico para venir a recoger el cadáver de su mujer. Por qué el marido en cuestión no estaba con ella, nadie lo sabía. O quizá la policía lo sabía, pero no lo decía públicamente. Quizá se estarían divorciando, pensó Recep. En las noticias sugerían que ella tenía una aventura con alguien acá, o que servía de correo de droga, ambas hipótesis igualmente posibles pero improbables. Al final resultó, o al menos eso concluyó la policía (que viéndolo bien había sido medianamente eficiente, y hasta rápida) que un vagabundo la había apuñalado en un arranque de locura. Recep se acordó

haber visto cómo lo entrevistaban, y cómo a la pregunta de por qué lo había hecho éste, en lugar de responder, se quedaba mirando fijamente a la cámara, no con una mirada feral o penetrante, y ni siquiera con una mirada enloquecida, sino con una mirada confundida y extraviada. Tras aquella toma alguien en el local en donde Recep veía en ese momento la televisión se había levantado y le había cambiado al fútbol. Al recordar todo eso, las imágenes de la mujer muerta, del asesino, de Saadet y, lo que es peor, hasta de Ipek, Recep se sintió mareado. En su mente todos esos elementos, que no tenían ninguna conexión lógica entre sí, aparecieron en su mente fundidos en una sola y misma imagen, una imagen de una precisión intolerable. Incapaz de dar un paso más Recep se dejó caer sobre la banqueta. Ahí permaneció sentado largo rato, hasta que empezó a oscurecer y hasta que, agobiado por el frío, decidió seguir caminando.

Justo cuando empezaba a anochecer Recep llegó a la antigua calle en donde vivía Ipek. No lo tenía planeado, simplemente sus piernas lo llevaron allí casi de manera inconsciente. Contempló la casa un rato. Parecía flotar en la oscuridad, difuminada por la tenue luz de la luna. Recep se alejó de ella, dio luego un rodeo y volvió a descender, siempre paralelo al muro, hasta un pequeño montículo desde donde se puso a mirar hacia el lado contrario, hacia la carretera que discurría a lo largo del mar de Mármara, una carretera retorcida y, extrañamente dado la hora que era, apenas transitada. Qué raro, pensó Recep, que no haya más vehículos. Quizá haya trabajos en la zona y el paso esté cerrado, concluyó. En eso estaba cuando se sintió observado, y no tardó en descubrir que un par de chicos lo miraba con insistencia desde uno de los recovecos formados por los muros, a sus espaldas. Al notar

que su presencia había sido descubierta éstos se acercaron, primero tímidamente, después con paso más seguro. Eran muy morenos, espigados y de facciones burdas. Gente del este, pensó enseguida Recep. O árabes, o quizá afganos. Cuando estaban ya a cerca de un metro de distancia uno de ellos le ofreció un cigarrillo, tuteándolo en perfecto turco. No, no eran árabes ni afganos después de todo. Al observarlos más de cerca a Recep le pareció que, en efecto, parecían turcos típicos, y se sorprendió de haberlos tomado por extranjeros. También le pareció, por las miradas extraviadas de los muchachos, que estaban drogados. Por instinto Recep empezó a buscar con qué defenderse en caso de ser atacado, pero de inmediato supo que, dadas las circunstancias, cualquier cosa que intentara estaría de más: ellos eran dos, y eran jóvenes. Él era uno, tenía poco más de cincuenta años y no estaba precisamente en forma. Miró a su alrededor. La carretera seguía vacía, inerte, como una mancha gris en la noche. Recep decidió que era mejor jugarse la carta de la camaradería y aceptó el cigarro que le ofrecían. Era un cigarrillo delgado, liado a mano, y al encenderlo Recep supo que no se trataba de tabaco. Tuvo la intención de regresárselos, no porque la hierba no se le antojara, sino porque no le pareció buena idea ponerse a fumar en la calle con un par de desconocidos, de desconocidos que tenían toda la apariencia de ser también un par de maleantes, de asaltantes o quizá cosas peores. Robachicos, o tal vez violadores. Se prometió que daría un par de fumadas y se marcharía, tratando de no violentarlos. Qué extraño, pensó al observarlos mejor, son jóvenes, pero no lo parecen. En efecto, se notaba en ambos un dejo de temprana decrepitud, de cosa gastada antes de tiempo. Uno de ellos, el más alto, un tipo con una cicatriz en el rostro, una especie de quemadura tal vez, le palmeó la espalda como si él y Recep

se conocieran desde hacía mucho, como si fueran camaradas de batalla o amigos de infancia. Recep se estremeció ante el contacto de aquella palma sucia y sudorosa, pero el joven se puso a sonreír, una sonrisa que daba miedo. El otro, mientras tanto, miraba la escena como arrobado, como si nada de lo que estaba ocurriendo le incumbiera de manera directa. A los pocos minutos la hierba empezó a hacer su efecto, y Recep sentía ya cómo su lengua y su garganta se desecaban y se endurecían, tiesas como lijas y apretadas como nudos de ahorcado. Al mismo tiempo, claro, empezó a sentirse bien. Se dijo que había exagerado el peligro. Las voces de los otros dos le llegaban ahora como en sordina, en un murmullo del que sólo entendía algunas palabras sueltas que quizá se referían a él o quizá no, palabras como “cementerio”, y “lejano”. Palabras como “caído”, y “muerte”. Transcurrieron algunos minutos, o quizá hasta una hora, y de pronto, como si la banqueta se hubiera vencido bajo su peso, Recep cayó de bruces en el pavimento. Ni siquiera se dio cuenta cuando uno de los muchachos, el que lo miraba todo, le dio un empujón. Desde el suelo Recep los escuchó a ambos estallar entonces en sonoras e irrefrenables carcajadas, en risotadas que, pensó éste erróneamente, no tardarían en llamar la atención de alguien, de algún pasante, de algún vecino. Pero nada ocurrió. Recep todavía tenía el cigarrillo entre las manos y el mismo muchacho que lo empujara se lo arrebató antes de asestarle un fuerte puntapié en el vientre. Entonces, sorpresivamente y en respuesta al golpe, Recep vomitó copiosamente sobre la banqueta. Los jóvenes guardaron silencio de pronto, como si aquello los hubiera sorprendido sobremanera, como si fuese algo que no se esperaban en absoluto. No tardaron empero en recobrar la compostura (si a aquello podía llamársele compostura) y Recep apenas y notó en qué momento los

dos crápulas le robaban el poco dinero que todavía llevaba en la bolsa. Lo último que éste alcanzó a distinguir fueron las tenebrosas siluetas de los muchachos corriendo, corriendo rápidamente, con una agilidad sorprendente para un par de chicos que estaban bajo los efectos de un estupefaciente, corriendo y perdiéndose al fin entre los insondables laberintos de aquellos muros antiguos.

Cuando Recep abrió los ojos la luz verdeazulada de la luna se filtraba por el hueco dejado por un montón de nubes grises apergolladas del cielo. Algunos de los fragmentos de aquella luz, luminosos como el filo de un cuchillo, le arañaban el rostro, llenándolo de pequeñas y delgadas líneas blanquecinas. *Montgomery*, 1950; *Eleonora*, 1919; *Torrentera*, 1891, *Casablanca*, 1965. *Burgazada*, 1956, *Laura*, 1980, *Eduviges*, 1976. *Urfa*, 1981, pensó. Al principio no reconoció el lugar. Sólo después de su inicial desconcierto y tras algunos esfuerzos supo que seguía en Sultanahmet, en un parque que le resultaba vagamente familiar. Notó que los muros ya no se veían, pero no tenía memoria de haber caminado desde Cankurtaran hasta acá. Sentía los dedos sucios y pegajosos, pringosos como los de un niño malcriado, así como un dolor punzante en la pierna derecha. Echó un vistazo y distinguió enseguida las manchas de sangre sobre el pantalón, un óvalo parduzco lo suficientemente grande como para inquietarlo. Con mucho trabajo se incorporó y, cojeando, logró llegar hasta una banca. Ahí se arremangó el pantalón, cuestión de evaluar más de cerca el percance, y descubrió un moretón difuso que le cruzaba la tibia, acompañado de un círculo ennegrecido y rodeado de carmesí al lado del cual se asomaban tajos de carne viva. No tenía idea de cómo se había lastimado. Quizá se había golpeado contra algo punzante, contra una rama, o contra una

saliente de roca. O tal vez alguien lo atacara mientras estaba inconsciente, probablemente los mismos rufianes, que venían a ver si aún le quedaba algo de valor. A saber. Sus bolsillos, huelga decirlo, estaban completamente vacíos. Así es la vida de condenada, le dijo en eso una voz que lo sobresaltó. Recep miró a sus espaldas y descubrió, de pie en medio del parque, a una viejilla diminuta como una liliputense. Su cara era un odre arrugado y su boca una caverna negra que se adivinaba, incluso sin mucha imaginación, desdentada y pestilente. La vieja llevaba la cabeza cubierta a la usanza de las mujeres de las montañas e iba cargando un costal de yute mugroso, como los gitanos, aunque ella misma no tenía la apariencia de una gitana. Tú bien lo has de saber, musitó ésta, esbozando lo que intentaba ser una sonrisa. Supongo que tú también tienes tus historias, agregó. Mientras hablaba la anciana avanzaba por el parque recogiendo hojas y basura del suelo, mismos que iban a dar directo al interior del costal. Pese al paño que le cubría la cabeza el viento alcanzaba a despeinarle los escasos y raídos cabellos. Cuando parecía que iba a alejarse por el sendero de árboles en vez de ello se acercó a Recep: Tranquilízate, tranquilízate, le dijo en un susurro. Estoy tranquilo, le respondió Recep. Y lo estaba, por extraño que pueda parecer.

La herida de la pierna terminó por mandar a Recep al hospital. Inicialmente éste había vuelto como había podido a casa, en donde se lavó la herida con agua y jabón y se colocó un improvisado vendaje. Le dolía, pero qué diablos, se decía, tampoco era para tanto. Al cabo de unos días, empero, empezó a notar los bordes enrojecidos y el resto del miembro adolorido. La tarde en que se decidió a acudir al hospital público de Göztepe ya casi no podía caminar. Ahí, tras una larga espera lo revisaron y le informaron que la

herida estaba infectada, y que corría incluso peligro de perder el miembro. El médico que lo examinó lo encontró, además, anormalmente delgado y lento de reflejos, así que hubo de permanecer internado. Una vez dentro las cosas fueron de mal en peor. La infección no cedía, y se empezaba a hablar seriamente de amputar el miembro. Durante varias noches Recep tuvo pesadillas, sueños febriles en los que veía a Ipek, o a Saadet (en su mente ambas se confundían) muertas, sus cuerpos putrefactos flotando en un río muy negro y muy largo, arrastrados por la corriente bajo un cielo de nubes lechosas. O se veía a sí mismo, sin piernas y abandonado a su suerte en una playa de aspecto desolador. De pronto, la marea empezaba a subir, se acercaba, lo acechaba mejor dicho, como si se tratase de un animal, y Recep trataba de escapar, pero la movilidad de la que gozaba dotado del sólo empuje de sus brazos era lastimera, por lo que el océano terminaba por engullirlo. En una última imagen desesperada Recep se veía a sí mismo a la deriva, boca arriba, flotando como un madero en un océano infinito.

Tras un par de semanas Recep empezó a mejorar. Las pesadillas desaparecieron casi por completo, y lo mejor de todo, sus piernas estaban intactas, débiles eso sí, pero completas. Todos los días una enfermera venía a verlo tres o cuatro veces para suministrarle sendas píldoras que Recep se tragaba sin chistar. Quería recuperarse. Ipek, se decía, lo estaba esperando. Aquella inmovilidad de varios días no hizo sino persuadirlo de eso: aunque ella no lo supiera, lo esperaba. Cuidado, amigo, son de dudosa calidad, le dijo en eso el viejo con el que estaba compartiendo habitación. ¿Perdón?, dijo Recep, que estaba hundido en sus ensoñaciones y no le había escuchado. Los medicamentos, aclaró el viejillo. No son buenos. Dicen que le

dan a uno aspirinas y lo que le suministran a uno es veneno. Sólo entonces se dio cuenta Recep de que la enfermera ya no estaba, de que sobre la mesita descansaban sus pastillas, y de que él no se las había tomado aún. Estiró la mano y se las llevó a la boca, ante la evidente desaprobación de su vecino de cama. Si salgo de esta mi hermano, agregó el viejo moviendo la cabeza de un lado a otro, si Alá, que es grande y bueno y misericordioso así lo dispone, de ahora en adelante solamente tomaré cosas compradas por mí mismo en algún lugar de confianza. El viejecillo parecía hablar como desde adentro de una botella y como en cámara lenta, como si en vez de ser real se tratase de un muñeco cuyas palabras eran pronunciadas por un ventrílocuo. Abajo, en la esquina por ejemplo, aseguró aquél con movimientos espasmódicos, el viejo farmacéutico me conoce, acepta que le pague en plazos. Nunca me daría un medicamento adulterado. Hay muchas cosas adulteradas por ahí hoy en día. ¿Usted se siente mejor?, preguntó entonces el anciano a Recep, estirando mucho la cabeza, como una tortuga. A Recep aquella imagen le resultó tan repelente que no respondió. Yo no me siento mejor, siguió diciendo el viejillo. Podríamos morir, amigo, aseguró entonces. Luego guardó silencio unos minutos, minutos en los que sólo resonó en la habitación el sonido de un respirador. Recep temió que fuera el suyo, y temió también que éste se detuviese de pronto. Angustiado, miró detrás suyo, pero constató con alivio que él ya no estaba conectado a nada. Se acordó de que hacía un par de días (¿o sería esta misma mañana?) le habían retirado las sondas y el suero. El viejo lo seguía mirando. Su cráneo no tenía cabello, y las cuencas de sus ojos estaban hundidas en su rostro de una forma aberrante y antinatural. Al mirarlo Recep tuvo la sensación de que lo que tenía frente a sí no era un hombre, sino un esqueleto viviente. Aunque no

nos demos cuenta, sentenció aquél, ignorante del escrutinio del que era objeto y clavando en Recep una mirada todavía más demencial, si es que tal cosa era posible, una mirada que parecía provenir de un mundo que no era éste, aunque no lo veamos, dijo, no tenemos todo el tiempo. El tiempo se nos termina, el tiempo nos traiciona, el tiempo lo es todo. En eso entró una enfermera regordeta que, para alivio de Recep, dio al viejillo un par de pastillas. Contrario a lo que podía esperarse, éste ni las rechazó ni las escupió, sino que se las tragó mansamente, tras lo cual cerró los ojos y no tardó mucho en quedarse dormido.

Navarra, 1852. *Lara*, 1658. *Blonde*, 1849. *Lady Echo*, 1916. *Fortune*, 1817. *Ella*, 1817. *Industry*, 1819. *Topaze*, 1905. *Margrave*, 1851. *Nile*, 1930. La noche antes de dejar el hospital Recep durmió de manera ininterrumpida por primera vez en mucho tiempo. Esa noche volvió a tener la recurrente pesadilla de los barcos hundidos, pero ahora sí los vio de verdad. Era un sueño en el que estaba amaneciendo, o tal vez estuviera anocheciendo, era difícil saberlo. En todo caso, bajo los rayos de un sol opalescente brillaban montones de osamentas, osamentas no de hombres sino de buques, osamentas que surgían de las aguas como animales antediluvianos, o como saurios muertos enfangados en un pantano cerúleo. Recep corría en la playa y estaba buscando algo, no estaba claro qué. Pero no había nada sobre la arena, nada en absoluto. En el sueño la abuela también estaba allí, sentada sobre la arena. Parecía una niña. Una niña terrible, extrañamente envejecida y con la cara repleta de arrugas. Su piel era una tira translúcida, transparente como las alas de las libélulas, y sus ojos no parecían ojos, sino dos huecos vacíos y carentes de luz. En suma, lo que Recep tenía enfrente era algo más semejante

a una figura de papel maché que a un ser humano. No está muerta Recep, decía ella, casi sin mover los labios. Todavía no. Aún puedes hacer algo. Recep creía entonces escuchar que alguien rezaba. Alguien cuyo rostro no aparecía en el sueño. Luego, su abuela interrumpía aquella oración: El año siguiente, si Dios quiere, iremos todos juntos a la Meca, decía. Sí, musitó Recep entre sueños, iremos. Veremos la tierra del profeta Mahoma y seremos llamados *hajji*...

El día de la partida de Recep Karakoğlu estaba lloviendo en Estambul. Lo habían dado de alta hacía una semana y apenas se sintió con fuerzas suficientes fue a ver al viejo capitán del *Natasha of the Northern Seas*. Éste se mostró cauteloso, desconfiado; al principio le dijo a Recep que estaba demasiado viejo y probablemente demasiado loco también como para llevárselo consigo. No me hagas eso, le dijo Recep, yo también soy un hombre de mar. La expresión pareció gustar al capitán. Además, aprovechando su reciente estancia en la clínica, Recep se las había ingeniado para conseguir un documento, un parte médico que indicaba que estaba apto, un papel que avalaba en líneas escritas a máquina su perfecto estado de salud física y mental. El capitán terminó por encogerse de hombros, como si de todas formas ese papel no le importara, o quizá porque en el fondo a él más que a nadie le daban igual unos brazos que otros. Era de madrugada, todavía estaba oscuro y la ciudad parecía como desdibujada, un esbozo a lo mucho, como si no fuera una imagen precisa sino sólo la intuición de algo. Recep no se despidió de Ayşe. Aunque pensaba dejarle una carta, aquello le parecía de una cursilería absurda, anacrónica, completamente fuera de lugar. Habían quedado de verse el martes. Hoy era domingo. El martes, *Inshalla*, pensó él, ya no estaré aquí. Ella lo entenderá, pensó, aunque la verdad era que

lo mismo le daba si no era así. Aquella misma mañana volvió a pasar los candados de la casa de Kadiköy y se consoló pensando que ahí, al menos, nadie lo echaría de menos. En el muelle algunos pescadores se arremolinaban ya en torno a sus barcas, listos para arrojarlas al mar antes de que los ferris empezaran sus corridas, dispuestos probablemente a conformarse con lo poco que pudiera obtenerse, porque siempre, es sabido, es mejor poco que nada. Todo, se dijo Recep, es siempre igual a sí mismo y nada es, empero, idéntico. Luego suspiró, sin saber a santo de qué se le había ocurrido aquella frase. *Reeves*, 1876. *Kim*, 1836. *Puritan*, 1922. *Afganistán*, 1846. *A.S.H.*, 1855. *Fulton*, 1848. *Spring*, 1607. *Black Duck*, 1871. *Mármara*, 1989, dijo. Esas palabras lo reconfortaron. Ahora al fin las entendía, o al menos creía entenderlas. A su alrededor Recep sintió respirar a la ciudad, a medias despierta y a medias dormida, un demonio abominable, pensó, una bomba de tiempo de la que era mejor alejarse. *Rhea Silvia*, 1867. *Courser*, 1830. *Gerda*, 1890. *Kaluna*, 1892. *Princesa Amelia*, 1797. *Nicosia*, 1894. *Orlinda*, 1886. *Lancaster*, 1885. *SS Erie*, 1912. *L'Africaine*, 1922. *Ottoman*, 1852. El navío iba para Creta, y de ahí para Italia. Después, Recep no estaba seguro de la ruta ni le importaba mucho. Pensó que de ahí podría tomar el rumbo que mejor le conviniera, y que tarde o temprano llegaría de todas formas a su destino, y pensó también que el mundo era un lugar terrible e inmenso, un lugar en el que todos los lugares y todas las personas terminaban por parecerse. *Coaster*, 1874. *Kimberly*, 1936. *Goeland*, 1932. *Amitié*, 1876. *Fujiyama*, 1985, repitió. Amanecía. Por un segundo, a Recep le pareció que su vida entera pasaba ante sus ojos, como decían que les ocurría a aquellos que se estaban muriendo. Pero no era eso. Recep no se estaba muriendo. Por el contrario; por primera vez en mucho tiempo el mundo le parecía, cómo

decirlo, auténtico. No auténtico con mayúsculas, como puede parecerles a los poetas, o quizá a los filósofos. Auténtico en pequeño, auténtico en el sentido de real, en el sentido de digerible, un mundo *tangible* pese a su inmensidad. La voy a encontrar, dijo entonces Recep en voz alta. Y lo creía de verdad. Si estaba allí afuera, en el mundo, él la encontraría. En ese preciso momento, durante el lapso que duraba un rápido parpadeo el muelle se cubrió de anaranjado, y luego de amarillo, y luego se volvió de color carmesí. La fusión de colores, el resplandor, el brillo eran tales que, por un instante, Recep creyó que iba a romper a llorar.

EL REVERENDO ABRAHAM



¶ LLOVÍA LA TARDE EN QUE EL REVERENDO Abraham Jones llegó a *White Bay*. No un aguacero torrencial, sino una de esas lluvias ligeras, de gotas parecidas a alfileres, una de esas lluvias que oscurecen empero el día como si alguien hubiera amortajado el cielo con un sudario gris. El médico en jefe lo esperaba en su oficina, situada en el edificio central, en el cuarto más amplio de todos, cosa que el reverendo supuso era lo adecuado para un médico en jefe. A veces la gente piensa que soy judío, pero no es así, dijo el reverendo a guisa de presentación después de que ambos se hubieron dado la mano. El médico en jefe lo miró como si lo hubiera sorprendido en flagrante delito, o diciendo una mentira. No obstante, lo que el reverendo decía era la pura verdad: Abraham Jones, o el reverendo Abraham, o simplemente el reverendo como casi todos lo llamaban, ni era judío, como su nombre podía erróneamente indicarlo, ni tenía ascendencia hebrea alguna, como quizá podía deducirse de su apariencia física (el reverendo era alto, caucásico, de facciones alargadas y nariz prominente). Mi padre me puso Abraham en honor a Abraham Lincoln, agregó. Luego indicó que su padre no era gran admirador de ese estadista ni mucho menos, sino que había oído el nombre en el barco en que venía a América y enseguida lo encontró de su gusto. Su padre tampoco era, desde luego, judío. Era irlandés, dijo el reverendo. Un irlandés hijo de irlandeses, que a su vez también habían sido engendrados, muy probablemente, por otros irlandeses. ¿Es usted irlandés?, le preguntó entonces el

médico mientras lo invitaba cortésmente a sentarse. Sonreía amplia, quizá exageradamente, y al reverendo le pareció que pese a aquella obsequiosidad los ojos del médico expresaban una cierta hostilidad, o al menos una velada reticencia. El reverendo Abraham dijo que no. Nunca he puesto un pie en Irlanda, afirmó. El médico lo miró entonces con algo que al reverendo le pareció curiosidad, o quizá fuera su mirada habitual, la mirada de quien está acostumbrado a tratar con los locos. ¿No ha viajado nunca a Irlanda, eh?, dijo entonces el médico de manera completamente mecánica, retórica, como para ganar tiempo mientras buscaba quién sabe qué entre los papeles de su escritorio. El reverendo afirmó que nunca había puesto un pie ni en Irlanda ni en ningún otro sitio. Soy de Isla de Arena, agregó, como si eso lo explicara todo. Entonces el médico dejó de buscar lo que estaba buscando y se quedó inmóvil como una estatua. Como una estatua muy antigua, una estatua de rostro intrigante. Me tiene lástima, pensó el reverendo, pero en ese preciso instante el médico pareció salir del minúsculo trance en el que había caído, y sin dejar de sonreír le extendió un sobre: Es la llave de su habitación, le dijo. El reverendo tomó el sobre e hizo ademán de levantarse, pero el médico lo interrumpió: Está en el otro edificio, así que mejor espere a que deje de llover antes de irse. Pero si es apenas una llovizna, dijo el reverendo mirando hacia afuera y esbozando el tímido intento de una sonrisa. Esta lluvia parece cosa de nada, pero no es así, le respondió el médico. Hay muchas cosas, agregó, que no son lo que parecen.

Además de Isla de Arena existía un lugar en el que, pensándolo bien, el reverendo Abraham no solamente sí había puesto pie, sino en el que había caminado sobre las aguas, en el sentido bíblico del término se entiende. Ése lugar era Texas. No

Dallas, ni Austin, explicó éste, como si en esas dos ciudades se concentraran, o empezaran y terminaran los límites de aquel estado norteamericano. Ni siquiera he estado en Houston, insistió. Cuando era joven había pasado una temporada, dijo, en McAllen. Lo de caminar sobre las aguas era una metáfora que al reverendo le gustaba evocar para pensar en su proceso de conversión, o de descubrimiento de Dios, o de regreso al buen camino, o como quisiera llamársele. Porque el caso es que era ahí, en McAllen, en donde el reverendo Abraham había encontrado a Cristo. El médico en jefe lo miraba impertérrito, y aunque no dijo nada esperó que amainara pronto. Quién lo diría, dijo éste al fin, animándose a romper aquel silencio en el que sólo se escuchaba el traqueteo de la lluvia, parece usted un hombre que nació religioso. El reverendo decidió tomar aquello como un halago, aunque en realidad también podía tratarse de un insulto. En todo caso, aquel joven médico se equivocaba. El camino del reverendo hacia Dios no solamente no había sido nato, como aquél lo insinuaba, sino que había sido difícil. Difícil y largo y penoso, casi tanto o más que si aquél hubiera sido llamado a guiar a un pueblo para cruzar el mar, guardando todas las proporciones desde luego, porque el reverendo ni tenía vocación de marinero ni se hubiera lanzado a partir las aguas. Una metáfora más cercana y menos exagerada sería quizá decir que el camino del reverendo hacia Dios había sido penoso como si hubiera tenido que realizarlo de rodillas. Sí, dijo el reverendo contemplando con mucha seriedad al que desde ese momento iba a ser su superior (si por superior se entendía aquel que se encargaba de las cuestiones que atañían a su pago y a sus condiciones laborales), mi camino hacia Dios ha discurrido de rodillas, insistió, de rodillas y sobre un lecho de cardos. El joven médico lo miró con una expresión quién sabe si de sorpresa o

de burla: Ya dejó de llover, le hizo notar entonces, señalando con evidente alivio hacia la ventana. El reverendo se levantó y estrechó nuevamente la mano del doctor, una mano pequeña, casi femenina. Un lecho de cardos, una cama de espinas, pensó mientras abandonaba la oficina y avanzaba por el pasillo hasta la puerta que daba al patio del hospital. De espinas tan largas, se repitió, como las de la corona de Nuestro Señor.

Lo que el reverendo no le contó al doctor fue que pese a sentirse nativo de Isla de Arena en realidad no había nacido en ella. Aunque aquel hecho constaba en su acta de nacimiento (que especificaba *Isla de Arena, provincia de Halifax* como lugar de nacimiento), el reverendo Abraham nació en un barco. Se llamaba el *Earnest Queen*, y era el mismo en el que sus padres se habían embarcado rumbo al continente americano en busca de un mejor futuro, o al menos de un futuro no tan malo, o de un futuro a secas, de cualquier cosa que no fueran aquellos campos estériles que, en la imaginación del reverendo, siempre eran campos de patatas invariablemente infestados de ratas y, por si fuera poco, circunvolados por buitres. A lo mejor ni siquiera había buitres ahí, se decía a menudo el reverendo cuando le daba por evocar aquella imagen, cosa que le sucedía con frecuencia, particularmente durante la adolescencia. Aquella propensión a fantasear acerca no de su propio pasado, sino acerca del pasado de sus ancestros ciertamente había ido más o menos decayendo con el tiempo, pero aún ahora, en las raras ocasiones en que todavía pensaba en ello, en su mente siempre aparecían los campos con buitres. Podía verlos claramente. Bastaba con que, por poner un ejemplo, dijeran en la televisión el nombre de Irlanda (que por si fuera poco y como terrífica coincidencia también era una isla) para que en su retorcida imaginación cobrara forma, como una emanación

maligna, un pueblo, no, mejor dicho, una aldea, una aldea cualquiera, paupérrima siempre, un villorrio de terrenos infértiles y maltratados por la sequía. No importaba el nombre, porque a decir verdad el reverendo no estaba seguro de cómo se llamaba el pueblo perdido de donde habían salido sus padres, pero podía haber sido éste o aquél, poco importaba, el caso es que en ese pueblo el reverendo imaginaba un campo de una aridez tristísima, una aridez demencial, una aridez de tierra cuarteada y ojos llorosos. A veces, en el campo árido de su imaginación veía una fila de árboles moribundos tan resecos como un manojo de varas. Luego aparecían los buitres. Estaban donde debían estar: arriba, oscureciendo el cielo, bandadas de buitres gordos como ocas, buitres que más que buitres parecían pterodáctilos, saurios que esperaran pacientemente la muerte de los últimos campesinos irlandeses para poder bajar a comerse sus despojos. Y ahí, en ese infierno en la tierra (porque a eso se parecía el pueblo de sus ancestros en la imaginación del reverendo Abraham), su madre y su padre iban caminando, él con un atado a la espalda, ella con un vientre a punto de reventar. Caminaban y caminaban. Y después de sentarse un rato a descansar bajo alguna improbable sombra, seguían caminando. Era como ver una mala película americana: dos tráfugas del viejo mundo caminando durante horas, días quizá, entre el polvo y las montañas, con la piel quemada por el sol y los ojos muy abiertos. Con los ojos muy abiertos y, empero, avanzando un poco a ciegas, guiados más por la locura que por la razón, como debe caminarsse siempre (de eso estaba convencido el reverendo) cuando de verdad se quiere llegar a alguna parte.

La suerte a veces era extraña, cuando no era extrañísima. A medio camino de aquel periplo a su madre se le rompió la

fuelle y el destino quiso que Abraham viniera al mundo en la noche estrellada de un fétido camarote, en los entresuelos de aquella nave en la que sus padres se acababan de embarcar. Su madre solía decir que en aquella época los nacimientos eran cosa de rutina y que uno se las arreglaba con lo que hubiera a mano, así que las precarias condiciones de abordo en nada fueron obstáculo ni para el alumbramiento ni para las primeras semanas de vida de la criatura. Luego, como si la suerte se ensañara con Abraham y con sus padres, cuando a punto estaban de llegar al continente el barco en el que viajaban fue a enredarse en los traicioneros arenales de la región, en donde tras penosa (y más bien breve) batalla con las olas, terminó por naufragar. Muchos murieron, pero ellos, su madre, su padre y él, estuvieron entre los primeros en ser sacados en las pocas barcas disponibles (seguramente en atención a la presencia del recién nacido), y no solamente se salvaron, sino que consiguieron atracar en tierra sin que ninguno de los tres resultara ni siquiera mínimamente lesionado. Aquellas primeras horas, o días, o quién sabe, a lo mejor serían semanas, debieron ser un poco como transitar del purgatorio al cielo y después a aquél de regreso. O mejor dicho, debió ser como ir a dar a un limbo, a una tierra de nadie, a un ojo abierto en medio del océano, un ojo inundado de desesperación. Todo esto el reverendo Abraham, como era el caso con el pueblo y con los buitres, solamente se lo podía imaginar. Lo único que sabía de cierto, porque eso sí su madre se lo había contado, era que tras el naufragio vivieron en un albergue en donde se alimentaban de pescado y de ostras. El reverendo Abraham todavía recordaba perfectamente la mueca de asco de su madre cuando hablaba de ello, una mueca grotesca, casi simiesca, que hasta la fecha marcaba su propia repulsión por los mariscos. Cuando algún tiempo después (el reverendo no estaba seguro

de cuánto), hubo al fin oportunidad de marcharse de la isla el testarudo de su padre, que ya por aquel entonces debía haber empezado a perder la razón, informó a su madre que no lo harían. No señor, dijo, ellos no se irían. Aquí haremos fortuna, sentenció. Mira, dijo a su mujer señalando hacia la lejanía, más allá de donde los demás sobrevivientes se preparaban ya para marcharse, mira esas llanuras, y mira esos caballos. Su obediente y apesadumbrada mujer miró alrededor con los ojos llenos de lágrimas. Veía a los caballos, sí, no lo negaba, pero para qué más que la verdad, de llanuras no veía ninguna. Querrás decir arenales, se aprestaba a corregir a su marido, pero conociendo bien su carácter rabioso y volátil, no se atrevió.

Tras la desatinada decisión de su padre la pequeña familia de Abraham se instaló en un rincón de la isla, un lugar árido, un lugar horrible que no tenía nombre, o que de tenerlo debía tratarse de un nombre tan insignificante que nadie había sabido decírselos. En todo caso, no importaba, porque a su padre aquel montón de dunas sin fin le parecía una mina de oro. A su madre, por el contrario, le parecía un cementerio, uno muy extenso, un cementerio cuyas tumbas no se veían pero estaban ocultas bajo la arena, ahí mismo bajo sus pies, o quizá más lejos, en algún punto que todavía no habían visto, al que todavía no llegaban pero que sin duda existía, un espacio inerte del que los muertos no tardarían en emerger asomando pies y manos y cráneos parcialmente devorados por los gusanos. Su padre construyó con sus propias manos una cabaña en la que los tres se instalaron, no muy lejos de algunas de las matas de aquella hierba enjuta que cubría largos tramos de la isla mezclándose abigarradamente con la arena de aquella tierra que no se sabía si era desierto o si era estepa.

Desde aquí criaré mis manadas de caballos, sentenció una mañana el viejo irlandés loco, como pronto lo empezarán a llamar todos los que lo conocían, que no serían muchos a decir verdad, si acaso una decena de personas casi igual de tocadas que él, porque el padre del reverendo fue siempre y sería hasta el fin de sus días más bien un solitario. En aquel momento aquella frase debió sonar a oídos de su mujer como una sentencia de muerte, aunque luego con el paso del tiempo empezaría a parecerle más bien una broma, una broma macabra. La forma que tenía Dios, se decía, de burlarse de ellos, el medio del que se valía el Creador para castigarlos por haber escapado a la hambruna y a los buitres, y luego al mar y al naufragio. La forma que tenía, también, de ponerlos a prueba. Los caballos, por su parte, no parecían muy dispuestos a plegarse a la voluntad de aquel improvisado descubridor. Desde el principio las manadas los evitaron. Y lo hacían tan bien que casi parecía que tenían método, inteligencia, organización. En todo caso, lo cierto es que parecían saber mejor que aquel hombre lo que estaban haciendo. El reverendo se acordaba todavía de su padre sentado al sol esperando que los animales pasaran, listo para lanzarles encima una cuerda, un pedazo de sogá tan vieja que, en el remotísimo caso de haber podido atrapar a alguno, seguramente se habría roto al primer tirón del corcel. Las bestias iban y venían a lo lejos en manadas cansadas que escupían hierba, llenándose el hocico de aquellas plantas inmundas. Qué plantas tan gruesas, tan como lianas, decía su padre mientras clavaba su mirada de buscador de tesoros en las espesas matas de hierba tendidas a su alrededor como trapos viejos puestos a secar al sol. Aquello era cierto. Nunca, pero nunca el reverendo había visto una cosa parecida. Quizá fueran plantas sobrevivientes de otra era. De la era cuaternaria, o terciaria, el reverendo no se

acordaba bien cuál iba primero, aunque debía ser la terciaria, como era lo lógico. ¿Cómo hacías para domar los caballos en Irlanda?, preguntó una vez Abraham a su padre una tarde en que ambos estaban sentados en la escalinata de la cabaña viendo pasar el día y esperando inútilmente alguna presa. Se le ocurría a Abraham (ya un niño en edad escolar por aquel entonces) que con toda seguridad su padre sacaba ideas de su experiencia previa en el viejo mundo, de los días en que era pastor en las estepas irlandesas y domaba caballos bajo el vuelo de los buitres. ¿De qué estás hablando?, le respondió su padre mirándolo con ojos como encendidos, ojos en los que se reflejaba, magnificado, el tímido sol de la tarde. Nunca, Abraham, dijo su padre escupiendo al suelo con envidiable estilo, nunca he domado un caballo en toda mi vida.

Aquello, para Abraham, fue el principio de la decepción con respecto a su padre y sus ideas. Éste, por su parte, terminó por abandonarlas también cuando fue obvio, a sus ojos al menos, que estaba aquí tratando con bestias salvajes, con monstruos anormales, tan intratables, o casi (en sus propias palabras) como podían serlo los ingleses o los escoceses. Míralos, dijo una noche a Abraham, míralos cómo se aparean. Su padre había usado aquella palabra, tan elegante y tan ajena a su persona (que era, justo es decirlo, más bien vulgar) lo que no dejaba de ser sorprendente, como si en su tozudez o en su delirio el hombre encontrara tiempo y posibilidades para instruirse. Sí, siguió diciendo, se aparean como lo que son: como demonios. Te miran a los ojos Abraham, y sabes que están a punto de aparearse porque te lo avisan para que los mires. Les gusta que mires cómo se reproducen. Es su forma de decirte que no podrás ganarles nunca, que crecerán y se multiplicarán como los malos frutos de la tierra. Mira, ésa es

una hembra. Se nota por cómo te mira. Es una mirada llena de burla. Se está riendo de nosotros. Cuídate de las hembras, Abraham. También de los machos, claro, pero más de las hembras, de cualquier especie, porque las hembras tienen un tercer ojo y un sexto sentido, y otras cosas de las que aún no se tiene noticia pero que están ahí. Ellas siempre saben lo que estás pensando, remató. Fue probablemente entonces que Abraham supo que, ahora sí, su padre había perdido el seso.

Al final su padre haría lo único sensato que le quedaba por hacer y se había ahogado. El hecho tuvo lugar en mayo, o quizá en junio, Abraham no estaba seguro. En todo caso, todavía no era invierno, porque Abraham no recordaba que hubiera habido nieve en la escena. Ni nieve ni brumas espesas, ambas cosas más o menos comunes en los largos inviernos de la isla. No podía saberse si había sido suicidio porque de todas formas las aguas allí eran traicioneras y no era poco común que alguno terminara enredándose entre los sargazos, o perdiendo el rumbo durante las horas nocturnas en alguna playa mal iluminada. El caso es que el cuerpo de su padre apareció una mañana en el agua, hinchado y cubierto de extrañas algas azules, con los ojos muy abiertos, como si en el instante preciso de su muerte hubiera contemplado algo maravilloso. Algo maravilloso o algo aterrador. Tras su muerte Abraham y su madre se marcharon a Halifax, por lo que aquel inesperado y trágico acontecimiento resultó ser, a fin de cuentas, liberador. Ninguno de los dos había vuelto a poner un pie en aquella isla. La última imagen que Abraham tenía de ella era la de su costa retrocediendo. Eso pensaba entonces: que la costa se movía, y no que eran ellos los que se estaban alejando. En algún momento, cuando todavía estaban lo suficientemente cerca de la isla, Abraham reparó en lo que

parecía ser la figura de una mujer en la playa. Estaba inmóvil, y Abraham tardó un par de segundos en darse cuenta de que no se trataba de una mujer de carne y hueso, sino de una estatua. Nunca la había visto. O al menos no lo recordaba. Le pareció raro reparar en su presencia justo ahora, en el momento preciso en que se marchaba. El rostro de la mujer era muy bello, muy blanco y sonriente, y Abraham tuvo la clara sensación de estar viviendo un momento especial, aunque esa sensación se evaporó casi al instante. Luego supo que se alejaba para siempre de ese lugar, de un lugar que, pese a haber vivido en él, casi no conocía. De un lugar en el que él mismo había sido, quién lo dijera, una suerte de ciego. Era extraño y triste. Muy, muy triste.

A partir de aquel momento y tras abandonar la isla Abraham se dedicó a toda suerte de malandanzas. Durante algún tiempo lo persiguió la impresión, literal y metafórica, de haber cruzado una línea. No solamente una línea geográfica clara, una línea de agua, que era la línea azul que separaba efectivamente Isla de Arena del Canadá y de Halifax, sino que tenía la impresión de haber atravesado también una línea diferente, invisible, una línea que dividía su vida en dos, y que por lo tanto diseccionaba su mundo a la mitad. Dos mundos, pensaba. Tengo dos mundos, el de antes, y el de ahora. Él y su madre se instalaron en un dúplex a las afueras de la ciudad, lo que equivalía a decir que se habían instalado casi en medio del bosque. Alrededor de su pequeño islote residencial todo era árboles, una maleza de encinos y de maples que cambiaban de colores según la estación, como si estuvieran bajo el efecto de un encantamiento. Para hacer las compras lo mismo que para ir a la escuela o a casi cualquier sitio Abraham y su madre tomaban un autobús que los dejaba en el centro, en una

plazoleta gris y rodeada de más árboles de maple, esos árboles ubicuos de los que se desprendían aquellas hojas idénticas a la que flotaba arriba, en la bandera roja y blanca del Canadá. A quién se le ocurre ponerle una hoja a su bandera, le dijo Abraham a su madre la primera vez que la vio, aunque luego supuso que, pensándolo bien, para el caso igual daba una hoja que un animal, o que una forma geométrica, o que cualquier otra cosa.

En Halifax Abraham y su madre vivían precariamente con el dinero que recibían de la asistencia social. Su madre no sabía hacer nada, tenía muy mala salud, y su mente pronto empezó a dar signos de estar flaqueando a su vez. Empezó a darle por esperar sentada junto a la ventana, como esas mujeres que en los libros o en las series de televisión aguardan a un marido que se ha ido a la guerra, o a algún hijo que está en la universidad, o a algún perro que se ha perdido. Su madre no esperaba a nadie en concreto. O quizá, pensaba a veces Abraham, quizá sí. Una noche Abraham se levantó al escuchar sollozos, y al salir de su cuarto la vio allí, sentada en el mismo sitio de siempre, mirando hacia afuera. ¿Dónde está?, preguntaba ella sin cesar. ¿Dónde está? Era una noche clara, una noche iluminada por la luna que, desde la ventana, enfatizaba la silueta muy delgada y muy pálida de su madre, como si con su insolente luz quisiera alumbrar a ojos de Abraham aquella sombría realidad. ¿Quién? ¿Quién madre?, atinó a decir él sin atreverse a acercarse, como si temiera sacarla, con su presencia, de lo que supuso sería un sueño. Una pesadilla, mejor dicho. Ella parpadeó un par de veces, lo miró y, acto seguido, se hundió en un mutismo furioso. Está esperando a mi padre, se dijo entonces Abraham. Aquella noche y las siguientes no pudo dormir, incapaz de sacarse aquella descabellada idea de la cabeza. Tonto, tu padre

está muerto, le respondió ella cuando Abraham se atrevió a mencionarle sus sospechas. Eso, justamente, era lo peor, concluyó Abraham. Su madre estaba esperando a su padre *aún sabiendo* que éste estaba muerto. Tuvo la horrible visión de su padre tal y como lo viera la última vez, es decir irreconocible, caminando de regreso a casa no como un ser humano sino como otra cosa, y sintió un escalofrío. Entonces se le ocurrió, en el colmo de la insensatez, que a lo mejor su padre no estaba muerto de verdad, que quizá el cadáver de la playa, al que Abraham no se había acercado demasiado por cierto pudor, y también por miedo, no era el de su padre. Quizá estaba, quizá ambos, él y su madre, habían estado equivocados. Qué idea tan ridícula, se dijo Abraham enseguida. Volvió a la cama pero ya no pudo dormir. Aquella posibilidad remotísima, francamente inverosímil, de que su padre siguiera con vida en la isla lo llenaba de terror. Volvió a la salita pero su madre ya no estaba en la ventana. Abraham se tiró entonces en el único mueble que tenían en aquella habitación, un sofá muy viejo que una vecina les había regalado, y ahora sí, se quedó dormido en el acto.

Durante algún tiempo Abraham tuvo la intención de hacerse robacoches. La idea, desde luego, era mala a simple vista. Para empezar, en el improbable caso de que tal cosa hubiera sido viable (que no lo era), Abraham hubiera resultado un robacoches no muy bueno. Un robacoches al que le daba un pánico terrible que lo agarrara la policía y que casi se meaba nada más de imaginarse a sí mismo enmascarado y desvalijando un Ford o un Mustang (por alguna razón siempre pensaba en esas dos marcas), o mientras le quitaba el estéreo a un Mercedes (ésta marca tampoco estaba mal). Pero lo verdaderamente patético, lo que imposibilitaba que

aquella idea tuviera siquiera un gramo de plausibilidad era que en un lugar como Halifax aquello nunca hubiera sido negocio. Lo hubiera sido en Nueva York, o en la Ciudad de México, pero de ninguna manera en Halifax. Los autos en los alrededores se contaban con los dedos de una mano y la ciudad era entonces tan pequeña y estaba tan vacía que cualquier intento de hurto hubiera sido como encender una fogata en despoblado. Entonces Abraham aterrizó sus expectativas, dejó la escuela y tras una búsqueda somera en los periódicos se metió a trabajar de vendedor en una tienda de comestibles. Era un trabajo aburrido. Desde que se levantaba hasta que el sol se metía (aunque esto era engañoso, porque en Halifax en invierno las puestas de sol podían tener lugar muy temprano) Abraham empacaba rollos de papel higiénico, latas de conserva y barras de pan. Luego guardaba el dinero en la caja y repetía la operación con el cliente siguiente. A menudo envolvía los comestibles con papel de estraza y los introducía entonces cuidadosamente, uno por uno, en bolsas que también eran de papel de estraza. Qué extraño, pensó un día, aquí todo es de papel de estraza. Es porque es más ecológico, le respondió la dueña del local cuando éste le hizo la observación. Entonces todavía no estaba de moda eso de unirse a grupos y a partidos verdes, pero la dueña de la tienda de comestibles, pese a vender en su establecimiento sendas latas de conservas, era ciertamente una temprana partidaria de la protección del medio ambiente. Abraham la recordaba bien, siempre vestida con camisetas y pantalones holgados un tanto masculinos, de cabello corto, también al estilo masculino, y casi sin maquillaje. Una verdadera pionera, por decirlo de algún modo. Durante algún tiempo, muy corto por cierto, esa misma mujer trató de hacerle creer a Abraham que su empleo, por muy modesto que fuera, contribuía en

cierta forma minúscula y casi imperceptible, pero innegable, a la conservación del equilibrio ecológico, siempre y cuando Abraham respetara la consigna de usar aquellas bolsas y no esas otras, terribles, de nylon o de plástico. Por aquella misma época Abraham conoció también al hijo de la dueña, Paul, que debía rondar los diecinueve o veinte años (o sea, dos o tres más que él), quien también andaba en negocios verdes. Éste propuso a Abraham que se convirtiera en su agente. ¿Agente de qué?, preguntó Abraham en el colmo de la ingenuidad. Mariguana, le respondió Paul a punto de estallar en una carcajada. Yo te la pongo en las manos, le explicó parapetado detrás del mostrador de la tienda de su mamá (que había salido a surtirse de bolsas de papel de estraza), tú la vendes, y si te va bien ni siquiera necesitarás este trabajo. Créeme, le insistió. Como es lógico a esa edad, Abraham le creyó.

Durante algunos meses Abraham trabajó para Paul afuera de un par de escuelas secundarias de Halifax. Estas eran en su mayoría edificios nuevos, de grandes ventanales y muros asépticos, nada que ver con la imagen de un establecimiento a cuyas puertas se vendían narcóticos. En términos generales podía decirse que la juventud de Halifax era una juventud relativamente limpia comparada con la juventud de otras ciudades norteamericanas, aunque claro, los adolescentes (otros adolescentes como él, si acaso un poco mayores), eran adolescentes al fin y al cabo, y como tales querían y disfrutaban tirando barreras, sobrepasando límites, probando de todo, para decirlo en pocas palabras. Todavía no era la época del furor psicodélico ni de los *beats* y el *flower power*, y lo de la mariguana la mayoría lo hacía por curiosidad, ni siquiera por diversión, y pocos, unos cuantos, se enganchaban, aunque a decir de Paul con esos bastaba para que el negocio

no solamente subsistiera, sino que incluso prosperara. Sólo necesitas un par de clientes asiduos y, eso sí, muchos ocasionales, le aseguró. Con todo, aunque a Abraham no le iba mal tampoco podía decirse que le fuera ni remotamente tan bien como le había prometido Paul, de suerte que un par de meses después no solamente no había podido renunciar al trabajo de dependiente, sino que se veía obligado a hacer horas extra. Por otro lado, hay que admitir que si no le iba nada bien era en gran parte porque él mismo se había aficionado a la hierba que vendía. No que se hubiera convertido en un drogadicto, y ni siquiera en un marigüano, nada de eso, pero su mercancía le gustaba lo suficiente como para que se notara cada vez más que había faltantes. ¿Cómo faltantes? Pues en las cuentas, en la hierba, faltantes en todo. Al principio a Paul aquello pareció no importarle mucho; siempre y cuando Abraham pagara completo, a él le daba lo mismo en dónde terminara la mercancía. El problema era que Abraham casi nunca tenía dinero, así que siempre quedaba debiéndole un poco a Paul, prometiéndole pagar el pequeño excedente el próximo mes. Desde luego, ese poco se empezó a hacer mucho, hasta que el pequeño excedente se convirtió en una verdadera deuda, lo que privaba a Abraham del ya de por sí magro sueldo que percibía en la tienda. El otro escollo fue que Abraham se habituó a vender la hierba *después* de haberse fumado un par de porros y a Paul le preocupaba que eso lo volviera distraído, lento, que hiciera que se olvidara de estar alerta, como era menester estar, sobra decirlo, en un negocio ilícito como lo era éste. En todo caso, hasta a ojos de Paul la situación empezaba a ser comprometedora. Lo peor fue cuando Abraham empezó también a fumar antes de irse a trabajar a la tienda de comestibles, y una tarde la dueña, que no había nacido ayer, terminó por encararlo: Tengo que hablar contigo, le dijo muy

seria. Muy seria y al mismo tiempo con un tono levemente maternal que a Abraham le pareció odioso. Su propia madre, por ejemplo, jamás le hablaba así. En realidad, su madre casi no le hablaba en absoluto, ocupada como estaba en mirar por la ventana y en hundirse cada vez más en el profundo pozo de su locura. Sé lo que haces, le dijo ella, lo veo todo. Como si fuera Dios, pensó, o creyó pensar Abraham. No está bien, siguió diciendo ella sin molestarse, sin levantar la voz, en un tono tan dulce a decir verdad que en cierto momento a Abraham más bien le pareció que estaba escuchando música, una melodía que venía de algún lugar indefinido del interior de la casa, o quizá de debajo de la tienda, una tonadilla grave pero al mismo tiempo pegajosa. Al mirar a la madre de Paul se dio cuenta de que ella tenía los ojos ligeramente humedecidos y enrojecidos también, no como si fuera a llorar, sino como si ya hubiera llorado, como si hubiera derramado muchas, muchas lágrimas. O como si tuviera una infección ocular, o como —se le ocurrió a Abraham en el colmo de la indecencia— como si hubiera fumado mariguana ella misma, eso es, como si se acabara de dar un toque. En ese momento la idea le pareció divertida, e incluso lo hizo sonreír. Tú, y mi hijo, dijo ella entonces, nuevamente en el mismo tono monótono de antes, no como si estuviera reprendiendo a su empleado sino como si estuviera contando del uno al veinte, o leyendo la lista de la compra. Tú, mi hijo, y todos esos muchachos que se pierden. Había usado esa palabra, perderse. Luego dijo algo más, algo sobre la lealtad, o sobre el futuro, o sobre la ética, y algo sobre la naturaleza y la importancia de la armonía, una cosa de ese tipo, o quién sabe, porque para entonces Abraham ya no le estaba prestando atención. Estaba tratando de distinguir la tonada de aquella melodía que, estaba seguro, no era ilusoria. Venía de debajo de la tienda, de las entrañas de la tierra, o

quizá del fondo de su propia cabeza. Ahora la escuchaba con mayor intensidad, como si estuviera llegando a su clímax en un chocar de tambores y en un estruendo de trompetas que, por alguna razón, le hicieron pensar en el día del juicio final. Abraham no era un experto en música, pero intuía que debía tratarse de algo muy solemne, quizá religioso. Un himno, o una marcha fúnebre, o quizá una marcha triunfal. Algo que inspiraba respeto, y también un poco de miedo, para qué negarlo.

Después de aquel episodio un tanto extraño Abraham cayó en una especie de catatonía. De catatonía tal vez sea mucho decir, pero sí de letargo, de tibia melancolía, como se solía describir en siglos pasados al estado en que caían los que, como él, se encerraban en sus cuartos a no hacer nada más que contemplar el paso de las horas. Claro que, en honor a la verdad, en Abraham esta melancolía nada tenía de poético, ni siquiera de trágico, y mucho menos de heroico, porque era una melancolía provocada por las cantidades verdaderamente industriales de mariguana que se fumó durante aquellos meses. Y es que aunque la dueña terminó por despedirlo (como era lo único digno que podía hacer dadas las circunstancias) Abraham se marchó llevándose no solamente lo que le quedaba de hierba para la venta de aquel mes, que estaba empezando, sino todo el dinero que encontró en ese momento en la caja, con el que en cuanto pudo se hizo de más material. En sus ratos de mayor contemplación tenía visiones. En ellas veía la tierra de sus ancestros partiéndose en dos, o el mar tragándose lo todo, o se imaginaba que el hijo de la dueña venía a verlo montado en un caballo horrendo, un caballo descarnado y tan salvaje como los de la isla, para cobrarle lo que le debía (que tampoco era tanto), y que luego

lo atravesaba con una espada cual si se tratase de un ángel vengador. En sus ratos de lucidez, que durante esos meses fueron pocos, solamente sentía aburrimiento. En más de una ocasión hasta se sentó junto a la ventana al lado de su madre, con quien por primera vez en su vida sentía compartir aquella pena imprecisa que tanto se parecía a ratos a la locura. Durante los siguientes dos años más o menos y una vez que se le acabó el dinero, Abraham se dedicó a lo mismo, es decir, a nada. Vegetaba unos meses, luego trabajaba en cualquier cosa, luego volvía a vegetar, sobreviviendo con lo que tenía o usando el dinero de la asistencia social. Ahora su madre ya no se sentaba en la ventana para mirar hacia afuera, sino que cada vez con mayor frecuencia miraba hacia adentro, hacia una de las grietas del muro, lo que Abraham encontraba, pese a sus propios devaneos mentales, todavía más enigmático y siniestro, como si aquel al que esperaba hubiera en efecto llegado ya. Como si hubiera llegado, se decía Abraham, y estuviera allí, de pie en medio del salón contemplándolos a ellos a su vez, con los ojos muy abiertos, quizá incrédulo o quizá aterrado, incapaz de dilucidar si lo que veía era real, o si estaba teniendo un sueño.

Un día sucedió lo que tanto temía y el hijo de la dueña de la tienda lo encontró al fin. Ahora bien, en un lugar como Halifax lo sorprendente era que no lo hubiese encontrado *antes*, por lo que Abraham llegó a la conclusión de que en realidad Paul ni siquiera lo había buscado, como si el pequeño crimen cometido por él no tuviera la importancia suficiente como para colocarlo a la cabeza de las prioridades de un muchacho como aquél, que seguramente debía estar ocupado fornicando con jovencitas drogadas, o reclutando nuevos vendedores, o recorriendo las carreteras de la provincia a bordo de su coche,

mirando hacia los lados con extrañeza, o con sorpresa, a la vez fascinado y aburrido de la vastedad del mundo. Así pues, para decirlo llanamente aquel encuentro debía haber sido una casualidad, y tuvo lugar (¿en donde más?) en la calle. Abraham venía del supermercado, en donde acababa de comprar un paquete de salchichas y una barra de pan, porque en aquellos días los sándwiches de embutidos constituían su mayor fuente de nutrientes, cuando al doblar la esquina se topó de frente con Paul. Por un instante y pese a que Paul no venía en caballo descarnado ni traía en la mano espada vengadora, Abraham pensó que estaba soñando, que estaba teniendo uno de esos sueños que son recurrentes, que tienen un no sé qué de acuático y de febril. A esa sensación contribuía, desde luego, el hecho de que, como de costumbre, iba drogado. Al principio Paul pareció no reconocerlo. Luego, en su rostro se dibujó una sonrisa muy extraña, una sonrisa que parecía una mueca. Quién sabe por qué, por imitación probablemente, Abraham sonrió también, muy brevemente eso sí, porque enseguida un golpe lo mandó al suelo. La sensación de estar soñando persistió un rato más, y Abraham de hecho se dio cuenta de que no soñaba solamente cuando sintió la puñalada, que a decir verdad no le dolió tanto como Abraham pensó que le dolería, sino que fue solamente como el toque de algo muy frío sobre su piel, como si alguien le hubiera puesto encima un bloque de hielo. Una sensación extraña, nada placentera, cierto, pero tampoco atroz.

Sorpresiva, o afortunada, o providencialmente Abraham salió de aquel ataque bastante bien librado. El arma no había tocado ningún órgano vital, y la juventud de Abraham era sin duda un factor a su favor. Al mismo tiempo y como dicen algunos malos poetas, grandes nubarrones oscuros se cernían sobre

su existencia, porque un par de días después se despertó, todavía en la clínica, con la noticia de que pesaban en su contra cargos, cargos importantes. ¿Qué clase de cargos?, inquirió titubeante desde su cama de hospital. Tenía frente a sí al médico, a la enfermera, a un conserje que quién sabe qué pintaba en el asunto, y a un par de oficiales de policía medio despeinados. Se veían demacrados y sucios, como si hubieran estado trabajando toda la noche, pese a que iban, eso sí, debidamente uniformados. Cargos *criminales*, le informó el más viejo de los oficiales, teniendo cuidado de enfatizar en esta última palabra. Cargos por corrupción de menores (¡!), por robo, por estupro y, muy probablemente, también por asesinato. Abraham sintió vértigo. Aparentemente después de atacarlo, más tarde ese mismo día, o quizá a la mañana siguiente (la policía no estaba muy segura) alguien había atacado y matado a Paul, y todas las sospechas recaían sobre él. Pero si yo estaba aquí, en el hospital, recalcó muy a propósito Abraham. Cierto, cierto, admitió el oficial mientras arrugaba la nariz como si de pronto percibiera un hedor desagradable, o como si tuviera un irreprimible tic nervioso que hasta ese momento hubiera milagrosamente logrado controlar. Cierto, repitió, pero eso no lo eximía. Podrías tener cómplices, agregó. ¿Cómplices?, dijo Abraham, sin saber si reír o llorar ante aquel argumento. Las cosas se agravaban, le explicaron también, porque a raíz de la muerte de Paul había salido a la luz la pequeña (eso dijo el oficial: pequeña) red criminal de éste, y la madre del occiso, una ciudadana modelo, insistió el oficial, un ejemplo a seguir, podía corroborarlo. Además, le dijo el oficial mirándolo directamente a los ojos, aquélla afirmaba haber sido objeto alguna vez de robos y de acoso por parte suya. Abraham estaba confundido. ¿Acoso? No, no solamente estaba confundido, sino estupefacto. Para empezar,

hacía muchos años desde la última vez que la había visto, y no podía siquiera imaginarse cuál de sus propios gestos, o palabras podía llevarla a afirmar tal cosa. Sin poder evitarlo, hundió la cabeza entre los brazos. La razón por la que la madre de Paul, a quien siempre había tenido por una mujer más bien simpática, le estaba haciendo esto, el por qué había decidido o se dejaba convencer de semejantes patrañas se le escapaba completamente. ¿Por venganza? ¿Era eso? Eso no es verdad, dijo balbuceante. Luego se puso a pensar que lo del robo sí era cierto, y también lo de su participación en las actividades ilícitas de Paul, y quién sabe, quien quita y hasta lo del acoso tenía su parte de verdad. Sin poder evitarlo Abraham sintió miedo. No hay manera de que puedan comprobarme nada, se dijo tratando de tranquilizarse. Por supuesto, se equivocaba.

Abraham pasó cinco años en prisión. Cinco años aciagos, monótonos a veces, casi siempre grises. Durante aquellos años y a falta de algo mejor Abraham obtuvo, en sólo dos años, su diploma de enseñanza media (que había dejado trunca), y luego se puso a leer. ¿Qué leyó? De todo, de lo que estaba disponible, mejor dicho, en la biblioteca de la prisión, que sin ser una gran biblioteca, o ni siquiera una biblioteca promedio, tampoco era necesariamente mala. Por el contrario, tenía cosas buenas, muy buenas incluso. Abraham leyó a Faulkner, y a Kafka, a Steinbeck y a Melville, y también a algunos franceses, como Hugo y Flaubert (en traducción, desde luego), y a algunos canadienses que lo impactaron, T. Findley en particular. Luego, cuando se le acabó la sección de literatura se puso a leer filosofía (Platón, Aristóteles, pero también Hume y Maquiavelo), aunque para ser sinceros no llegó muy lejos. Como fuese, al salir de prisión si bien ya no era joven, podía decirse que tampoco era ya un ignorante. Pese a ello,

muchos de los meses que sucedieron a su liberación Abraham los pasó hundido en la más completa inopia, vagando por las calles como un zombi o un mendigo, o vegetando en casa junto a su catatónica madre. A veces consumía algo de droga, pero en honor a la verdad ya ni siquiera la necesitaba para sentirse apaciguado. De vez en cuando salía a la biblioteca y se llevaba un par de libros que devoraba con avidez. Un día de tantos, justo cuando venía de devolver *Las pesadas horas* de J. Stack, se embroncó con algún vagabundo por algo sin importancia, por algo que no viene al caso mencionar, y aquél, que pese a tener la apariencia de nada llevaba un cuchillo escondido entre sus harapos, lo apuñaló. Abraham no opuso ninguna resistencia. Incluso puede decirse que se dejó hacer. Experimentó una curiosa sensación de calor, y de humedad, y luego, mientras caía al suelo creyó ver a un ángel arriba, en el cielo, un ángel cuyo rostro estaba cuajado en lágrimas. Pero no era un ángel, claro, sino solamente el crepúsculo, que avanzaba sobre su cabeza en espesas nubes amarillas tintas de gris.

Resultó que aquella puñalada a poco estuvo de matarlo. Y pensar que no había sentido casi nada, de verdad, ni dolor, ni angustia. Además de la efímera visión del ángel tampoco vio nada sobrenatural, ninguna luz al final del túnel, ni ninguna de esas cosas que había oído que pasaban cuando uno estaba a punto de expirar. Como fuera, lo cierto es que hubiera podido morir en paz, o al menos medianamente en paz. Pero no murió, y en vez de ello se pasó varios meses en coma. Cuando abrió los ojos una mañana se enteró que el puñal había tocado varios órganos vitales, y que además había sufrido una conmoción cerebral. Pensamos que no se recuperaría, le dijo el médico que lo atendía, un hombre calvo de semblante

afable que debía tener más o menos la misma edad que él, y al que Abraham escuchaba hablar como entre brumas. Pese a estar despierto, Abraham tuvo que permanecer internado por muchas semanas más, semanas durante las cuales no pudo hacer casi nada, en parte porque el cuerpo le dolía como si lo hubiera arrollado un camión, y también porque cada vez que hacía algún esfuerzo, por mínimo que éste fuera, le parecía tener pequeños desvanecimientos, o no desvanecimientos sino visiones, pasmos, como si dentro de la habitación donde se encontraba hubiese esporádicos estallidos de luz. Durante estos pasmos y detrás de aquella luz Abraham veía gente. Gente que estaba a su alrededor, de pie en el cuarto. Gente que lo miraba a veces, o que se miraba entre sí. Abraham no conocía a ninguno de esos hombres (en ocasiones también había mujeres), y contrario a lo que pudiera pensarse no sentía miedo. *Sabía* que en realidad esos personajes no estaban ahí, sino que eran producto de su propia mente, del cansancio, de los medicamentos, o en todo caso de otra cosa que no era la realidad. No se lo dijo a nadie porque supuso que aquello sería pasajero. Al cabo de algunas semanas, en efecto, éstos dejaron de presentarse.

Más lo inquietó, por otro lado, la presencia de su madre, una presencia que Abraham no podía sino calificar, precisamente, de fantasmagórica. La salud física y mental de ésta había decaído enormemente durante la estancia de Abraham en prisión, y ahora, con su convalecencia, parecía reducida a un estado próximo al de una vagabunda, o al de una enferma terminal. Pese a ello venía puntualmente a verlo al menos una vez por semana. Durante esas visitas, casi siempre breves, su madre se sentaba en la silla del rincón con la mirada completamente perdida, errabunda, aunque de vez en cuando

gesticulaba algo, palabras sin sentido que le merecían por parte de las enfermeras una mirada de compasión y, a medida que pasaban los días, cada vez más de desagrado. El propio Abraham terminó por preguntarse cómo, en nombre de Dios, se las arreglaba ésta, en su estado, para llegar desde su casa hasta aquí. Luego se dió cuenta de que el hospital estaba a apenas un par de cuadras de su residencia, e incluso había creído ver un día, mientras miraba por la ventana, la silueta gris y empequeñecida de su madre que se alejaba y se perdía por una callejuela nebulosa. Una tarde, tras haber tomado su sitio en la silla de siempre su madre lo miró fijamente. Lo miró a la cara. Era algo que casi nunca hacía. Podía mirar largamente las cosas, los muros, las calles, pero no a las personas, como si éstas le dieran miedo o como si le fueran completamente indiferentes. Pero he aquí que lo miraba, y no solamente eso, sino que le hablaba, de verdad, dirigiéndose a él: Yo también los veo, dijo. Yo también los veo. Luego, dicho aquello su madre volvió a hundirse en el mismo infranqueable silencio de siempre.

A partir de aquel día las visitas de su madre empezaron a causar a Abraham un desasosiego cada vez mayor. Ciertamente que mientras estaba en coma no podía tener opinión, ni positiva ni negativa al respecto, y tras su recuperación las soportó algunas semanas, en honor a qué, no estaba seguro, quizá a un vago sentimiento de deber filial, pero ahora a decir verdad se le hacían francamente intolerables. Una tarde se armó de valor y simplemente le dijo a su madre que por favor no volviera más. Ella lo miró sin entender, completamente ida, pero luego, como si una luz se hiciera de pronto en la honda oscuridad de su mente, una luz fugaz, brevísima pero implacable, ésta asintió con la cabeza y se marchó tal y como

había venido. Una de las enfermeras (que había sido testigo de aquel episodio) se le quedó mirando a Abraham como si viera a un leproso, o a un tiñoso, en todo caso a alguien merecedor de asco y de desprecio. Aquella idea, quién sabe por qué, agradó a Abraham.

Fue esa misma enfermera la que varios días después de la fallida (y a la postre última) visita de su madre le informó que al hospital venía una vez a la semana un hermano. Así dijo: un hermano. No era un fraile ni nada parecido, aseguró, pero así lo llamaban todos. Era, en todo caso, un religioso. Qué ridículo, dijo Abraham, eso de llamarse hermano, como si todos fuéramos una gran familia. Le hizo gracia su propia observación, por tonta y por pueril, pero no se rió porque al mismo tiempo le irritaba que aquella enfermera pensara que él podía tener algún motivo para interesarse en conocer al famoso personaje. El hermano en cuestión se llamaba Esteban y era mexicano, lo que ya de entrada no auguraba nada bueno. De todas formas, como no tenía nada mejor que hacer Abraham se presentó a la famosa reunión organizada por el hermano Esteban en una de las salitas de descanso del hospital. Lo primero que sorprendió a Abraham fue el hecho de que viniera tanta gente. Más de la que él esperaba en todo caso, sobre todo teniendo en cuenta que se trataba de un hospital y, por lo tanto, de un espacio de acceso restringido. Es decir, que no era aquélla una reunión pública abierta, a la que hubieran podido venir, qué se yo, los vecinos, las tías del conferencista, ese tipo de gente. Habría alrededor de treinta personas, lo que francamente, en las circunstancias, constituía una multitud. Un hombre estaba de pie en el centro de la salita. Era bajito y algo cuadrado de hombros, aunque sin llegar a ser gordo. También era muy moreno, de un moreno

brillante, casi relampagueante. Como solía hacerlo siempre, el hermano Esteban dedicó unos minutos a presentarse a sí mismo. Abraham supo así que el padre del hermano Esteban había sido un espalda mojada, un ilegal como quién dice, y que el propio Esteban había nacido en los *States*, y que tenía tres hermanos y tres hermanas, todos ellos vivos y trabajando gracias a Dios. Tras muchos traspiés de los que no venía al caso hablar el hermano Esteban había logrado obtener su *Green Card* y era ahora legal, un americano con todas las de la ley. Pero, dijo el hermano Esteban levantando el dedo índice, como quien se aprestara a decir algo crucial, o admonitorio, pero, repitió, uno nunca debe negar sus raíces, y por eso yo sigo siendo mexicano, y si Dios quiere un día volveré a ese que es mi país, no para quedarme, sino de visita, para conocerlo mejor, porque es muy feo eso de no pisar nunca el suelo que vio nacer a los abuelos de uno. A Abraham le pareció que los presentes se contenían para no aporrear al hermano. Reparó entonces en que la mayoría eran rubios, de apariencia respetable y entrados en años, la clase de gente que seguramente votaba por los conservadores y a quienes no debía agradarles nada que un exaltado mexicanito les viniera con esas arengas a ellos, que seguramente tenían prisa por salir del hospital para poder seguir viviendo tranquilamente de sus pensiones. Luego el hermano Esteban dijo que era un hermano renacido, y que estaba feliz de compartir ese renacimiento con los ahí presentes, y que también, si Dios quería, esperaba que éstos pudieran encontrar también a Dios, amén. Varios de los presentes respondieron amén y el hermano Esteban sonrió satisfecho. Aquí en esta tierra de Norteamérica, dijo entonces, Dios me encontró. Eso es lo único bueno, y es suficiente. Dios me encontró, dijo, y no yo encontré a Dios, como hubiera sido lo esperado, o lo normal,

pensó Abraham. Era como si él fuese una cosa pequeñísima, un botón, una aguja que se había perdido en un pajar. Un pajar en donde Dios lo había encontrado. Como si le hubiera leído la mente el hermano Esteban lo miró, o a Abraham le pareció que lo miraba sólo a él, aunque bien podía ser que se tratase del efecto de la forma constante en que el hermano se movía, cambiaba de lugar, y le hablaba ya a uno ya a otro de los presentes. ¿Cómo puede habersele perdido algo a Dios?, se dirán, ¿cómo, a menos que Él lo hubiera deseado, que Él lo hubiera sabido desde el principio de los tiempos? Pues bien, tienen razón: Dios lo sabía. Dios quiso que me perdiera, y luego me encontró. En la doliente concurrencia de enfermos y de convalecientes algunos asintieron. Otros recogieron sus botellas de suero y de plano se volvieron con pasos muy cortitos, muy breves, hasta sus habitaciones. A Abraham, que no se sentía nada bien aquel día por efecto del incidente con su madre, y también por los medicamentos, aquellas palabras lo impresionaron.

La congregación a la que se unió Abraham tras salir del hospital se llamaba la Iglesia de Belén de Cristo en la Tierra y su sede, contrario a lo que pudiera pensarse, no abarcaba la Tierra entera, y ni siquiera un continente, o ya de pérdida un país. En realidad la sede de la iglesita ni siquiera estaba en Canadá, sino en los Estados Unidos, en McAllen para ser precisos. Algunos de sus miembros eran enviados en una suerte de misión a lugares remotos, le contaría después el hermano Esteban a Abraham, y a éste le hizo gracia que Halifax fuera considerado remoto, en la misma categoría que Phon Phen o que cualquier aldea perdida a las afueras de Tegucigalpa. Todavía estando en el hospital Abraham asistió puntual y diligentemente a todos y cada uno de los sermones del hermano Esteban, y justo el

día anterior a que lo dieran de alta aquél, a quien no había pasado desapercibida la presencia constante y atenta de aquel hombre rubio de rostro arisco, lo abordó: Hay un lugar para ti en la casa del Señor, le dijo. Abraham hubiera agradecido que el hermano no utilizara aquella retórica evangélica, pero asintió de todas formas. Sabía, intuía que ya no tenía nada que hacer en Halifax, así que aun antes de que aquél le propusiera venir con él a McAllen, Abraham ya había tomado su decisión. Así se lo hizo saber al hermano Esteban mientras ambos salían juntos del hospital, a lo que éste respondió que sólo Dios podía ver lo que hay reservado en el destino de los hombres, y que sólo Él tomaba las decisiones. Abraham no entendió o no quiso entender lo que éste quería decir.

Bienvenido a la casa del Señor, le dijo el hermano Esteban al llevarlo por primera vez al templo. Templo y no iglesia, recalcó el hermano Esteban, porque eso, la Iglesia, era otra cosa. ¿Cómo otra cosa?, pensó Abraham, que no tenía la más mínima cultura religiosa porque en ese sentido, justo era decirlo, su madre, pese a ser irlandesa, había sido más bien negligente. Pensó un instante en ella, en cómo la había tratado y en que ni siquiera le había dicho adiós, y se prometió que en cuanto pudiera le escribiría. Luego, volviendo al asunto de la diferencia entre el templo y la iglesia el hermano Esteban dijo que era preciso no confundir las dos cosas, porque una era eterna, o infinita, y la otra era efímera y mundana. O quizá lo dijera al revés, la verdad era que Abraham no había seguido muy de cerca la explicación, ocupado más bien en evaluar su nuevo entorno. Ya irás aprendiendo, agregó el hermano Esteban ante la mirada desconcertada de Abraham. O tal vez dijo creciendo. Que ya iría creciendo. El templo estaba, como era de esperarse, o como debió habérselo esperado

Abraham, en un barrio de mexicanos. La primera impresión de Abraham fue muy mala. Más que templo aquello parecía una capilla, o ni siquiera eso, porque no era más que un cuarto lleno de sillas plegables de plástico negro. Al frente se erguía lo que parecía no un púlpito ni un altar, sino más bien un atril, uno de esos que usan los directores de escuelas primarias en sus ceremonias de fin de cursos. Quizá hubiera también un micrófono, aunque en ese momento Abraham no lo vio. Un par de ventanas cuadradas completamente ordinarias dejaban pasar desde la calle una luz monocroma. No es muy elegante, dijo el hermano Esteban no a modo de disculpa, sino como una afirmación, como si dijera “esto es rojo”, o “esto es azul”, o “esto es McAllen”. Sólo en ese momento Abraham se dio cuenta de que Esteban hablaba un inglés chapuceado. Extraño, pensó, para alguien que en realidad se crió aquí. Se le ocurrió entonces que el hermano Esteban en realidad no era americano. Que pese a lo que les había ido a contar al hospital en realidad no era sino un mexicano más, un mexicano cualquiera, no porque lo pensara y lo sintiera de corazón, como él decía, sino porque no era verdad que tuviera *Green Card* ni que su padre hubiera venido a los Estados Unidos hacía mucho tiempo. Se lo imaginó niño, o tal vez adolescente, saltando la valla que separaba ambos países, o quizá cruzando el río Bravo a nado, como había visto en la televisión que hacían los migrantes ilegales, y se imaginó a su padre, no al suyo sino al de Esteban, gordo, moreno, tratando de escaparse de la migra mientras le gritaba a su hijo algunas palabras en español y éste miraba hacia atrás con ojos desorbitados por el pánico. En pocas palabras, se dijo Abraham, este tal Esteban bien podría no ser más que un estafador, y yo el incauto que ha caído en sus garras.

Pese a las sospechas de Abraham la congregación resultó verdadera. También resultó ser una de aquellas iglesias en donde las alabanzas se hacían a gritos, con gesticulaciones y con llanto, y en donde a veces alguno que otro hermano era bendecido con lo que Esteban llamaba el don de lenguas. Es un don del Espíritu Santo, dijo éste, y afortunado es el que lo recibe. A Abraham desde el principio le desagradaron aquellas manifestaciones que no sabía muy bien si clasificar del lado de lo teatral o de lo absurdo. Al mismo tiempo, cada vez que aquello ocurría, cada vez que en una de esas ceremonias orquestadas a veces por el propio Esteban, a veces por algún otro hermano que se le parecía atrocemente, alguien caía al suelo y se lanzaba a proferir aquella jerigonza ininteligible, en medio de ese galimatías de la confusión, Abraham sentía un discreto pero certero escalofrío en la nuca. Había algo de maligno en ello, le parecía. Algo de siniestro en el hecho, por ejemplo, de que nadie pudiera entender lo que los otros decían, o pretendían decir, o fingían decir. ¿De qué sirve enunciar algo que nadie más entiende?, se decía. ¿Una lengua que no es lengua puede llamarse tal? ¿Unas palabras que no tienen significado pueden, y sobre todo, *deben* ser escuchadas por alguien? En una ocasión le planteó sus dudas al hermano Esteban, quien después de mirarlo como si Abraham hubiera perdido el seso simplemente le respondió que desde luego Dios sabía lo que aquello quería decir, porque Dios lo sabía todo. Aquella explicación, lejos de satisfacer a Abraham, lo llenó de enfado. Si Dios conoce el significado de lo que se está diciendo en esta sala, se ponía a pensar a veces de manera automática en cuanto uno de los fieles empezaba a hablar en lenguas, si Dios conoce ese significado, y si incluso al conocerlo le niega esa verdad, esa evidencia a los demás, Dios debe ser un egoísta, o por lo menos un fanfarrón. O quizá no

sea Dios en absoluto, concluía. Quizá Él mismo no lo entienda y entonces quiere decir que hay algunas cosas, *una* cosa al menos, que escapa a su poder. ¿Pero qué tonterías estoy pensando?, se recriminaba entonces y volvía a sumergirse en el ritmo de aquella ininteligible letanía.

Gracias a una recomendación del hermano Esteban (que por lo visto no solamente no era un fraude sino que era querido y respetado por los miembros de la diócesis local, y hasta tenía sus conexiones en otras denominaciones religiosas) varios años más tarde admitieron a Abraham en el Seminario Internacional de la Madre del Redentor, en Dallas. Busca, busca y encontrarás, le dijo Esteban a guisa de despedida después de reconocer que aquel hombre no se había hallado, después de todo, en su pequeño grupo de oración, pero reconociendo al mismo tiempo lo que él consideraba su innegable vocación religiosa. El Seminario también era pequeño, y estaba ubicado al final de una calle muy larga y árida bordeada por automóviles en diversos estados de abandono. Aquello de “Internacional” hizo pensar a Abraham, en un primer momento, que seguramente en el seminario encauzaban vocaciones de gente que no era nacida en los Estados Unidos de América, y la idea de estar rodeado de extranjeros (de extranjeros que buscaban a Dios, además) le hizo cierta ilusión. Quizá en parte por eso se sorprendió al constatar, a su llegada, no sólo que él era el más viejo de todos los seminaristas, sino que salvo él mismo todos los demás eran americanos, y no podía concebir que su sola presencia diera como para internacionalizar absolutamente nada. Luego se enteró que aquello de internacional se refería más bien a la doctrina del seminario, que era de corte misionero. ¿Significa que iré a África?, preguntó Abraham al superior el día de la

entrevista inicial. Aquél le arrojó una sonrisa benevolente: Dios está en todos lados, hijo, no solamente en África, y las misiones están lo mismo allá que aquí. Aquello, que no era ni un sí ni un no, angustió sobremanera a Abraham. Francamente, éste no tenía espíritu alguno de aventura y no podía imaginarse a sí mismo predicando desde una canoa y rodeado de caníbales. Durante varios días aquella idea le quitó el sueño. Luego conforme se acostumbraba a su rutina simplemente se fue olvidando de ella.

El Seminario Internacional de la Madre del Redentor seguía las directivas de la doctrina neocatecúmena, que todos identificaban por las siglas NCW (Abraham no estaba seguro de qué significaban), o llamaban simplemente “La Vía”. En un grueso libro que tenía obligación de conocer a la perfección para el momento de su ordenación Abraham leyó, entre muchas otras cosas, que el fundador de dicha doctrina era un español apellidado Argüelles al que todos llamaban por el poco solemne apodo de Teto. El tal Teto, además, pintaba iconos. Un pintor que evangeliza, eso sí que es interesante, pensó. En las páginas centrales del libro podían verse reproducciones de algunos de los iconos que Teto Argüelles pintara, y al verlos Abraham reconoció enseguida una de las imágenes que colgaba en el muro frontal del vestíbulo de la biblioteca del propio seminario. Como la mayoría de las fotografías, se trataba de una virgen que imitaba, modernizándolo, el estilo bizantino, es decir, un estilo religioso, sí, pero de figuras humanas hieráticas, de expresión acartonada y sin movimiento. La virgen en cuestión tenía la mano extendida con dos dedos doblados, como dando una bendición. En el libro decía también que Argüelles había iniciado su labor en los barrios bajos de Madrid, y que de ahí había marchado

hacia Roma, en donde su doctrina cobraría vuelo con la venía de un arzobispo cuyo nombre a Abraham no le sonaba de nada. Luego, la doctrina de La Vía se había consolidado, por así decirlo, entre los muros de una supuesta Iglesia de los Santos Mártires Canadienses. Qué coincidencia, pensó Abraham al leer esto último, los Mártires Canadienses. Se preguntó dónde estaría esa iglesia, pero el libro no lo decía. Luego se dio cuenta con cierta decepción de que no tenía idea tampoco de quiénes podían ser esos dichosos mártires. Lo que es más, estaba más que seguro de no haber jamás oído de su existencia. Reflexionó en ello algunos minutos, pero no, en definitiva era la primera vez que los escuchaba mencionar.

¿Por qué le dio al reverendo Abraham por venirse a meter a un manicomio? Qué más daba que lo llamaran como lo llamasen, asilo, centro psiquiátrico, hospital para enfermos mentales, en el fondo el reverendo bien sabía, como todos los demás, de lo que se trataba, poco importaban los retruécanos semánticos que se utilizasen para nombrarlo. El lugar era lo que era y ya. Pensamos que te interesaría porque tú eres de Halifax, le había dicho una noche el superior del seminario con una amplia sonrisa en el rostro, como si le estuviera ofreciendo las llaves del mismísimo cielo. El *Hogar para enfermos mentales White Bay* necesitaba un asistente espiritual. Al reverendo Abraham aquel mote le hizo gracia. Ciertamente él había sugerido que quizá lo asignasen a una prisión, dados sus antecedentes (que nunca tuvo intención de esconder), pero ¿a un manicomio? Y lo de volver a Halifax en realidad le era indiferente, sobre todo ahora que su madre estaba muerta. Cuando preguntó que quiénes eran los otros candidatos al puesto el superior le respondió, encogiéndose de hombros, que no había nadie más. El reverendo aceptó que se inscribiera su nombre en la lista

de candidatos al puesto porque en honor a la verdad no tenía ninguna otra opción, y porque sabía perfectamente que de alguna manera tenía que ganarse la vida ahora que se acababa de ordenar. Unos meses después recibió con más resignación que alegría la noticia de que había obtenido la asignación. Un asistente espiritual para los dementes, se repitió mientras hacía sus maletas y empacaba sus escasas pertenencias. Luego, mientras cruzaba el país de regreso al Canadá en aquel viejo autobús de la *Greyhound* sospechó (no por primera vez, ciertamente) que, como había sido el caso de su propio padre, él mismo estaba quizá un poco loco, y que esa locura, o algo de ella al menos, le había sido heredada y esperaba el momento oportuno para aflorar, y que ese momento había al fin llegado. Mientras miraba por la ventanilla incluso se le ocurrió, por espacio de un segundo breve y aterrador, que al fin iba justo al lugar que le correspondía. Por un instante sintió algo muy parecido al pánico, pero luego se puso a rezar y terminó por tranquilizarse. Al final cerró los ojos y se puso a pensar que aquello debía ser parte de los designios de Dios, quien por alguna razón que aún no le era revelada quería quizá, en su infinita omnisapiencia, que el reverendo naufragara, que se perdiera, tal y como solía decirlo el hermano Esteban. Sí, eso debía ser. Dios quería que se hundiera, así fuera de aquella improbable forma, en los indómitos mares de lo absurdo.

Desde el principio al reverendo le pareció que el Hogar *White Bay*, como se le conocía oficiosamente a la institución en donde ahora trabajaba, era un lugar inquietante. No solamente estaba en el punto más apartado de la costa de Halifax, que ya de por sí no era precisamente vivaz, sino que se encontraba lejos de toda zona residencial, lejos de los muelles, lejos de las tiendas, lejos de todo, enclavado en un risco de mediana

elevación que daba la ilusión, al mirarlo, de ser un enorme monolito de basalto cuyas cúspides colgaran del cielo, una imagen que en algo hacía recordar a los castillos transilvanos que Abraham viera en algún filme de horror. El reverendo concluyó tras alguna reflexión que aquella ilusión se debía sin duda a la inmensa soledad del sitio. Para llegar a él era preciso transitar por una carretera estrecha que se desprendía de la autopista, una especie de rama muerta que desembocaba en ningún lado, y cuya última y única parada era la reja de entrada al hogar. Si alguien circulaba por ella era, pues, lógico preguntarse si el conductor iba hacia *White Bay* (lo que era improbable) o si se había extraviado (lo que era muy posible). En el primer caso cabía preguntarse a qué venía esa persona a *White Bay*. Si se le veía compungido o indiferente era factible pensar que quizá tuviera algún pariente internado allí. Si se le notaba compungido era que el pariente tenía poco de haber sido admitido, que quizá se tratara de un caso reciente, una locura acaso repentina, porque entonces el visitante en cuestión muy probablemente mantendría aún cierta esperanza de que se tratase de no más que un episodio de demencia pasajera, y quizá hasta podía razonablemente suponerse que su familiar, o amigo o lo que fuese volvería muy pronto a ser el de antes. Por el contrario, si al visitante se le veía indiferente era muy probablemente un signo de que el paciente no tenía poco de haber sido ingresado y entonces aquella máscara de indiferencia ocultaba, en realidad, una apabullante resignación. Todo esto se lo contó al reverendo Abraham y a guisa de anécdota el guardia que lo condujo hasta la oficina del médico en jefe el día de su llegada, un tipo flacucho de fuerte olor a nicotina y rostro patibulario. Al principio el reverendo Abraham desconfió enormemente no sólo del hombre aquél, sino de su relato, pero no pasó mucho

tiempo antes de que se diera cuenta de que dicho relato reflejaba con extraordinaria precisión la situación del lugar. No tardó mucho tampoco en constatar que cuando llegaba alguna persona de visita casi siempre era del segundo tipo, lo que por otro lado le pareció explicable dado que la mayoría de los pacientes de *White Bay* llevaba muchos, muchos años ahí.

Además de la mole principal, un edificio de planta extrañamente pentagonal, de muros altos y descascarados que en algunos tramos estaban cubiertos de hiedras (¿cómo era posible que estuvieran cubiertos de hiedras solamente por tramos?, pensaba el reverendo. Misterio), había otros dos edificios o alas menores, más convencionales e igualmente viejos, aunque de una sola planta. En el edificio pentagonal estaban las oficinas de la dirección (aquellas en donde lo recibieran), además de las oficinas administrativas y la clínica propiamente dicha, es decir, ahí en donde el reverendo Abraham suponía que los médicos debatían o auscultaban a los enfermos, o hacían lo que fuera que hiciesen los médicos de los locos. Le informaron que en la parte superior de éste mismo edificio existía una capilla, pero cuando éste pidió con un cierto (y en todos sentidos inadecuado) tono de autoridad las llaves para acceder a tan sacrosanto lugar, el guardia patibulario lo miró como se mira a un mendigo: está cerrada, le dijo. El reverendo arqueó mucho las cejas: ¿Cerrada? ¿Cómo cerrada? Pues cerrada, cerrada con llave. En realidad aquella capilla no se usaba, le explicó, porque aquí la naturaleza de las afecciones de los internos hacía desaconsejables las aglomeraciones, los conciliábulos, las tertulias y todo lo que pusiera juntos a más de dos locos a la vez. Al escuchar aquello a la mente del reverendo vinieron escenas de aquella película de Jack Nicholson (que vio, por inverosímil que parezca, estando en prisión) en donde los

locos organizan una fiesta, meten prostitutas al manicomio y se roban un velero. También se acordó de que al final Jack Nicholson terminaba lobotomizado. Es por seguridad, no vaya a pensar mal, le aclaró el guardia, que de pronto le pareció un guardia infinitamente ilustrado, un verdadero intelectual venido a menos que, por algún capricho del destino, se veía condenado a pasar sus días en labores menos dignas. Sí, claro, en eso pensaba justamente, respondió el reverendo mientras sentía, quién sabe por qué, que los pelos se le ponían de punta.

En las otras alas se alojaban los internos y también el personal, y era ahí, por lo tanto, que se alojaría desde ahora también el reverendo Abraham. Su cuarto era todo lo austero que podía esperarse del cuarto de un hospital psiquiátrico: una cama, una pequeña mesa y una silla, más un minúsculo closet empotrado en la pared, un clóset que, cerrado, daba la falsa impresión de ser una entrada. ¿Una entrada a dónde? Quién sabe. La entrada de una cripta, quizá. Los muros del cuarto eran blancos, y la puerta era de metal. Una minúscula ventana permitía la entrada de aire y de un poco de luz. Al fondo estaba el baño, un cubil en donde apenas y cabía el retrete. Las regaderas estaban del otro lado, al final del pasillo, y eran de uso común entre los empleados de guardia aunque, eso sí, estaban separadas por sexos, lo que resultaba un tanto absurdo dado que todos los empleados permanentes, los que pernoctaban ahí, es decir, eran, sin excepción alguna, varones. No que no hubiese mujeres en *White Bay*. Las había, y una que otra incluso era bonita, pero se trataba casi siempre de enfermeras del turno de día, o de secretarias. En cualquier caso, de mujeres que abandonaban el hogar una vez caída la noche, antes de esa hora de ser posible. Quizá en parte por

esa razón desde el principio al reverendo Abraham le dio la impresión de haber entrado en un templo de clausura, como si fuese un monje benedictino del siglo XIV, aunque para ser sinceros no estaba muy seguro de cómo sería la vida en ese tiempo, ni si los monjes benedictinos vivirían en lugares así. Seguramente no, pensó. Seguramente vivían mucho, mucho peor. De entre todos los puntos arquitectónicos del complejo, por llamarle de alguna forma, era la entrada principal del edificio central la que más acusaba una apariencia monacal. Parecía, sin más, la entrada de una iglesia. No tardó en enterarse el reverendo, con gran sorpresa, de que de hecho así era: *White Bay*, le informaron, había sido alguna vez un templo presbiteriano que al caer en desuso había sido desamortizado y reconvertido en hogar para enfermos mentales. Aquello había ocurrido hacía mucho tiempo, antes incluso de que se construyera y luego se deshabilitara la capilla, y mucho antes de construir las otras dos alas. Por lo visto, concluyó el reverendo, el sitio era mucho más antiguo de lo que parecía. Otra de las cosas que el reverendo descubrió durante sus primeras semanas en el lugar fue el hecho de que muchos de los empleados parecían pronunciar con sorna la palabra *hogar*. Con sorna, o con amargura. En todo caso, con muy poca convicción. Seguramente, pensó el reverendo, encuentran el vocablo no solamente inadecuado, sino engañoso, quizá hasta insultante. La primera reacción del reverendo ante ese descubrimiento fue pensar que aquellas personas tenían muy poca fe. Que no reparaban que en donde quiera que uno esté, está Dios, y que si uno tiene fe a cualquier lugar en donde Dios esté se le puede llamar hogar. Luego, al ir pasando los meses esa primera convicción se fue apagando, y una mañana el reverendo simplemente se levantó con la certeza de que si él no fuera un religioso probablemente la

pronunciaría con el mismo dejo de ironía que todos los demás empleados. Sí, se dijo, estaría de acuerdo con ellos en todo, en absolutamente todo.

La tarea del reverendo Abraham en el hogar *White Bay* era sencilla, sencillísima, al punto que algún malintencionado o algún envidioso (que de ambas especies los había, y de sobra, en este medio de trabajo como en cualquier otro) bien podía preguntarse si de verdad se requería para ello una formación o una acreditación particular. Al mismo tiempo y si quería verse de otro modo su labor era tremendamente complicada, diríase casi imposible. El reverendo Abraham Jones debía llevarles a los internos un poco de paz. Así estaba estipulado en su contrato, aunque el reverendo prefería traducir aquella frase un tanto enigmática en la más asequible tarea de acercar los enfermos a Dios. O dicho de otra forma, debía hacerles ver a los internos que en este mundo que los trataba tan de la mierda, y que pese a que sus familiares fueran tan hipócritas, o tan de plano ingratos y de mal corazón como para venirlos a abandonar a un asilo (aquí no cabía la palabra hogar) Dios, por su parte, no los había abandonado. Tenía que hacerles ver a aquellos miserables que el silencio de muerte, ese silencio indómito que pendía sobre sus cabezas al caer la noche no era ni indiferencia, ni la mudez de su propia locura, sino el ojo de Dios, un ojo secreto, negro y exánime, pero siempre atento, un ojo que pese a que la realidad indicara lo contrario no dejaba de ser el ojo de un ser misericordioso y bueno. Claro, aquello era más fácil de decir que de hacer, infinitamente más sencillo en la teoría que en la práctica. La primera vez que lo intentó, el reverendo vomitó. Atribuyó aquella reacción un tanto desmedida, cierto, a las altas expectativas de la tarea, por lo que en los días que siguieron se dio a la labor

de reformular su cometido, así fuera mentalmente, cosa que logró diciéndose que por el momento debía conformarse con rezar con los internos. Luego, sustituyó el *con* por un *por*. Así lo hizo, y las siguientes veces sólo sintió náuseas, lo que sin ser agradable era ya algo. Representaba sin duda un progreso, se dijo. Sí, una mejoría notable.

No obstante sus esfuerzos, durante algunos meses el reverendo Abraham se siguió sintiendo terriblemente descolocado. Poco a poco dejó de sentir náuseas, pero se sentía fuera de su ambiente. No que tuviera un ambiente, o que lo hubiera tenido antes. O quizá ambiente no fuera la palabra adecuada. En todo caso, se sentía perpetuamente, o casi perpetuamente apesadumbrado. Nunca había sido una persona jovial, cierto, pero desde su adolescencia y desde el periodo pasado en prisión no se sentía tan mal. En las mañanas después de levantarse, cuando caminaba por los largos pasillos del asilo, sentía que le faltaban las fuerzas necesarias para encarar su tarea. Esa sensación de cansancio no disminuía una vez que finalmente se decidía a empezarla sino que, por el contrario, aumentaba hasta alcanzar un paroxismo de fatiga que solamente amainaba un poco llegada la hora de la cena. Una tarde el reverendo se asomó a una de las celdas y vio a uno de los internos, un ser lastimoso que gritaba y babeaba empapando su camisa de dormir con sus propias secreciones. Un enfermero llegó, lo reprendió y procedió a limpiarlo. Entonces, en súbita revelación, el reverendo entendió qué era lo que le molestaba: sentía que aquí, en este lugar, predicaba a quien no podía nutrirse del alimento de sus palabras. ¿A quién engañaba? Esos miserables estaban o bien dejados de la mano de Dios, de manera que era inútil tratar de hacerles ver la luz, o bien estaban tan cerca de éste que ya no les hacía falta

ningún guía. En todo caso, era obvio que su labor era estéril, o en todo caso redundante. Se dio cuenta también de que cada uno de esos seres era un poco como su madre (y quizá también como su padre), a quienes había, si no abandonado, sí rechazado, así fuera implícitamente. Después de aquel descubrimiento el reverendo se sintió más tranquilo, casi en paz, y por paradójico que parezca sólo entonces pudo asumir su tarea de manera medianamente eficaz, con más bríos al menos, como si aquel reconocimiento fuera, por así decirlo, el primer paso hacia su definitiva redención. Quizá Dios de verdad lo estaba probando. Quizá Dios quería hacerle saber que siempre encontraba vías para hacer sentir su presencia, incluso a las bestias, a las plantas, a los invertebrados y a los granos de mostaza. O quizá ese mismo Dios le pedía que fuera humilde, que aceptara la inutilidad de su labor y que se regocijara en ella. Así pensó el reverendo durante un par de meses. Luego sencillamente terminó por acostumbrarse, por habituarse, por así decirlo, a la locura, a la sinrazón que le rodeaba, por verla como se puede mirar una pintura muy fea que está colgada en el salón de nuestra propia casa, una contemplación del horror que, sin embargo, ya no nos saca de nuestras casillas y que, más importante aún, ya no afecta nuestro balance. En otras palabras, el reverendo empezó a volverse, como les pasa a muchos de los que laboran en esos medios, un tanto indiferente a los numerosísimos y variados sufrimientos que lo rodeaban. Tras alguna reflexión el reverendo concluyó que dadas las circunstancias aquella normalización suya ante el dolor era, vista llanamente y sin sentimentalismos, lo mejor que podía haberle pasado.

Durante muchos meses cada vez que el reverendo Abraham visitaba a sus internos les decía que confiaran en Dios.

Extrañamente, cada vez que lo hacía se le reseca un poco la boca. No mucho, solamente un poco. No entendía por qué. Era automático. Pero esa sensación casi siempre se le pasaba con un trago de agua que tomaba del gran garrafón de la entrada. Era un garrafón enorme, que cada vez que se usaba emitía un gorgoteo inquietante, un gorgoteo y dos grandes burbujas que subían a la superficie, como si ahí abajo, en el fondo de aquel contenedor de plástico se estuviera ahogando alguien, o como si en ese preciso momento, en el momento preciso en que el reverendo tomaba agua, un minúsculo ser, una especie de forúnculo humano exhalara allí dentro su último suspiro. Un día Abraham tuvo la tonta idea de que Dios le revelaba su presencia en esas burbujas. ¿Por qué no? Era ésa una revelación humilde, un tanto burda si se quiere, pero era una revelación al fin y al cabo. Una señal de la magnánima presencia divina. A partir de entonces el reverendo adoptó el hábito (que cuidaba muy bien de no hacer manifiesto a nadie) de inclinar imperceptiblemente la cabeza cuando se acercaba al garrafón, especialmente al salir de cada una de sus visitas. Entonces, en ese momento, tras tomar un sorbo de agua estaba listo para entrar a la siguiente celda, en donde repetiría las mismas palabras, después de lo cual, si todo iba bien, Dios se le revelaría otra vez.

Muchas de las cosas que tenían que ver con su pasado, o la mayoría de ellas, o casi todas a decir verdad, el reverendo Abraham las recordaba poco. En realidad no las recordaba casi nunca, o al menos no las había recordado durante los años en el Seminario Internacional, ni tampoco durante todo el primer año que pasó en *White Bay*, ni tampoco durante el segundo. Entonces, de pronto, los recuerdos se le empezaron a acentuar, cosa que ocurrió justo al mismo tiempo en que llegó

al asilo el nuevo interno. Haría de eso un mes, o poco menos. El reverendo no estaba seguro, aunque bien hubiera podido saberlo con certeza de haberlo querido, porque habría bastado con ir y preguntarle a Sue. Sue era la recepcionista, y además de ser muy metódica (y bonita) siempre tenía los archivos en orden. Sabía quién entraba y cuándo, quién visitaba a quién y qué relación de parentesco mantenían, en fin, todo lo que era preciso saber sobre el movimiento del hogar. Hubiera bastado, pues, con ir y preguntarle cuándo habían traído al nuevo paciente. Ella miraría al reverendo, le sonreiría (Sue casi siempre sonreía) y se lo diría. No le extrañaría en nada que el reverendo preguntase, porque para eso era el reverendo y debía estar al pendiente del destino de sus ovejas. No se lo negaría tampoco porque, aunque pensándolo bien en realidad no era de la incumbencia directa de un director espiritual andar metiendo las narices en asuntos de orden más bien administrativo, asuntos que, en el fondo, algo o mucho tenían de confidencial, mal se vería ella, pobre secretaría, diciéndole que no al intermediario de Dios. No traían muchos internos últimamente. A decir verdad, que el reverendo recordara éste era el primero que llegaba desde que él iniciara su labor en dicha institución. Nada más pensarlo aquello le pareció ya de por sí extraño. Luego se dijo que quizá sí habían llegado más internos y él no se había dado cuenta. Aquella posibilidad le horrorizó, en parte por el descuido que ello significaría de parte suya (después de todo era su deber interesarse en aquellos seres), y en parte porque bien podía ser que hubiera por ahí internos a los que él nunca había visitado. No, esto último no era posible, se tranquilizó enseguida. Alguien se lo habría ya hecho notar, porque para eso le pagaban. En todo caso, quizá el no haber puesto atención a las caras nuevas quería decir que se estaba deshumanizando. Así solía decir uno de sus

antiguos camaradas del Seminario Internacional, un texano gordo, nacido en Austin, que lamentaba constantemente que la mayoría de los sacerdotes se hubiera deshumanizado. Ya no veían a los fieles como a personas sino como a cosas, decía, como a mercadería intercambiable, desechable. A Abraham nunca le cayó bien aquel seminarista, al que por alguna razón imaginaba como una especie de sucedáneo tardío del KuKluxKlan. Como sea, trató de repasar mentalmente su rutina del último año, como si al hacerlo pudiera inventariar a los que, para todos los fines prácticos, eran sus parroquianos, o lo que más se les acercaba. Generalmente veía a cada uno de los internos en su cuarto, se sentaba en la orilla del catre, y si el estado de los internos era más o menos lúcido (y no siempre lo era) les hacía conversación. A veces les leía algún pasaje bíblico (al reverendo le gustaba particularmente el libro de Job), pero la verdad era que más allá de aquellas tareas nunca se fijaba si se trataba de una cara nueva o de una cara vieja. No que pensase que los rostros de sus internos se parecían, o no al menos más que en cualquier otro lugar, y tampoco sería justo decir que esos rostros no le importasen en absoluto. ¿Qué era, entonces? No los miro a la cara, se dijo el reverendo con sorpresa. Igual que mi madre, concluyó. No los miro a la cara. ¿Por qué? ¿Por qué no los miraba a la cara? ¿Por qué demonios no lo hacía? Por más que pensó y pensó, no pudo dar con una respuesta.

Hubo otras señales. Por ejemplo, que el nuevo interno se llamara como él. O más o menos como él. Él mismo se llamaba Abraham, con ache intermedia, como era lo común en Norteamérica, al menos hasta donde él sabía, mientras que el nuevo interno se llamaba Abram, sin ache. ¿Qué clase de nombre era ése? El reverendo lo sabía porque el nombre

estaba escrito, como todos los nombres de los internos, en la puerta de la celda: Abram Freud. Al leer aquella tarjeta el reverendo abrió unos ojos enormes como platos. ¿Freud?, dijo en voz alta. ¿Como el gran psicoanalista? El enfermero, que en ese momento acababa de salir de la celda adyacente, le arrojó una mirada extrañada. ¿Quién?, preguntó. Sigmund. Sigmund Freud, repitió el reverendo señalando la tarjeta. Él mismo había leído *La interpretación de los sueños* alguna vez durante sus años en el seminario, y pensaba que la tesis de *Moisés y el monoteísmo* era aberrante, pero inteligente. El enfermero, en cambio, que no tenía la menor idea de quién era Sigmund Freud y que nunca había oído hablar de él, se encogió de hombros: No creo que a él le importe, agregó. ¿A Sigmund Freud?, preguntó en su distracción el reverendo. Al paciente, quiero decir, agregó el enfermero sin pizca alguna de ironía. Un caso severo de amnesia, indicó señalando hacia el interior de la celda. No sabe ni cómo se llama. El reverendo miró por la rejilla, pero el interno estaba fuera de su ángulo de visión, probablemente oculto en la esquina derecha del cuarto. Algunos internos descubrían rápidamente que ése era el único lugar en donde podían tener algo que se asemejara a la privacidad y muchos de ellos lo adoptaban como rincón preferido, sobre todo los más inteligentes y lúcidos de entre ellos. El reverendo entrecerró los ojos, pero no se veía nada. Nada, tan sólo el cuarto en penumbras, apenas iluminado por la luz glauca de la luna, que entraba por un minúsculo ventanuco elevado de menos de diez centímetros de ancho. Al reverendo por alguna razón aquella imagen del cuarto vacío, vacío pero ocupado en realidad por alguien que se llamaba como él y se apellidaba como Sigmund Freud, le causó una congoja infinita.

Aquella tarde tras terminar su ronda (así las llamaba él, y así las llamaban los médicos también, lo que en cierta forma no dejaba de ser acertado, como si ellos, los médicos y él, el reverendo, no fueran en el fondo sino las dos mitades de una única y misma tarea consistente en hacer rondas permanentes por el hogar) el reverendo pasó a ver a Sue. Quería estar seguro de cuándo había llegado el nuevo enfermo, de quién era, de por qué estaba aquí. Todavía no lo había visto, porque para su mala suerte en las dos ocasiones en que tuvo la intención de hacerlo o bien el médico o bien la enfermera se encontraban presentes, y su presencia por alguna razón lo cohibía. No siempre, pero en este caso sí. Volver una tercera vez le pareció mala idea. Hubiera resultado sospechoso. Nunca hacía ese tipo de cosas con los demás internos, y si alguno de ellos estaba indispuerto o en manos de los médicos él simplemente dejaba la visita para el día siguiente sin que eso le causara el menor resquemor. No podía empezar a hacer gala de favoritismos, o de excepciones. Los demás, pensó, no lo entenderían. Él mismo, a decir verdad, tampoco entendía por qué aquel recién llegado le causaba tanta curiosidad, pero tampoco veía nada de malo en querer satisfacerla. No obstante, al acercarse al mostrador descubrió con enfado que estaba vacío. La enfermera del turno de la tarde estaba sentada en una silla a un par de metros de ahí, y fue ella quien le dijo que Sue se había retirado temprano. No se sentía bien, agregó. Al parecer, pensó el reverendo, nadie está en su estado normal el día de hoy.

Aquella noche antes de dormir el reverendo estuvo pensando un rato en el nuevo interno mientras estaba tendido en su camastro, hecho un ovillo. Solía dormir así en determinadas ocasiones, cuando se sentía apesadumbrado o angustiado.

Lo había aprendido en prisión. Aquella posición le daba la sensación de poder evitar algo. ¿Qué?, no estaba seguro. El desmoronamiento de los cuerpos, su desintegración, una catástrofe en todo caso. La angustia de aquella noche era, empero, del todo indefinida. No que sus otras angustias no lo fueran, pero ésta lo era en particular. Había terminado su ronda temprano, había merendado en la cafetería como siempre, y se había retirado a descansar. Pero cuando se acostó con la intención de dormir, no lo consiguió. No dejaba de venirle a la mente aquella peculiar coincidencia de nombres, y el asunto de la pérdida de la memoria del interno, lo que contrastaba con la repentina aparición de sus propios recuerdos. Todo el día de hoy, por ejemplo, había tenido en la mente una imagen, una especie de instantánea. De manera harta extraña, no se trataba de una imagen de la cárcel, o del seminario, ámbitos ambos que le resultaban relativamente cercanos, sino de una playa. Una playa larga, de arena muy fina. Una playa que nadie visitaba o que al menos nadie había visitado en mucho tiempo. Lo que es peor, se trataba de una playa que aunque no recordaba haber visitado él mismo era, al mismo tiempo, inconfundiblemente una playa de Isla de Arena. La sola idea le resultó repulsiva. Tras pensarlo un poco dedujo que debía tratarse de algún recuerdo muy temprano, probablemente de un recuerdo de su primera infancia, aunque aquello no explicaba ciertamente la razón por la que dicho recuerdo se presentaba justamente en estos momentos. ¿Será que me he vuelto memorioso ahora que me he topado con un amnésico que se llama como yo?, se preguntó. La idea era, desde luego, ridícula. Al darse cuenta de la inutilidad de estar metido en la cama sin poder conciliar el sueño el reverendo terminó por levantarse, y como solía hacerlo en sus noches de insomnio (que no eran pocas) se puso a leer la Biblia. Se

detuvo un rato en aquel pasaje del libro de Job en donde Dios dialoga con Satanás, y en donde éste afirma, en respuesta a una pregunta que Dios le hace, que viene de estar rondando por la Tierra. El reverendo pensó en Satanás de pie en aquella playa desierta, un Satanás no de patas de chivo, cola bifurcada o miembro fenomenal, ni tampoco un ser peludo y de ojos de fuego, sino un hombre en apariencia normal, que contemplaba, apesadumbrado, la infinitud del mar. Y luego pensó en Dios, a quien imaginó, por el contrario, como un viejo arisco y vestido en harapos. No se trataba en ningún caso de imágenes edificantes. Al final de cuentas logró concentrarse un rato en la lectura, lo que tuvo al menos la virtud de alejar al recién llegado de su mente. Tras un rato de leer al reverendo le dio sueño, se acostó de nuevo y, ahora sí, se quedó dormido en el acto.

No fue sino dos días después que el reverendo Abraham pudo por fin ver al nuevo interno. Ese día, de manera totalmente inadvertida el reverendo inició su ronda por el extremo opuesto al habitual, o sea empezando por la primera celda a la derecha, y no por la primera celda a la izquierda, como siempre lo hacía. Ese desliz, ese error, o ese lapsus (como por cierto bien lo habría llamado Freud) era sin duda la prueba más fehaciente del súbito e innegable interés del reverendo en aquel recién llegado, cuya celda era la tercera de la derecha. La constatación de aquel error abrumó al reverendo. ¿Por qué?, se dijo, ¿por qué me interesa este hombre? El que se llame como yo, o casi como yo no basta. Estaba a punto de pasar de largo para dirigirse a su punto de partida habitual, cuando en eso el enfermero se acercó, y sin preguntarle nada metió la llave en la cerradura (las visitas se realizaban a veces, por seguridad, en compañía de uno de los enfermeros), empujó la puerta y le indicó que lo siguiera. El reverendo no se hizo del

rogar. El interno estaba tendido sobre el catre, en una posición más propia de un niño que de un adulto. Es la posición de un recién nacido, pensó el reverendo, o mejor aún, de un nonato. Eso es, se dijo, de un nonato muerto. Está dormido, reverendo, mejor volvemos más tarde, dijo el enfermero, pero el reverendo en vez de abandonar de inmediato la habitación se quedó allí, de pie, mirando al interno. Sí, estaba dormido, o desmayado, quién sabe. Igual podría haber estado en un coma profundo. Un coma de mil años. El reverendo rezó un padrenuestro de todas formas y mientras lo hacía no pudo evitar mirar todo el tiempo de reojo hacia el catre, pero por más que lo intentó no logró distinguir las facciones de aquel hombre, que tenía los brazos enroscados en torno a la cabeza en un extraño y antinatural bucle. En algún momento cuando llegaba al final de la oración al reverendo le pareció ver a través de un pequeño hueco que el interno abría los ojos un poco, apenas perceptiblemente, y que por aquella mirilla se filtraban toneladas de dolor. Pero luego, al salir, se convenció de que se lo había imaginado.

Aquella misma tarde empezó a nevar. Era el tercer invierno del reverendo desde su regreso a Halifax. El invierno anterior, en particular, había sido cruel y largo, un invierno que los había tratado con fuste. Quizá en parte por eso la visión de los copos de nieve cayendo a contraluz a través de la ventana del ala principal, una visión que de más joven solía parecerle si no poética sí al menos apacible, produjo al reverendo una gran desazón. Pronto todo se cubrirá de blanco, no se podrá caminar, pensó. Tuvo la sensación de que se quedaría allí atrapado, lo que de hecho, dado el aislamiento del hospital y la falta de transportes, no estaba muy alejado de la verdad. El año pasado apenas y había salido a la ciudad si acaso un

par de veces durante aquellos gélidos y ateridos meses invernales. Se alejó de la ventana y rogó en silencio que no se tratara más que de una nevada pasajera. Pero para la hora de la cena seguía nevando. Deprimido, el reverendo se terminó en menos de veinte minutos su escueto menú de espárragos en salsa de tomate y decidió salir a caminar al patio. Era un patio muy amplio, de grandes olmos y maples cuyas copas circulares arrojaban en verano unas sombras que a muchos se les antojaban bienhechoras, pero que ahora sólo parecían espectros, fantasmas ateridos y desnudos, condenados que esperaran acaso la sentencia final. Desde ahí el reverendo podía ver el arco de la entrada externa, un arco que daba directamente a la carretera por un lado, y al edificio principal por el otro. Caminando un poco, siguiendo un sendero de hojas secas en otoño y de tierra y lodo el resto del año, se llegaba a la parte trasera del hospital. Ahora mismo ese sendero estaba cubierto de nieve fresca, de nieve cristalina en la que las pisadas del reverendo se hundían groseramente, como si su presencia mancillara aquella blancura primigenia. Al menos no hacía mucho frío aún. El reverendo rodeó el edificio y al entrar de nuevo al ala de los internos no resistió la tentación de pasar otra vez frente a aquella celda, la celda del recién llegado. Se asomó por la mirilla y alcanzó a entrever brevemente y de frente al interno, apenas unos segundos antes de que éste le diera la espalda. Era muy joven, y eso le sorprendió. Quién sabe por qué se imaginaba a un hombre de mayor edad, a un hombre como él, que rozara la cincuentena. A un hombre que también se llamaba Abraham pero sin la ache. En eso se dio cuenta de que llevaba los zapatos llenos de nieve y de que estaba dejando un charco de agua frente a la puerta. Al alejarse no dejaba de darle vueltas en la cabeza que aquel interno que se llamaba como él quizá *no* sabía que

se llamaba así. Si su caso de pérdida de memoria era de verdad tan severo, aquello era más que plausible. Pensó en lo que sería no saber quién era uno mismo, y sintió una punzada de terror. También pensó que los ojos del interno, unos ojos negros y profundos, no se parecían a los suyos (que eran verdes), y aquella diferencia por alguna extraña razón lo reconfortó. Claro, en realidad no podía estar seguro, porque lo había visto muy de prisa. Demasiado de prisa. También pensó que hacía mucho que no se topaba en persona con nadie que se llamara como él y que fuera tan joven, además. No que esto último tuviera importancia alguna, desde luego. No, se dijo mientras se hundía en la penumbra del pasillo, no la tenía en absoluto.

En esta habitación habita un hombre, ni muy joven, ni muy viejo, se dijo el reverendo Abraham al otro día durante el que sería su primer encuentro real con aquel interno. Al instante se dio cuenta de que aquello no era verdad. El interno tendría quizá y a lo sumo veinte años, y caía entonces más bien del lado de los que eran jóvenes. Por otro lado, era difícil decir su edad, porque ahora que lo veía bien y de cerca al reverendo le pareció que aquél poseía uno de esos rostros en los que el tiempo parece no dejar huella alguna; una de esas personas que podrían ser jóvenes eternamente, o que quizá han sido viejas desde siempre. El interno era flaco, muy flaco, de facciones marcadas y de ojos hundidos. Cuando el reverendo entró aquél miraba hacia el muro, como si buscara algo en los contornos de la pintura desconchada, o como si estuviera entretenido con los reflejos del sol sobre aquella superficie de virutas de polvo y de mugre. Él no sabe que estoy aquí, se dijo el reverendo. Y tampoco sabe que él lo está. Ignora, en suma, que ambos estamos en un hospital mental al lado del mar. Aquella idea le pareció horripilante. Abraham, le dijo. Se

llama Abram, se corrigió enseguida, como si aquello hiciera una gran diferencia, como si la forma en que el interno lo ignoró se debiera a aquella minúscula variación ortográfica y vocálica, que bien vista ni siquiera era variación, o no mucho, no si se le pronunciaba rápido y a la americana. Abram, dijo. Éste lo miró entonces, y era ésa una mirada glacial, helada. Una mirada en la que al reverendo le pareció también que anidaba un miedo muy grande, un miedo antiguo. El reverendo no supo qué decir, así que hizo lo que hacía de costumbre: le dijo que confiara en Dios. Esta vez la garganta se le volvió papel de lija, así que se apresuró a balbucear una rápida oración, súbitamente deseoso de abandonar aquel cuarto enseguida. Cuando salió de ahí corrió a tomar su sempiterno vaso de agua, pero el garrafón estaba vacío.

¿Cómo encontrar un calificativo? ¿Cómo darle adjetivos a lo que no debería tenerlos? ¿Cómo recuperar la memoria de lo que por tanto tiempo se ha enterrado? Aquella noche el reverendo escribió estas y algunas otras preguntas en una vieja libreta en la que nunca escribía nada, no por desidia, sino porque no le parecía ser hombre de palabras escritas. Eran preguntas sin sentido, que se le ocurrían de pronto. Preguntas que tampoco tenían respuesta. En el principio, fue la isla, anotó. Y la isla se hizo agua, y el agua volvió a Dios. Y Dios, que es omnipresente, se volvió agua también. Y luego Dios creó los peces y los arrojó al agua. Y del limo que se formaba de la mezcla de la tierra y del agua hizo al hombre. Y ese hombre se llamaba Benjamín. Y Benjamín tomó por mujer a Esther. Y de la unión de Esther y de Benjamín nació un niño, al que pusieron por nombre Abraham. Y Abraham olvidó. Y luego, volvió a recordar. ¿Y quién demonios son Benjamín y

Esther?, se dijo el reverendo, y enojado consigo mismo arrancó la hoja, la rasgó por la mitad y echó los pedazos a la basura.

Al otro día en la mañana lo despertó el ruido de alguien que llamaba a su puerta. Por regla general nadie lo molestaba antes de la hora en que empezaba su ronda, sencillamente porque su presencia no se requería para nada urgente, como si el consuelo espiritual siempre pudiera esperar para después, como si fuera una de esas cosas que son accesorias, casi cosméticas. Se trataba, pues, de algo inusual. Abrió de inmediato, todavía en pijama, y se encontró con uno de los enfermeros, un joven pelirrojo con el rostro cubierto de acné, quien le dijo que uno de los internos quería confesarse. Tuvo una crisis anoche, explicó, y quizá tiene miedo. Eso fue lo que dijo el enfermero: miedo. El reverendo se vistió y se dirigió de inmediato al ala este del edificio. Hacía frío, porque los viejos muros del asilo dejaban pasar el invierno, permitían que el muy ingrato se instalara en los corredores y en las habitaciones y ello pese (o más bien gracias a) la calefacción, más bien insuficiente y defectuosa. Si para algo hubiese que pedir presupuesto este año, eso debería ser precisamente la calefacción, pensó el reverendo, y se prometió que en cuanto pudiera se lo diría al médico en jefe. Dentro de la celda, para su sorpresa, el reverendo Abraham descubrió a un hombre desnudo. Se rehúsa a ponerse la ropa, padre, le dijo el enfermero ante su mirada interrogante. Bueno, pues con este frío no veo cómo es que le apetece andar en cueros, como a los recién nacidos, dijo él. O como a los animales, pensó. Porque eso parecía más bien aquel hombre: un animal que languidecía entre la suciedad y las moscas, atrapado en el marasmo de sus necesidades físicas y el caos de su propia mente. El enfermero, como si le hubiera leído el pensamiento,

se disculpó por el desorden reinante en la pieza. Nos hemos pasado la noche limpiando, pero de nada ha servido, dijo con un gesto de infinita impotencia. El reverendo sintió pena por aquel despojo humano, pero también por su cuidador. Sin saber por qué, se preguntó si alguna vez aquel enfermero habría deseado la muerte. Se le figuraba acaso que en medio de tanta decadencia humana tarde o temprano ese deseo terminaba por aparecer, como entre los hombres que iban a la guerra, aunque quizá ese mismo deseo, se dijo, terminara también por fundirse en el ser y en el estar presentes, en las manos llenas de tierra, en las uñas repletas de inmundicias, en los olores y colores propios del cuerpo. Otra vez estás pensando disparates, se amonestó mentalmente. Desde afuera le llegó el sonido de las campanas de una iglesia cercana. No recordaba exactamente dónde estaba situada, aunque creía que existía un pueblecito no muy lejos de ahí, del otro lado del despeñadero. Había visto el campanario el día de su llegada, pero cuando preguntó le dijeron que aquello no era realmente un pueblo, sino apenas un caserío, unas cuantas viviendas salpicadas aquí y allá al lado de un sendero de rocas. Era extraño, pues, que las campanadas de aquella iglesia fueran tan potentes. Dígame algo, padre, lo apremió el enfermero, cuyo rostro reflejaba una indefensión enorme. El reverendo miró nuevamente al pobre interno desnudo, que justo en ese momento se orinaba encima de la cama. Le pareció que ese hombre estaba muy lejos de allí, y que no se podía hacer nada por él. Por un instante sintió furia contra el enfermero, que había ido a llamarlo por nada, que lo había ido a despertar para que presenciara semejante espectáculo de degradación. Más por tranquilizar al enfermero que por otra cosa trató en vano de decirle algo a aquel espantajo, pero era como si éste estuviera sumido en un letargo insondable, en una caverna

oscura, pensó el reverendo, en un laberinto nebuloso del que ni quiere salir, ni es posible sacarlo.

El tiempo es clemente y lo borra todo, hijo, le dijo el reverendo al nuevo interno la segunda vez que lo visitó, aquella misma tarde. Enseguida se arrepintió de haber dicho aquello. Una cosa, se dijo, es que yo lo crea, y otra que sea cierto. Debe haber cosas que el tiempo no borra, pensó con pesadumbre. Y si el tiempo no las borra es que no es clemente en lo absoluto. Todo lo contrario: eso quiere decir que el tiempo es cruel, cruel y despiadado, y otras cosas que habría que describir con palabras menos suaves, con palabras que estaría mal que usara un reverendo pero que lo definirían mucho mejor. Tiempo hijo de puta, por ejemplo. Y mientras pensaba todo esto el muchacho seguía sentado frente a él sobre la cama, con las piernas encogidas y las rodillas pegadas a la barbilla. Parecía un niño huérfano, uno de esos pobres harapientos que pedían limosna afuera, en las calles, se dijo el reverendo, no aquí en el Canadá, pero sí en las calles de las ciudades del Tercer Mundo. O así se lo imaginaba él, que nunca había estado en el Tercer Mundo, pero que había visto películas y había leído al respecto y que conocía gente que sí había estado. Algunos de los hermanos mexicanos o sudamericanos de la primera congregación a la que se uniera, por ejemplo, ésos que se apellidaban Rodríguez, o Sánchez, lo que claramente indicaba que no eran canadienses, ni americanos, ni europeos (quizá fueran españoles, pero eso no contaba), por lo que no quedaba más que la opción de que fueran originarios del Tercer Mundo. Ellos con toda seguridad, se dijo, conocerían mendigos, muchos mendigos. Lo que es más, pensándolo bien, ellos mismos parecían limosneros. Por fin el interno habló: No me llamo Abram, dijo. El reverendo se sobresaltó.

Lo que más lo sorprendió en realidad, más que el hecho mismo de que el interno hablara (lo que en sí mismo ya era extraordinario dado lo que le habían contado de él), fue que éste hablara con tanta pedantería, o seguridad, o si no con seguridad sí con un tono que no denotaba respeto, ni temor, ni nada parecido. Por el contrario, era ése un tono que, en otras circunstancias, hubiera hecho que el reverendo por lo menos lo llamara al orden, no de mala manera, sino como un padre benevolente, como un padre que llama la atención a su hijo. No me llamo Abram, repitió el interno. Bueno, sí me llamo así, agregó enseguida, ya más amablemente, como si súbitamente se diera cuenta de su error. Me llamo así, pero nadie me ha dicho Abram en mucho tiempo. Saliendo apenas de su sorpresa el reverendo le dijo: Creí que habías olvidado quién eras; creí que tenías amnesia. La expresión del muchacho se transfiguró, adoptando un aire inocente, como la de un niño: Me llamo Isa, dijo sin molestarse en responder a la pregunta del reverendo. Así me dicen. ¿Isa? ¿Como en Isabel?, preguntó el reverendo arqueando las cejas. No, Isa como en Jesús, respondió el muchacho. Está en el Corán. No importa, olvídelo, agregó éste ante el silencio sepulcral del reverendo, que parecía como encerrado en una burbuja de asombro, en una burbuja que flotara ingrávida sobre la habitación y que estuviera, no obstante, a punto de estallar. En eso la enfermera entró a la habitación y el reverendo se vio obligado a abandonarla. ¿El Corán?, pensó éste al cerrar la puerta tras de sí. Quizá el muchacho de verdad no sabía quién era, se dijo. Quizá de verdad estuviera loco después de todo.

Aquella noche nevó mucho. Toneladas de nieve trémula, como si de pronto el cielo se hubiera tornado blanco y se estuviera cayendo a pedazos. Por la pequeña ventana de su habitación

el reverendo pudo ver cómo poco a poco la nieve acumulada empezaba a formar sobre todas las superficies montículos de alturas y de espesores diversos. Al fondo del exánime jardín, por ejemplo, ya no se distinguían los arbustos, y sobre las marquesinas de la ventana se levantaban varios centímetros de nieve que bloqueaban el paso de la de por sí escasísima luz de día. El reverendo se asomó, pegando mucho el rostro al vidrio. En algún sitio había leído que los esquimales podían distinguir cosas en los distintos tonos de la nieve. ¿Qué cosas serían esas?, se preguntó de pronto. Creía recordar que se trataba de signos, de señales, de pistas tal vez, pistas que les ayudaban a éstos a orientarse en las blancas estepas del Ártico. Por un instante aquella posibilidad de tener que buscar señales ocultas en un desierto blanco lo llenó de terror. Pensó entonces, quizá por asociación, en Sodoma y en Gomorra, reducidas a ceniza por la ira del Señor. Pudo casi ver el exangüe paisaje de una ciudad de casas aplastadas y cubiertas de un polvo blanquecino y humeante. Se acordó entonces de su padre, de cómo en alguna de sus múltiples locuras el hombre decía que era posible leer las dunas de arena. El reverendo no recordaba si usaba la palabra “leer”, o “ver”, o tal vez alguna otra mucho más vaga. En todo caso, según su padre la arena estaba tratando de decirles algo. Está ahí Abraham, mira, decía señalando con los ojos velados por algún sueño febril hacia la infinitud grisácea de la isla. Sólo hay que desentrañar las señales. ¿Desentrañarlas cómo? ¿Por qué? ¿Para qué? El reverendo corrió la cortina y se retiró de la ventana. Pobre de mi padre, pensó.

Fue en una visita posterior, no en la siguiente pero quizá sí en la tercera o en la cuarta, que Isa le explicó al reverendo que lo del Corán era porque había tomado la decisión de convertirse. De

eso hacía muchos años, dijo. O no tantos, admitió enseguida. En realidad haría uno o cuando mucho dos. El reverendo no le preguntó por qué quería convertirse, ni el muchacho intentó explicarlo. Lo que el reverendo sí quiso preguntarle en algún momento fue su edad, nada más para salir de la duda y quizá también porque aquel joven le parecía, justamente, alguien demasiado joven como para andar pensando en esas cosas, pero por alguna razón cambió de parecer. Nadie lo sabe, dijo el muchacho de pronto. ¿Nadie sabe qué?, preguntó el reverendo, que había perdido el hilo de la conversación. Nadie sabe lo de la conversión, aclaró. Nadie, claro, salvo yo mismo. Y Alá, desde luego. En vez de decir Dios el muchacho dice Alá, qué farsante, pensó espontáneamente el reverendo, a quien aquel detalle hizo sentir un tanto incómodo. Aunque claro, era de esperarse, pensó. Si se hubiera convertido al budismo habría dicho “lo sabemos Buda y yo”, y si se hubiese convertido al hinduismo habría quizá afirmado “lo sabemos Krishna, y Shiva, y yo”. Qué locura, se dijo, decidiendo allí mismo que no valía la pena tratar de corregirlo, o de enderezarlo, o de reconvertirlo, porque después de todo mejor era alguna fe, la que fuera, que ninguna en absoluto. Luego el muchacho cambió de tema y le dijo que lo de volverse loco no era difícil. Nada difícil, enfatizó. Es porque me pillaron. ¿En qué?, preguntó el reverendo, ahora sí verdaderamente confundido. Me pillaron, repitió el muchacho, eso es todo. El reverendo no quiso preguntar más.

Cuando Abram, o Isa, o como se llamara, le dijo al reverendo que él también había pasado su infancia en Isla de Arena éste no se sorprendió en lo más mínimo. No se sorprendió porque supo que de algo le venía la curiosidad inicial hacia el muchacho, y una curiosidad tal, tan antinatural, sólo podía

venir del hecho de que ambos compartían algo importante, algo referente, precisamente, a los orígenes. Así, aquel no sorprenderse era su manera de aceptar que él y el chico tenían algo en común, y que las coincidencias, como se decía a veces, no eran coincidencias sino designios de Dios. También pensó que desde la primera vez que lo viera había entendido que, por alguna razón que todavía no le quedaba del todo clara, Dios quería que él e Isa se encontraran, que hablaran, que él le contara algo y que éste lo escuchara. O quizá era al revés, no estaba muy seguro. Por otro lado, tampoco tenía nada de raro que un catatónico, o un esquizofrénico, o un maniaco depresivo de Isla de Arena viniera a dar precisamente a este manicomio, porque el hogar *White Bay* era el manicomio que, administrativamente hablando, le correspondía a *todos* los habitantes de aquella localidad. No, no tiene nada de raro, se repitió el reverendo, nada en absoluto. Este muchacho y yo nos parecemos mucho, concluyó entonces con algo de pesadumbre. O quizá no fuera pesadumbre sino algo más, algo terrible, algo que en aquel momento el reverendo no alcanzó plenamente a identificar.

Algunas semanas después, cuando ya los encuentros entre el muchacho recién llegado y el reverendo eran cosa de rutina, éste tomó la decisión de visitar al médico en jefe. Lo encontró como siempre, sentado detrás de su escritorio, vestido con unos pantalones color café y una camisa azul claro. El reverendo se dio cuenta entonces de que el doctor nunca se vestía de blanco, con bata, como los médicos de verdad. Se le ocurrió de pronto la ridícula idea de que a lo mejor ni era médico. Pero no, una mirada rápida al entorno de la oficina le bastó para toparse de frente con un título firmado por el rector de la Universidad de Toronto, en el que figuraba

una fotografía de aquél, un poco más joven y con expresión extrañamente aterrada. Quizá le daban miedo los fotógrafos, pensó el reverendo. A saber. Dígame, reverendo, le dijo el médico sonriendo. El reverendo se preguntó por qué éste sonreía tanto. Quizá fuera un tic nervioso. En algún lugar había leído u oído que los psiquiatras, los neurólogos y hasta algunos psicólogos terminaban adoptando las manías, las taras, las obsesiones y las compulsiones de sus pacientes, y que no eran raros los casos de los médicos practicantes de dichas especialidades que terminaban volviéndose locos a su vez. Se dio cuenta también, con horror, que aquello bien podría aplicarse a su propio caso: un asistente espiritual de locos que se vuelve loco también. En ese preciso instante se arrepintió de haber venido, pero era demasiado tarde. Dígame reverendo, lo instó el médico en jefe sin ocultar su impaciencia. Es sobre el paciente Freud, respondió entonces el reverendo, y de inmediato aquella expresión le pareció graciosa: el paciente Freud, qué curioso. Uno está acostumbrado a oír decir “el doctor Freud”, pero ¿el paciente Freud? ¿Qué hay con él?, dijo el médico sin dejar de sonreír. Evidentemente no había notado lo peculiar de la frase ni parecía en absoluto extrañado al oírla. Nada, nada, dijo el reverendo, como tratando de encontrar el hilo por el cual empezar algún diálogo medianamente coherente. Es sólo que me parece, que se me ocurrió, dijo al fin mientras se sentaba (ambos estaban aún de pie), que creo que el paciente está más cuerdo de lo que parece. El médico en jefe dejó de sonreír, y se sentó a su vez. Y sabe muy bien quién es, al menos hasta donde he podido comprobar, siguió diciendo el reverendo sin dejar de observar atentamente los movimientos del doctor. Éste carraspeó un par de veces y luego miró hacia el techo, sólo Dios sabría por qué. No se fie de las apariencias, reverendo, dijo al fin tras un silencio un tanto

incómodo. Muchos enfermos mentales son así; se inventan una identidad con tal de darle un sentido a su existencia, agregó mirándolo fijamente. Entonces volvió a aparecer en su rostro la misma sonrisa automática de siempre. No me parece el caso, se atrevió a decir el reverendo, que empezaba a sentirse como aniquilado por aquella sonrisa. No, ¿eh?, dijo el médico sin dejar de sonreír, en un tono que al reverendo le pareció de burla, o por lo menos de ironía. Justamente, es lo que acabo de decirle, que la locura..., empezaba a decir el médico, cuando sonó el teléfono. El doctor pareció al principio no saber de dónde venía aquel sonido, y tras un par de timbrazos más se disculpó con un gesto mientras levantaba el auricular. Mientras aquél hablaba por teléfono el reverendo echó una mirada distraída al escritorio. Estaba todo revuelto, más similar al de un escritor, pensó éste (aunque él nunca había visto el escritorio de ningún escritor, ni conocía siquiera remotamente a alguno) que al de un profesional de la medicina. Le extrañó también que no hubiera fotografías. Ni una sola. Ni una foto de la madre, de la esposa, de los hijos del doctor. Quizá fuera homosexual, pensó entonces el reverendo. Buscó alguna banderita de arcoíris, de ésas que ponían en los bares gay. No porque él los frecuentara, claro, ni Dios lo quisiera, pero tampoco vivía en otro planeta. Encima de un montón de papeles y de lo que parecían ser un par de expedientes médicos el reverendo distinguió dos boletos para el beisbol. Pensó que hacía mucho que él mismo no iba al beisbol. Hacía mucho, en realidad, que no salía a ningún lado. En ese momento el médico se carcajeaba al teléfono, una risa semejante a un graznido, una risa que algo tenía de alucinante y también de esperpéntico. Cuando hubo recuperado la compostura el doctor mencionó un parte médico, y luego una salida al campo, una salida que al reverendo no le quedó

claro si ya había tenido lugar o si estaba por llevarse a cabo. La conversación se prolongó a tal punto que el reverendo terminó por convencerse de que el doctor simplemente se había olvidado de su presencia. Aburrido, se puso entonces a mirar por la ventana. Afuera seguía nevando. Copos de nieve irregulares, ariscos, como si se tratase de los restos de alguna explosión volcánica.

Al final nada en claro resultó del encuentro con el médico en jefe. Nada, además del hecho de que ahora aquél seguramente miraría al reverendo con más desconfianza que antes. Tras colgar el teléfono el doctor se disculpó, arguyendo que tenía una reunión importante (¿por qué siempre las reuniones que sirven de excusas tienen que ser importantes?, se preguntó el reverendo), se levantó y le dijo que no se preocupara por nada. Todos los internos estaban en las mejores manos, le aseguró, y de haber alguna mejoría notable él sería el primero en saberlo. Luego le dio una palmada en el hombro y lo condujo al pasillo, en donde antes de desaparecer por la puerta principal lo abandonó como a un huérfano o como a un perrito en la perrera antes de que se lo lleven al matadero.

En Isla de Arena Isa y su padre vivían en una cabaña cerca del faro. Ahora debe estar abandonada, dijo Isa, aunque quién sabe, a lo mejor ya no existe, o a lo mejor alguien más se instaló en ella. Era una cabaña pequeña, de madera de maples, muy tosca. De la entrada colgaban algunas sogas y un par de poleas. El reverendo escuchaba. Ahora, cuando se encontraba con Isa (lo que ocurría al menos una vez al día) casi nunca hablaba. Le parecía claro que hablar de Dios y de su infinita misericordia estaba de más, así que cada vez con mayor frecuencia se limitaba a eso, a escuchar. A veces lo hacía con

mucha atención, como un aplicado alumno que sabe que de esa exposición magistral depende el resto de su carrera, y a veces lo hacía como en automático, hundido en algo parecido a la inercia. Éste era el caso el día de hoy. Ya sabe, la isla no se rige por las mismas leyes que el resto del país, decía el muchacho. En otro momento al reverendo aquella observación le habría parecido de un peso sin precedentes, como si la isla fuese una especie de tierra de nadie. Incluso puede que hubiera estado de acuerdo. Pero en ese instante aquel comentario solamente se le antojó pretencioso, la parrafada de un mozuelo que trataba de impresionar a alguien. ¿A quién quería impresionar? No a él, ciertamente. Mi padre era pintor, agregó Isa entonces. Bueno, fue pintor alguna vez, en su juventud, cuando vivía en Montreal. No sabía que habías vivido en Montreal, dijo el reverendo en la que era su primera intervención de la tarde. Pensé que habías nacido en la isla. Yo sí, respondió Isa. Hablo de mi padre. Isa dijo que el cambio de Montreal a Isla de Arena había tenido lugar en su juventud, en la de su padre, que había sido un poco hippie y esas cosas, y que pensaba que encontraría inspiración en un lugar menos agitado que la gran ciudad. Pero algo le pasó en la isla, dijo Isa. Sólo entonces el reverendo pareció verdaderamente salir de su aletargamiento. ¿Cómo dices?, inquirió. Digo que en Isla de Arena su pintura cambió. A partir de ahí sólo pintó manos. ¿Manos?, preguntó el reverendo verdaderamente intrigado. Sabía de gente que pintaba rostros. También de gente que pintaba casas, o paisajes. Se acordó del fundador de la catequesis aquélla, el español Argüello, que pintaba vírgenes, y pensó que en cierta forma también pintaba manos, manos y rostros, porque a los iconos que pintaba casi nunca se les veían los pies, ni mucho menos otras partes del cuerpo. Sí, repitió Isa levantando los brazos y mostrando las palmas para mayor claridad. Manos,

manos con sus dedos, y sus arrugas, y sus vellosidades y sus montes de Venus. Al reverendo le pareció que esta última frase tenía una fuerte connotación sexual y decidió cambiar de tema.

Las manos que pintaba el padre de Isa eran unas manos en todo parecidas a las manos reales, a las manos de sus modelos. En todo, salvo en algunos pequeños detalles muy difíciles de describir, incluso de detectar para alguien que no tuviera una formación expresa ya sea en arte, ya sea en anatomía, o de preferencia en ambas. En ese sentido podían clasificarse, a diferencia de las pinturas de Argüelles, como pinturas realistas. Es decir, eran pinturas que intentaban hasta cierto punto parecerse a la realidad, retratarla y no, como hacía Argüelles, interpretarla o reformularla. ¿Cómo sabía el reverendo Abraham todo esto? No lo sabía exactamente, pero lo intuyó al ver el dibujo que le mostró Isa. Era lo único que el muchacho conservaba de su padre, le aseguró éste. Lo de los detalles anómalos le vino a la mente al reverendo al notar lo que parecían ciertas inflexiones del trazo, en los nudillos por ejemplo, o en los dedos, que en vez de parecer dedos parecían arborescencias o alveolos, en todo caso algo de características no humanas, y ni siquiera animales, sino a lo mucho quizá vegetales. También era como si en ciertos puntos específicos la uniformidad del dibujo se viniera abajo. Como si la piel se quebrara, pensó el reverendo. Como si algo en ella fuera doloroso y se estuviera haciendo pedazos de una forma cruel, despiadada, de una forma que hacía llorar.

¡Voy a tener que llamar a los guardias!, escuchó gritar una tarde el reverendo a una voz enfurecida, una voz rabiosa que surgía desde el fondo del pasillo. Como era ya costumbre

éste se encontraba en la celda de Isa, y supo al instante que aquellos gritos provenían de la celda del mismo interno de aquella noche, una celda que debía estar, si sus cálculos eran correctos, a dos o a tres celdas de distancia. No supo si Isa habría escuchado la barahúnda, aunque seguramente sí, porque aunque aquél no dijo nada el reverendo creyó distinguir un leve brillo en su mirada, un brillo que quizá fuera de preocupación. Escuchó luego cómo el interno aquél, Mordechai se llamaba, respondía también a gritos, pero no con palabras sino en una jerigonza incomprensible, algo que se parecía mucho, horriblemente, a los galimatías de aquellos a quienes había escuchado hablar en lenguas. Y Mordechai debía estarse azotando contra las paredes a juzgar por el ruido seco que ahora estaban escuchando, sin duda el ruido de un cuerpo al caer. Por alguna razón el reverendo se sintió avergonzado, como si aquello le hubiera parecido indigno de Isa. Éste, por el contrario, parecía no darse por enterado. Qué raro, pensó el reverendo de pronto, es como si el mundo pareciera llegarle desde lejos, como si él estuviera no aquí en esta habitación sino dentro de una botella de vidrio, dentro de una superficie aséptica, limpia, inocente. O como si se encontrara aún en el vientre de su madre. Trató de imaginárselo niño, en esa edad pueril que todos tenemos por fuerza que haber tenido alguna vez, y por un instante lo vio corriendo por la playa, descalzo y recogiendo estrellas de mar, aunque enseguida la imagen le pareció de una artificiosidad y de una cursilería insoportables. Quizá fuera más exacto imaginarlo aburrido, sentado al borde de un camino desierto, o esperando a alguien en casa. A alguien que no vendría, igual que su propia madre. Afuera la gritería continuaba y el reverendo se dijo que lo mejor sería que él mismo se presentase allí y viera si su presencia era requerida, o si podía servir de algo. Se aprestaba a marcharse cuando en

eso Isa se levantó también. Se dirigió al minúsculo lavabo del fondo, en donde se puso a limpiarse las manos repetidamente, como si quisiera librarse de una invisible y persistente capa de suciedad. Los enfermeros son unos inútiles, unos inservibles, espetó sin dejar de tallarse la piel. Aunque finjan amabilidad ante los demás yo sé quiénes son realmente, cómo son de verdad. Son demonios, dijo, diablos que se ocultan detrás de máscaras blancas. Todo aquello no tenía sentido, pero aún así el reverendo sintió un miedo inexplicable.

Al final alguien logró doblegar al interno, cuyo nombre completo era Mordechai Smith, aunque todo el mundo lo llamaba Johnny Jones. Nadie sabía exactamente de dónde le venía aquel mote, aunque muy probablemente sería algún alias, o el nombre que el propio Mordechai acostumbraba darse a sí mismo, o se había dado a sí mismo alguna vez. En todo caso, al parecer el tal Johnny Jones estaba en una etapa de regresión. Había llegado a *White Bay* en avanzado estado de delirio, con esquizofrenia diagnosticada en la adolescencia y un largo historial de recaídas, pero según se enteró el reverendo se portaba bastante bien desde hacía varios meses. ¿Cuánto tiempo lleva aquí?, preguntó el reverendo a la enfermera. Ésta se encogió de hombros. No lo sé, dijo ella, ya estaba aquí cuando yo llegué. ¿Cuándo llegó usted?, preguntó entonces el reverendo. Hace diez años, dijo ella con un bostezo. Exactamente diez años, tres meses, dos semanas y un día.

Aquella misma tarde el reverendo visitó por primera vez una zona del hospital en la que nunca había estado. Mordechai o Johnny Jones seguía inquieto y como el médico en jefe estaba ausente el médico de guardia tomó la decisión de colocar

al paciente en confinamiento una o dos noches, para que se tranquilizara. A veces estar fuera de su celda siquiera un rato les hace mucho bien, dijo. ¿Confinamiento?, preguntó el reverendo con escepticismo, sin poder evitar que anacrónicas imágenes de cámaras de tortura y de métodos de cura de inmersión en agua le vinieran a la mente. Es una manera de hablar, dijo el médico. Los llevamos a una habitación idéntica, un poco más amplia, pero en otra zona del asilo. Y tiene vista al mar, dijo. Con barrotes, por supuesto, aclaró. Ante lo que sin duda debió parecerle al médico la desconfianza del reverendo (aunque en realidad no era desconfianza, sino mero y genuino estupor) aquél lo invitó a venir. El reverendo aceptó, y unos minutos más tarde se encontró siguiendo a aquel cortejo de dos enfermeros, un médico y el propio Johnny Jones por los entresuelos del hospital. Como estaba nevando el médico dijo que era mejor usar el pasadizo. El reverendo apenas daba crédito a sus oídos. ¿Un pasadizo? Sólo faltaba que también hubiese un tesoro escondido, o un fantasma que rondaba los pasillos de noche. El dichoso pasadizo era en realidad un túnel maloliente que conectaba el edificio del ala lateral con la mole del edificio central, y aunque el tramo que se recorría dentro de éste era sin duda más largo que por el exterior evitaba tener que ponerse abrigos, botas para la nieve y esas cosas. El reverendo tuvo la impresión de formar parte de una conspiración, o por lo menos de ser protagonista de una mala película de aventuras. ¿Y este túnel?, preguntó. Está aquí desde que se construyó la capilla inicial, le respondió el médico de guardia. Nadie sabe para qué. Probablemente justo para lo que lo estamos usando, agregó, aunque nunca se sabe. Tras caminar algunos minutos alumbrados por la luz de un par de linternas y sumergidos en la gritería desahogada del pobre Johnny Jones vislumbraron ante sí una pequeña escalerilla

lateral, minúscula, por la que ascendieron y ayudaron a Johnny Jones a subir. Dicha escalerilla desembocaba en un pequeño pasillo que daba a dos habitaciones. Efectivamente, tal y como lo dijera el médico de guardia, éstas tenían vista al mar. El médico y los enfermeros procedieron a instalar a Johnny Jones en la más grande de las habitaciones y como por encantamiento éste pareció calmarse un poco, o al menos dejó de gritar. El reverendo se acercó a la ventana y echó un vistazo hacia el exterior. No se veía nada en el horizonte, sólo el mar, y abajo, al pie del risco, un par de árboles pelones cubiertos de nieve. Era, en todos los sentidos, un paisaje desolador. Luego todos se dispusieron a volver al ala contigua y quién sabe por qué el reverendo dijo entonces, para sorpresa de todos, que él prefería volver por el exterior. Pero está nevando, argumentó el otro enfermero, como si no fuera aquello una verdad evidente. Está bien, dijo el reverendo inclinando la cabeza, me las arreglaré. Tras aquello los tres hombres se encogieron de hombros y se alejaron por el pasillo. Quizá pensarán que era un excéntrico, o tal vez un claustrofóbico inconfeso. No obstante, apenas haberse marchado aquéllos el reverendo se arrepintió de lo que acababa de hacer. ¿Pero tú estás loco o qué?, se dijo. ¿De dónde se te ocurre que una caminata en medio de la tormenta es una buena idea? Quiso darles alcance pero apenas llegó al final del pasillo se dio cuenta de que era ya demasiado tarde. Estos habían desaparecido, y adentrarse él sólo en las entrañas del edificio, eso sí que no. Podría perderme, pensó. Resignado, cruzó el pabellón en sentido inverso, se levantó el cuello de su delgada camisa lo más que pudo y se lanzó con grandes zancadas hacia el jardín, en ese momento dolorosamente oculto por aquella ventisca.

Tres días estuvo el reverendo en cama, resfriado y con fiebre. Asombroso que no haya usted pillado una pulmonía, le dijo la enfermera del turno de la mañana, que venía a su cuarto para dejarle sus medicamentos y verificar que no necesitara nada. Tiene usted que tener cuidado, reverendo. Me parece que no está ya para estos trotes. El reverendo la observó desde su cama, todo tembloroso y con la nariz enrojecida. Era una mujer sin mucha gracia, y empero atractiva. Una mujer a la que no le hubiera molestado tener en sus brazos. Pensó en lo que le acababa de decir. Que él ya no estaba para estos trotes. Probablemente tenía razón.

Tras la recuperación del reverendo y durante las cuatro o cinco visitas siguientes Isa le contó, en un estilo fragmentario y poco elocuente, propio de un lugar como aquél en el que se encontraban, algunos episodios de su infancia. Al reverendo le llamó especial atención la mención de Isa respecto a que su padre hacía venir muchachitas a la cabaña. Al fin y al cabo hombre, de inmediato pensó en algo horrible, en algo sucio. Pero luego Isa aclaró, como si le leyera el pensamiento, que las hacía venir para pintarlas. Yo creí que pintaba manos, dijo el reverendo en un tono que, muy a su pesar, sonaba a reproche. Exactamente, dijo Isa, las hacía venir para pintar sus manos. Al reverendo aquello le pareció un embuste. Conque el pintor de manos no era ningún inocente, pensó. Al parecer algunas de estas jovencitas eran, además, amigas de Isa, aunque otras veces no. Otras veces eran simplemente muchachas de la isla, niñas, o no tan niñas, a las que el padre de Isa conocía por ahí y convencía de venir a la casa. El cómo las convencía no estaba claro del todo, aunque al reverendo no le pareció difícil imaginar la escena. Vio a las muchachitas, no juntas sino por separado, es decir, que vio a cada una de ellas de pie

en la playa, muchachas bonitas, o más o menos bonitas, a las que aquel hombre guapo (Isa, pese a su estado de deterioro físico más o menos evidente era bien parecido, así que no tenía razón alguna para pensar que su padre no lo fuera), aquel hombre maduro y un artista además, proponiéndoles ser sus modelos. ¿Cómo no iban a aceptar? Era tan viejo como el mundo mismo. Según Isa, en ocasiones su padre les regalaba el dibujo, o al menos el bosquejo, y ellas se iban de lo más contentas. ¿Cómo sabía que estaban contentas?, se le ocurrió preguntar al reverendo de manera completamente espontánea. Isa se quedó pensando un momento, y luego su rostro adoptó una expresión indescifrable. No sé si estaban contentas, admitió. Sonreían, en todo caso. Aunque claro, uno puede sonreír sin estar feliz, dijo. De hecho, uno puede sonreír sintiéndose absolutamente miserable. Es más, uno puede carcajearse aún teniendo dentro no un alma, me entiende, sino un témpano de hielo. ¿Un témpano de hielo?, preguntó el reverendo, completamente perplejo. Sí, insistió Isa, un témpano, uno de esos bloques de hielo que uno puede romper difícilmente y sólo con ayuda de un objeto punzante, de un cuchillo, o quizá de un mazo. Aunque, aclaró Isa, un cuchillo siempre es mejor.

En alguno de los días ulteriores a aquella conversación el reverendo le pidió a Isa que le mostrara nuevamente aquel dibujo de las manos. Quería verlo otra vez. Isa no mostró ningún empacho en hacerlo y sacó la hoja de debajo del colchón. El reverendo la desdobló con gran cuidado, porque ésta empezaba a mostrar signos de desgaste por doquier y no quería romperla, y contempló el dibujo a su guisa un buen rato. Luego entonces, aquellas eran las manos de una jovencita *real*. Las manos de una jovencita muy bella, pensó

el reverendo, aunque según Isa lo de la belleza no siempre había sido el caso. Hubo una Marie, que era francesa y que sí era muy bonita, creía recordar Isa. Pero también hubo muchas Janes, y dos Marshas, y algunas otras Maries que no eran nada del otro mundo. Eran chicas vulgares, si me entiende, dijo el muchacho. Para ser un lugar tan pequeño tu padre conocía a mucha gente, comentó el reverendo, pero Isa no respondió, como si no hubiera escuchado. También hubo una Jolly, agregó entonces Isa. ¿Por qué la gente les pone esos nombres a sus hijos?, preguntó el muchacho con cierto sarcasmo. Jolly, ¿qué clase de nombre es ese? El reverendo se encogió de hombros. En la congregación, en Texas, el reverendo conocía gente que se llamaba Holy Spirit (de verdad, asentado en el acta) o Reborn, o Diosdado. Quizá la gente simplemente trata de plasmar en sus hijos lo más entrañable de sus creencias, dijo. Claro, no se le ocurrió a qué clase de creencia podría hacer referencia Jolly. Le parecía haber visto aquel nombre en algún letrero espectacular, uno de esos a pie de carretera, o quizá hubiera sido en alguna parada de autobús, o en un crucero muy transitado. ¿Sería un centro comercial? ¿Una marca de ropa? ¿Un restaurante? No estaba claro. No estaba claro en lo absoluto.

A veces, Isa y su padre salían a caminar por la isla. En algunas ocasiones lo miraban todo con mucho cuidado, poniendo especial atención en los detalles. En otras, simplemente caminaban de prisa, como si tuvieran un lugar adonde ir y se les estuviera haciendo tarde. En aquellas ocasiones en que miraban todo con cuidado a Isa le parecía que su padre buscaba inspiración, un tema nuevo quizá, o una idea revolucionaria que plasmar en su obra. Y en efecto, por momentos así lo parecía o al menos así podía deducirse de la manera en que

el viejo (ahora Isa lo recordaba viejo, aunque en ese entonces no lo era en absoluto) miraba todo con infinita concentración, como si quisiera extraer con la vista el secreto de los colores y de las formas que los circundaban. A veces sucedía que después de eso su padre tuviera una prisa súbita por volver a casa. Debe ser la inspiración, pensaba entonces Isa. Y en parte tenía razón, porque ya en casa su padre se ponía a pintar frenéticamente durante varias horas, a veces la noche entera. Luego al otro día, cuando su padre estaba durmiendo (por fuerza tenía que dormir en algún momento) Isa se escurría hasta el rincón en el que aquél solía pintar para ver de lo que se trataba, para ver en qué había cristalizado todo el revuelo de la víspera. Había pintado más manos, dijo Isa. Manos que parecían flotar en agua, o en algo semejante al agua. Siempre, en cada una de esas incursiones, dijo, mi padre volvía de prisa para pintar manos otra vez. Al reverendo le pareció claramente que Isa sonaba decepcionado, aunque quizá se equivocase. Una multitud de manos, continuó diciendo éste, como si pudieran existir tantas manos juntas. Sus rasgos, los rasgos de las manos, agregó, podían ser delicados o burdos, según. ¿Según qué?, preguntó el reverendo. Según su cualidad de cosas muertas o de cosas vivas. Y también de cosas, cómo decirlo, concluyó Isa, de cosas atoradas en un mundo que ni es el de aquí ni es el de allá.

Pasadas las primeras semanas aquellas por demás extrañas conversaciones con Isa empezaron a tener consecuencias en la psique del reverendo. Para empezar, solían dejarlo en un estado parecido al de la ensoñación. Quizá fuera el hecho de que muchos de aquellos recuerdos se referían a lugares que el propio reverendo había visitado o conocía de primera mano, porque invariablemente discurrían en los mismos

parajes de su propia niñez. Aunque por otro lado la verdad es que al reverendo le resultaba casi imposible trazarse una imagen clara del paisaje o del entorno real que los rodeaba, no al menos a partir de las descripciones del muchacho. En otras palabras, concluyó, aquellos recuerdos y los hechos a los que se referían bien podían haber tenido lugar en cualquier punto del planeta, o incluso fuera de éste. Por la noche, quizá para darle sentido a toda esa confusión el reverendo escribía algunas de las cosas que le venían a la mente en hojas de papel, unas hojas de un papel muy pálido y muy delgado, como recicladas, porque aquí en Canadá todo se recicla, se dijo. No escribía todo desde luego, sino solamente lo que le parecía digno de interés. Aunque a veces dudaba. Entonces, cuando eso sucedía, escribía una frase, la releía, y si no le gustaba rompía la hoja y volvía a empezar.

El fin de semana en el que se cumplían tres meses de aquella rutina (y por lo tanto tres meses y algunos días desde la llegada de Isa al hogar) el reverendo decidió salir al centro de Halifax. Tenía mucho que no lo hacía, así que la idea alcanzó a emocionarlo, aunque fuera levemente. Aquello era ya en sí mismo una novedad en su monótona rutina, en la que durante los últimos meses nada, salvo aquellas conversaciones, tuvo la fuerza para conmocionarle el alma al grado de hacerle moverse de su puesto de trabajo, no porque fuese un hombre de gran responsabilidad (que lo era), sino porque la idea de transitar del hospital a la ciudad en medio de caminos bloqueados por la nieve le daba vértigo. Por eso mismo quizá, tampoco era raro que esta salida también tuviera que ver, al menos en parte, con Isa y con dichas conversaciones. El reverendo contempló el nombre que escribiera hacía algunas noches en un papelito. Era el nombre del padre de Isa. A éste

se le había escapado en una conversación, y al reverendo se le ocurrió que quizá se tratase de alguien famoso, de alguien cuyo nombre hubiese quedado registrado para la posteridad, y si así era, si el reverendo encontraba algo acerca de éste podría entonces corroborar la historia de Isa, o si no corroborar sí al menos comprobar que sus recuerdos eran verdaderos y que, por lo tanto, aquél no le estaba contando recuerdos falsos, o sueños, o simples y llanas mentiras. Tampoco estaba seguro, justo es decirlo, de para qué necesitaba saber eso. Como fuera, su destino de aquel día era la biblioteca pública. Tras levantarse el reverendo se dio una ducha caliente, lo que lo reconfortó enormemente, pues las habitaciones y los pasillos eran un congelador y en cuanto uno salía de la cama el cuerpo protestaba por aquella temperatura antinatural. Luego se puso su camisa de dormir nuevamente y procedió a afeitarse la barba. Desde hacía un par de años la usaba larga, no demasiado, no una barba al estilo Santa Claus ni al estilo profeta bíblico sino una barba discreta, de hombre de negocios hebreo digamos, pero aún así la tarea le llevó un buen rato. Finalmente y tras algunos momentos de indecisión se puso la única camisa que colgaba del armario, con un pantalón de lana y un chaleco gris. ¿Por qué razón decidió hacer esta visita vestido de civil? Lo ignoraba. Contempló entonces su sotana extendida sobre la cama como una bolsa de basura vacía, una bolsa abandonada, pensó, cuyo contenido habitual era, qué extraño, ni más ni menos que él mismo. El reverendo Abraham se miró entonces en el espejo: su rostro recién rasurado lucía fresco, renovado, y todo él se veía casi jovial enfundado en aquella ropa de paisano. Caray, se dijo mientras se pasaba la mano por la barbilla y ensayaba dos o tres poses en el espejo, de verdad parezco otro.

Una media hora más tarde el reverendo Abraham atravesaba el pasillo del hogar de prisa, ignorando las miradas a medias sorprendidas y a medias socarronas que le dirigían el enfermero y la recepcionista. Acostumbraban cotillear a esa hora en la entrada principal y a juzgar por sus risitas cualquiera hubiera dicho que pensaban que el reverendo se marchaba a un burdel, de putas, o en todo caso a algo indecente. Tras salir sin despedirse el reverendo cruzó el camino que lo separaba del arco de la entrada tratando de no hundirse demasiado en la nieve, porque no llevaba botas de invierno, sino zapatos normales. Comprobó con alivio que aunque la superficie se sentía blanda, debajo, a unos cuantos centímetros, la nieve era ya una capa compacta, resistente a su peso. También comprobó con alivio que afuera lo esperaba ya el taxi que había pedido. Se subió enseguida y dio los buenos días al conductor sintiendo en el pecho una emoción semejante a la de un niño que se va de excursión sin haber avisado a sus padres. El taxi lo llevó a Halifax por aquella carretera serpenteante y gris, salpicada aquí y allá de casitas con techos cubiertos de blanco y precedida, a lo lejos, por un valle que se confundía con el mar. Al contemplarlo el reverendo pensó que aquel paisaje era de una indómita melancolía, un paisaje propio de la vejez. ¿No estoy muy joven para encerrarme aquí?, se preguntó de pronto, pero de inmediato desechó siquiera la sola posibilidad de ponerse a reflexionar sobre un asunto que consideraba más bien pueril y a todas luces innecesario. Todos envejeceremos, ¿cierto? ¿A cuento de qué hemos de reflexionar sobre ello entonces? Luego le pidió al taxista que lo dejara en la plaza, y de ahí decidió caminar hasta la biblioteca, que estaba a un par de cuadras de distancia. No hacía demasiado frío. No un frío excesivo al menos, así que la caminata, se dijo, le sentaría bien. Pese a que se tardó más

de lo normal en llegar debido a lo inadecuado de su calzado la caminata, en efecto, lo reanimó, y una vez en la biblioteca el reverendo se dirigió directamente al mostrador sintiéndose lleno de energía. Allí tecleó el nombre en la computadora, pero no apareció nada. El reverendo sacó entonces el papelito que llevaba en el bolsillo y comprobó que estuviera escrito correctamente. Luego intentó buscar navegando en internet. No era bueno en ello. Generalmente se dejaba llevar por pistas falsas, terminaba leyendo cosas completamente inútiles, o simplemente se aburría de esperar a que la página en cuestión se abriera. Como fuera, nada de esto ocurrió, porque la búsqueda arrojó desde el principio resultados nulos. El buscador le sugería que intentara cambiando la ortografía, como si un John fuese igual que un Jean, o que un Jone. Lo hizo, pero no apareció en los resultados nada que se pareciese a lo que él buscaba. Decepcionado, el reverendo se alejó y fue a sentarse al lado de una pila de libros que alguien había abandonado sobre una de las mesitas adyacentes a los sillones. Les echó una mirada rápida. *Mitos y leyendas de los esquimales del alto Canadá. El comportamiento de los mamíferos. Pequeña enciclopedia ilustrada de la aviación.* Ninguno de ellos se le antojaba. Se acercó a la muchacha que atendía la sección, una joven de color con un arete en una de las aletas de la nariz. El reverendo le preguntó si tenía algo acerca de las manos. Ella lo miró como si acabara de decirle una indecencia. ¿Manos?, preguntó ella frunciendo la nariz en un gesto que hizo subir y bajar rítmicamente su pequeña ajorca. ¿Quiere decir, manos, manos? Sí, exactamente eso quiero decir, respondió el reverendo. Ella hizo un ligero gesto de fastidio, aunque se notaba que se estaba esforzando por seguir siendo amable, por comportarse a la altura de un empleado municipal. Solícitamente se dirigió a su computadora, en donde tecleó

algo, anotó un número en un papel y desapareció tras uno de los estantes. Volvió al cabo de unos minutos con un volumen bajo el brazo. Es todo lo que hay, le dijo, a menos que quiera un libro de anatomía. El reverendo le dio las gracias, tomó el volumen y se acomodó en el mismo sillón. Cuando termine simplemente deposítelo en el carrito, dijo ella mientras se perdía en alguno de los muchos pasillos de aquella sala.

El libro lo había escrito un tal J.P. Hodson y se llamaba *La mano: el artificio de la civilización*. En él el autor, un antiguo profesor de Yale, examinaba la evolución de la extremidad de algunos mamíferos emparentados con el hombre (los chimpancés, los gorilas, los monos araña y, extrañamente, los gatos) y procedía luego a compararlas con los hallazgos existentes de especies conexas ya extintas (los Cromañón y los Neandertal) para al final establecer algunas conclusiones de orden general. La más importante era, sin duda (o eso creyó entender el reverendo) que no existía nada comparable a la mano fuera de la naturaleza misma, es decir, que ningún artefacto podía imitar, hasta el momento en que se publicaba ese libro, la perfección y sutileza de la mano humana. Una mano artificial, por ejemplo, era capaz de ciertos movimientos limitados, pero no sentía ni reaccionaba ante el frío o el calor y era, por lo tanto, apenas un remedo imperfecto, una copia barata del original. El autor dedicaba también un capítulo a reivindicar (al reverendo no se le ocurrió mejor expresión) a la mano humana, como si alguien la hubiese acusado de cometer atrocidades innombrables. Hablaba, por ejemplo, de la manera en que uno podía extasiarse ante, digamos, las ceremonias de apareamiento de una gacela, o ante el movimiento armónico de las alas de una gaviota, mientras que la propia mano, la mano vulgar, la mano ordinaria, la mano

cuya existencia damos por sentada todos los días era capaz de movimientos a menudo mucho más sutiles, más complejos y de consecuencias de mucho mayor alcance que los anteriores. El reverendo no pudo evitar echar una mirada rápida a sus propias manos, que en ese instante mismo sostenían el libro, y tras no encontrarlas en nada heroicas ni especiales volvió a la lectura. En algún momento el autor se ponía a hablar de la capacidad de la mano para manipular la conducta y las reacciones del otro, como cuando se realizaban trucos de magia o de prestidigitación por ejemplo, o en el caso de los grandes oradores cuyo lenguaje gestual podía por sí mismo ser tan o más convincente que sus palabras. El reverendo no pudo evitar pensar en Hitler. Al mismo tiempo, le pareció también que a veces el autor otorgaba a su objeto de estudio (la mano) una autonomía que asustaba. Se acordó de manera inevitable de aquella vieja película de Michael Caine en donde el héroe se ve perseguido por su propia mano mutilada, que por razones que el reverendo no recordaba o que la película no hacía explícitas terminaba por cobrar vida propia, y también por razones poco claras se inclinaba evidentemente hacia el lado perverso, hacia el lado maligno. Cansado, el reverendo puso el libro a un lado y se talló los ojos con fuerza. Reflexionó un momento en el título; si la mano era el artificio de la civilización, como argumentaba su autor, lo cierto es que también podía serlo, pues, de su contrario. Cuántas cosas terribles pueden hacerse con las manos, se dijo. Volvió a tomar el libro, pero en vez de leerlo esta vez se contentó con hojearlo distraídamente. En las páginas interiores encontró muchas fotografías de manos, y también algunas pinturas y dibujos. El reverendo se preguntó si alguna de ellas sería del padre de Isa. Se le ocurrió la fugaz idea de mostrárselas a éste, a ver si las reconocía. Quizá aquello, se dijo, tuviera el efecto de desencadenarle algún

recuerdo particular. Podría ser terapéutico. Se disponía a ir al mostrador de préstamo cuando se detuvo en seco. Te estás comportando como si tú fueras su psiquiatra, se reprochó. Tu deber es su salud espiritual, no el rescate de sus recuerdos. Aquella constatación le produjo una gran desazón. Al final se contentó con sacar algunas fotocopias de ciertos pasajes que le parecieron particularmente interesantes y dejó el libro sobre una de las mesas de la sala principal. Al salir de la biblioteca se dijo que al menos aquel cambio de opinión tenía la ventaja de evitarle una visita ulterior a Halifax, una visita que, en honor a la verdad, no tenía ningún deseo de realizar.

Tras salir de la biblioteca el reverendo se paseó un rato por la plazoleta, pero casi enseguida empezó a sentir que sus zapatos se humedecían y decidió sentarse en una parada de autobús. Poco después un autobús se detuvo en ella, y el reverendo sintió una involuntaria punzada en el pecho al darse cuenta de que era el mismo que solía tomar para ir a su casa cuando era niño. Pensó en su madre. Le había escrito, como era su intención, al entrar al seminario, y como era de esperarse ella le contestó. Le contestó, eso sí, cartas cada vez más incoherentes, cada vez más llenas de sinsentidos, o al menos llenas de sentidos que a él le estaban vedados, lo que ciertamente no significaba que no tuvieran un significado muy claro para ella. Abraham le respondió todas y cada una de aquellas cartas, siempre tratando de hacer a un lado los desatinos, como el sembrador que separa la buena semilla de los abrojos. Luego, incluso contrató, a distancia, una mujer que de vez en cuando venía a cuidarla y a hacerle el aseo o las compras. De vez en cuando creía dilucidar de alguna de las frases escritas en las cartas que ella se sentía feliz, o que se sentía satisfecha, o que al menos no era infeliz con aquel

arreglo. La vino a ver una sola vez, poco antes de ordenarse. También como era de esperarse la encontró vieja y enferma, y volvió a Texas con una sensación de culpa que se le fue diluyendo, empero, conforme pasaban los días y volvía a su rutina de siempre. Dos meses después recibía la noticia de que ella había muerto. En aquella ocasión se alojó en una pensión, y volvió al seminario apenas concluidos los trámites y realizado el entierro, un entierro triste y vacío. No supo nunca qué había sido de aquella casa ni de las cosas que contenía. Por un instante pensó en subirse al autobús y tratar de descubrirlo. Pero no, tras una somera reflexión descubrió que no le interesaba saberlo.

Se ve más joven padre, le dijo Isa tan pronto lo vio entrar a su cuarto, al día siguiente. El reverendo sonrió, sin poder ocultar su satisfacción. Era la primera vez que Isa lo llamaba padre. Me hacía falta un cambio, dijo, y enseguida se dio cuenta de lo banal que debía sonar su respuesta, de lo inadecuada también, como si él fuera no un religioso sino una estrella de cine o una puta, o en el mejor de los casos un ama de casa aburrída, o un estudiante. Se sintió incómodo y un tanto ridículo, pero aquel sentimiento desapareció de golpe cuando notó en el muro lateral de la habitación una foto que no había visto antes. ¿Y esto?, preguntó como tratando de restarle importancia al asunto, pero en el fondo muerto de curiosidad. Venía en mis cosas, dijo Isa. Habían olvidado dármele. El reverendo supo de inmediato que no lo habían olvidado, sino que aquello debía haber sido intencional, una estrategia maligna de las autoridades médicas del hospital, orientada a probar sólo Dios sabría qué descocada teoría psicológica. ¿Quién es?, preguntó. Mi padre, dijo Isa sin ninguna inflexión perceptible en la voz. El reverendo, por el contrario, sintió que el corazón le daba

un vuelco. Se acercó hasta casi subirse en la cama para poder verla mejor. La foto se veía muy borrosa y parecía muy vieja, probablemente más de lo que lo era en realidad. El hombre que aparecía en ella no era en absoluto como el reverendo lo imaginara. Era bajito, de complexión débil. Por un instante el reverendo pensó que se trataba de un engaño y se dijo que alguien le había dado a Isa, por error o con dolo, una foto cualquiera, o una foto del padre de algún otro interno. Aunque viéndolo bien, existía cierta semejanza entre aquel hombre y el chico que tenía enfrente, algo como un vago aire de familia. Luego el reverendo se dijo que justamente así debía ser un pintor; poseedor precisamente de esa expresión a la vez de melancolía y de azoro. En el fondo de la foto se alcanzaba a distinguir el umbral de una puerta, y también una sombra en el piso. Había alguien más en la casa, pensó el reverendo, alguien más, a quien no vemos en la imagen. Quizá se trate de la madre del muchacho, pensó, aunque luego se convenció de que no era así, porque creía recordar a Isa mencionando que aquélla había muerto cuando él era un bebé, y por alguna razón le daba la impresión de que esta foto había sido tomada después, mucho después. Quizá se tratara del propio Isa. En eso se le ocurrió que tal vez la sombra en cuestión fuese en realidad de alguna de las muchachas que aquél estaba pintando, y luego pensó que hasta podía ser la misma muchacha a quien pertenecían las manos de aquel dibujo. El rostro del padre de Isa lucía cansado, ligeramente bronceado por el sol, y el reverendo pensó, no sin sorpresa, que sus ojos evidenciaban una extraña opacidad, ese carácter borroso que tienen los ojos de los ciegos, los ojos del que no ve.

Isa no fue el único que hizo comentarios sobre el nuevo estilo del reverendo. Durante varios días éste fue la comidilla del

hospital. Si bien algunos de los internos vivían tan perdidos en su mundo que lo mismo podría haber venido a verlos un elefante rosa que un extraterrestre, los demás, los que conservaban siquiera un ápice de lucidez, notaron en seguida el cambio. Algunos se mostraron recelosos, como si no lo reconocieran. Otros en cambio lo celebraron. El personal en su totalidad, desde luego, se percató enseguida de la transformación. El médico en jefe, con quien el reverendo se cruzó una tarde en las escaleras, lo miró con suspicacia, como si supusiera que aquel cambio no podía sino preceder a la inminente solicitud de un aumento, o peor aún, de una promoción o de una transferencia a otro centro de trabajo. Hasta el propio reverendo se sentía extraño al mirarse al espejo. A ratos le parecía que aquel hombre dentro de la luna del espejo no era él mismo. Otras se decía que sí era él, pero que lo era sólo en cierta medida, como si ese ser del azogue supiera algo que él ignoraba, o como si ese yo de la imagen estuviera en posesión de un oscuro secreto que se negaba a revelar. Luego simplemente se acostumbró y lo olvidó, igual que se acostumbraron y lo olvidaron todos los demás a su alrededor.

Una noche, varias semanas después, al reverendo le pareció oír voces. Primero pensó que estaba soñando, porque a últimas fechas con frecuencia tenía sueños muy vívidos, cuando no verdaderas pesadillas que conseguían hacerle recordar las peores épocas de su niñez, aquellas, justamente, pasadas en la isla, aunque pensándolo bien quizá los peores días hubiesen sido aquellos pasados junto a su madre, en Halifax, o los de la prisión, era difícil decidir. Como fuera, el reverendo se incorporó en la cama y se limpió la frente con un pañuelo. Estaba empapado. Debo estar enfermo de nuevo, se dijo.

Entonces las volvió a oír. Claramente eso no venía de su cabeza, así que ya más tranquilo se levantó y salió al pasillo, así como estaba, en camisa de dormir. Ahí vio al enfermero, que corría todo agitado hacia el otro extremo del edificio. Tras él venía otro de los enfermeros de guardia. Fue él quien le informó que Mordechai Smith estaba muerto. Lo habían encontrado en la sala de confinamiento, adonde lo llevarán de nuevo hacia dos noches. De paso, le dijo el enfermero, su presencia estaría bien, al menos para administrar la extremaunción. El reverendo Abraham asintió, aunque un segundo después se dio cuenta de lo desatinado del comentario. Como todo el mundo lo sabía, no se podía administrar la extremaunción a un cadáver. Claro, quizá el enfermero lo ignorara, como muchos hoy en día. El reverendo se vistió y se dispuso a dirigirse a la habitación de confinamiento, indeciso aún entre usar el patio, es decir, la vía normal, o servirse de aquella otra vía secreta que, por otro lado, no estaba muy seguro de poder encontrar él solo. Tras unos segundos de reflexión se decidió por lo primero, así que se puso el abrigo sobre la sotana y se calzó las botas de invierno. Mientras cruzaba el patio le vino entonces a la mente la idea de que aquel hombre se había suicidado. Nadie le dijo eso, pero lo presentía. Y si así era, se dijo mientras abría la puerta del edificio adyacente, Mordechai no iría al cielo. Aquello le pareció de una crueldad indómita. Volvió a pensar en la vista del mar, en los árboles pelones, en lo que quizá hubiese sido el último paisaje que Mordechai Smith viera en su vida. Llegó a la habitación de confinamiento casi sin aliento. Efectivamente, aquél se había suicidado. Alguien se había descuidado y Mordechai se había estrangulado con una cuerda improvisada con su propia manta. Y justo ahora, que el invierno está llegando a su fin, dijo entonces con ironía uno de los enfermeros. Quiero decir, en un par de semanas

más, explicó, no hubiera necesitado mantas. Qué absurdo es todo, pensó el reverendo Abraham mientras con la mano se esforzaba por trazar en el aire el signo de la cruz, el remedo de una bendición que, no por estar dicha sin convicción, resultaba menos real.

Después de aquella muerte el reverendo no visitó a Isa durante varios días. Por alguna razón no tenía deseos. Se sentía deprimido, no por el fallecimiento de aquel interno al que, a decir verdad, apenas conocía y con el que quizá habría tenido oportunidad de hablar (hablar, desde luego, era mucho decir) acaso un par de veces. No, su depresión tenía que ver con algo más, algo vago, indefinido, algo semejante a una mancha de tinta que se extendiera sobre una hoja de papel y que lo cubriera todo poco a poco, lenta, muy lentamente y a la vez de manera definitiva y perentoria. Por otro lado, paradójicamente durante esos días el reverendo se sintió más que nunca capaz de reconfortar al prójimo, como si la conciencia de la nimiedad, de la desgracia (percibida o real, poco importaba) lo llenara de empatía y de perceptibilidad, y de sensibilidad, y de todas esas cosas que se supone que debe tener un asistente espiritual. En algún momento hasta se le ocurrió que le gustaría officiar una misa. Técnicamente tenía las credenciales para ello. Pensó en preguntar al médico en jefe si podrían usar la capilla, aunque inmediatamente desistió. ¿Con qué propósito? ¿Una misa a la que asistiría quién? Se acordó de la prohibición aquella de juntar a los internos. Se imaginó luego officiando la misa él solo, vestido de sobrepelliz y casulla, levantando al aire una hostia parecida a una luna de papel blanco, una luna, eso sí, muy brillante y al mismo tiempo muy, muy frágil. Creo que me estoy haciendo viejo, pensó.

A la semana el reverendo Abraham se presentó por fin en la celda de Isa. Éste estaba recostado en su camastro con los ojos abiertos y mirando hacia el techo con una expresión que al reverendo se le antojó de serenidad. Aunque no podía ser, se dijo. No se puede estar sereno en un lugar así. Isa lo miró y por espacio de unos minutos lo ignoró. El reverendo hizo entonces lo que hacía generalmente con otros internos que mostraban comportamientos indiferentes u hostiles, y sacó su biblia. La abrió, como solía hacerlo, en su pasaje favorito del libro de Job, ése en donde los amigos de Job intentan convencerlo de que todos los males que han descendido sobre su casa y su persona tienen origen en su propia e imperfecta naturaleza humana, que son consecuencia, en suma, de sus propias fallas, mientras que Job, en su requisitoria, encara no sólo a sus amigos, sino a Dios, a Dios que ha sido injusto, que lo ha arrojado en manos de los malvados. Estaba a la mitad del pasaje cuando Isa se levantó y le dijo: Una noche yo también oí voces. ¿Perdón?, preguntó el reverendo. En la Isla. Oí voces, dijo Isa. No sabía qué hacer, así que salí a ver de qué se trataba. La cabaña era pequeña, es cierto, pero tenía un cuartito al fondo, un pequeño cobertizo en donde dormía yo. Me gustaba tener mi espacio. El caso es que oí voces y salí a ver. Mi padre estaba allí, con ella, con una de las muchachas, no recuerdo su nombre. Para este momento el reverendo había ya cerrado la biblia y estaba sentado en la única silla del cuarto. Tardó todavía algunos segundos en entender que Isa le estaba contando algún episodio de su niñez. ¿Tu padre estaba con una de las muchachas, quieres decir?, preguntó. Isa asintió. Ella estaba desnuda, dijo Isa, lo que quizá no tenga nada de raro, pero ella estaba desnuda y él no, si sabe a lo que me refiero. Era como si fuera a pintarla así, pero yo sabía que mi padre no hacía pinturas de

desnudos, ni de personas vestidas, que no pintaba nada que no fueran las manos. No sé, me asusté. El reverendo vio la escena, y pensó que él también se habría asustado. O por lo menos se habría excitado, y de momento, al pensarlo así, tan crudamente, le fue difícil decidir cuál de las dos cosas hubiera sido peor. Se imaginó a la muchachita púber, casi niña, con algo de frío seguramente (hasta donde recordaba nunca, ni en verano, hacía verdadero calor en la isla), quizá asustada, quizá no, pero en todo caso completamente vulnerable. Y se imaginó al pintor, su rostro demente clavado en aquel cuerpo núbil mientras manipulaba a ciegas pinceles y pinturas, y se imaginó la sordidez de la cabaña en la que había crecido Isa, y el viento que afuera soplaba, implacable y enardecido. En eso Isa lo interrumpió: Ahí fue cuando supe, padre, que pasaba algo. Algo que yo no había visto hasta ese momento, algo de lo que no me había dado cuenta. El reverendo Abraham movió la cabeza como en señal de asentimiento, pero también para animarlo a continuar. Empecé a vigilarlo, a mi propio padre. Suena ridículo, pero así fue. Lo seguía si podía. Le preguntaba cuanto podía. Pero sobre todo, observaba sus cuadros. No sé para qué. Era como si esperara encontrar en ellos una pista, algo que me indicara hacia dónde ir, algo que me aclarara lo que yo no sabía. Y lo peor era que yo no tenía ni la más mínima idea de lo que estaba buscando. Era como dar palos de ciego, o como meter la cabeza dentro de un océano enfangado. ¿Me entiende, padre? El reverendo pensó que no, que en realidad no entendía, pero dijo que sí.

Aquella noche el reverendo soñó con su propio padre. Era lógico en cierta forma. Toda la tarde había pensado en lo que Isa le contara y en el padre de aquél, y en la isla como telón de fondo, así que lo más normal era que se hubiese sugestionado

al punto de mezclar sus propios recuerdos con los de aquel interno, con los de aquel enfermo mental. Dios mío, se dijo al pensar en esto último, ¿te das cuenta de lo que estás haciendo, Abraham? ¿No te estarás volviendo loco tú también? En su sueño, su propio padre era pintor. Un pintor fracasado (rasgo éste último que compartía, por otro lado, con su padre real), un pintor que en lugar de pintar manos pintaba escenas religiosas. Se trataba de escenas desconectadas entre sí, escenas que se parecían un tanto a aquellas pinturas bizantinas que representaban el juicio final, el Cristo en majestad, las almas del purgatorio y el ángel de la muerte, y los demonios devorando los cuerpos de los condenados. Claro está, se dijo el reverendo, has estado pensando otra vez en Argüelles y en su doctrina. Las escenas tenían que ver unas con otras sólo vagamente, como si en algún momento aquél que las había realizado hubiese perdido el hilo conductor, o como si este hilo fuera tan delgado que costara un trabajo monumental, titánico dar con él. Claro, eran historias interconectadas entre sí, eso también de alguna manera saltaba a la vista, pero al mismo tiempo les faltaba una secuencia lógica, como si alguien hubiera tomado un mazo de cartas y las hubiera revuelto completamente, o peor aún, como si algunas de las cartas se hubieran extraviado, o no hubiesen existido nunca. En algún momento, en el sueño, el reverendo se alejaba de las pinturas, de manera que todas aquellas escenas pintadas separadamente quedaban ante sí, alineadas una tras otra. Entonces, al mirarlas juntas y a distancia, Abraham entendía. Dios mío, entendía. Veía la totalidad de la composición, y esa totalidad era lógica y también era aterradora. Justo en ese momento se despertó.

Poco antes de perder la razón, o de pretender perderla (que para el caso ambos hechos se parecían mucho) Isa había conocido a una joven. Era muy bonita, dijo éste. Increíblemente bella. Al reverendo le costó trabajo imaginarse qué cosa quería decir Isa con eso, porque para empezar él nunca había tenido una mujer increíblemente bella a distancia lo suficientemente corta como para poder evaluar las consecuencias, o las implicaciones de esa belleza. Las estrellas de cine no contaban, supuso. Por otro lado, era claro que Isa exageraba, que veía todo a través del prisma distorsionado de su adolescencia perdida, y también a través del prisma de la distancia, y del tiempo. Como fuese, a lo más que llegó el reverendo fue a imaginarse una muchachita normal, acaso ligeramente más agraciada que sus compañeras de clase, que quizá tendrían frenillos en los dientes o sufrirían de acné. Como fuera, según Isa aquella belleza era algo así como su noviecilla, o lo que fuera que se pudiera tener a esa edad. Hasta le regalé un dije, afirmó él. ¿Un qué?, preguntó el reverendo. Un collar, con un pendiente. No había muchas opciones en la tienda, pero le compré el más bonito. Era un corazón. Luego, Isa se lo dio, ella dijo que le gustaba y él le creyó. Un corazón, pensó el reverendo esbozando una sonrisa involuntaria. A esa edad, claro, de qué otra cosa podía tratarse.

El reverendo Abraham llevaba ya dos noches de insomnio antes de aquel día, el día en que Isa le contó la historia de la muerte de su novia. Al principio el reverendo supuso que el muchacho (que a últimas fechas parecía más errático que de costumbre) se disponía a hablarle nuevamente de su pasado o de aquella relación, y así era, al menos en parte. Primero Isa habló un poco de sus salidas con su novia, de sus caminatas por la playa, de la mirada azul de ella, de sus largos cabellos,

de ese tipo de cosas. No supe bien cómo fue, dijo Isa entonces. Ella vino a buscarme, o tal vez no. No estoy seguro. También puede ser que hubiera venido a verlo a él, a mi padre. ¿El la conocía?, preguntó el reverendo con asombro, aunque sin vislumbrar todavía, ni remotamente, lo que Isa se aprestaba a decir. Claro que la conocía, respondió éste, como si aquello fuera lo más normal, lo más natural del mundo. Era una isla, ¿lo recuerda? El reverendo asintió, aunque al instante se dijo que aquello no tenía nada que ver. Él mismo tenía la impresión de no haber conocido a casi nadie durante su propia infancia en la isla, a nadie, en realidad, además de a sus propios padres. Se dio cuenta también de que en ese sentido era como si hubiera vivido en una isla dentro de la isla, separado del resto del género humano, o como si hubiera retrocedido a una época anterior a la primera aparición del hombre sobre ella. ¿Me está escuchando, padre?, preguntó Isa. Sí, perdón, se disculpó el reverendo, que se había dejado llevar por aquella ensoñación. Bueno, retomó Isa. Escuche, escuche bien. Es importante. El reverendo asintió, más por calmar a Isa que porque realmente pensase que así era. El resto lo escuchó como en sordina, como si aquella voz le viniera no del chico que estaba junto a él, en la misma habitación, sino como si proviniera de un sueño, de un sueño muy lejano y muy antiguo. De un sueño recurrente. Ella vino, dijo Isa, estuvo con su padre un rato (al menos así lo deducía él, aunque no estaba seguro), él pintó sus manos, quizá cogió con ella (era, por lo demás, la primera vez que el reverendo lo escuchaba emplear una palabra vulgar, lo que no dejaba de ser inusitado tratándose de un jovencuelo), y luego la estranguló. Así, sin más. La mató ahí, dentro de su cabaña. No hubo sangre, ni gritos, ni nada. Me acuerdo de sus ojos, dijo Isa, de los ojos de mi padre, porque los de ella no los vi, o cuando los vi ya estaban cerrados, o a lo mejor

estaban abiertos pero ya no tenían vida. Pero los ojos de mi padre, dijo, estaban vivos, y eran los ojos de un hombre que acababa de ver al diablo, al diablo o a Dios, no lo sé de cierto. ¿Usted qué cree, padre? El reverendo había enmudecido. Sin esperar respuesta, Isa retomó su relato. Mi padre dijo que fue un accidente. Yo sabía que no, claro, pero de todas formas le ayudé a sacar el cuerpo de ahí. Pesaba mucho, padre, uno no hubiera dicho que se trataba de una joven, sino que parecía, no sé, que llevábamos a un hombre muy gordo, a un mastodonte a cuestas. Fuimos a la parte trasera del faro, primero porque nos quedaba cerca, o no cerca, pero al menos no estaba muy lejos, le digo que aquello pesaba que daba gusto, y segundo porque sabíamos que era una parte de la isla en la que nunca había nadie. O no al menos esa noche, porque hubo una tormenta. Nos empapamos, qué le puedo decir. Ahí, cerca del faro miramos hacia lo lejos, y en efecto, sólo había mar alrededor. Mar, y rayos, y truenos, una cosa horrible, padre. Nos acercamos a la orilla y entre los dos arrojamos el cuerpo desde lo alto. No se oyó nada, padre. Nada en absoluto. El mismo ruido de siempre, el del oleaje chocando contra la orilla. Luego vimos cómo las olas, que ese día estaban más altas que nunca, se llevaban el cuerpo, o eso creímos ver, o nos convencimos de que eso estábamos viendo. ¿Y luego?, preguntó el reverendo, todavía petrificado. Luego volvimos a casa. Después de eso no hablamos nunca del asunto, y a los pocos días yo me fui de ahí. ¿Esas son sus manos?, inquirió el reverendo, ¿son las manos de la muchacha muerta?, pero Isa no respondió, como si momentáneamente se hubiera hundido en aquel estado semicatatónico de los primeros días. Temiendo acaso que así fuese el reverendo insistió: ¿Y tu padre?, fue lo único que atinó a decir. ¿Qué con él?, respondió Isa. Quiero decir, ¿nunca mostró remordimiento alguno antes de morir?

Isa lo miró con algo parecido a la misericordia: Oh, yo nunca dije que mi padre no estuviera vivo. No ha muerto. No que yo sepa al menos. Entonces, dijo el reverendo Abraham, acercando su silla sin levantarse de ella, entonces ¿está ahí? ¿Ahí, en la isla? Se dio cuenta de que, en efecto, de alguna manera completamente irracional hasta ese momento él había supuesto y dado por hecho que hablaban de un difunto, o por lo menos de un desaparecido. El muchacho guardó silencio un rato como si no supiera qué contestar, o como si la pregunta lo hubiese tomado por sorpresa. Hasta donde yo sé, así es, respondió al fin. Luego ambos guardaron silencio un rato. Cuando Isa volvió a hablar estaba ya oscureciendo, pero ninguno de los dos parecía haberse dado cuenta. Aunque bien puede que se haya ido a otro sitio, dijo Isa. Bien puede, pensándolo bien, que efectivamente esté muerto. Sí, yo creo que sí, afirmó entonces Isa con gran seguridad, como si aquella fuera la única conclusión lógica, la única alternativa posible. Sí, repitió antes de guardar silencio otra vez, debe estar enterrado por ahí padre, entre las dunas de arena, en las entrañas del monstruo, en algún lugar remotísimo que ni usted ni yo encontraremos jamás.

Al otro día Isa amaneció muerto. Se había tragado todas y cada una de las páginas de la biblia que el reverendo dejara por descuido en su habitación, y lo más probable era que se hubiese atragantado, aunque no faltó quien dijera que no podía ser esa la causa. Que debía, por fuerza, haber habido otro factor. Como fuera, los partes médicos se firmaron discretamente, porque dos casos de suicidio (aunque fuesen dos casos de suicidio de dementes, y en ese sentido dos casos de suicidio sin duda justificables, y esperables, nada que sorprendiese a nadie), dos casos, es decir, en tan breve

periodo de tiempo no eran cosa que se quisiera promover por ahí. Aquella misma noche el reverendo Abraham empacó sus cosas y abandonó el hogar *White Bay*. Ni siquiera se tomó la molestia de decírselo al médico en jefe, a ese papanatas (así le parecía ahora) que nunca estaba en su trabajo, y que no se tomaba siquiera la molestia de escuchar a sus subordinados. Le dejaba, eso sí, una misiva, porque en el fondo tampoco era tan grosero ni tan descortés como para marcharse como criada de pueblo. Le explicaba que estaba cansado, que necesitaba otros horizontes. Le decía también que no se preocupara por el salario que se le quedaba debiendo. Afuera del psiquiátrico lo esperaba un taxi cuyo conductor lo llevó en silencio hasta el muelle. Quizá a éste le pareciera extraño que aquel religioso saliera a mitad de la noche de un lugar tan poco recomendable, porque no intentó hacerle conversación, ni le preguntó qué lo traía por aquí, ni ninguna de esas cosas que suelen preguntar los taxistas para hacerse los trayectos más soportables. El reverendo, huelga decirlo, tampoco tenía ganas de conversar. Se marchaba como había llegado, solo, vestido de religioso, como si aquella ostentación de su cargo lo revistiera de una invisible aura protectora. Una vez en el muelle se dirigió directamente a la sala de espera. La taquilla estaba abierta. Tiene suerte padre, le dijo un joven desde detrás de la ventanilla, es el último transporte a la isla de aquí a la primavera. El reverendo se limitó a asentir. Muchas horas después, mientras se embarcaba, al reverendo lo asaltaron las dudas: ¿Dios mío, a quién decírselo? ¿Era necesario decírselo a alguien, para empezar? Quizá todo aquello no fuera, después de todo, sino producto de las enfermizas fantasías de un lunático. ¿Y a qué iba él a la isla en realidad? ¿A buscar al responsable? ¿A leer, como su padre solía decirlo, señales en la arena? No lo tenía claro. No del todo. No en absoluto, mejor

dicho. En algún momento, pensando en aquella historia, el reverendo se preguntó si no habría sido el propio Isa quien había matado a la chica. No era descabellado como hipótesis. A nadie le gustaba que le pusieran los cuernos, menos con su propio padre. Claro, eso en el supuesto de que toda la historia fuese verdadera. Pero ¿cómo saberlo? El médico en jefe se lo había advertido: nada es lo que parece. Tú mismo, quizá, no seas ya quien parece ser, se dijo. Aquellas palabras resonaron dentro de su cráneo un par de veces y luego se evaporaron. Entonces, mientras iba sentado en aquel buque que en ese preciso momento empezaba trabajosamente a surcar las aguas del Atlántico Norte el reverendo tuvo una visión, una visión igual a aquellas de antaño, en el hospital: se vio a sí mismo llegando a la cabaña abandonada, despejándola, habitándola. Vio a una muchacha bonita, y vio sangre y vio muerte. Luego se quedó dormido y vio otras cosas también, pero prefirió no hacerles caso. Era mejor así.

MARIE



¶¿DIOS MÍO, QUÉ ME PASA?, pensó Marie cuando las arcadas la sorprendieron al amanecer, mientras todavía estaba en la cama. Venían del interior, pero no de su estómago, como hubiera sido lo normal, sino de algún otro punto verdaderamente recóndito, quizá de algún agujero negro, pensó, de un pozo muy profundo que por alguna razón hubiera sido horadado dentro de su propio cuerpo, de algún abismo insondable, de un abismo entretejido con sus propias vísceras. Pero qué tontería, pensó mientras se erguía apoyándose sobre el codo. Eso, la idea de los agujeros negros, le venía seguramente de un libro de Stephen Hawking que leyera cuando era más joven y tenía interés en casi todo, y aunque hacía mucho que no leía nada hacía algunos días había visto ese mismo libro en la biblioteca donde trabajaba y se puso a hojearlo. Por lo visto había sido una mala idea. Todavía traspuesta por la náusea y haciendo un gran esfuerzo Marie se levantó y caminó descalza hasta el cuarto de baño. Allí, trató de abrir la llave del grifo. Estaba oxidada y cubierta de herrumbre, y en consecuencia cada vez costaba más trabajo abrirla. Como se lo temía, no pudo hacer que se moviera. ¿Cuántas veces le había dicho a Melanie que era preciso cambiar esa llave? Ella no iba a pagar un plomero de su bolsillo, claro. Pero como de costumbre Marie estaba sola en el apartamento, y hoy era sábado. Melanie seguramente habría pasado la noche con su novio, como casi todos los fines de semana y como muchos días de la semana también.

Marie se inclinó levemente para vomitar, pero nada salió de sus entrañas adoloridas, nada salvo un espasmo gélido, un tufo a carne descompuesta y a leche agria. Debes haber comido algo que estaba echado a perder, le había dicho su tía ayer en el teléfono cuando Marie le comentó que no se sentía bien. Su tía llamaba para ver cómo estaba, y también porque Marie le debía dinero y hacía meses que no se paraba por su casa. Pasa a menudo, le aseguró aquella. Los jóvenes no tienen el criterio ni la paciencia para discernir lo bueno de lo malo, lo fresco de lo que está podrido. Al recordar aquellas palabras Marie sintió pena por su tía. Luego sólo sintió ganas de llorar. No había, empero, razón alguna para que sintiera pena por ella en primer lugar; después de todo su tía no estaba aquí, de madrugada, sola y regurgitando las entrañas. Marie no se creyó ni por un segundo eso de que su malestar fuera consecuencia de alguna ingesta alimenticia, aunque por precaución había evitado cenar la noche anterior. Recordó haber sentido lo mismo (la náusea, las ganas de vomitar, la sensación de opresión) ayer, y quizá también anteaayer. Ahora, inclinada en el lavabo, tuvo la clara certeza de que aquello le iba a pasar también mañana. Y pasado mañana. Que le seguiría ocurriendo hasta el fin de los tiempos. En eso, el malestar la alcanzó de manera fulgurante y casi sin darse cuenta Marie vomitó violentamente. Tras algunos segundos de espasmos continuados se enderezó y todavía temblorosa se aferró al grifo con ambas manos. Para su sorpresa consiguió por fin abrir la llave. Dejó que el agua corriera unos segundos y luego se echó un poco en la cara, mientras se inclinaba dentro del lavabo. A apenas unos cuantos centímetros de su rostro el grifo parecía un extraterrestre, un ser de otro planeta, un ser lastimado, pensó Marie, o deforme. A sus pies, por el contrario, los restos de comida provenientes de sus entrañas semejabán una flor. Una flor algo agonizante

y desabrida, pero una flor al fin y al cabo. Por unos efímeros instantes Marie se sintió mejor, pero al incorporarse y mirar a su alrededor tuvo la extraña sensación de estar en un lugar que no conocía, en un cuarto de baño que no era el suyo, en un apartamento que nunca había visto. Se miró en el espejo esperando encontrarse con alguien que no era ella. Pero no. Claro que era ella, la misma de siempre. Los mismos ojos de un marrón triste, evanescente, los mismos labios pálidos y delgados, unos labios trémulos que siempre parecían a punto de esbozar una sonrisa sin lograrlo nunca del todo.

Marie había nacido y vivía en Montreal. Qué suerte, decían algunos, nacer en una ciudad tan interesante, tan cosmopolita. Cada vez que alguien se lo decía Marie se encogía de hombros y afirmaba que le daba igual. Y era verdad. Había nacido en el hospital Royal-Victoria, que estaba en una pequeña colina salpicada de árboles bajando desde el Mont-Royal y hacia St.Catherine, la parte más moderna de la ciudad, o si no la más moderna sí al menos la parte más animada, la más llena de gente y de ruido y de bares, y de todas esas cosas que daban a algunos la falsa ilusión, la impresión de que se estaba en algún sitio. No a Marie, desde luego. Desde niña Marie detestaba esa zona. Si por alguna razón tenía que acompañar allí a su madre de inmediato solía sentirse perdida, como aturdida por todo ese barullo, como si aquella imparable cacofonía estuviera ocultando algo, o como si no fuera sino un disfraz, pensaba Marie, una impostura que impedía que la gente escuchara otra cosa, algo subyacente, subterráneo, algo que en su imaginación de niña no podía ser sino terrible. Lo único bueno de aquellas incursiones en St.Catherine era que su madre siempre le repetía, cuando pasaban en autobús desde el centro hasta su barrio o viceversa, la misma historia. Allí, decía, y señalaba

hacia la colina, hacia el punto en donde, entre los árboles, se asomaban las torres de lo que más que un hospital parecía una iglesia. Marie abría unos ojos enormes, asombrados, y seguía con la vista el pequeño montículo sin perderse detalle del enorme edificio victoriano que mostraba su costado gris, como un elefante muy sabio y muy anciano cuya inmovilidad fuera acaso el indicio de algo. Marie lo seguía con la mirada hasta que aquél se perdía en el horizonte, o hasta que alguien más alto que ella (o sea, casi cualquiera) se interponía entre su persona y aquella visión. ¿Por qué te interesa tanto?, le preguntaba su madre un tanto divertida, o quizá curiosa ante su reacción, y Marie se encogía de hombros. La verdad era que ni ella lo sabía. Quizá le atraía porque se trataba de una imagen de su pasado. Porque se trataba de una instantánea de un pasado cercano y por fuerza corto, de un pasado al mismo tiempo terriblemente lejano, que le pertenecía por derecho propio y que al mismo tiempo se le escapaba, como suele suceder, por definición, con el pasado de todos los niños.

En algún momento el interés de Marie se transformó en obsesión, al punto en que un día se prometió que, pasara lo que pasara, visitaría aquel sitio. Como algunos visitan las cataratas del Niágara (a las que nunca había ido) o los balnearios públicos (a los que había ido infinidad de veces), ella iría y recorrería las entrañas del lugar en donde vino al mundo. ¿Tú has visto el hospital en donde naciste?, preguntó con ingenuidad una tarde a su madre. Oh, no, Marie, respondió aquélla. Yo nací en otro país, y hace mucho tiempo. Aquella frase hizo a Marie fruncir el ceño. ¿Qué clase de respuesta era ésa? Para empezar, no podía ser que su madre hubiera nacido hacía *tanto* tiempo. No se veía en absoluto como aquellas mujeres de cabellos plateados o grises de las que estaban

lentos los autobuses de la ciudad, éstas a las que siempre era menester ceder el lugar. Sobre todo, su madre no estaba llena de arrugas, como su vecina, que era polaca y decía que había nacido antes de la guerra, de una guerra imprecisa que en la mente de Marie era tan abstracta y tan irreal como el Génesis, o como Marte o Venus, y acaso más imprecisa aún, porque el Génesis, como todo el mundo lo sabía, estaba en la Biblia, mientras que Marte y Venus estaban en el cielo, y si bien se trataba de mundos lejanos, ambos podían verse con los instrumentos adecuados. ¿Dónde estaba, en cambio, aquella guerra? ¿Con qué instrumentos podía vérsela? En todo caso, a Marie le irritó sobremanera saber que su madre no había visitado su lecho de nacimiento (conocía la expresión “lecho de muerte”, así que esto, el hospital, bien podía ser justamente lo contrario), y esa constatación no hizo sino acrecentar su propio deseo. De ser posible, quería ver no sólo el hospital, sino también la cama en donde su madre le había dado la vida. Marie sabía perfectamente cómo había venido al mundo y cómo había sido engendrada. No existía misterio para ella en ese sentido. Ver ese lugar era sencillamente como darle concreción a un hecho factual, irrevocable. Marie era entonces todavía una niña, claro, y no podía pensar su vida sino como eso: como una sucesión de hechos breves, importantes todos, hechos efímeros que estaban teniendo lugar antes de entrar en la vida adulta, que era, a fin de cuentas, la única vida real.

Así las cosas, una tarde saliendo de la escuela en lugar de volver directamente a casa a pie, como lo hacía normalmente, Marie caminó hasta la avenida, y con una decisión inusitada en una niña de aquella edad, se subió a un autobús. Ciertamente que no se trataba de un autobús de ruta desconocida, lo que hubiese sido demasiado pedirle a cualquier niño medianamente

juicioso como, en honor a la verdad, era el caso de Marie. Se trataba en realidad del mismo autobús que iba rumbo al sur de la ciudad, hacia St.Catherine, aunque claro está, Marie no tenía intención alguna de llegar hasta allá. Desde lejos divisó el cerro e intuyó detrás de éste, aún antes de verlas, las cruces que coronaban los dos edificios del hospital. ¿Por qué alguien pondría cruces ahí? Todo el mundo sabía que los muertos pasaban primero por los hospitales, pero eso no siempre era cierto, porque algunos morían atropellados, o ahogados, o electrocutados (una vez había oído de un caso de estos por televisión), y de todas formas no era lógico que se pusieran cruces cuando había también quienes no eran cristianos, como Joe en el colegio, que era judío, o Khan, su vecino, que era musulmán y no comía jamón. Como fuera, Marie se bajó del autobús en la parada indicada y remontó la cuesta hasta la puerta principal del Royal-Victoria, un enorme portón de madera a todas luces pesado e imponente, como convenía, pensó, al lugar en el que uno había venido al mundo. Entró, se subió al primer ascensor que encontró y apretó el número uno. En el primer piso se bajó, se volvió a subir, y apretó el número dos. Y luego el tres, y así sucesivamente Marie se bajó en cada uno de los pisos y miró alrededor. Al cabo de un rato de lo mismo el resultado era decepcionante. El hospital resultó ser de lo más anodino, un rectángulo tridimensional de muros de un color verde azulado más bien deprimente, ni siquiera a juego con las batas de las enfermeras, que eran blancas con tiras rosas. ¿Qué esperaba encontrar? Marie no estaba segura. Algo inusitado, o por lo menos emocionante. Ni siquiera pudo ver a los enfermos. Más que hospital, pensaba, aquello parecía un edificio de oficinas. Al final Marie se bajó en el tercer piso, en una sala con mucha gente sentada en ella, hombres y mujeres todos en apariencia muy aburridos. Un

par de médicos que pasaba por allí le dirigió una mirada entre extrañada y curiosa, una mirada que lo mismo podía ser hostil que abiertamente amable. Un tanto desconcertada y sin saber qué hacer Marie se sentó en una de las sillas que quedaban libres y se quedó largo rato allí, inmóvil, tristesísima, como si estuviese expiando un castigo. ¿Estás bien?, le preguntó al fin una enfermera, una mujer regordeta y rubia. ¿Dónde estás tus padres? Marie sintió miedo y echó a correr hacia el elevador. Luego, en el cuarto piso vio pasar una camilla con una mujer embarazada en ella. Los enfermeros, o médicos, o lo que fueran, estaban del mismo lado que Marie y le impedían la visibilidad, pero pese a todo Marie alcanzó a ver, de puntillas eso sí, que de la camilla chorreaba sangre, una sangre clara, como diluida. Una sangre que más que sangre parecía suero o pus. Había algo a la vez repulsivo y magnético en aquella visión, y durante algunos breves instantes Marie no pudo apartar la vista de ella. ¡Hey, no puedes estar aquí!, le gritó entonces un médico de bata azul que tenía la cara cubierta con un cubrebocas y que en ese preciso momento emergía de una de las puertas laterales. Marie echó a correr hacia el ascensor, apretó el botón de la planta baja y salió del hospital lo más rápido que pudo. Abajo, frente a la puerta, vio que el ascensor volvía a subir y que se detenía en el mismo piso. Tuvo la clara certeza de que el médico aquél venía en su búsqueda, cosa que viéndolo bien era improbable, casi absurdo, aunque no se quedó a averiguarlo. Marie corrió cuesta abajo hacia la avenida, por donde a Dios gracias el autobús se acercaba. Éste se detuvo, Marie se subió a toda prisa y se fue a sentar en uno de los asientos del fondo, encogida como una viruta. El autobús avanzó y avanzó, pero Marie no se movió. El corazón le latía de prisa, y sentía la boca reseca y pastosa. Cuando al fin se repuso miró por la ventana y se dio cuenta de que,

sin querer, había tomado la dirección equivocada. Estaba en St.Catherine, justo en esa calle de bares que tanto odiaba. Sentía unas ganas irreprimibles de llorar, y si se aguantó fue porque su naturaleza era ya desde entonces así, dada a la interiorización más que a la exteriorización, o dicho de otro modo, dada a aguantar y a callarse las desgracias, sobre todo si éstas eran culpa suya. Se bajó en la siguiente parada, e incapaz de subirse a otro autobús porque ya no llevaba dinero hubo de caminar todo el trayecto de regreso a casa, adonde llegó con los pies hinchados y el oprobio que sólo puede sentir quien sabe o quien cree saber que ha sido timado. Nunca le dijo a su madre dónde había estado, en parte por vergüenza y en parte por temor a una reprimenda, pero desde aquel día cada vez que pasaban frente al hospital Marie ya no miraba en esa dirección. Al contrario, fingía ver para otro lado, hacia el parque de la acera opuesta, un parque amarillento y de árboles ralos que se extendía hasta terminar en una hilera de casas grises de estilo victoriano. Cuando su madre le preguntaba que si se sentía bien ella respondía que sí, que sólo estaba cansada. Muy, muy cansada.

Por aquel entonces la madre de Marie todavía estaba viva, y ambas habitaban un dúplex en la calle St. Dominique. A Marie le gustaba el vecindario. Le gustaban sus parquecitos con columpios herrumbrosos, sus botes de basura verdes cubiertos con sombreritos anaranjados similares a hongos nucleares, y le gustaban los cafés de griegos con sus nombres escritos con triangulitos invertidos, y hasta le gustaban los judíos que pasaban siempre apresuradamente enfundados en sus sobrepellices negros y portando altos sombreros de copa, caminando de prisa, de prisa como si se les hiciera tarde para el juicio final. Le gustaban también los ricitos de los niños

judíos que parecían salir directamente de sus *yarmulkas* como los resortes de un juguete descompuesto. En cambio, no le gustaban nada las judías. La forma en que cubrían sus cabezas con pelucas tiesas como cabellos de muñeca, por ejemplo, le horrorizaba. ¿Por qué se cubren?, se preguntaba. ¿Por vergüenza? Eso, y sus rostros impasibles, impenetrables, sus rostros falsamente serenos, pensaba Marie, como si alguien los hubiera pintado al gouache y no fueran rostros reales. Eso era: las caras de aquellas mujeres parecían caras de a mentiras, rostros de pacotilla, de utilería. Rostros en los que no existía el movimiento, ni ninguno de esos gestos, o apariencias, o muecas, que son a fin de cuentas, se decía, lo que hace que la gente sea gente y no piedras.

Su madre, por el contrario, no tenía para nada el rostro de una piedra. A menudo en aquella época Marie solía pensar en su madre como en una mujer de gran belleza. No una mujer bonita, como había tantas, sino una mujer verdaderamente espectacular. Probablemente no se equivocaba. Su madre era alta, delgada, de cabello alborotado y espeso y grandes ojos verdes. Había nacido en Italia, aunque a decir verdad sólo hablaba italiano por teléfono con algún lejano pariente allende el mar, o en casa cuando venía a visitarla algún amigo que, sorprendentemente para Marie, también hablaba italiano (hubo un tiempo en el que ésta solía creer que esa lengua era patrimonio exclusivo de su madre), mientras que con los demás y también con ella su madre hablaba francés. Un francés ligeramente musical, como si alguien le soplara a las frases y éstas se fueran de lado y ondularan y bailotearan antes de perderse en el limbo de las palabras dichas. Pese a ello, o tal vez por ello mismo Marie siempre pensó que su madre seguía siendo una italiana en todo el sentido del

término, sobre todo porque en su mente de niña las italianas eran siempre como Sofía Loren, no porque se le parecieran físicamente, sino porque debían ser tan bonitas como aquella. Ella misma lamentaba no ser italiana y, desde luego, lamentaba no ser ni remotamente tan bella como su madre. En algún momento, para remediar aunque fuese parcialmente aquella carencia, intentó hacerse llamar María y no Marie, pero por alguna razón el cambio no pegó. Seguramente era que por mucho que se esforzara ella nunca se parecería a Sofía Loren ni a ninguna otra italiana que mereciera tal nombre, ni a nada que no fuese a la canadiense bastante ordinaria que en realidad era. Igualmente, era una pena que su madre no le hubiese enseñado a hablar italiano. A Marie le impresionaba hasta el enloquecimiento el ritmo suave de aquellas frases, sus declinaciones que eran como música, como buena música, no como esas canciones de rap que escuchaban los negros de los barrios del norte, sino como música de verdad, música de palabras acompasadas y alegres que terminaban siempre igual: *Ratetta, vendetta, coletta*, repetía Marie frente al espejo. Todo lo que terminara en *etta*, se le figuraba, debía ser maravilloso, y único, y, desde luego, italiano. Marie no conocía entonces, claro está, suficientes palabras en italiano como para poder afirmar la infalibilidad de aquella regla más allá de toda duda.

Su padre, por el contrario, no era italiano. Era, como ella, canadiense. Un canadiense de verdad, que se llamaba Marc y se apellidaba Laforest. Marc Laforest, que le heredara sus ojos marrones, amables pero desapasionados, su mentón pequeño, su nariz alargada y su apellido. Su madre decía que éste, el apellido de su padre, significaba bosque, pero un bosque, insistía a medias en serio y a medias en broma, por el que ya no pasaba nadie, un bosque olvidado. ¿Laforest? Eso no es un

canadiense *de verdad*, le dijo una vez a Marie una compañera de escuela, una haitiana o jamaicana, una chica bastante antipática en todo caso, cuyo origen Marie no recordaba con exactitud. ¿Quién podía culparla por no hacerlo? Las escuelas estaban tan llenas de inmigrantes, o de hijos de inmigrantes que resultaba exasperante, por no decir inútil tratar de aprenderse de dónde venía cada cual. ¿Por qué no?, preguntó Marie, más curiosa que indignada ante aquel inesperado comentario. No es *inglés*, había respondido la haitiana o jamaicana. Somos francocanadienses, aclaró entonces Marie, tan sería como el que más. La jamaicana (sí, debió ser jamaicana) esbozó una sonrisa burlona: Yo creí que eras italiana. Probablemente aquella chica habría escuchado algún comentario al respecto, o quizá hasta hubiese sorprendido ella misma a Marie tratando de hacerse llamar María. Qué jodido es el mundo, había pensado ésta. Y vaya que lo era.

El padre de Marie vivía lejos. Lejos de Montreal, lejos de todo. Lo suficientemente lejos, en todo caso, como para que pensar en ir a visitarlo resultara, a ojos de su madre, oneroso, cuando no francamente imposible. Su padre vivía en Isla de Arena. ¿En Isla qué?, preguntó Marie la primera vez que oyó aquel nombre. En Isla de Arena, Marie. Eso está en otra provincia, o más o menos, le explicó su madre, que a decir verdad no era muy ducha ni en geografía ni en casi nada. Durante sus primeros años escolares al pensar en ello a Marie le daba por dibujar en su cuaderno una suerte de isla que más bien parecía el lomo de una ballena, una isla que llenaba luego de puntos, puntos que en su imaginación de niña eran la arena de la que hablaba su madre, la arena de aquella isla en la que vivía su padre. Es una *isleta*, les decía a todos, mostrando orgullosamente aquello que a ojos vistas no parecía

absolutamente nada, como muchos de los dibujos que hacen los niños a esa edad. Una vez, ya un poco más grande, como parte de un trabajo escolar Marie dibujó sobre un pedazo de cartón una forma más o menos alargada trazada con un plumón, dentro de la cual volcó un chorro de pegamento que cubrió enseguida con una plasta de azúcar. Oh, está precioso, dijo la maestra al verlo, ¿qué es? Es lo que usted pidió de tarea, respondió Marie: el lugar en donde vive mi padre. La maestra no supo qué decir. En invierno, supongo, afirmó entonces ésta tratando de esbozar una sonrisa; está todo nevado, Marie. Marie estaba indignada. La próxima vez, se prometió, pintaré el azúcar. Una isla toda nevada, qué insensatez.

Cuando tenía alrededor de diez u once años, o tal vez doce, Marie se informó de manera más sistemática, más científica sobre el lugar. No está tan lejos, le dijo una tarde a su madre mientras movía con convicción el dedo directamente sobre el mapa que había estado escudriñando toda la mañana. Mira, repitió, arrastrando el pulgar desde la bulbosa provincia de Quebec hasta la provincia de Halifax, que parecía una nariz, y luego desde ahí hasta aquella pequeña lombricita en la que su padre se encargaba de algún misterioso y vital deber, un deber lo suficientemente importante como para mantenerlo lejos de su familia. Quizá su presencia allá, pensaba Marie, fuese insustituible, algo de lo que dependía la marcha del mundo. De verdad, insistía Marie, no está *nada* lejos. En aquellas ocasiones su madre simplemente parecía evitar el tema, o no respondía a sus comentarios. Hubo también una época en la que a menudo Marie soñaba con la isla. La veía desde el cielo, sobrepuesta en el océano de una manera muy extraña, como si flotara. Una noche la soñó envuelta en un contorno brillante, una especie de aura que la rodeaba, como

si en torno a ésta hubiera no mar sino otra cosa, una sustancia brillante, blanquecina y de consistencia espesa. A la mañana siguiente Marie corrió a la biblioteca de la escuela en busca de fotos de islas, de islas y de fenómenos raros relacionados con ellas. No encontró nada. Revisó también libros de fenómenos paranormales, y otro de especies marítimas en vías de extinción. Ante la ausencia de información Marie le pidió a su madre que la llevara a la biblioteca pública, en donde halló al fin lo que buscaba: en un libro titulado *Los mares y sus misterios* había una foto que se parecía a lo que ella viera en su sueño. Era una playa en donde la costa brillaba de manera espectral, como si no fuera una costa, ni una playa, sino un fantasma o una aparición. En el libro lo llamaban marea roja, algo que a Marie ya de entrada le pareció aterrador. Encontró en cambio mejores los otros términos que se utilizaban para describir el fenómeno: mar lácteo o, mejor aún, mar de ardora. En el pasado, al parecer, estas mareas hacían que la gente pensara que el mar se había vuelto de sangre o de fuego, que el mundo se iba a acabar, o algún otro delirio apocalíptico del mismo corte. En todo caso (y esto era lo importante), el libro aclaraba que se trataba de uno de esos fenómenos que parecían sobrenaturales pero que no lo eran en absoluto, sino que tenían una explicación perfectamente lógica, científica, y por lo tanto no había que hacerse acerca de ellos ideas raras, ni mantener prejuicios al respecto, ni mucho menos, qué espanto, tratar de interpretarlos como si se tratara de sueños o de los posos del café. Vaya, pensó Marie mientras seguía leyendo el resto del artículo al que los autores del libro dedicaban página y media y al menos tres pies de foto, vaya que ocurren cosas raras en el mundo. Más tarde Marie leería en otro libro, uno de ciencia, que este fenómeno, el mar de ardora, ocurría cuando se acumulaba demasiado plancton de

cierta especie de dinoflagelados en las aguas de un litoral, lo que podía dar a las aguas una coloración roja en el día (de ahí el nombre de marea roja), y fosforescente o luminiscente de noche. El libro decía también que este fenómeno (y este último hecho decepcionó un poco a Marie) tenía lugar sobre todo en las costas de los litorales de la India, del Japón y, a veces, de algunas islas del este de Asia.

Por aquel entonces Marie leía bastante para una niña de su edad, y en uno de los libros que consultara en aquella época decía que Isla de Arena estaba deshabitada. ¡Pero qué horror! ¡Su padre vivía en una isla desierta! Durante algunos meses (o quizá fueran años) Marie no pudo sacarse de la cabeza aquella idea, por más que su madre hubiese tratado de aclararle que eso era sólo una manera de hablar, una forma de decir que no existían allí núcleos poblacionales importantes, como Toronto o como Montreal, y ni siquiera como Quebec, lugar adonde ambas fueron una vez de fin de semana y que no dudaron en calificar (erróneamente, claro) de *pueblito* pintoresco. Y ni siquiera había ahí lugares como Halifax, la ciudad más cercana a Isla de Arena, que Marie sabía que era un lugar aburridísimo, un lugar en donde lo mejor que se podía hacer era morirse joven para no morirse de viejo y de aburrimiento. No te hagas ideas, Marie, tu padre tiene un trabajo como todo el mundo y vive en una casa como la nuestra, o más o menos, o a lo mejor más pequeña, cierto, pero en una casa al fin y al cabo, le aclaró su madre, quien decía todo aquello sin darle importancia al asunto, mientras se pintaba las uñas o hacía la cena, lo que en opinión de Marie probaba que decía la verdad, o que al menos decía lo que ella consideraba que era la verdad. Y es que para entonces Marie sabía bien que cuando los adultos dicen mentiras se les nota. Claro que se les nota.

¿Cómo? Pues en la forma de hablar, de parpadear, de dejar de hacer lo que están *haciendo* para concentrarse en lo que están *diciendo*, en su esfuerzo por no cometer errores y contar una mentira creíble. Nada de aquello ocurría en el caso de su madre. Empero, nada de lo anterior pudo tampoco sacarle de la cabeza la imagen de su padre sólo, abandonado en aquella isla completamente vacía. Veía entonces a su padre de pie en medio de un mar amarillento y fantasmal, un mar que a ratos resplandecía como en sus sueños, o que a veces parecía estar hecho de fuego. En el mejor de los casos lo veía sentado en la orilla de una isla cenicienta que parecía siempre a punto de hundirse, inexplicablemente, en un abismo.

De niña a Marie también le gustaba caminar. A veces salía a recorrer el barrio, que estaba lleno de personajes variopintos y estrambóticos, y otras, para variar un poco, iba a meterse a alguno de los barrios vecinos, que eran más o menos como el suyo. En raras ocasiones hasta tomaba el autobús y se adentraba en otros barrios, éstos desconocidos, y descubría que algunos también eran iguales al suyo y que otros, los menos, eran muy, muy diferentes. Los había que parecían estar desiertos, como si allí no viviera nadie, o como si dentro de sus fronteras hubiese tenido lugar una epidemia o una hecatombe que hubiese diezariado a la población. Era el caso, por ejemplo, de los barrios de ricos del este, o de los que tenían la reputación de ser barrios de ricos aún sin serlo. Es además de todos conocido que en el Canadá la distinción entre los ricos y los pobres (y por lo tanto entre los barrios de unos y los de los otros) no es tan grosera ni tan evidente como en otros países menos agraciados y más corruptos, por lo que uno podría esperar que todos los barrios, a fin de cuentas, se pareciesen. Nada de eso. Claro que había diferencias. Un

barrio de ricos se notaba, por ejemplo, en los céspedes pulidos, en las flores bien cuidadas, en las casonas de relumbrantes cristales a través de los cuales se veía, en ocasiones, un salón descomunal, de muebles sin tocar, un salón vacío y aséptico, como sacado de una revista, un salón del que en ocasiones se asomaba algún vejete que miraba hacia el exterior con ojos exangües y tristes. Por esos barrios Marie andaba raramente, porque a decir verdad le parecían más bien aburridos. Pero si ya estaba en ellos y para no desaprovechar la salida caminaba un poco por sus calles buscando un parque o un jardín que no estuviera cercado, o por lo menos una sombra en donde poder echarse un rato. Aquello era sumamente difícil. Al cabo de caminar un rato al lado de grandes mansiones de techos a dos aguas y tras pasar al lado de numerosos arbustos de formas infantiloides (los caballos, los borregos, los hongos y las catarinitas eran los más comunes), generalmente Marie llegaba a otra línea de casas exactamente iguales sin haber dado con ningún parque, y no sólo eso, en ocasiones sin haberse topado con ningún otro ser vivo. Qué extraño, se decía Marie, no hay gente por aquí. Ni gente, ni perros, ni gatos. Luego, poco a poco y al cabo de caminar otro tramo se daba cuenta de que sí había gente, y también perros, sólo que los primeros eran ancianos, o casi ancianos, gente muy mayor en todo caso, mientras que los segundos eran una suerte de extensión de los primeros, perros de razas insólitas sujetos a sus amos por arneses y por correas, perros que parecían autómatas y sólo cagaban dentro de bolsitas de plástico, jamás en la acera. Asombroso, se decía Marie. Los barrios más hacia el este y hacia el norte, por el contrario, parecían estar llenos de niños, y llenos de parques, y llenos de perros sueltos y de gatos callejeros. En opinión de Marie, desde luego, éstos eran siempre los mejores.

Debajo del dúplex de ladrillos y de pequeños balcones de cercas destartaladas en donde Marie y su madre vivían habitaba una polaca, la misma que decía que había vivido su juventud durante la guerra. En opinión de Marie aquella polaca parecía una madona triste, o acaso una de esas muñecas rusas que tenían otras muñecas rusas adentro, una *matrushka*, creía recordar que se llamaban en ruso, o en ucraniano, o en alguna de esas lenguas de por allá. Una vez aquella mujer, que por cierto también se llamaba María, la hizo venir a su apartamento para mostrarle algo. Aquello no era inusual, porque la polaca era muy afable y siempre andaba tratando de entablar conversación con cualquiera que le saliese al paso, lo que incluía, en no pocas ocasiones, también a los gatos y a los perros callejeros. Te gustará, ven, ven, le dijo. Marie bajó las escalerillas con curiosidad (la polaca vivía en el sótano, lo que era siempre más barato que vivir en cualquiera de los otros pisos), pero retrocedió apenas entró a la vivienda. No era para menos. Para empezar, el olor era insufrible. Un tufo execrable, indefinido, a medio camino entre el olor de un animal muerto y el de la comida en estado de descomposición se escapaba de un pasillo que, como era de suponerse tratándose de un sótano, estaba en tinieblas, en tinieblas y además repleto de lo que a primera vista parecían cuerpos amontonados en el piso. Tras acostumbrarse un poco a la falta de luz Marie se dio cuenta de que no eran cuerpos, sino bolsas, bolsas enormes, bolsas de plástico con contenidos inespecíficos, quizá ropa que ya no se usaba, o quizá ropa que sí se usaba y estaba allí a falta de cajones o de roperos en donde meterla. Distinguió también lo que parecían ser algunos juguetes viejos (¿Para qué quiere juguetes una solterona?, había que preguntarse. ¿Iría a donarlos a los niños pobres? ¿Se los habría quitado a los niños pobres?). Los muros estaban tapizados de recortes

de periódico, recortes que hablaban, en el caso de los que Marie pudo más o menos descifrar (porque los demás estaban escritos en una lengua extraña, probablemente polaco, aunque también podría haberse tratado de cualquier otro idioma) del papa Juan Pablo II. En el fondo de la habitación, ahí en donde el olor era particularmente fétido, colgaba un retrato tamaño natural de Karol Wojtila antes de que se volviera senil, cuando aún podía sonreír de manera distinguible, o al menos cuando su sonrisa todavía parecía sonrisa y no una indefinida mueca de dolor, y quizá también de resignación. Mira, mira, señalaba María a Marie invitándola, animándola a penetrar en aquella suerte de caverna urbana. Puesto que ya había descendido y se encontraba de hecho casi a medio pasillo Marie se sintió obligada a continuar, aunque la verdad es que hubiera preferido salir de allí en el acto. Mira, mira, repetía María. Marie descubrió entonces que lo que María quería enseñarle era una jaula con conejitos recién nacidos, pequeñas bolas de pelo a las que una coneja adulta trataba en vano de proteger, ¿de qué? del entorno, de las amenazantes formas que lo poblaban, de María probablemente, para empezar. Mick, mick, mick, se puso ésta a hacer con los labios, eso o un sonido semejante, un sonido irritante en todo caso, como si tratase de imitar de una manera burda y ridícula el llamado de los propios conejos. Hazlo tú, anda, trató de animar a Marie, quien lo intentó más por seguirle la corriente a su vecina que porque tuviera deseos de importunar a los pobres animalitos, aunque sólo salió de sus labios un sonido lejanamente parecido a un maullido. Marie notó también que además de los conejos había en la pieza pájaros de diversas especies, o al menos de diversos colores (lo de las especies quién sabe, porque los conocimientos de Marie al respecto eran escasos, cuando no nulos), más un par de conejillos de

Indias algo despelucados, todos ellos dentro de sendas jaulas herrumbrosas. Cuando Marie, que para ese momento ya tenía ganas de vomitar, se dio la media vuelta buscando la salida se topó de frente con dos santones que, desde el muro opuesto, la miraban con ojos vidriosos. Estaban enmarcados con un cuadro dorado de dimensiones descomunales, un cuadro tan grande que no parecía pertenecer allí, a una humilde vivienda, sino que más bien daba la impresión de haber sido robado del altar de alguna iglesia, lo que quizá en efecto fuera el caso. Los santones estaban vestidos con túnicas, o mantas, y tenían una expresión idéntica, como si fueran hermanos gemelos, una expresión idéntica a la vez de indefensión y de terror, como si estuviesen siendo involuntarios testigos de un hecho innombrable. Ni qué decir que Marie salió de allí profundamente impresionada. Aún muchos años después cada vez que recordaba ese episodio y se lo contaba a alguien (generalmente a algún amante de ocasión) Marie sentía que se le erizaba el pellejo. Quién iba a decirlo, esa mujer que se veía tan normal, tan sonriente, a lo mejor estaba loca. Estaba loca y vivía en un zoológico, con un papa muerto y con un montón de animales que seguramente estaban locos también. Y ella, Marie, había estado allí también y por lo tanto había observado, aunque fuese por un segundo, el *interior* de aquella locura. Había atisbado *dentro* de ésta, igual que un mirón o que un espía, y lo había hecho torpemente, sin conciencia de aquella sinrazón, como alguien que no sabe, o que no entiende exactamente lo que está viendo sino hasta mucho, mucho tiempo después de haberlo visto.

Aquel día tras haber vomitado Marie se acordó, justamente, de aquel episodio de su niñez. A su alrededor flotaba el mismo olor mefítico de entonces, un olor nauseabundo, de

cadáver insepulto. Como si una cosa estuviera perfectamente relacionada con la otra Marie pensó entonces en su propia muerte, y pensó en ello no con miedo, sino con algo más parecido al abandono. Pensó que se moriría. No pronunció las palabras “moriré”, y ni siquiera movió los labios para articularlas; en realidad ni siquiera las pensó realmente. Pero lo supo. Por otro lado, aquello era una tautología. Todos moriremos. Nada hay de raro en ese hecho. Lo que Marie en realidad quería decir, o enfatizar, o pensar, era que moriría *pronto*. ¿Qué cómo lo sabía? Era imposible de explicar. Tenía que ver con el mal olor sin duda, con eso y con el cansancio. Se estiró los párpados inferiores frente al espejo, como si con ello esperara encontrar, justamente, una razón para pensarlo, algo así como los primeros signos de la muerte agazapados en el interior de aquellas mucosas rosadas, pero no vio nada que se le pareciera. Después de eso enjuagó el lavabo y frotó bien el piso, y luego roció un poco de espray en un intento por deshacerse de aquel hedor. Pese a ello le pareció que en el aire quedaba un reducto de pestilencia, como un presentimiento de lo ocurrido, como si en alguna parte de la casa, escondido, hubiera un cadáver putrefacto. La idea le horrorizó. Se dio cuenta también de que últimamente esas ideas morbosas le venían a la cabeza más de lo que hubiese sido deseable en una persona mentalmente sana, como ella se consideraba y se había considerado hasta ahora. Hacía unos días se había incluso imaginado, en el colmo de la insanidad, su propio cuerpo en estado de descomposición y cubierto de moscas. Como si no bastara con pensar, digamos, en que la iba a atropellar un coche, o en que se iba a caer por las escaleras, tenía que imaginarse los detalles, regodearse en lo aberrante, complacerse en lo patológico. Se daba cuenta también, desde luego, de que esas macabras inclinaciones seguramente tenían

que ver con lo mal que se sentía, lo cual no era ninguna excusa para dejarse llevar por la depresión, o la melancolía, o la paranoia, ni mucho menos por la hipocondría. ¿Pero qué diablos estoy pensando?, se dijo. Por un instante creyó que iba a vomitar otra vez, pero la náusea apareció y pasó de largo. En eso, oyó que le gritaban desde el interior del apartamento: ¡Marie! ¿Otra vez estás encerrada en el baño? Era Melanie. Aquel grito, igual que el vómito que su boca acababa de producir hacía unos minutos (¿o eran horas?) se estrelló contra el piso y luego contra los muros, y entonces Marie sintió que estaba flotando. ¿Qué estás haciendo Marie? ¿Estás bien? En algún momento a Marie se le ocurrió que a lo mejor a Melanie de verdad le importaba lo que le estaba ocurriendo, que debía pedirle ayuda (¿Ayuda para qué? ¿Qué tipo de ayuda? Lo ignoraba), pero casi de inmediato se dijo que más bien lo que ocurría era que Melanie debía tener necesidad de usar el baño. ¿Qué cosa más inconveniente que querer usar el baño cuando alguien se ha encerrado en él? Marie, ¿estás bien? volvió a preguntar la voz en un tono más apremiante. Sí, quiere entrar al baño, pensó Marie, casi con malevolencia. La verdad era que no quería abrir la puerta. No quería que Melanie la viera así. No quería que la viera en absoluto. Hubiera querido salir volando del apartamento, y del barrio, y de la ciudad. Deseó, por un instante, que la casa se diluyera, que se desbaratara, que se volviera líquida. Marie, por Dios, responde, ¿estás bien?, volvió a preguntar Melanie, tras lo que Marie, sintiendo la creciente desesperación de su amiga, abrió al fin la puerta.

Ante la insistencia de Melanie, quien después de todo no era mala persona, y que tras salir del baño (que, efectivamente, necesitaba utilizar) no pudo sino alarmarse ante la palidez de

sepulcro de su compañera de piso, Marie acudió esa misma tarde al centro de salud. Ahí, tras hacerle algunas preguntas y revisarla, el doctor, un hombre muy joven y muy guapo, seguramente recién egresado de alguna reputada facultad de medicina del país, o de los Estados Unidos, le preguntó en un francés impecable si se había hecho una prueba de embarazo. Marie pestañeó varias veces. No, dijo, no se le había ocurrido. No, eh, dijo el médico en un tono que algo tenía de ironía y algo de incredulidad, un tono que a Marie le cayó como una bofetada o como un balde de agua, no helada, pero sí fría, o al menos tibia tirándole a fría. Durante un par de segundos Marie pensó en decirle algo al joven médico, en preguntar que qué quería decir con “no, eh”, o alguna observación igualmente cortante y quizá hasta ofensiva, cuando el doctor le dijo que no se preocupara, que eso se resolvía con facilidad. Claro, pensó Marie, estos médicos generalmente son respetuosos y casi siempre son muy correctos. Están obligados a ello, se dijo. Saben, con la certeza que les da el ser miembros de la orden de médicos y de la orden de especialistas, y de la orden de aspirantes a alguna otra especialidad, que una mujer joven como yo bien podría acusarlos de acoso y de alguna cosa mucho peor a la menor provocación. Por eso, por eso se porta bien. Porque tiene miedo. Ajeno a las disquisiciones mentales más bien errabundas de Marie el doctor terminaba de escribir con pulida letra algo en un papel membretado que le entregó enseguida. Luego, muy educadamente le señaló la puerta y le dijo que el laboratorio estaba al final del pasillo.

Su madre le contó una vez que de niña sufría de una horrible predisposición a la melancolía. Me quedaba horas y horas sentada en el patio, Marie, horas que se pasaban muy, muy

lentamente, mientras yo estaba allí, con las manos llenas de tierra y el cabello ondeando al viento, con ganas no sé de qué, de comerme las hojas, o de sacarme los ojos. En todo caso, me encontraba mal y se notaba. Eso volvía loca a tu abuela, que en paz descanse, y más de una vez la pobrecita me llevó con el cura del pueblo para que me sacara al diablo. Aquellas confesiones de su madre (eso, y algunas otros detalles igualmente tortuosos) habían hecho pensar a Marie en no pocas ocasiones que de no haber sido por su belleza probablemente su madre habría terminado mal. ¿Qué quería decir eso de terminar mal? Marie no lo sabía a ciencia cierta, pero tenía que ver con terminar en la calle, con terminar pidiendo limosna, o prostituyéndose, o alguna cosa peor, quizá en un sanatorio de éstos en donde tenían a los enfermos amontonados, encadenados del tobillo y oliendo perpetuamente a sus propios orines. Marie nunca había visto uno, claro, pero recordaba haber oído al respecto en algún documental en la televisión, aunque quizá se equivocara. Quizá hablaran no de los hospitales para enfermos mentales, sino de los asilos para ancianos. En todo caso, ambas cosas le parecían aberrantes, infiernos en la tierra, espacios que no deberían existir pero que existían, enormes fosas sépticas cuyo hedor podía sentirse a metros, a kilómetros a la redonda. Marie, aunque rara vez lo pensara y aunque apenas estuviese consciente, en cierta medida había heredado aquella predisposición. Una predisposición turbulenta, marina, que olía a pescado podrido y que, se decía, no podía en su caso (dado que ella misma no era ni la mitad de bella de lo que había sido su madre) sino terminar en algo terrible. En una tragedia, tal vez, aunque fuese en una en pequeña escala.

En ese sentido, quizá hubiera algo de positivo en el hecho de que su madre muriera tan joven, porque al arrancarla el destino, o la vida, o la suerte, o Dios, o lo que fuese que se la hubiese llevado tan pronto de este mundo, la madre de Marie había logrado escapar a la fatalidad. No había habido tiempo, en todo caso, de que su trágico destino se cumpliera. No al menos en las dimensiones en las que ella misma parecía haberlo profetizado alguna vez, ni tampoco en el sentido en que la propia Marie lo temiera, o incluso en la medida en que el padre de Marie (que hasta donde ésta sabía era un hombre muy cuerdo y muy sensato) pudiera acaso haberlo vislumbrado durante los pocos años, los más bien tormentosos años que duró su relación con aquélla. Porque la madre de Marie un buen día enfermó de cáncer. Claro está, no enfermó de la noche a la mañana, pero para cuando se lo detectaron ya no se podía hacer nada. O casi nada, que era lo mismo, porque las células malignas, o no intrínsecamente malignas, sino malignas por azar genético, por mala suerte endémica, se habían instalado ya en todos los rincones posibles de su organismo. Por aquel entonces la madre de Marie trabajaba de asistente en una estética muy elegante de la avenida Parc, trabajo que le venía muy bien dado que ella misma era, como se ha dicho, bastante agraciada físicamente, lo que no dejaba de ser un aliciente para las y los clientes, que querían o bien acostarse con ella o bien verse como ella. Al principio, al enterarse de su enfermedad la madre de Marie rehusó someterse a las quimioterapias, y se rehusó con una voluntad que nunca antes había manifestado, una voluntad de hierro, de perro lastimado. Había escuchado, o leído, o quizá el médico se lo dijera, que perdería el cabello, que bajaría de peso, que su piel dejaría de ser tersa. Aguantó algunos meses. Finalmente terminó cediendo en el último minuto, quizá aterrada ante la

idea de su propia y fulgurante muerte, o quién sabe, tal vez asolada por dolores secretos, dolores escondidos que sólo ella conocía y sólo ella sentía en la oscuridad de sus noches de insomnio, sola en su cuarto, hundida en una silenciosa agonía que los pálidos rayos de luna que entraban por sus persianas no alcanzaban a iluminar. Como era de esperarse el cabello se le cayó, a raudales y casi instantáneamente. Su italiana cabeza surgió así por primera vez ante los asombrados ojos de Marie, y lo hizo en toda su hiriente perfección. Parece un globo terráqueo, dijo su madre, a quien el sentido del humor le duraría hasta el final. Marie pensó que más bien parecía un huevo. Un huevo misterioso, helado, el huevo de un ser acaso remotamente infernal.

El verano siguiente, tras el fallecimiento de su madre Marie visitó Isla de Arena por primera vez. Ello equivale a decir que visitaba también, al mismo tiempo, a su propio padre por primera vez. Hay que mencionar, por lo demás, que no es que durante todos esos años la figura de su padre estuviera ausente. Éste, justo es decirlo, le escribía a Marie con regularidad, cartas escuetas, es verdad, pero no insinceras, cartas en donde le preguntaba cómo le iba en la escuela, y qué hacía en su tiempo libre, y esas cosas que los buenos padres se sienten en la obligación de preguntar a sus hijos. Y más tarde, cuando las cartas se volvieron cosa de otra época, cuando el internet y los sitios web ya no eran moda sino necesidad y cuando ambos, tanto Marie como su padre, tuvieron sus respectivos correos electrónicos, también le escribía, al menos un par de veces al año, correos electrónicos también escuetos en los que le dirigía idénticas preguntas. En más de una ocasión la había invitado a visitarlo, aunque nunca mencionaba fecha precisa ni daba mayores detalles ni, sobre todo, se ofrecía a pagar

el traslado, lo que no era poca cosa dado el más bien magro salario que ganaba su madre, lo que él debía perfectamente saber, o al menos intuir. Como fuera, la invitación estaba allí, con sus correos, flotando en el aire como una esperanza remota. Eso sí, en todos esos correos y cartas por alguna razón no del todo clara su padre nunca había enviado a Marie ninguna foto. Ni de él, ni de la isla, ni de la casa en la que vivía. Viéndolo bien, quizá fuera aquella ausencia de imágenes, esa especie de iconoclastia por parte de su padre lo que hacía que Marie lo percibiera como lejano, como ausente, como una imagen apenas insinuada detrás de un ruido de estática, una voz que acaso profería palabras, cierto, palabras que Marie oía, sí, pero cuyo significado no acababa de entender.

Los días que siguieron al funeral de su madre fueron un infierno. Su padre, que había venido al funeral, se marchó casi de inmediato pretextando que en la isla no le podían encontrar un reemplazante, por lo que tenía que dejar solo a uno de los oficiales, y afirmando que tampoco contaba de momento con el dinero necesario para llevarse a Marie. A ella todas esas cosas le parecieron embustes, o por lo menos pretextos. Serán sólo unos días Marie, cuando mucho una semana, insistió su padre. Te enviaré el boleto, prometió. En la realidad Marie tuvo que permanecer casi quince días sola en el dúplex bajo la custodia de una de las vecinas, a quien su padre había pagado para que le viniera a cocinar a su hija y para que, de vez en cuando, viniera a hablar con ella, o al menos a preguntarle si se le ofrecía algo. La vecina, a quien sencillamente le pareció que la chiquilla era intratable, hizo lo primero, pero no lo segundo. Una noche Marie se despertó totalmente sola, como era de esperarse, y creyó escuchar algo en el pasillo. Pese al terror que sentía se levantó de la cama y así, en camisón

y descalza, se dirigió hacia la salita. En ella el alumbrado público formaba un pequeño charco de luz sobre el piso de tablones de madera. Marie había olvidado cerrar las ventanas, y las formas de los muebles aparecían y desaparecían frente a ella en reverberaciones extrañas y cambiantes. En eso, a Marie le pareció ver una sombra, primero afuera y luego adentro, como si algo informe y oscuro acabara de *penetrar* en el apartamento. Esa fue la palabra en la que pensó: penetrar y no entrar, como si aquella cosa que carecía, evidentemente, de corporeidad, hubiera violado su espacio. Aterrada, Marie encendió la luz y miró a su alrededor. No había nada. Echó un vistazo hacia la calle, que también estaba vacía, habitada sólo por el dolorido espasmo de la noche que llegaba a su fin.

Un par de semanas más tarde su padre (que tal y como prometió terminó por enviarle el dinero necesario para el traslado) la esperaba en el minúsculo aeropuerto de la isla, un aeropuerto que más que aeropuerto parecía un almacén, uno pequeño, un almacén en cuyas entrañas habitaran ratas y montones de cajas y que sólo por descuido albergara quizá también uno o dos aviones. Marie no estaba muy segura de cuánto tiempo iba a quedarse en la isla (el boleto era sólo de ida), ni tampoco sabía qué iba a hacer una vez estando allá. Marie asistía entonces a la secundaria, y tenía catorce años. Era el mes de junio. Las vacaciones estaban por comenzar, así que Marie no perdía nada, y de todas formas, incluso en Montreal, este año se le anunciaba como inusual. De ordinario ella y su madre pasaban las vacaciones allí mismo o en algún lugar cercano en el que se quedaban dos o tres días, cuando mucho una semana, mientras que el resto del tiempo generalmente transcurría sin que hiciesen nada especial, se iba en boberías, en hacer las compras o en ver televisión. Vivir en Montreal

como si su madre siguiera viviendo allí le parecía absurdo. Absurdo y doloroso. Marie miró a su padre. Iba vestido con una chaqueta color gris, con un pantalón gris. Todo él le pareció gris, menos sus ojos, que eran, como los suyos, marrones con tintes grises. Llegaste tarde, dijo él, y a Marie le pareció que le hacía un reproche, un reproche velado, casi imperceptible pero un reproche al fin y al cabo, como si fueran culpa suya los cambios de horarios de los aviones o las modificaciones de las trayectorias, o incluso los imperceptibles cambios del clima o de los vientos, que, como se sabe, son los culpables de todo lo anterior.

La primera visita a Isla de Arena fue de carácter pacífico, calmo. Las semanas que Marie pasó allí transcurrieron en total armonía, por así decirlo, aunque armonía no era la palabra adecuada. Digamos que transcurrieron sin incidentes, como debían transcurrir dado que se trataba de una visita un tanto de cortesía y enmarcada aún en el aroma de un duelo. Su padre se portó en todo momento amable, incluso excesivamente amable, casi obsequioso, como si estuviera tratando con un enfermo terminal o con una hija que no era la suya. En general Marie pasaba las mañanas en una playa cercana a la casa donde vivía su padre, una playa tranquila y solitaria. Allí se bañaba un rato, solamente unos minutos, porque el agua le parecía de una temperatura excesivamente baja como para resultar realmente disfrutable, y luego se sentaba en una toalla a tomar el sol. Trataba entonces de imaginarse que estaba en Honolulu, o en México, o en algún otro lugar igualmente exótico y deseable, pero la fantasía casi nunca funcionaba. Debía ser, se decía, por el peculiar color del cielo, o quizá por la vista de toda esa arena a su alrededor. No había palmeras, ni sillas plegables, ni nada que

podiera hacer pensar que se estaba de vacaciones. Aquello, a decir verdad, más bien daba la impresión de un desierto, de uno muy vasto, un desierto gris cuyos confines fueran tan remotos que nadie sabía en realidad dónde se encontraban, o si existían. Ni siquiera el sol era un sol de verano, sino que más bien parecía un bulbo lechoso y moribundo, un foco que alumbrara desde arriba los últimos instantes de un funeral. Pese a todo Marie siguió yendo a la playa todos los días, aunque en las semanas siguientes ya ni siquiera se molestaba en ponerse el traje de baño. Simplemente se sentaba allí, en jeans, a contemplar el mar. O si no, seguía con la vista la trayectoria de las numerosas aves que parecían subir y bajar en el cielo al ritmo de la marea: pájaros bobos, gaviotas, albatros, picotijeras. Una tarde su padre la invitó a conocer la estación en donde trabajaba. Era una estación eléctrica, de la que su padre, según le explicó él mismo, era el único empleado. El empleado, y el vigilante, y el encargado, y el técnico, y todo lo que uno se pudiera imaginar porque aquí en la isla escaseaba el personal. De vez en cuando venía a asistirlo alguien de la guardia naviera, pero eso, dijo, era más bien raro, aunque bien pensado debían hacerlo con más frecuencia, agregó, porque las instalaciones eran propiedad federal. La estación a fin de cuentas resultó no ser más que una especie de caja abandonada en medio de la nada, una caja desde cuyo interior surgía un sonido semejante al de un avispero, un zumbido ininterrumpido que le puso a Marie los pelos de punta. ¿Qué cosa haces exactamente?, preguntó, más por ahogar aquella emanación sonora que porque le interesaran verdaderamente el carácter o los detalles del empleo de su progenitor. Pues verás, dijo él en tono un tanto pedagógico, el mismo que usan algunos maestros cuando se disponen a explicar a un párvulo algo que suponen de suma importancia, verás, repitió, cuidó

que los generadores no se apaguen, registro en este cuaderno los movimientos de las agujas, recibo algunas comunicaciones del continente, ese tipo de cosas. Ajá, dijo Marie, sin entender muy bien del todo a cuento de qué tales tareas eran necesarias. Marie y su padre atravesaron varios cubiles idénticos y luego salieron de la estación. Afuera, al mirar hacia arriba Marie vio sobre su cabeza los postes con montones de cables que se movían acompasadamente con el viento de aquella tarde, agitándose a cada tanto y produciendo, al agitarse, un silbido largo y cansino, como si estuvieran vivos.

Por las noches ella y su padre cenaban en silencio o hablando poco. No que hubiese alguna hostilidad flagrante o evidente entre ellos, sino simplemente parecía que no tenían gran cosa que decirse. Una noche su padre le preguntó que qué quería estudiar, y Marie le dijo que no sabía. Tienes muchas posibilidades, dijo él, y en Montreal las universidades son buenas. Marie no respondió. Se daba cuenta, eso sí, de que su padre no contemplaba entre los planes futuros para ella una vida en Isla de Arena, y que por lo tanto esperaba, o deseaba, o suponía que partiría de ahí tarde o temprano, y probablemente más bien temprano. Como para confirmar sus sospechas algunos días más tarde su padre le dijo que dadas las circunstancias (por “circunstancias” se refería a la muerte de su madre, desde luego) Marie tendría que vivir, a partir de ya, a partir del momento mismo de su regreso a Montreal, en casa de su tía. ¿De la tía Michelle?, preguntó Marie con ojos azorados. Sí, de la tía Michelle. La tía Michelle era la hermana de su padre. Pero si no la conozco, protestó Marie. Sí la conoces, dijo él. Estaba el día de tu bautizo, y también vino a visitarnos algunas veces antes de que yo me mudara para acá, sólo que no lo recuerdas. ¿Y al funeral?, dijo Marie rabiosa.

¿Por qué no vino al funeral? ¡Marie, no lo hagas más difícil!, respondió su padre, casi en un chillido. En todo caso, agregó, mucho más calmado, ya lo hablé con ella y ambos estamos de acuerdo en que es la mejor solución. Luego, durante el resto de la cena su padre se hundió en un mutismo extraño, mayor que de costumbre, un mutismo que no se sabía, pensó Marie, si era de culpabilidad o de franca indiferencia.

Marie partió de Isla de Arena una semana después de aquella conversación. Ella misma se lo pidió a su padre y él no objetó ni insistió en que se quedara, como si considerara que de todas formas ya había transcurrido el plazo de duelo necesario, o como si lo que tenía que decirse hubiese sido dicho ya, lo que en efecto era el caso. La noche previa a su partida, empero, su padre le dijo algo más, algo muy extraño, o si no extraño por lo menos peculiar, algo que viniendo de una persona como su padre sonaba francamente alarmante. El día del entierro, empezó a decir su padre con una inflexión rara en la voz, un tono que Marie no le había oído nunca antes, como si le estuviera hablando desde el fondo de un pozo muy profundo, de un pozo oscuro y supurante. El día del entierro, repitió, vi a tu madre. A Marie aquel comentario le dio sobresalto. ¿Qué quería decir su padre con eso? Claro que la había visto, si podía considerarse *ver* a esa presencia simultánea de dos seres en el mismo espacio, a esa última visita, como la llamaban eufemísticamente algunos, a ese estar ambos en el mismo instante y en el mismo lugar. Su padre, que apenas había reparado en la reacción de su hija, siguió diciendo: Me acerqué al cortejo de dolientes, qué curioso ese nombre, ¿no? Dolientes. Qué preciso también. Bueno, me acerqué y no sé, se me ocurrió que a alguien tendría que darle el pésame, pero sabes, no había nadie. Tu madre era una mujer muy

sola, Marie, ¿te das cuenta? Digo, estaban sus compañeras de trabajo, y sus conocidas, y estabas tú. Pero en realidad no había nadie. Me di cuenta en ese momento de que en realidad ella vivía en un desierto, o quizá en un páramo. Como sea, sentí una tristeza infinita. Y entonces, Marie, la vi. Estaba allí, detrás de un roble. Ella me miró como quien mira a un muerto resucitado, como si todo alrededor, el cementerio, los árboles, las tumbas y los dolientes se concentraran en la sola inmediatez de mi presencia, o como si, no sé, como si ellos, nosotros es decir, como si nosotros fuéramos los muertos y ella la única que estaba viva, no sé si me explico. Como sea, fue impactante. Claro está, no podía yo decir nada. La gente hubiera pensado que había yo perdido el seso, o que eran los nervios propios de la pérdida. Shht, no digas nada, espera Marie. Luego, ella me dijo algo. Aquí, su padre se sentó muy erguido (estaban en la cocina de la casa), como si lo que iba a decir le costara un esfuerzo inmenso, o como si temiera desmayarse mientras hablaba. Me dijo, Marie: Si no ibas a volver antes, hubiera sido mejor que no volvieras nunca. Eso fue todo. Luego desapareció. Su padre guardó silencio. Durante algunos minutos ninguno de los dos dijo nada, hasta que Marie preguntó: ¿Y tú que le contestaste? Yo no le dije nada. ¿Qué cosa iba a decirle, Marie?, respondió su padre con un dejo de indignación en la voz, tras lo cual ambos volvieron a quedarse callados. Al otro día mientras se marchaba y todavía con aquella historia en mente Marie pensó que al menos algo tenía en común con su padre, y era que en semejante situación ella tampoco hubiera sabido qué responder.

Tras aquellas primeras vacaciones en Isla de Arena Marie, tal y como su padre lo deseaba, se mudó con su tía Michelle. Dejó de vivir en la calle St. Dominique para irse a la zona este

de la ciudad, que era casi exclusivamente anglófona. Claro está, no se mudó a la zona este pudiente (que también era anglófona), sino a la otra, a la zona clasemediera, cuando no francamente de barrio bajo. Sus nuevos conocidos, que no amigos, porque Marie era poco dada a las amistades entrañables o a las amistades simplemente, eran hijos de anglófonos, la mayoría anglófonos, justo es decirlo, un tanto desobligados, o más bien muy desobligados, la clase de gente que vivía de la asistencia social y perdía el tiempo en las calles consumiendo drogas, que en ningún caso eran drogas caras porque para eso no les alcanzaba, sino drogas baratas, mariguana sobre todo, y que deambulaban por las calles como zombis o como sobrevivientes de la Tercera Guerra Mundial. Como fuera, Marie consiguió cruzar aquel lodazal de su adolescencia con relativo éxito, si por éxito se entiende que logró terminar la secundaria y se matriculó en un Cegep. Además, gracias a aquellas malas compañías ahora también hablaba inglés, lo que no era de desdeñarse en aquel universo norteamericano del que la provincia de Quebec, mal que les pesara a los soberanistas, formaba apenas una minúscula parte, como si se tratase de un esputo verde en un océano de gargajos negros. Tras un par de meses en el Cegep, empero, Marie lo abandonó, y entonces entró en una escuela de modas que también abandonó, y luego en una escuela de formación para asistentes dentales que también abandonó, y al final en una escuela de artes y oficios de donde terminó graduándose, tras muchos esfuerzos, como asistente de bibliotecario, que ni era un arte ni era propiamente un oficio, pero que sí era una ocupación que iba bien con el temperamento más bien poco sociable y hasta algo huraño de Marie. Como fuera, aquello dio a ésta una libertad nueva. Pese a lo que pudiera deducirse de tan accidentada trayectoria académica Marie

tenía en realidad prisa por salir de casa de su tía Michelle, cosa que por fin pudo hacer cuando consiguió un empleo en la biblioteca central. Marie se mudó entonces a un pequeño apartamento compartido en el antiguo barrio de su infancia, cerca de las vías del tren, en donde los alquileres eran mucho más baratos que del otro lado, del lado de la avenida. Por la noche después de volver del trabajo Marie se sentaba cerca de la ventana y trataba de leer algún libro que había tomado prestado de la biblioteca. O a veces no leía nada, sino que se quedaba sentada allí, con el libro en el regazo esperando a que pasara algún tren. Eso bien podía ser diez minutos o tres horas, lo que ciertamente no dejaba de exasperar a Marie, que no acababa de entender aquellos horarios de transporte tan irregulares, tan carentes de lógica. Entonces, cuando el tren pasaba Marie sacaba la cabeza por la ventana y lo miraba hasta que éste no era ya más que un punto ínfimo en el horizonte, una ausencia cuya sonora estela retumbaba largo rato en el aire. A veces también, aunque cada vez menos, Marie veía en sueños aquella imagen terrible, terrible y mágica al mismo tiempo, la imagen de la isla brillando en la noche como una luciérnaga muerta en medio del mar.

Los resultados del laboratorio llegaron una semana después de la visita al médico y su llegada hizo que Marie se sorprendiera por partida doble. La primera razón de su sorpresa fue la relativa eficiencia de los laboratorios, que no solamente se daban prisa en analizar las muestras (cuenta tenida, suponía Marie, de la carga de trabajo que debían tener), sino que incluso se tomaban la molestia de avisar a cada paciente de manera personal para que éste pasara a recogerlos. No estaba mal, nada mal. La otra razón por la que se sorprendió fue porque el resultado decía que, en efecto, Marie estaba encinta.

Ahora bien, justo es decir que no había allí en realidad nada de qué sorprenderse. Nada en absoluto. Todo lo contrario: aquello era de esperarse, un resultado perfectamente lógico, incluso previsible, del estilo de vida que Marie llevaba, o que había llevado al menos los últimos diez años de su existencia, probablemente más. Marie había empezado a menstruar a los doce años, y a los trece ya no era virgen. A los catorce ya había tenido al menos cinco amantes diferentes, cifra que por toda suerte de razones que no viene al caso mencionar se había prácticamente cuadruplicado desde entonces. Así pues, el que Marie fuese poco sociable o nulamente amistosa en nada le impedía ser lo que bien podía calificarse de promiscua, sin por tanto llegar a ser, al menos no a sus ojos, una cualquiera. Además, en esa maraña peluda que era la vida sexual de Marie ésta se cuidaba solamente a veces, como por épocas. En esos momentos compraba y tomaba con regularidad sus pastillas anticonceptivas, o alguna espuma, o se iba a aplicar una inyección al centro de salud, y siempre cargaba con regularidad algún preservativo. Y no sólo se cuidaba del embarazo, desde luego, sino también de otras cosas, de otras enfermedades terribles e innombrables, y del sida también. Pero en otras ocasiones, en demasiadas a decir verdad, no lo hacía. No lo hacía y entonces era como si navegara por ahí en aguas turbias, indefensa como un barco sin timón. Como un velero, le dijo alguna vez un amigo, asustado ante el comportamiento francamente suicida de Marie, como un pequeño catamarán abandonado que espera pacientemente a que llegue la ola que lo hundirá al fin.

Durante los años que siguieron a su primera visita Marie volvió a Isla de Arena al menos en dos ocasiones más, en parte porque no quería romper el vínculo con su padre (que después de todo

era el único familiar directo que le quedaba), y en parte porque en el fondo le gustaba aquella tranquilidad como de claustro, como de cementerio, ese silencio indómito que ofrecen solamente los lugares verdaderamente recónditos, esos a los que no han llegado el turismo, ni los hostales internacionales, ni los conciertos de rock. Un lugar, justamente, como Isla de Arena. No volvió a ir en avión, sobre todo porque el viaje por aire, como ya lo descubriera desde aquella primera vez años atrás, costaba una pequeña fortuna. En lugar de ello hacía el trayecto en autobús hasta Halifax, y de ahí en barco hasta la isla, lo que bien podía llevarse veinte horas, bien cuarenta, o hasta cincuenta, porque los transportes entre Halifax y la isla dependían en gran medida de las condiciones climáticas y de ninguna manera podía decirse que estuviesen sujetos a horarios regulares. Su padre la recibía siempre con agrado, no con entusiasmo ciertamente, lo que no significaba en modo alguno que no le entusiasmara que su única hija lo visitara, sino sencillamente porque su padre (a esa conclusión había llegado Marie con el tiempo) no era ya de suyo un hombre expresivo. Después de aquella conversación años atrás acerca de la aparición de su madre, o del fantasma de su madre, o de la alucinación que aquel había tenido con respecto a ella, ese tema se había convertido en una especie de tabú, y ambos evitaban mencionarla como no fuera de manera muy casual, de paso, sin detenerse demasiado en los detalles del recuerdo, como si se tratase de un objeto caliente o punzocortante, de algo que era preciso manipular con guantes y con sumo cuidado. Durante aquellas visitas Marie adoptó cada vez más la costumbre de vagar por la isla, adentrándose cada vez más en ella. No que hubiera muchos lugares adonde ir, y a decir verdad el paisaje que Marie veía era a menudo un paisaje de una monotonía inenarrable, un páramo de arena cenicienta

en el que no había nada además de la arena misma, desde luego, una arena que formaba figuras extrañas e improbables, cambiantes monstruos que la luz del sol al atardecer hacía parecer todavía más enigmáticos e irreales. Un tarde durante uno de esos paseos Marie descubrió una manada de caballos salvajes que pastaba cerca de una playa, lo que la sorprendió muchísimo. ¿Qué hacían esos caballos en un lugar como éste? ¿De qué sobrevivían? ¿De qué especie desconocida, quizá en vías de extinción, se trataría? ¿Vivían aquí vaqueros, en el sentido en el que los conocemos? Si era así, ¿en dónde estaban? Al llegar a casa interrogó a su padre al respecto y éste, tras pensárselo un poco, simplemente se encogió de hombros y le dijo que lo único que sabía era que aquellos infelices animales (esa palabra usó: infelices) llevaban allí mucho, pero mucho tiempo.

La vida en Isla de Arena durante aquellas visitas fue siempre plácida. Marie se levantaba y leía un rato, luego desayunaba un huevo con un pan tostado y se salía a deambular, tras lo cual volvía a casa a la hora del almuerzo para comer cualquier bocadillo, y volvía a salirse a caminar. Gracias a esa rutina de verdadera vagabunda Marie no tardó en descubrir que existían en la isla otras cosas dignas de interés, además de los caballos. El faro, por ejemplo, aunque a decir verdad más allá de la impresión inicial, que fue monumental, éste dejó de interesarle casi enseguida. Lo que sí la impresionó de manera más durable fue la estatua de la virgen con la que se encontró una tarde en una de las playas más alejadas, alejadas, se entiende, respecto al emplazamiento de la casa de su padre. Esta virgen era exactamente como las vírgenes de cualquier altar de cualquier iglesia de Montreal, que Marie había visitado no porque fuese practicante sino por mero interés

histórico. A diferencia de otras vírgenes, empero, esta virgen era completamente blanca, o debía haber sido completamente blanca alguna vez, como se adivinaba pese a su color grisáceo y parduzco. Ahora, a Marie no le impresionó la estatua en sí, ni la virgen como tal (como se dijo, Marie no era una persona religiosa), sino el hecho de que ésta tuviera a sus pies flores frescas. ¿Quién podía haberse tomado la molestia de venir hasta acá a dejarle flores a una virgen tan remota? Y lo que es más, ¿de dónde, por todos los diablos, habían salido aquellas flores? Ella no había visto ninguna hasta ahora, y no solamente no había visto ninguna flor, sino que no había visto nada que se le pareciera ni remotamente, ninguna flora además de los descoloridos y toscos pastos que servían de alimento a los caballos. Como la vez anterior también interrogó a su padre mientras ambos aprestaban la cena que degustarían aquella noche. En esta ocasión su padre se le quedó mirando como si la creyera loca, y debió pensar que tantas horas de ociosidad no eran buenas, mucho menos para una jovencita de esa edad.

Marie bautizó aquella playa como la playa de Santa María del Agua. La playa en realidad no tenía nombre, como no lo tenía ninguna de las otras playas de la isla, así que aquello ya era una primicia. Lo era, y no lo era al mismo tiempo, porque como era de esperarse ese nombre era conocido sólo por Marie y por nadie más, de suerte que para todo el resto de los habitantes de la isla, y de los que no la habitaban también, aquello siguió siendo una playa anónima y solitaria. No así para Marie, que a partir de entonces empezó a sentirla cercana, muy cercana, y que pasó en los días subsecuentes muchísimas horas tomando el sol allí, al amparo de la inefable mirada de la virgen. Una tarde Marie se llevó las flores, notando que nadie venía a reemplazarlas y que empezaban a oler mal.

Una vez en Montreal y a la vuelta de cada una de esas visitas a la isla Marie tardaba un día o dos en recuperarse enteramente. Para empezar, no solamente se sentía abatida por el cansancio físico, lo que era perfectamente comprensible puesto que el trayecto distaba mucho de ser cómodo o rápido, sino que le ocurría lo que suele ocurrirles a muchos viajeros, que despiertan a medianoche sin reconocer la habitación en la que están o que la confunden con otra, o que incluso se toman ellos mismos por alguien diferente. Lo interesante era que a veces estos extrañamientos, o pasmos, o como quiera que se les llamase la sorprendían también y particularmente de día, en momentos muy inoportunos, por ejemplo, cuando se disponía a tomar el autobús o cuando estaba cocinando, lo que tenía consecuencias tan graves como que perdiese el transporte y llegase tarde al trabajo, o que se le quemase la cena. En ocasiones, durante esos mismos días subsecuentes a su retorno, Marie alucinaba la isla. O mejor dicho, alucinaba *partes* de ella; por ejemplo, le parecía que la torre del banco mundial era el faro, todas las proporciones guardadas se entiende, o que la costa del Viejo Montreal (a la que Marie iba en ocasiones solamente para poder tener la ilusión de seguir viendo el mar) era la costa de la isla. Desde luego, eventualmente Marie lograba superarlo y todo volvía a la normalidad.

Una vez, tras unas vacaciones en la isla y durante una de esas visitas al Viejo Puerto de Montreal Marie se topó, en plena plaza principal, con un hombre que dijo ser Jacques Cartier. O mejor dicho, el fantasma de Jacques Cartier. Jacques Cartier, como todo el mundo lo sabe, o como al menos algunos cuantos francófilos ilustrados lo saben, fue el

descubridor del territorio del Canadá francés, una suerte de héroe nacional cuyas proezas son, empero, poco conocidas fuera de las fronteras de la provincia de Quebec, y quizá de Francia, un hombre elegante, un marinero y un aventurero que murió literalmente apestado en su nativa St. Malo, y que quizá hasta fuera aristócrata en su tiempo, pero que en todo caso, según lo que Marie sabía o había leído, un hombre que no había encontrado en vida lo que estaba buscando. Un candidato ideal, pues, para ser un alma en pena. El caso es que el fantasma en cuestión se acercó a Marie de una forma, por decir lo menos, bastante humana. Para empezar no iba vestido con ropa de época, a excepción de una gorra de fieltro negro bastante cómica, una gorra que, por otro lado, bien podía haberse procurado, pensó Marie, en cualquiera de los locales de ropa de segunda mano de su barrio, o de otro barrio cualquiera, una gorra que de aristócrata y de antiguo no tenía absolutamente nada. El tipo era, pues, sin duda un impostor. Claro, que por unos escasos minutos Marie dudó. Su estado mental tras el regreso de Isla de Arena, próximo al delirio febril, bien podría estarle jugando una mala pasada, y cosas más raras se veían y se oían por ahí. El supuesto fantasma de Jacques Cartier se acercó, y tras tambalearse un momento le preguntó qué hora era. Marie le indicó de manera muy cortés que no llevaba consigo su reloj. La supuesta aparición, sin inmutarse, se sentó en uno de los poyos de la plaza, en donde pareció perderse en alguna elucubración de altura. Entonces, tras aquella pausa, señaló a lo lejos, hacia donde la torre de la catedral de Notre-Dame sobresalía entre los edificios. ¿Ves eso?, preguntó a Marie. Crees que es bonito, ¿verdad? Bueno, pues no lo es. Es *grandioso*. Pues bien, sábetete que ni toda la grandeza del mundo puede sacar a un alma del purgatorio. Porque ahí es donde estoy, afirmó. Ahí, y no en otro lugar,

maldita sea. Y malditos sean los ingleses. Y los inmigrantes también. Y los iroqueses. Y todos los que se quedan con los trabajos de la gente de bien. Marie, que se había acercado un poco más para escuchar lo que el fantasma decía, se dio cuenta enseguida de que éste estaba borracho. Olía a alcohol en todo caso, o a aguardiente, o quizá a vino barato, y también a basura, como si hubiese pasado la noche dentro de un contenedor de desperdicios, lo que por lo demás no era improbable. Como fuera, olía muy, muy mal. ¡No es posible!, gritó el pretendido Jacques Cartier de pronto, poniéndose en pie de un salto. ¡Esto no puede continuar así! ¡No más! Ahora sí, Marie procuró alejarse a toda prisa mientras aquel hombre, o espectro, o lo que fuera se quedaba manoteando lastimeramente, a solas con sus cuitas personales. Por si las dudas, en cuanto pudo, Marie fue a la iglesia en cuestión, en donde procuró prender una vela por la salvación de aquella alma.

El siguiente verano en Isla de Arena Marie conoció a un jovencito. El encuentro tuvo lugar allí, precisamente, en la playa de Santa María del Agua. Aquella mañana Marie estaba, como de costumbre, tendida en la arena sin hacer nada, o nada visible al menos, aunque su mente sí que estaba muy ocupada. Estaba pensando. Pensaba en sus días en la biblioteca central (por aquel entonces acababa de obtener el empleo), en las horas de vida pasadas en acomodar libros que jamás leería, porque no tenía tiempo o porque no le interesaban, libros que no obstante pasaban por sus manos como pasan por las manos del carnicero infinidad de trozos de carne, de cadáveres de vacas, de toros, y a lo mejor hasta de uno que otro perro. De libros que eran, en ese sentido, iguales a esos trozos de carne, carroña que estaba allí, a su alcance, pero que se le escapaba porque su sustancia no era más que una

ilusión, porque ni nutría, ni terminaba por pudrirse o por desaparecer. ¿Iba a pasarse la vida haciendo eso? Y si no hacía eso, ¿qué alternativa tenía? Luego, mientras metía los pies en el oleaje más bien tímido que a esa hora bañaba la playa a Marie le cruzó por la mente la idea, mejor dicho, se preguntó por la posibilidad, así fuera remotísima, de ingresar a la universidad. A su edad, pensó, estaría en desventaja. O a lo mejor no. ¿Cuántas veces no había oído decir que los estudios universitarios a edad temprana eran desaconsejables, a riesgo de terminar anclado en profesiones erróneas, o convertido en un profesionista frustrado y mediocre? Algunas veces lo había oído. No muchas, cierto. En realidad no recordaba haberlo oído nunca, pero con seguridad que tal cosa se decía. Ella tenía veintitrés años. No era mala edad. No lo era en absoluto. En eso estaba cuando sintió una presencia a su lado. Así le pareció: una presencia y no una persona, lo que no dejaba de ser peculiar. Al girarse vio que se trataba de un joven. No era muy alto. En realidad no era ni alto ni bajo, sino un chico de estatura normal, de tez clara y cabello oscuro. Sus ojos eran muy oscuros también, o así le parecieron a Marie en ese momento, unos ojos como carbones o como tizas. Al principio él la ignoró, o hizo como que la ignoraba y se fue a sentar en el extremo opuesto a donde ella estaba sentada. Marie, un tanto divertida por la actitud del muchachito, lo ignoró también. Ese mutuo ignorarse, empero, no podía durar mucho, sobre todo dado que ellos eran los únicos visitantes de ese paraje y que todo parecía indicar que lo seguirían siendo durante el resto del día. Así, pasada una media hora, o quizá menos, el muchacho se acercó. No eres de aquí, le dijo a Marie. No era una pregunta, sino una afirmación. Marie, por lo tanto, no se sintió en obligación de responder nada, sino que simplemente se le quedó mirando al muchacho con expresión curiosa,

invitante, quizá hasta algo insinuadora. De cerca, notó que el muchacho no era feo, y también que era mucho más joven de lo que le pareciera al principio. Mucho más joven que ella sí, en todo caso. Tendría ¿qué?, quizá catorce, o cuando mucho quince años. Ya roto el hielo el muchacho se sentó a su lado, y luego los dos charlaron un rato de cosas sin importancia, del clima de la isla, de los pájaros de la isla, de las olas que rompían en las playas de la isla, y del cielo, casi siempre ominoso, que se cernía sobre la isla. Luego se rieron de alguna cosa igualmente banal que no viene al caso mencionar, pero que tuvo sin duda un efecto relajante, porque tras algunos minutos de risas él se acercó y sin previa advertencia besó a Marie en los labios. Marie se sobresaltó, cierto, pero dejó que lo hiciera, y no sólo eso, sino que le correspondió, primero un tanto tímidamente, luego con franco atrevimiento. Después tuvo sexo con él allí mismo, tras unas rocas de la playa. No lo hizo porque aquel isleño le atrajera particularmente, sino porque en aquel entonces, incluso más que en el presente, Marie tenía la costumbre de acostarse con casi todos los chicos con los que salía. Con todos, en realidad. El acostón no estuvo mal. Nada mal a decir verdad, considerando que ella era mayor que él y que tenía con toda seguridad mucha más experiencia y camino recorrido que él, y que todo parecía indicar que para él ella era la primera relación sexual consumada. Esa noche Marie volvió a casa más tarde de lo acostumbrado. Como si presintiera lo ocurrido su padre le preguntó con especial insistencia que dónde había estado. Por ahí, respondió ella, y se fue a dormir.

Ella y el muchachito isleño se vieron un par de veces más, siempre encontrándose en la misma playa, y siempre sin haberse dado cita previamente. Aquellos encuentros

espontáneos no eran, por otro lado, difíciles de lograr, porque para decirlo llanamente en Isla de Arena no abundaban los lugares adonde ir. Como a la tercera o cuarta ocasión el muchachito le dijo a Marie que en realidad él tenía otra novia. Marie pensó que el detalle de considerarla a ella misma su novia (*la otra* novia, se entiende) era ya enternecedor, y le dijo que no importaba. El muchacho también le dijo que su otra novia, su primera novia, por así decirlo, era muy, muy bonita, y Marie pensó que lo que el chico en realidad trataba de decirle era “ella es más bonita que tú”, y se dijo que eso tampoco tenía importancia.

Solamente en una ocasión Marie vería a otras personas en aquella playa de la virgen. Sucedió unos días antes de la fecha en que tenía planeado dejar la isla, a finales de aquel verano. Ella y el muchachito estaban sentados cerca de un par de rocas (las mismas rocas detrás de las cuales solían meterse para hacer el amor) hablando de todo y de nada, de los planes de Marie (que a lo mejor se metía a la universidad este año), de los de él (que no tenía la más remota idea de lo que quería hacer con su vida) y de lo difícil que era vivir aquí o allá, o en donde fuera, incluso con un trabajo medianamente decente, cuando de pronto la playa se llenó de barullo. Marie no tardó en distinguir a lo lejos a un grupo de mujeres que se acercaban. Qué raro que las escuchemos tan bien, pensó, porque parecía que estuvieran en el horizonte, o que fueran espejismos. Las mujeres, efectivamente, estaban lejos, pero no tanto como para que no pudiera verse (y oírse) lo que estaban haciendo. Estaban recogiendo conchas, o quizá estrellas de mar en la arena de la playa. Con toda seguridad, pensó Marie, ellas no pueden vernos desde donde están. Eso parecía, porque aquéllas se veían de lo más entretenidas hurgando en la arena,

horadándola con los dedos, echando lo que se encontraban en bolsas de plástico y dando brinquitos muy graciosos de cuando en cuando, como para evitar las olas, todo ello sin aparentemente reparar en que estaban siendo observadas. A su lado el muchachito permanecía en silencio. ¿Las conoces?, preguntó Marie entonces, de manera completamente inocente. Frente a ellos la tarde se desgranaba, convirtiéndose lentamente en un fresco de rojos y de amarillos, de marrones improbables que prefiguraban ya la llegada del atardecer. Sin responder a su pregunta el muchachito dijo a su vez: ¿Quieres saber lo que haría yo, extranjera (así la llamó, quién sabe por qué)? ¿Quieres saber qué haría yo si pudiera hacer algo con mi vida aquí, ahora mismo? Pues nada. No haría nada. O mejor dicho sí, agregó. Hay una cosa que sí haría: mataría a todos en esta isla. Incluido mi padre, incluidas esas mujeres. Marie no dijo nada. Pasada la sorpresa inicial supuso que aquello no debía ser sino un exabrupto de púber, producto seguramente de algún desequilibrio hormonal propio de quienes, como el muchacho, estaban en la edad de la punzada. Un arranque de adolescente, pues, porque de los adolescentes siempre podía uno esperarse cualquier parrafada de ese tipo. Luego se preguntó qué cosa haría el padre de éste, ése al que el muchachito afirmaba con tanta frialdad querer matar. Era, por lo demás, la primera vez que se lo oía mencionar. Se dio cuenta también de que en realidad no sabía nada del muchachito. Literalmente, nada: ni dónde vivía, ni cómo se apellidaba, ni si tenía hermanos o hermanas. Se acordó de la supuesta novia, y se dijo que era extraño que nunca lo hubiera visto con ella. No que la isla fuera tan pequeña como para andarse cruzando con todo el mundo todo el tiempo, pero igual era sorprendente que si éste tenía novia estuviera aquí horas enteras sentado junto a Marie en lugar de pasar el tiempo con la otra, tomando

un helado, o paseando, o haciendo lo que sea que hiciesen los jóvenes enamorados en este lugar. Mientras Marie reflexionaba en aquello el muchacho permaneció sentado a su lado sin moverse, diríase que casi sin parpadear. Luego agregó: y después de matarlos a todos me iría de esta isla para siempre. Viviría entonces en Nueva York, o en Londres. Sí, mejor en Londres, afirmó. O viajaría por todo el mundo. Y nunca, pero nunca se me ocurriría volver aquí.

La noche antes de partir de Isla de Arena Marie soñó que el isleño la violaba. En su sueño el rostro del muchacho era más severo que en la realidad, como si se tratase de él mismo, sólo que varios años después, es decir, como si Marie tuviese frente a ella al hombre en el que ese muchacho se convertiría, un hombre ligeramente acabado, hay que decirlo, uno de esos asalariados cuyas derrotas cotidianas los llevaban a frecuentar (en ocasiones por encima de sus presupuestos) los bares de la calle St.Catherine, especialmente los bares de bailarinas exóticas, *streptease* y *tabledances*. Marie no iba personalmente a esos lugares nunca, o casi nunca (se había dado el caso, para qué más que la pura verdad), pero había salido un par de veces con hombres que sí lo hacían, hombres, precisamente, acabados y derrotados, hombres de edad media que trabajaban en oficinas gubernamentales y cuyo sexo generalmente olía mal, a sudor repegado y a orines. En todo caso este hombre, o este muchacho mayor que en realidad era el isleño actual la llevaba a un despoblado. Cierto que en aquella isla todo, o casi todo lo era, pero quién sabe por qué a ella le daba la impresión de que aquel lugar lo era más, como si la hubiera llevado, por decirlo de alguna forma, a las entrañas de la isla, o a una parte de ésta que nadie más sino él mismo y acaso los animales endémicos de la isla conocían. Allí el isleño

le decía que se quitara la ropa porque quería verla desnuda. Ella al principio se negaba, como era lo lógico. Hacía frío, no quería exponerse, le decía, aunque no estaba muy claro si se refería a una exposición en el sentido estrictamente físico del término, o a exponerse a otra cosa que no se mencionaba (como si se expusiera a atrapar un resfriado, por ejemplo). Como fuera, en el sueño (y esto era importante) Marie no sentía miedo. Ningún miedo en absoluto, como si aquello fuera parte de una misma aventura, de una odisea en la que ella participaba de manera completamente voluntaria, como si estuviera dentro de uno de esos programas de televisión en donde los concursantes deben escapar de un cazador, o de un asesino, ambos ficticios desde luego, por lo que la huida no puede ser sino igualmente ficticia, por mucho que al espectador e incluso a los participantes pueda llegar a parecerles emocionante o incluso atemorizante. Luego él la abofeteaba. Una sola bofetada seca y alucinante. Marie miraba entonces hacia arriba, quién sabe por qué. Tal vez fuese un reflejo, una reacción ante el golpe, o a lo mejor era una forma de evadirlo. Marie notaba que del cielo pendía (en esa palabra pensaba en ese momento, *pende*) una estrella. Solamente una, solitaria, aterradora en su brillantez. Debe ser la osa mayor, o tal vez la menor, decía Marie antes de recibir otro golpe y perder el conocimiento.

En el siguiente episodio de ese mismo sueño (que Marie tuvo dos o tres noches después del primero, estando ya en Montreal) Marie despertaba sobre una playa. No era aquella playa, la de Santa María del Agua, sino otra, una que no lograba identificar. Estaba tendida de espaldas sobre la arena, y al abrir los ojos descubría que no estaba ya bajo las estrellas, sino bajo un sol blanquecino, antinatural, una especie de

huevo de serpiente (aunque Marie nunca había visto un huevo de serpiente en toda su vida esa era la imagen que le venía a la mente), en todo caso, aquel sol tenía una textura un tanto acuosa, como si no se tratara de algo realmente sólido sino de un objeto cuya masa fuese coloidal o gelatinosa. El sol en cuestión titilaba de manera perceptible, al mismo ritmo del punzante dolor de la entrepierna de Marie. Entonces, cuando ésta trataba de levantarse descubría lo que era obvio, y eso era, justamente, que el isleño la había violado. Corría un poco de sangre sobre sus muslos, sangre reseca pero más bien escasa, como si sus entrañas acostumbradas a aquellos embates (algunos de sus amantes en el pasado eran o habían sido particularmente violentos) no hubieran reaccionado de manera particular ante lo que, después de todo, no era sino una penetración más. Al final Marie se limpiaba la sangre con las manos, se subía la ropa y se marchaba de allí por su propio pie.

Al volver a Montreal después de aquel verano Marie ni renunció a su trabajo ni se matriculó en la universidad, y ni siquiera fue a pedir informes, ya no digamos sobre los programas, sino sobre las fechas y los requisitos para ingresar. En pocas palabras, su vida siguió siendo exactamente como era antes. Una tarde mientras levantaba libros en la sala de lectura se topó con uno titulado *La interpretación de los sueños y de otros arcanos a través de las eras*. Qué título más raro, pensó Marie. Acordándose del sueño aquél de la violación, y en parte porque era casi la hora de su salida (y a esa hora Marie era más dada que a otras horas a las divagaciones estériles) a Marie se le ocurrió buscar allí una explicación a sus devaneos oníricos. La primera parte del libro era una especie de historia de los sueños que empezaba en la época de los egipcios y de

los mesopotámicos y que continuaba hasta nuestros días. Marie se saltó esa parte y fue directamente a la sección de interpretación, que en realidad era una suerte de diccionario de los sueños en donde los temas posibles estaban ordenados alfabéticamente. Como Marie se lo imaginó, no encontró nada bajo el rubro *Violación* (aunque sí existían *Violeta* y *Violines*, con una subdivisión en *Violines Stradivarius*). Marie reprimió una risita. ¿Quién soñaba con violines Stradivarius, por Dios Santo? ¿Qué clase de persona era tan ridícula (o tan selecta, según) no solamente como para soñar con un violín, sino para poder precisar de *qué tipo* de violín se trataba? Entonces Marie intentó buscar *Sexo*, o *Relación Sexual*. Encontró el primero, pero no el segundo, porque de *Relación* (tema que era de orden muy general) el índice de sueños se saltaba directamente a *Sábanas* (con subdivisiones en *Limpias* y *Sucias*). En el rubro *Sexo*, por el contrario, se encontró una serie de subdivisiones en las que la interpretación difería según que se tratara de un sueño en donde uno veía a alguien más teniendo sexo, como en una película pornográfica (bajo el rubro *Sexo Testigo*), a sí mismo teniendo sexo, pero desde fuera, es decir, como si uno fuese no uno mismo sino un actor de aquella película pornográfica (*Sexo Actuación*), o si se trataba de un sueño vívido, en donde uno sentía y veía igual que si estuviera teniendo sexo en la vida real (*Sexo Fantasía*). Marie supuso que en su caso se trataba probablemente de esto último. La interpretación decía en una prosa que nada tenía de elocuente y ni siquiera de prosa real, sino que más bien era algo cercano a los aforismos, o acaso a los haikus japoneses: *Se anuncian tempestades* y *Alguien querido va a esfumarse* (¿cómo esfumarse?). Y luego, en una línea aparte: *si el sueño persiste, se sugiere buscar ayuda psiquiátrica, y Véase también Recurrencia*. Qué farsa, pensó Marie, y tuvo ganas de tirar el

libro allí mismo al cesto de la basura. No lo hizo, desde luego. En vez de ello lo abandonó, como en represalia, en un lugar recóndito de la sección de Ciencias Políticas, entre los libros de Teoría Marxista y los de Filosofía Política, una sección en la que, para ser francos, muchas personas a menudo se perdían.

El año nuevo de aquel mismo verano, el verano del isleñito, Marie acudió al Viejo Puerto con unos amigos a presenciar un concierto público. Se trataba de un evento polifacético y multitudinario (según lo describía el folleto repartido en varios puntos comerciales de la ciudad durante las semanas previas), organizado por el gobierno de la isla de Montreal para despedir al viejo año, o para recibir al nuevo, Marie no lo recordaba. El concierto debía tener lugar en la misma plaza en donde hacía un año se había desarrollado el encuentro entre Marie y el fantasma de Jacques Cartier, o el émulo, o el farsante que se hacía pasar por el fantasma de Jacques Cartier. Marie no había vuelto allí desde aquella vez, e inevitablemente vino de inmediato a su memoria aquel personaje. ¿Estaría ahí celebrando la conclusión de otro calendario? ¿Lamentaría que el mundo no se hubiera acabado aún, o que otro año comenzara? La estatua de Jacques Cartier lucía como siempre, indiferente a todo, pese a que sus bordes estaban vergonzosamente cubiertos con botellas de cerveza. Durante un rato Marie la observó atentamente, como si buscara detectar cualquier movimiento sospechoso, cualquier vibración en su rostro, cualquier parpadeo que indicara ¿qué? ¿Una reacción? ¿Esperaba acaso que ésta cobrara vida (qué risa) ante sus ojos? Como es de esperarse, no pasó nada. El concierto estuvo aburrido y Marie quiso irse a casa temprano. Antes de partir echó un último vistazo a su alrededor, por si el fantasma aparecía en el último minuto, pero éste no se presentó.

Marie no volvió a Isla de Arena el verano siguiente. En vez de ello se organizó con una amiga para ir juntas de excursión a México. Ah, qué verano. Ambas se asolearon de lo lindo en las playas de Cancún, tomaron muchas piñas coladas y fueron a bailar a todas las discotecas posibles, en donde siempre eran invariablemente asediadas por mexicanos morenos y arrogantes, mexicanos que hablaban un inglés de academia, un inglés apenas comprensible en el que las invitaban a salir, o les preguntaban si les gustaba el país, y de dónde eran, y otras cosas igualmente banales. Y cómo cogieron, sí señor. Si estos mexicanos hablaran inglés como cogen, le dijo un día su amiga, que justamente venía de haber pasado la noche con un regiomontano al que había conocido en la disco, si hablaran inglés como cogen, el mundo sería de ellos. Marie no dijo nada. Ella misma salió con un par de chicos simpáticos del Distrito Federal que estaban también de vacaciones, se acostó con uno, y luego se acostó con el otro, y luego en una ocasión se acostó con los dos al mismo tiempo. Luego ambas volvieron a Montreal, en donde quisieron seguir la fiesta durante algunas semanas, o a lo mejor fueron meses, hasta que por fin se aburrieron y dejaron de llamarse.

Cuando Marie volvió a Isla de Arena, dos años más tarde, le pareció que todo estaba cambiadísimo. Eso, desde luego, no era verdad. La isla seguía exactamente igual que siempre. Su padre, por otro lado, sí que se veía diferente. No solamente estaba y se veía más viejo, sino que algo dentro de él parecía como transformado. Era difícil de explicar. Para empezar, le había dado por salir a caminar, de suerte que esta vez fue ella la que se quedó en casa mientras su progenitor se enfrascaba en interminables caminatas por aquellas costas perdidas. Una de las pocas tardes en que ella misma salió de paseo fue

directamente a la playa aquélla, a Santa María del Agua, en donde esperó durante varias horas al isleñito que, como era de esperarse, no se presentó. Marie intentó preguntar por él, pero descubrió que carecía de señas particulares suficientes como para hacerlo. ¿Qué les iba a decir? ¿Que buscaba a un muchachito de quince años? ¿Qué era así y asá? El día en que se iba Marie fue a dar una vuelta por la plaza de la isla. En general durante sus visitas anteriores Marie había evitado ese sitio por parecerle particularmente deprimente, gris como todo y sin siquiera el consuelo de la vista del mar. Caminó un rato en torno a su estatua (que no se parecía en nada a la de Jacques Cartier) y cuando pasaba cerca de uno de los horribles edificios que llevaban al muelle le llamó la atención un pequeño cartelito pegado en un muro. En él figuraba la foto de una joven que, según indicaba el anuncio, se había extraviado. El cartel estaba deslavado por la lluvia y por el viento, por lo que Marie dedujo que llevaba allí al menos un par de meses, quizá más. A Marie no se le escapó que la foto, pese al desgaste, dejaba entrever que la extraviada era muy bella. Se acordó del muchachito y pensó, o creyó que a lo mejor era ésta la novia del que fuera a su vez su efímero novio. Qué idea tan ridícula, se dijo entonces, y se olvidó del asunto.

De todo aquello hacía muchos años. Casi diez, o quizá un poco más. En parte por eso a la propia Marie le pareció raro acordarse del isleñito precisamente ahora que ella misma tenía más de treinta años, ahora que recibía aquella inesperada noticia, y ahora que aquel encuentro de su juventud no pintaba para nada ni en su vida ni en su condición presente o futura. Desde luego, ni remotamente sospechaba que aquel jovencito pudiera haber sido el padre del hijo que

esperaba. Aquello no solamente era poco deseable sino que era biológicamente imposible. El padre con toda probabilidad debía estar entre alguno de los dos o tres hombres con los que había tenido relaciones en los últimos meses, ninguno de ellos un compañero estable, ni mucho menos recomendable. Pese a todo ello, aquella noche al volver de la clínica Marie tuvo la leve punzada, un alfilerazo ínfimo pero real, que la hizo desear por espacio de un microsegundo —que pasó rápido, muy rápido— que el padre hubiese sido él.

Toda esa noche Marie le dio vueltas al asunto de su embarazo. Al otro día, claro está, se levantó sintiéndose más cansada que nunca, pese a lo cual siguió pensando en ello toda la mañana. Incluso habló a la biblioteca para decir que se sentía mal. Las alternativas, de más estaba decirlo, no eran muchas. O tenía el hijo y continuaba su vida como hasta ahora (¡imposible!), o no lo tenía y continuaba como hasta ahora (más probable, aunque no sencillo), o lo tenía y daba un vuelco a su existencia (¿?), o no lo tenía y de todas formas cambiaba de vida (ridículo). Durante todo el día hizo varias rondas de su cama a la cocineta en un estado de semicatatonia. Y se sentía mal. Muy mal. Aquello debía ser, se dijo, en parte porque seguramente la cosa (se negaba a llamarlo “el bebé”, o “su hijo”) que estaba creciendo dentro de ella le lanzaba bombas hormonales, sustancias que le desequilibraban el sistema y la hacían sentirse gelatinosa, aunque no podía descartarse que se tratara de un efecto del shock emocional que estaba viviendo, shock que provenía del hecho de que no acabara de decidirse si quería o no quería ese bebé. No, en realidad no lo quería, se dijo. De eso al menos estaba segura.

Al día siguiente Marie fue a trabajar. El día transcurrió más o menos como de costumbre, sobre todo porque Marie se sentía más tranquila ahora que su decisión estaba tomada. Tras desempolvar su pequeña mesita en la parte trasera de la biblioteca Marie salió a las salas, en donde procedió a acomodar los libros que los lectores de en la mañana habían ya empezado a dejar en los carritos destinados para tal fin, lo que no le llevó mucho tiempo (por alguna razón los lectores matutinos siempre eran más ordenados, diríase que hasta más metódicos que los lectores de en la tarde), luego deambuló un rato entre los estantes de la sección de literatura, rescató uno que otro ejemplar mal acomodado y tras una segunda ronda vaciando carritos se dirigió al mismo café en donde acostumbraba tomar siempre su almuerzo. Llevaba anotados en la agenda los números en donde se suponía que debía sacar cita para su legrado. Tras terminarse su sándwich de queso y tomate (no tuvo estómago para nada más) estuvo intentando conectar con la clínica un par de veces desde su móvil, pero la línea estaba ocupada. Pidió un café e intentó de nuevo, pero seguía ocupado. Leyó algunas líneas del periódico que alguien abandonara en una de las mesas contiguas, y marcó de nuevo. Ocupado. Así siguió intentando durante al menos quince minutos más, con idénticos resultados. Durante alguna de sus tentativas a Marie se le ocurrió que aquella permanente utilización de la línea invitaba a preguntarse cuánta gente, cuántas mujeres, o chicas, o casi niñas querrían hacerse un legrado. Cientos tal vez, a juzgar por lo difícil que resultaba comunicarse a la clínica de abortos. A su mente vino entonces la imagen de un ejército de nonatos aniquilados, de un ejército sanguinolento, derrotado y triste. Un ejército más lastimero que vengativo. Marie colgó el teléfono y volvió a su trabajo.

Esa noche Marie encontró en su contestadora tres mensajes de teléfono. Uno era de Melanie, que decía que no volvería sino hasta dentro de tres días (no aclaraba por qué), y pedía a Marie que regara la planta de la cocina, además de suplicarle que si llamaba Marc (su novio) le dijera simplemente que no estaba, sin mencionar que no había venido a dormir. Marie suspiró. Los otros dos eran mensajes del laboratorio. Ya de entrada a Marie la cosa le pareció sospechosa. Los escuchó mientras llenaba una jarrita con agua que vertió luego en la begonia medio moribunda que pendía de la alacena. En el primero de aquellos mensajes una mujer, una asistente o secretaria seguramente, decía que necesitaban que Marie Laforest se comunicara lo antes posible a tal y tal número, por algo que tenía que ver con los resultados de su examen de fecha tal y tal. En ese momento lo primero que vino a la mente de Marie fue que a lo mejor los laboratoristas se habían equivocado con sus pruebas. Sopesó por un segundo las implicaciones de tal hecho. ¿Querría decir eso que no estaba embarazada? Podría ser. Descubrió, no sin una pizca de decepción, que aquello en realidad no importaba. No importaba porque no modificaba en absoluto la decisión que ella ya había tomado, aunque sí que le ahorraría las molestias de tener que presentarse en la clínica, más las posteriores dolencias resultantes del legrado. Era pues, en suma, lo que bien podía calificarse de buena noticia. Luego escuchó el otro mensaje, en donde la misma secretaria o asistente decía que era preciso que llamara porque el médico quería comunicarle algo *muy* importante. Aquel acento en la palabra *muy* le causó desasosiego. Luego la máquina de mensajes dejó escapar un bip seguido de un sonido hueco, vacío, como si alguien siguiera allí en la línea, alguien que por alguna razón no se atrevía a hablar pero cuya respiración se intuía, se adivinaba

detrás de aquel ominoso silencio. Marie apagó la contestadora y verificó la hora. Pasaban de las ocho. Tendría que esperar hasta mañana.

Aquella noche mientras merendaba Marie se acribilló a preguntas. ¿Qué podía ser lo tan importante que querían decirle en el laboratorio? ¿Por qué la urgencia? Debía ser *muy* importante, en efecto, si la habían llamado dos veces. Marie pensó en las posibilidades, y tras ello llegó a las dos únicas conclusiones que le parecieron posibles, las únicas conclusiones lógicas que podía obtener de la fragmentada información de la que disponía: la primera, que efectivamente no estaba embarazada. Algún bisoño laboratorista habría quizá llegado al trabajo medio somnoliento por haber bebido de más, o cogido de más justo la noche anterior y había anotado positivo ahí en donde era negativo, y el laboratorio se sentía, como debe de ser, culpable, máxime que todo el mundo sabía que las mujeres podían empezar a hacer planes con una rapidez absolutamente impresionante. Quizá temieran que Marie ya hubiera empezado a pensar en nombres, que ya hubiera notificado a todos sus familiares, que hubiera quizá empezado a comprar enseres de bebé o alguna cursilería por el estilo. La segunda posibilidad era que en el laboratorio hubiesen descubierto algo más, algo que no era el embarazo, o que estaba ahí *además* del embarazo, y ese algo tenía por fuerza que ser algo malo. Algo que no podía ser dicho por teléfono a una contestadora, y que requería de la presencia urgente de Marie, o al menos de su llamada. Mientras barajeaba estas dos alternativas y a medida que lo hacía Marie se fue convenciendo cada vez más de que debía tratarse de lo segundo, y aquella cuasi-certidumbre hizo que le dieran ganas de ponerse a llorar, cosa que desde luego no

hizo. En vez de ello se puso a pensar en qué podría ser lo tan malo que no le habían aún dicho. Entonces, una idea la golpeó, y lo hizo con tanto peso que Marie por poco se cae de la silla en donde estaba sentada. Tengo sida, se dijo, primero mentalmente, luego en voz alta y articulando cuidadosamente las palabras: Ten-go si-da. Era de esperarse. Tenía que pasar, tarde o temprano. Todos esos hombres, todas esas noches, todos esos descuidos. Ahora sí, a Marie se le escaparon un par de lágrimas involuntarias. Mientras lloraba quedamente intentó hacer un recuento mental de todos sus amantes, como si aquello sirviera de algo, o quizá buscando identificar a algún posible culpable, pero no estaba de humor memorioso y cada tres o cuatro nombres perdía invariablemente la cuenta. Quiso entonces tomar un poco de aire, así que se acercó a la ventana y al abrirla descubrió que justo en ese instante pasaba bajo ésta un tren, uno muy largo y de apariencia espectral, como uno de esos trenes de la Segunda Guerra Mundial, los mismos que cruzaban Europa repletos de judíos destinados a los campos de exterminio. El traqueteo de las vías bajo sus pies tuvo el efecto de un terremoto y por un minuto o dos, lo que duró el paso de los carros, Marie no se movió. Qué raro, pensó Marie una vez que el tren se hubo alejado en la oscuridad, es la primera vez que lo veo o lo oigo a esta hora. Luego se fue a dormir tratando de no pensar más en el asunto, cosa que, desde luego, no consiguió.

Al otro día muy temprano Marie (que no durmió gran cosa, pero que sí durmió algo después de todo) marcó al laboratorio, en donde tras hacerla esperar varios minutos en la línea y pedirle su nombre y el número de su tarjeta médica le informaron que por cuestiones confidenciales era absolutamente imposible dar cualquier tipo de informe por

teléfono. Luego la comunicaron a otra extensión en donde le dijeron que como no había devuelto la llamada enseguida sus resultados habían sido remitidos ya a su médico, por lo que tenía que comunicarse directamente a la oficina de éste para sacar una cita. Eso hizo Marie, y allí le dieron cita para dos días después. Absurdo, pensó ésta. Llamar a alguien para decirle que es urgente que se comunique y luego hacerla esperar de esa manera le pareció absurdo, cuando no francamente cruel. Como fuera, Marie se presentó en la clínica en la fecha y hora indicadas. Allí la secretaria del doctor le indicó que tomara asiento, y mientras esperaba Marie se puso a hojear una de las muchas revistas que se amontonaban en total desorden en una de las mesas de la sala de espera, una revista como hay tantas revistas banales, de ésas que hablan de belleza y dan trucos para dormir al niño, o que sugieren viajes a países improbables y nuevos colores para el interior de la casa. Marie pasaba las hojas distraídamente y sin interesarse demasiado en ninguno de los artículos, mientras como ruido de fondo le llegaban ya los pasos de alguien que pasaba por el pasillo, ya los nombres cuidadosamente articulados por la enfermera llamando al siguiente paciente. En eso se detuvo, y con las páginas abiertas sobre su regazo se puso a observar, primero con curiosidad y luego con absoluta perplejidad, una de las fotografías. Era la virgen de la isla. O no exactamente, porque esta virgen era una pintura a colores y no una estatua encalada como la que ella recordaba, pero por todo lo demás era exactamente igual. A Marie le sorprendió mucho notar que en la imagen a colores se apreciaba mucho mejor algo que se perdía en la otra, algo que ella en ese momento creyó o supo haber intuido desde el principio: la virgen en cuestión llevaba un niño entre los brazos. Un niño muy pequeño, una especie de viruta cuya única cualidad realmente humana

era la cabeza descomunal que emergía al lado de la mano, mientras que el resto del cuerpo se perdía extrañamente debajo o detrás del manto de la virgen. El pie de foto decía: Santa María Hodigitria de Sevastopol. ¿Una virgen rusa? ¿Qué tiene que hacer una virgen rusa en una isla del Atlántico Norte? A menos, desde luego, que no fuera la misma. O a menos que todas las vírgenes no fueran sino una sola, una única y misma virgen que era reproducida hasta el infinito. A menos, claro, que se estuviera equivocando. En eso Marie oyó que la enfermera leía su nombre y no tuvo más remedio que abandonar la revista sobre el sillón.

La recibió el mismo médico joven de aquella vez, que en esta ocasión, quién sabe por qué, le pareció a Marie infinitamente menos atractivo. Tal vez tendría un corte de pelo diferente. O quizá era la expresión de somero pero visible agotamiento que empezaba a opacar sus pupilas, grabándole en torno a los ojos un par de círculos oliváceos muy poco favorecedores. El médico le indicó con gesto cansino que se sentara, y se puso a hojear su expediente. Acto seguido, la miró con una expresión que a Marie le pareció ligeramente sorprendida. También le pareció a ésta ver que algo muy fugaz cruzaba por los ojos azules y ojerosos del médico, algo que quizá fuera angustia, pero no estaba segura. Luego el médico carraspeó un par de veces, y le dijo en palabras medianamente entendibles (al parecer el médico era dado a los tecnicismos médicos) que sus resultados revelaban, además del embarazo (Marie contuvo la respiración) la presencia de un tumor en el endometrio. Estaba en el ultrasonido, dijo. Parecía un tumor de gran tamaño, aunque nunca podía saberse sin más pruebas. De ahí el malestar, los síntomas. Estaba en el ultrasonido, repitió, y no en los resultados de las pruebas sanguíneas, por

eso en el laboratorio al ver que estaba embarazada habían sin querer pasado por alto lo otro, lo que sin ser excusable era entendible, un error humano, una falta que, aunque grave, se justificaba en ciertos casos, o al menos en un pequeño número de ellos. Como fuera, no había daño grave, o el daño posible había sido reparado antes de que fuera irreparable. ¿Y ahora? preguntó Marie, sin saber qué otra cosa decir. El médico la miró con expresión de indefensión, como si fuese a soltarse a llorar (Marie temió que de hecho lo hiciera), pero tras unos segundos pareció recuperar el control: con toda seguridad, dijo éste, habrá que operar, una biopsia es de rigor. Luego, aunque Marie no lo preguntó el médico se puso a explicarle con una paciencia malamente fingida que la biopsia consistía en la extracción de una minúscula muestra de tejido, un pellizco de carne por así decirlo, de tejido que podía o no ser maligno, tras lo cual podría decidirse dependiendo de los resultados la mejor vía a seguir. Un pellizco de carne, se repitió Marie mentalmente, aturdida y sintiendo que los oídos le zumbaban. Un trozo de tejido maligno. Aquella expresión le pareció horrible.

La biopsia tuvo lugar alrededor de diez días después de aquella cita, y lo único bueno de ella fue que Marie consiguió gestionar un permiso de tres días para realizársela. Considerada un procedimiento “de rutina” por las autoridades de su empleo (a santo de qué, quién sabe) merecía en general apenas dos días, cuando no uno, o hasta medio día si se trataba de casos de menor importancia. Marie debía considerarse, pues, privilegiada en ese sentido. En los días previos a la biopsia Marie deambuló por la ciudad en un estado de incredulidad muy cercano a la negación. Decir que pensaba “esto no está pasando” parecería ridículo, pero sí, Marie pensaba

exactamente eso. Luego al “esto no está pasando” le siguió el “no debe ser nada”, y luego el “quizá sí, quizá sea algo después de todo”. Por otro lado, pese a su talante más bien pesimista Marie resistió a la tentación de ponerse a buscar información suplementaria sobre tumores, cánceres y sucedáneos, ya fuera en libros de la biblioteca o en la red. El médico joven le recomendó que no lo hiciera. Eso, le indicó, solamente la sumiría en un estado próximo al pánico, o quizá dijera a la paranoia, pero en todo caso en un estado que era desaconsejable dadas las circunstancias, que sin ser del todo buenas tampoco eran malas, y que bien podían ser mejores, o bien empeorar más, mucho más, siempre dependiendo de los resultados. Todo aquello el joven médico lo dijo, recordó Marie, acompañando sus palabras de una mirada extraviada, una mirada que parecía la mirada de un loco.

Los resultados estuvieron disponibles la siguiente semana e indicaron que el tumor de Marie era maligno, por lo que el joven médico le dijo que la remitiría a un oncólogo. Bajo su supervisión Marie debería entonces empezar un tratamiento en cuanto fuera posible, lo que podría significar tener que esperar un par de semanas al menos, por aquello de la falta de disponibilidad de camas y de personal, y debido a la mucha demanda que tenían las alas de altas especialidades, por lo que el médico le aconsejó con insistencia que sacara la cita de inmediato; lo que es más, él mismo la remitiría al ala oncológica de inmediato, faltaba más. Luego le estrechó la mano con algo de reticencia, como si temiera contagiarse de algo, y le deseó buena suerte.

Durante varias semanas Marie vivió como si ya estuviera muerta. O mejor dicho, como si se hubiera convertido en un

muerto viviente, en un sucedáneo de sí misma, en una especie de sombra, de reflejo o de otredad gris. Ayudó a esto el hecho de que Melanie estaba de vacaciones y por ende ausente, como casi siempre, y las ausencias de Melanie siempre sumían el apartamento en un silencio cercano a la inanidad. Marie dejó de ir al trabajo. En ocasiones se pasaba el día acostada, metida bajo las cobijas, contando sus respiraciones o simplemente dormitando. Se levantaba de cuando en cuando para vomitar (seguía con náuseas, aunque ahora ya no sabía si eran causadas por el embarazo o por el tumor), o para picar algo de comer, casi siempre ínfimo, ínfimo tirando a raquítrico. O si no, encendía la televisión, que realmente no veía sino que sólo escuchaba, como si la voz de un presentador de variedades o de una heroína de serie policiaca pudiera apaciguar en algo sus múltiples y sin duda justificados temores. Una mañana Marie vio en una serie de televisión de éstas de repetición, éstas destinadas solamente a aburridas amas de casa y a desempleados, la historia desgarradora, tristísima, de una mujer condenada a muerte por un diagnóstico fatal. Su propia historia, pues. Claro, esta mujer era muy, muy bella, tanto que uno no alcanzaba a entender o a creer que en verdad estuviese enferma (la propia Marie notaba que ella misma había comenzado a perder peso). En fin, que la fulana en cuestión decidía planear con cuidado el momento de su muerte (un suicidio, dicho de otra manera), dispuesta a que si se iba a largar de este mundo al menos fuera como ella quería y no como el destino se lo había malamente determinado. Claro está, aparecía también un galán que intuía o descubría sus planes y que trataba en consecuencia por todos los medios de persuadirla de que no lo hiciera, primero porque él la amaba, eso se daba por descontado, y la amaba como sólo pueden amar los héroes de telenovelas a sus heroínas, pero también

porque estaba persuadido de que juntos podrían derrotar a cualquier enemigo, incluida la enfermedad, que para todos los fines prácticos estaba aquí claramente del lado de los malos. La cinta concluía en una toma posterior a la operación (a la que la mujer finalmente había accedido a someterse animada por el galán, que además resultaba ser él mismo parte del *staff* médico del hospital), en donde ambos recibían una especie de homenaje, una cosa cursilísima con pastel y todo, por parte de médicos y de enfermeras, frente a quienes se besaban y se acariciaban embobados de felicidad. Marie no esperó a que terminaran de pasar los créditos y le cambió al canal de noticias.

Quizá en parte como influencia de aquella cinta, quizá en parte porque ya existía en ella, agazapada en algún rincón, a Marie le surgió entonces la idea del suicidio. Matarse para no morir. O morir, sí, pero no con dolor. Evitar a toda costa el dolor. Claro, un poco como la mujer de la cinta, era preciso pensar en el cómo, en el cuándo, pero ninguna de las posibilidades satisfizo a Marie porque todas constituían, en el fondo o en la superficie, agresiones, violencias ejercidas no contra los demás sino contra uno mismo, y Marie era, eso hay que reconocerlo, una persona de temperamento más bien pacífico. Así, abandonó la idea casi con la misma rapidez con la que la pensó, aunque no por ello mejoró ni su estado de ánimo ni su participación, digamos activa, en la búsqueda de una solución racional, clínica, médicamente viable. No acudió a su primera cita con el oncólogo, ni tampoco a la segunda. Aquello, lejos de ayudar, la hundió todavía más en ese estado, esa suerte de autoconmiseración, o de resignación, o quizá fuera de callada rabia en la que estaba cayendo igual que puede caer una piedra a un pozo profundo, sin remedio y en

picada. Cuando Melanie volvió de sus vacaciones encontró a Marie tendida en el sillón en un estado tal que a punto estuvo de llamar a una ambulancia, y si ni lo hizo fue porque Marie le suplicó que no lo hiciera, y también porque Melanie en el fondo no gustaba de los enredos con la policía, y para ella las ambulancias eran una extensión de las fuerzas policíacas, de la ley, del gobierno, del sistema y quizá del imperialismo yanqui. En todo caso, lo que sí hizo fue ponerse a buscar entre las cosas de Marie. ¿Buscar qué? No lo sabía exactamente; algo que le permitiera ayudar a su amiga de alguna manera no demasiado comprometedora. No tardó en dar con la dirección de correo electrónico del padre de Marie, a quien decidió, tras alguna reflexión, contactar para contarle lo que estaba pasando, o lo que ella sabía al menos, o lo que ella creía que estaba pasando. *Marie sufre una depresión*, empezaba aquel correo que Melanie se tardó toda una mañana en redactar. *No sé por qué*, había escrito, aunque luego reemplazó la frase por *desconozco la razón*. *A Marie quizá le venga bien que usted la llame o le escriba*, especificaba Melanie. *Sí, que la llame sería mejor*.

La llamada de su padre tuvo lugar un lunes por la mañana. Fue una llamada breve. Demasiado breve quizá, dada la gravedad de los acontecimientos. Marie contestó, cosa que ya de por sí era rara, porque desde hacía semanas evitaba responder el teléfono temerosa de que quien la llamara fuera la biblioteca pública, que le avisaba que se había quedado sin empleo, o peor aún, el oncólogo, que se preguntaba cuándo demonios pensaba iniciar el tratamiento. O peor todavía: podría tratarse de algún antiguo amante (uno que otro tenía su número, aunque en general Marie era poco dada a compartir información personal con ellos), un amante taciturno,

aburrido, que le preguntaría cómo estaba y que le pediría entonces que se vieran y demás, y con el que Marie estaría obligada a justificarse, a decir que no se sentía bien, o que salía con otro, o alguna otra bobería por el estilo, porque ella era incapaz, bien lo sabía, de simplemente decir que no. Pero contestó, con voz titubeante, cierto, pero contestó. ¿Marie?, le dijeron del otro lado de la línea. Durante unos segundos Marie no respondió, insegura de si la voz que oía era, en efecto, la de su padre, a quien no había visto ni oído en muchos años y que, que ella recordara, la había llamado pocas, poquísimas veces en el transcurso de su vida. ¿Sí?, dijo al fin. Su padre se limitó entonces a preguntarle que si estaba bien, que si necesitaba algo. Marie dijo que sí a lo primero y que no a lo segundo. Su padre no mencionó haber recibido ningún correo de Melanie, ni tampoco le pasó por la cabeza enunciar la palabra depresión. En vez de eso dijo algo así como “aquí el cielo se ve como siempre, pero no exactamente” “o la arena se ve como siempre, pero no exactamente”, o una frase de ese talante. Luego preguntó a Marie cómo iban las cosas en el trabajo, y Marie dijo que había renunciado. Bien, bien, dijo su padre, como si estuviera pensando en otra cosa, o como si no la hubiera oído. Luego tras despedirse someramente ambos colgaron casi al mismo tiempo.

En los días que siguieron a aquella llamada Marie experimentó una ligera mejoría. Consiguió reagendar aquella primera cita perdida con el oncólogo, e incluso acudió a ella. Ésta no fue, finalmente, nada del otro mundo. El médico no era como el anterior, es decir, no era ni joven ni guapo. Era un hombre bajito, corpulento, de rostro severo, que después de revisarla le reprochó su tardanza, pero lo hizo con suavidad, con tacto, como quien se detiene en un párrafo incómodo del contrato

antes de pasar rápidamente a otra cosa, a las cláusulas que realmente cuentan. Le explicó que lo importante ahora era que su cáncer (era la primera vez que alguien se refería a su enfermedad con sus verdaderas palabras) no había desarrollado metástasis. Que se extirparía el tumor, junto con el feto. Ante esta observación Marie dio un respingo al que el médico reaccionó de inmediato. No es posible, *madame*, que usted considere la continuación del embarazo dadas las circunstancias, aunque claro está, la decisión última es suya. Marie asintió. El médico pareció aliviado y continuó con su explicación, como un catedrático que sabe que ha respondido a la pregunta de aquella alumna un tanto rebelde, la de la última fila, y que ha respondido con precisión, con maestría. Que sabe que si la alumna pese a todo reprueba el examen no será culpa suya. Le explicó también que tras la extirpación del tumor habría que considerar algunas sesiones de quimioterapia, y Marie no pudo evitar pensar en su madre. Dichas sesiones, dijo el médico, tendrán lugar aquí mismo, en el ala de oncología, y aunque no requieren de hospitalización tampoco son un pan de dulce, *madame*. Era preciso estar preparados, insistió. Luego le dijo que la programaría para cirugía dentro de dos semanas. No era muy pronto, cierto, pero tampoco era mucho, y eso en un lugar en donde las listas de espera eran tan largas que quienes tenían los medios preferían irse a atender a Cuba, o a México, eso ya era algo. Marie asintió todo el tiempo mirando al médico con ojos muy abiertos, deteniéndose, diríase, en cada uno de los muchos cráteres de su rostro, resabios de viruela o de alguna otra enfermedad, y en las innumerables arrugas y manchas y defectos de su piel. Y mientras lo observaba Marie llegó a la conclusión de que su médico era más bien feo. Eso, y que parecía un hombre de una honestidad ejemplar.

Durante la siguiente semana, es decir alrededor de diez días antes de la cirugía, Marie recibió un inesperado correo electrónico. Era de su padre. A diferencia de todos los correos que su padre le mandara hasta entonces se trataba de un correo largo, casi de una epístola. El título del correo era *Estuve pensando*. No era, desde luego, un título propiamente dicho, porque uno nunca le pone títulos a los mensajes electrónicos a menos que sea uno un poeta o un mentecato, y su padre no era ninguna de las dos cosas. Ese era, pues, más bien el Asunto. El Asunto decía: *Estuve pensando*. Luego su padre se enfrascaba en una narración de lo más desconectada, una narración que empezaba con el nacimiento de Marie, con cómo él y la madre de Marie no querían tener hijos al principio, y cómo luego cuando ella se embarazó ambos pensaron que aquello era una maravilla y que todo iba a mejorar (se infería de dichas frases que ya por entonces su madre y su padre tenían diferencias). Nada había mejorado, en absoluto. Todo lo contrario. La llegada de Marie había *hundido* su matrimonio, decía el correo, lo había relegado a un objeto accesorio, cosmético, desechable. Pero ese no era el punto. El punto era que después de aquello, cuando ya él y su madre se habían divorciado y cuando él abandonó la Civilización (así estaba escrito, con mayúscula), durante todos esos años *exiliado* en Isla de Arena, lejos de todos sus conocidos, amigos y familiares él no había dejado de preguntarse ni un solo segundo qué había estado mal. Dónde había estado el error. Como en esos juegos de niños, Marie, en esas fotos en donde se pide que se encuentren las diferencias, o los faltantes, o los errores, y los errores están ahí, o las diferencias están ahí, claramente, pero uno no logra verlas pese a esforzarse, no puedes encontrarlas hasta que alguien más, alguien que no las está buscando llega y te las señala. Y son tan claras, Marie,

tan evidentes que te preguntas cómo pudiste pasarlas por alto. Cómo pudiste no verlas, a menos que hubieras estado ciego. Lo que sucede, Marie, continuaba el mensaje, es que uno está *apabullado* por el entorno, por el todo, por la imagen completa que se despliega ante nuestros ojos. Luego, de pronto, uno lo descubre y el descubrimiento es radical: el error no existe, Marie. Sólo existe nuestra percepción de él, y el error es por tanto en sí mismo incorregible. ¿Lo entiendes? La imagen es perfecta tal y como es, sólo uno mismo es el faltante. Hacia el final del mensaje, como si su padre hubiese necesitado un respiro después de aquel discurso magistralmente obtuso, o como si el correo hubiese sido escrito en días diferentes (probablemente así era), su padre la invitaba a venir a Isla de Arena. Creo que debes buscar algo aquí. Yo lo encontré sin buscarlo. Creo que te puede ayudar. Te quiere, tu padre.

Por segunda vez en su vida Marie se encontró volando a Isla de Arena una semana después de aquella misiva, y dos días antes de la fecha en que debía haber entrado a quirófano. Aquello era, y ella lo sabía, una locura. Tal vez la locura más grande que había cometido en toda su existencia. Tal vez, digámoslo sin ambages, la última locura de su existencia. No solamente se gastó todos sus ahorros en ello (que eran muy pocos), sino que ponía en grave riesgo (palabras del oncólogo honesto) su ya de por sí precaria salud. En vano Marie intentó persuadir a su padre para que éste le dijera por teléfono de qué se trataba, de qué manera, quién, qué podía ayudarla. Incluso le contó en aquella llamada, minimizando un tanto la gravedad eso sí, que estaba enferma y que necesitaba una cirugía. Con más razón, hija, debes venir, fue la escueta respuesta de aquél. Tengo cáncer, papá, le confesó entonces Marie, sabiendo que se jugaba con ello su última carta. Su padre guardó silencio

unos instantes, como sopesando lo que debía decir, o quizá no diera crédito a lo que acababa de escuchar, o quizá comprobaba algo que ya sospechaba, o intuía. El caso es que al cabo de unos minutos de incómodo silencio, tan largos que Marie llegó a pensar que se había cortado la comunicación, su padre le reiteró la invitación. Él sabe, le dijo. Sabe porque ve, y el que ve, sabe. Marie se alarmó. Francamente, en ese momento empezó a temer por la salud mental de su padre, que siempre había sido, hasta donde recordaba, un hombre práctico, poco dado a retruécanos mentales, un hombre que no se parecía en nada a este pseudomístico con el que estaba hablando por teléfono. Está bien, papá, dijo sin pensarlo, vendré. Ambos estuvieron de acuerdo en que en su estado era menester evitar la fatiga innecesaria tanto como fuera posible, y su padre incluso ofreció ayudar con parte de los gastos del vuelo, cosa que Marie no tuvo más remedio que aceptar. Justo ahora miraba por la ventana del avión, un avión minúsculo, de apenas quince asientos, un pajarito metálico que se bamboleaba como si fuera de papel y como si estuviera a punto de caer a pique a cualquier revirón del viento. Desde ahí, al acercarse a destino Marie distinguió la silueta de la isla. Estaba oscuro, y Marie pensó que la estaba viendo como nunca antes la había visto, y se dijo que si alguna vez iba a ver algo que se pareciera al sueño de su niñez, ese sueño de la isla resplandeciente, ese momento era éste. Siguió observándola durante los minutos que duró el descenso. De pronto la isla parecía mutar y entonces sus contornos se tornaban siniestros, como si se tratase no de un trozo de tierra sino de algo vivo, de un animal marino. De un animal que aguardaba. ¿Que aguardaba qué? La muerte, quizá. O la llegada de otro animal semejante. O nada de nada. Quizá simplemente se había cansado de esperar. O quizá no era un

animal en absoluto, pensó entonces Marie, sino el cadáver de un animal, un desecho. Marie sintió que la cabeza le daba vueltas. Buscó en su maleta de mano, en donde llevaba un arsenal de medicamentos que había logrado sonsacarle al doctor honesto bajo la promesa de que se los tomaría con regularidad y sin abusar, sacó una cápsula anaranjada de su embalaje y se la tragó así, sin agua. Luego cerró los ojos y esperó pacientemente a que el avión terminara de descender.

En el pequeño aeropuerto su padre la esperaba ya. Estaba de pie, y llevaba consigo agua y una cobija. Al mirar su rostro cariacontecido a Marie le sorprendió que no hubiese rentado una silla de ruedas. Estoy bien, le dijo al acercarse, mientras le daba un beso en la mejilla. Estaba rasposa, no como una lija sino como un lecho de rocas. Rasposa de manera irregular, protuberante. Quizá fueran sus maxilares, que a Marie le parecieron más marcados que nunca. Le pareció que lucía desaliñado, quizá, pensó, porque ya no trabajaba. Todo él en realidad parecía disminuido, como si de aquel hombre de antaño no quedara más que un costal de huesos. Sólo sus ojos seguían siendo los mismos, pensó Marie.

En el trayecto, mientras su padre conducía y ella iba sentada a su lado con la cobija sobre las piernas, igual que una inválida o una anciana, lo observó. No, se dijo, sus ojos también han cambiado. No ellos como tales, no su color, o su forma, o su textura, sino algo en el brillo que subyace en lo más recóndito de éstos. ¿Qué ocurre, papá?, preguntó entonces, como si de pronto se invirtieran los papeles y no fuera ella la que estuviese necesitada de ayuda o de consuelo, sino como si hubiese venido hasta acá más bien a ofrecerlo y ahora tuviese prisa por saber a quién o a qué debía otorgárselo. Su padre le

dijo, sin dejar de mirar hacia el camino, que era mejor esperar hasta llegar a casa y ella no insistió. El resto del trayecto Marie se dedicó a observar en silencio el paisaje por el que iban transitando, que le pareció de una desolación inaudita. Alcanzó a distinguir la silueta umbría del faro a lo lejos, y a su derecha las olas rompiendo en una playa que a Marie le pareció más bien un campo de batalla, un campo abandonado, uno en el que no quedaran más que los detritus de alguna masacre. Luego cruzaron el muelle, en donde tres o cuatro barcasas se bamboleaban tristemente al ritmo cansino del oleaje. Marie notó el edificio nuevo al lado de éste, una especie de bloque de oficinas de color mostaza de tres o cuatro pisos. Es el nuevo hospital, dijo su padre, que mientras conducía lanzaba de cuando en cuando a su hija miradas subrepticias. La plaza no se veía, ni su estatua tampoco, porque quedaban ocultas detrás de aquella mole de concreto que, a decir verdad, a Marie le pareció horrible. ¿A quién se le ocurrían esas ideas? ¿Quién diseñaba los planes urbanos que poco a poco convertían no sólo las grandes urbes, sino por lo visto también los pueblos abandonados y las islas semidesiertas en cementerios de hormigón y de varilla? ¿Es que no quedaba ya nadie en este mundo con una pizca de sentido común? Ya llegamos, dijo su padre entonces, y Marie se dio cuenta de que tenía los ojos entrecerrados y de que había estado a punto de quedarse dormida.

La casa en donde ahora vivía su padre era un poco más grande que la anterior. No demasiado, no era una mansión victoriana ni nada por el estilo, sino una sencilla casita idéntica a la primera, una casita que en vez de tener un sólo piso tenía dos. No me habías dicho que te habías mudado, dijo Marie, aunque la observación desde luego era un tanto impropia

porque en realidad ella y su padre casi nunca se decían nada. Sí te lo mencioné, respondió él sin el más mínimo asomo de rencor. En un correo, hace más de un año. Marie sintió que se sonrojaba. Quizá sí había sido así y ella lo había olvidado. No importa Marie, dijo su padre sonriendo, pero con una sonrisa que no iba dirigida a ella sino que se perdía detrás de ella, de suerte que Marie se sintió obligada a voltear. Tras la puerta y a través del vidrio distinguió entonces la silueta de una persona, de una mujer más precisamente. Marie...empezó a decir su padre, y Marie sintió que la invadía una oleada de pánico, aunque no supo exactamente por qué. En eso la puerta se abrió y en efecto, una mujer alta de facciones angulosas entró a la casa. Han llegado, dijo, como si fuera necesario enunciar algo que era una evidencia factible. Sí, sí, dijo su padre nerviosamente mientras atraía hacia sí a la recién llegada, a la que pasó el brazo por encima de los hombros, un tanto tímidamente, más como un escolar que como un hombre en el alba de la vejez. Sí, repitió, ésta es mi hija Marie. Marie, ésta es Hilda. ¿Hilda?, preguntó Marie mientras interrogaba a su padre con la mirada. Se sentía obnubilada y súbitamente soñolienta. Supuso que debía ser el medicamento. Al mismo tiempo sentía sobre ella la mirada curiosa de Hilda, el breve instante de compasión que aquella pareció dedicarle desde su segura posición, a un par de metros de distancia y bajo el hombro de su padre. Éste, supuso Marie, debía sin duda haberle contado de su enfermedad, y quién sabe por qué en ese momento Marie pensó en una guerra. Pensó en los soldados en la batalla, y en un coronel que los traicionaba. Vio un reguero de huesos sobre la nieve y ceniza que caía del cielo sobre un sendero que serpenteaba también sobre la nieve y desembocaba en una caverna. Temió desmayarse, así que se disculpó y le pidió a su padre que la acompañara a

su habitación. Luego se acordó de que ésta era una casa nueva y de que tal vez no tenía una habitación para ella. Pero sí, sí tenía. Y era bonita, y estaba decorada con buen gusto, con un toque indudablemente femenino. Marie se acostó y se quedó dormida escuchando a lo lejos el bramido del mar, que sonó de pronto a sus oídos como una gigantesca caja de resonancia.

Cuando Marie despertó le dolía la cabeza, así que tuvo que tomarse otra pastilla para que el dolor partiera, tras lo cual se volvió a recostar, aunque esta vez no se durmió, sino que se quedó ahí, en la cama, escuchando como en sordina las voces de su padre y de ella, de Hilda, que subían desde el piso inferior. Se preguntó por qué su padre no le había dicho nada. Quizá por pudor. Cuando se levantó y bajó Hilda no estaba. Su padre le explicó entonces que Hilda era enfermera en ese nuevo hospital y que tenía hoy el segundo turno, cosa que Marie agradeció, porque así podría estar un rato a solas con su padre. Hilda había dejado preparada pasta y una ensalada que Marie y su padre comieron en silencio, en bocados pequeñísimos, como si ambos estuvieran a dieta de enfermo. Cuando éste le preguntó a Marie que si no le había gustado la cena, ella explicó que no podía comer demasiado. El tumor hacía presión en su estómago, y si comía mucho de inmediato sentía náuseas. Después, en el postre (un dulce de higos demasiado empalagoso para el gusto de Marie) su padre le dijo que nunca la hubiera hecho venir hasta acá por nada. No, ¿eh?, dijo Marie. ¿Es por Hilda? ¿Querías que la conociera? Su padre hizo un movimiento con la mano, como si se espantara una mosca. Olvídate de Hilda, Marie. Luego, agachando la cabeza, agregó: Es una buena mujer, Marie, aunque no lo parezca. ¿Aunque no lo parezca?, pensó Marie. ¿Qué quería decir aquello? Marie clavó la mirada en la coronilla de su padre, un

páramo cubierto de unos cuántos árboles blancos, un páramo que contrastaba con los hirsutos mechones que su padre se había dejado crecer en la nuca. Marie, continuó él, ella no es lo importante. ¿Qué es lo importante, papá?, preguntó Marie con un dejo de impaciencia en la voz. Su padre parecía turbado, como si no supiera por dónde empezar. La historia larga en breve, dijo, era que hacía ya cierto tiempo que él buscaba algo. No sabía qué. Algo. Caminaba y caminaba por la isla, dijo, a veces durante horas. Miraba el mar, y miraba luego el cielo. Y miraba luego las gaviotas. Se había recorrido la isla entera en sus ratos libres, después del trabajo. Y como era de esperarse, no encontró nada. Estaba a punto de darme por vencido, Marie. De dejar de buscar, quiero decir. Entonces, continuó con un ligero temblor en la voz, hacía más o menos un año, o quizá año y medio, había dado con un personaje muy especial. Un santo, Marie, dijo su padre con los ojos fulgurantes, como iluminados por el reflejo de una linterna, o de una vela, de una luz en todo caso, pero que venía no de afuera, sino de adentro, de la oscuridad de sus entrañas. Un eremita, Marie. ¿Un qué?, preguntó ésta, que francamente no solamente no entendía nada de nada, sino que empezaba a confirmar sus sospechas anteriores respecto al declive en la salud mental de su padre. Un hombre muy sabio, Marie. Nadie sabe de dónde llegó. Dicen que es un hombre especial. Que sabe cosas. ¿Cómo cosas?, inquirió Marie sin moverse, como petrificada en su sitio. Cosas, respondió su padre. Dicen que ve en el corazón de los hombres, Marie. Tras aquella afirmación se hizo entre ellos un silencio breve, metálico, un silencio que su padre rompió al ponerse de pie. Como sea, dijo éste en una especie de chillido, yo lo conozco Marie. Quiero decir, he hablado con él en persona y créeme, me causó una gran impresión. ¿Y qué tiene que ver ese santo conmigo?, dijo

Marie a su vez, un poco al borde de la exasperación. Por si fuera poco, su dolor de cabeza no solamente no había partido, sino que al parecer empeoraba, de suerte que algunas de las últimas frases pronunciadas por su padre le llegaban en forma de ruido, confundidas con las pulsaciones de su propio cerebro. Marie, no sé, te parecerá una locura. Yo sé que lo parece, pero una mujer, alguien de la isla, siguió diciendo su padre como presa de un delirio mientras caminaba de un lado a otro de la cocina, una mujer fue a verlo hace algunos meses y le llevó a su niño. No sé qué tendría el niño, ahora que lo pienso. Alguna enfermedad de niño tal vez. O quizá algo peor, una cosa de adultos, uno de esos males que no deberían afectar a ningún pequeño. El caso es, Marie, que el hombre sabio lo ayudó. ¿Qué quería decir eso de que lo había ayudado? ¿Que lo había curado? ¿Que lo había reconfortado? Marie estaba confundida. Sentía una presión, una especie de tirón en la boca del estómago. Varios más han ido, prosiguió su padre, que ya entrado en materia no se daba ni le daba tregua o descanso. Todos dicen que es verdad, Marie. Yo creo que es verdad. Iremos a verlo a su gruta y le pediremos que te asista. El rostro de su padre estaba ahora tan cerca del suyo que Marie pudo contemplar su propio reflejo en aquellas pupilas enloquecidas. ¿Una gruta?, se preguntó Marie mientras se llevaba las manos a las sienes. ¿Qué gruta? Sentía que la cabeza le iba a explotar. No recordaba haber visto en la isla ninguna gruta, ni nada que se le pareciera. Esta isla, por todo lo que sabía, era una vasta planicie. No podía haber grutas. Su padre, en efecto, se había vuelto loco, concluyó justo antes de perder el sentido.

Son los medicamentos, le dijo Hilda. Tienes que tener cuidado. De no mezclar, quiero decir. Estos son medicamentos muy

fuertes. Al principio Marie no supo qué estaba pasando. Luego se acordó que estaba hablando con su padre y que se había desmayado, o desvanecido, aunque quizá hubiera muerto y vuelto de allí, del reino de ultratumba. Miró a su alrededor con ojos muy asustados, ojos como de niña, y reconoció la habitación en la nueva casa de su padre. Te cuidaré, agregó Hilda mientras le arreglaba distraídamente las cobijas, y Marie se sintió avergonzada, no solamente por aquellos gestos sino por el comentario, que le pareció no solamente desatinado sino atrevido, como si Hilda invadiera con ello su intimidad más cara, o por lo menos se tomara atribuciones que ciertamente no le correspondían. Quiso levantarse pero no tuvo fuerzas. Se dejó caer sobre la almohada y se quedó allí, apelmazada en la cama observando a Hilda, que con un estetoscopio colgado del cuello iba y venía por la pieza como la enfermera experta que seguramente era. Notó también que tenía un vaso de agua a su lado, y también un cómodo. Marie pensó que se mataría antes de usar eso enfrente de Hilda, o enfrente de cualquier otra persona para el caso. Tuvo también la súbita impresión de que Hilda había sacado todos esos objetos médicos y los había puesto allí como si se preparara no sólo a cuidar de ella ahora, como lo acababa de enunciar, sino como si preparara todo para asistirle durante mucho tiempo, incluso quizá, pensó Marie con horror, hasta el momento fatídico, el momento de su muerte. En eso Hilda se acercó y le enderezó la almohada. Gracias, musitó Marie. Por nada, respondió Hilda. Marie la observó con más cuidado. Debía tener alrededor de cincuenta años, tal vez más, pero estaba realmente bien conservada. Y tenía un porte atlético, como de deportista, como de corredora de maratón o de campeona de salto de altura, y unos senos grandes, de apariencia firme. Se imaginó que su padre debía ser feliz con ella. ¿Qué haces aquí Hilda, en este lugar olvidado de Dios?,

preguntó de pronto Marie. Era una pregunta inocente, sin malicia alguna. Verdaderamente sentía curiosidad. Hilda dejó de hacer lo que estaba haciendo y la miró unos instantes. Es el azar, dijo ella entonces con algo parecido a la candidez, o quizá al desparpajo. El azar, o la mala o buena suerte, como quieras llamarlo, agregó. Antes trabajaba en Halifax, en un hospital grande. Ya sabes, el tiempo pasa, llega nuevo personal. Una se aburre. Cuando surgió la idea de abrir este hospital, hace unos tres años, nadie quería venir. ¿Qué vamos a hacer hasta allá?, decían. ¿A quién vamos a atender?, decían. ¿Cómo a quién vamos a atender?, dije yo. ¿Qué allá no hay enfermos? ¿Qué allá no hay cancerosos (perdona, querida), epilépticos, asmáticos, gente con hernias, con ataques al corazón, niños que necesitan vacunas? Los hay, claro que los hay. Porque la enfermedad, cariño, así se los dije a ellos y así te lo digo a ti también, es lo único que no respeta fronteras ni sabe de distancias. Todos se me quedaron viendo como si hubiera perdido la razón, o tal vez sólo estuvieran sorprendidos, eso no te lo puedo decir. La verdad es que, ahora que lo pienso, la primera sorprendida fui yo. ¿Por qué dije eso? Sólo Dios sabrá. Nunca he sido dada a filosofar ni a pensar demasiado. Soy una mujer simple, como puedes ver. Como fuera, en ese momento todos me miraron con, no sé, como con respeto, ¿me entiendes?, y yo supuse que aquello quería decir algo, así que al día siguiente fui a ver a la jefa de personal y le dije que a mí el proyecto me interesaba. El hospital, quiero decir, porque entonces todos lo llamábamos así: el proyecto, lo que era lógico porque todavía no había piedra sobre piedra, sino me imagino que nada más existían un montón de planos, o de mapas, o de lo que sea que hagan los arquitectos antes de levantar una obra. También dije que yo quería venir. Y vine. Allá en Halifax yo ya no tenía familia. Mis padres, que en paz

descansen, no tuvieron hermanos, ni yo los tenía. ¿Por qué no iba a venir? Y aquí conocí a tu padre y ahora te conozco a ti. ¿Lo ves? Todo es, como dije, producto del azar.

Dos días más tarde los tres fueron a un lugar que Hilda llamaba el cementerio de los barcos hundidos. Marie se sentía mejor, e Hilda, que tenía libre el día, insistió en que un poco de aire le vendría bien. Marie se sorprendió ante la sola mención de un lugar semejante. Ella no recordaba haber estado en ningún sitio que pudiese ser llamado así durante sus visitas previas. ¿Cómo era posible que hubiese pasado por alto semejante extravagancia? O tal vez no. Tal vez lo había visto y no lo recordaba. Era al menos la segunda vez que tenía la impresión de estar frente a una pieza de información que debería conocer y que inexplicablemente ignoraba. Bien podía ser, concluyó tristemente, que la enfermedad le estuviese afectando la memoria. El mentado lugar estaba en un punto perpendicular a la nueva casa de su padre, en el extremo opuesto de la isla, y no parecía en absoluto un sitio que podría pasar desapercibido. A Marie se le ocurrió entonces que quizá lo que pasaba era que el cementerio en cuestión aparecía y desaparecía, no por obra de ningún encantamiento, sino por efecto de las subidas y bajadas de la marea. Concluyó que debían estar a un par de kilómetros hacia el oeste de la playa de Santa María del Agua, aunque no estaba segura. Contempló el panorama largo rato. El mar se veía calmo como una mortaja, y de su interior surgían mástiles altos, envarados, apocalípticos colmillos estriados que emergían de una boca abierta, una boca congelada en un alarido. Se veían incluso las siluetas de un par de cascos de madera, o de lo que parecían ser los cascos de madera de algún barco hundido. Era aterrador. Aterrador y magnífico. Hilda dijo que el sitio les gustaba a

ella y a Jean-Marc. ¿Jean-Marc?, preguntó Marie. ¿Tu padre?, dijo Hilda con expresión divertida. Sí, sí, claro, dijo Marie. Ella siempre se olvidaba de aquel primer nombre porque, desde que recordaba, a su padre le molestaba que lo llamasen así. Es más, estaba segura de que nunca nadie lo había llamado así, lo que le pareció la más clara evidencia de que éste, como ella ya lo sospechaba, sufría una suerte de mutación. Instintivamente lo buscó con la mirada. Lo descubrió a un par de metros de distancia, caminando de una manera que le pareció errática, como retraída, como si su mente no estuviera ahí realmente sino en otro lugar, a muchos kilómetros, o en otra dimensión tal vez. O quizá la presencia conjunta de Hilda y de ella lo intimidara. Hilda, por el contrario, parecía de lo más animada, como si hubiesen salido de picnic en familia o algo así. Repitió aquello de que ellos venían aquí a menudo. Dijo que observaban ese paisaje y que a veces, al hacerlo, lo encontraban tranquilizador. Otras veces simplemente les parecía triste. Te hace pensar en la muerte, ¿no crees? Esta última frase Marie no la escuchó. Estaba pensando en ellos dos, en Hilda y en su padre, caminando en esa arena tomados de la mano. Se imaginó, quién sabe por qué, que quizá cogían ahí mismo. O en casa, pero justo después de volver de este lugar en particular. Pensó en sus cuerpos viejos y desnudos, en sus manos arrugadas y cubiertas de manchas. Vio sus cabelleras blancas enredadas en una maraña inexpugnable, entrelazadas como tentáculos. Finalmente vio sus ojos, mirando al vacío.

Mientras estaban todavía en aquella playa de paisaje surrealista a Marie le vino un malestar. Ella e Hilda caminaban cerca de las olas seguidas por el padre de aquélla, cuando de pronto Marie tuvo que sentarse, súbitamente atacada por un punzante dolor en el vientre. Hilda la ayudó a subirse al auto, en donde su padre

insistió para que volvieran de inmediato a casa. De nada valió que Marie afirmara sentirse mejor, cosa que era sólo parcialmente cierta, y que en realidad decía sólo porque no se resignaba a que la trataran como la enferma que de hecho era. Durante el trayecto de regreso Hilda no dijo nada, pero Marie sintió que en su silencio se agazapaba algo. Algo importante. Más tarde, en la casa, mientras su padre iba al único supermercado de la isla a comprar un encargo de Hilda, que preparaba la cena, Marie subió a su habitación para recostarse a leer. A los pocos minutos, empero, apareció Hilda. Esta vez la presencia de la novia, o de la amante de su padre, como quiera que se le llamara, no le desagradó. Hilda se le quedó mirando un par de segundos, al rostro primero, y luego al vientre, que empezaba a notarse abultado, aunque casi de inmediato desvió la mirada, como si se diera cuenta de que estaba siendo excesiva. Luego le dijo: Puedes quedarte aquí si quieres. Su voz era casi un susurro. ¿Perdón?, preguntó Marie, dejando su libro sobre la mesilla. Quiero decir, repitió Hilda, que no tienes que marcharte. Siempre puedes atenderte aquí. Ya sabes, lo que dije ayer, ¿lo recuerdas? Pues es cierto. Sobre la enfermedad. Marie no supo qué decir. ¿Y qué hay del santón?, preguntó entonces Marie. ¿El santón?, dijo Hilda, con una expresión tal que, por un momento, Marie pensó que iba a romper en carcajadas, en carcajadas amargas que no se iban a detener nunca, que continuarían hasta el fin de los tiempos. Pero no fue así. En vez de ello Hilda sonrió tímida, compasivamente diríase: Cada quien es libre de creer en lo que quiera, Marie. Pero, agregó, algo me dice que él te dirá lo mismo. O si no lo mismo, algo similar. Porque la fe, Marie, o la magia, o el milagro, o como quieras llamarle, está en todos lados. O tal vez no esté en ninguno. ¿Sí me entiendes? Da lo mismo aquí

o allá. Y si te tiene que tocar, Marie, te tocará. Marie, que no entendió nada, se arrepintió de haber hecho aquel comentario.

A instancias de su padre la cita con el famoso eremita se concertó para tres días después porque era más que evidente que el estado de Marie empeoraba y que era preciso actuar rápido. Durante aquellos días previos al programado encuentro llovió en la isla de manera copiosa. Ríos de agua escurrían por las ventanas, o en el porche, por debajo de la puerta, como si el mismo mar estuviera saliéndose de su cuenca, como un ojo que se vaciara súbitamente de su materia líquida, un ojo en donde sólo quedaría al final la oscuridad, la herida primigenia. El vientre de Marie era un odre. No solamente era cuestión del tumor, sino que era evidente que lo otro, el feto, estaba también desarrollándose. La noche previa Marie apenas y había pegado el ojo, y esa mañana estaba tan temblorosa y débil que su padre e Hilda tuvieron que ayudarla a bajar las escaleras. De camino al auto cada paso fue una tortura, un recordatorio, pensó Marie, de que quizá fuera ya, de todas formas, demasiado tarde. La subieron al auto y su padre arrancó enseguida. Por el retrovisor Marie siguió con la vista la figura de Hilda, de pie en el umbral y agitando la mano sobre su cabeza. Desde ahí y a la distancia le pareció más tétrica que nunca, una especie de árbol fosilizado, un árbol que precediera, pensó, la llegada del fin del mundo.

La dichosa gruta estaba del otro lado de la isla, hacia el lado opuesto del lugar en el que acababan de estar hacía unos días. Marie misma había hecho esa caminata muchas, muchas veces años atrás. Pero ahora será incapaz, se dijo. ¿Qué vendría después? A lo lejos, cerca del faro Marie vio a

un grupo de niños que jugaban con una pelota que parecía rodar con dificultad. Marie comprendió en el acto que la peculiar textura de la arena de la isla debía formar en torno a ésta una costra, algo semejante al barro, dificultando los movimientos y las maniobras del juego. Una pelota que no rueda, ¿qué puede haber más triste en este mundo?, pensó. Un círculo que no es redondo; un alumbramiento que no es tal. Aquí es, dijo su padre tras unos minutos más de camino. Marie echó un vistazo al sitio. Sí, alguna vez había estado allí. Estaba segura. Al mismo tiempo, se veía diferente. Marie notó con sorpresa que desde ahí podía verse, muy, muy a lo lejos, pero inconfundible al menos para ella, la estatua de la virgen. La observó unos instantes y creyó ver que estaba cubierta de arena. También le pareció hundida en una humillante soledad. O quizá no fuera humillante. Quizá se tratase, después de todo, de una soledad reparadora. De una soledad necesaria. Su padre le señaló entonces con la mano hacia la superficie rocosa al otro extremo, en donde Marie no vio nada particular. Es la gruta, dijo él. Ahí está la entrada. ¿El eremita vive allí?, preguntó Marie, sin saber si reír o llorar. ¿Quieres decir, ahí *dentro*? Su padre asintió. Eso no es una gruta, papá, dijo Marie en un arranque de franqueza, eso es un socavón. ¿Cómo puede alguien vivir en un socavón a menos que se trate de una nutria o de un pulpo? Su padre se encogió de hombros ante el exabrupto y la falta de respeto de su hija (quien en cierta forma estaba más allá del punto en el que se le podían hacer reproches), y tras indicarle que esperara se bajó del coche. Luego se acercó a las rocas, se agachó y tras lo que pareció un instante de duda desapareció dentro de aquella cavidad oculta. Un socavón, se repitió Marie en un murmullo. Eso, o la entrada del trasmundo.

Su padre volvió al auto unos minutos después. El eremita estaba contento de recibirla, le aseguró su padre en un tono no jubiloso, sino casi cansado, como si hubiera tenido que ejercer todas sus artes de convencimiento para lograrlo, o como si súbitamente se arrepintiera de haber venido. Está contento, se repitió Marie sin moverse. Aquella frase le pareció de pronto tremendamente inadecuada. ¿Cómo podía estar *contento*? ¿De qué estaba *contento*? ¿De que lo vinieran a ver los moribundos, los desesperados, los seniles? Sin notar la turbación de su hija el padre de Marie la ayudó a bajarse del vehículo. El dolor no cesaba. Seguía allí, como un caracol dentro de su concha, un caracol agazapado que en cualquier momento asomaría las antenas y escupiría babas emponzoñadas. Yo te esperaré en el auto, dijo su padre. Tómate tu tiempo. A Marie no dejó de sorprenderle que su padre no quisiera acompañarla, sobre todo dado su estado. ¿Por qué? ¿Qué ocultaba la gruta? Quizá era demasiado pequeña para albergar a más de dos personas a la vez. ¿Y cómo demonios iba a entrar en ella si apenas podía caminar? Marie empezó a avanzar, pero a unos cuantos metros de la gruta, o del socavón, o de lo que fuese, se detuvo en seco. ¿Para qué había venido hasta acá? Su padre le dijo que el hombre santo podía ayudarla, sí, pero ¿cómo? ¿Cómo? ¿Para qué? Si muriera ahora mismo, ¿haría eso alguna diferencia en la marcha del universo? Marie permaneció así, de pie entre el montículo de roca y el auto, no unos minutos sino lo que pareció una eternidad, una eternidad que se prolongaba dolorosa e innecesariamente. Pensó, por espacio de un microsegundo, en el hijo que llevaba dentro. Una vida dentro de otra vida. Aunque no, se dijo. Quizá éste estuviera muerto ya. Quizá estaba condenado desde el principio, y se trataba, en ese caso, de una muerte dentro de otra muerte. En eso, Marie escuchó tras de sí una voz que le costó trabajo

reconocer como la de su propio padre, tanto aquélla sonaba como la voz de un viejo. Sí, pensó Marie, de un anciano decrepito y crédulo. De un anciano que se ha vuelto idiota a fuerza de los años y de la soledad. La voz de un anciano acabado. Anda, Marie, el reverendo te está esperando, le dijo éste con aprensión. Marie asintió y pese a todo quiso darle las gracias a ese anciano acabado y decrepito que era su padre, pero no lo hizo. Mientras observaba cómo aquél se alejaba rumbo a la playa Marie sintió en su interior algo muy extraño, algo muy peculiar. ¿Sería aprehensión? Miedo, tal vez era miedo. Algo va a pasar, pensó, antes de reanudar muy lentamente su marcha hacia la gruta.



Archipiélagos

de Alma Mancilla, se terminó de imprimir en agosto de 2015, en CEDIMSA. La edición consta de 400 ejemplares.



ALMA MANCILLA. Originaria de Toluca, Estado de México, estudió Antropología Social en la Universidad Autónoma del Estado de México, y Sociología y Ciencias Políticas en la Universidad Laval, en Quebec. Ganadora del primer lugar en el V Concurso de Cuento y Poesía Benemérito de América (categoría estudiantil), del segundo lugar en el X Concurso Internacional de Cuento Carmen Báez (2004) y del Premio Nacional de Literatura Gilberto Owen, 2011. Es autora de los libros de cuentos *Los días del verano más largo* (2001), *Casa encantada* (2011), *Las babas del caracol y otros relatos* (2014) y de la novela *Hogueras* (2014). Nómada permanente, tras vivir en Toluca, Quebec, Toronto, Montreal y Estambul, radica, por el momento (y quién sabe por cuánto tiempo), en Edmonton, Alberta.

ILUSTRACIONES: MAYRA MENESES. Estudió Diseño Gráfico en la Universidad Iberoamericana, así como Ilustración en la Real Academia de San Carlos y en la School of Visual Arts de Nueva York. Ha publicado su trabajo desde 2005 en revistas como *Esquire*, *Men's Health*, *Marie Claire*, *Travel + Leisure*, *National Geographic Traveler*, *Quién*, *Conozca Más*, entre otras, véase: www.behance.net/MayraMeneses